

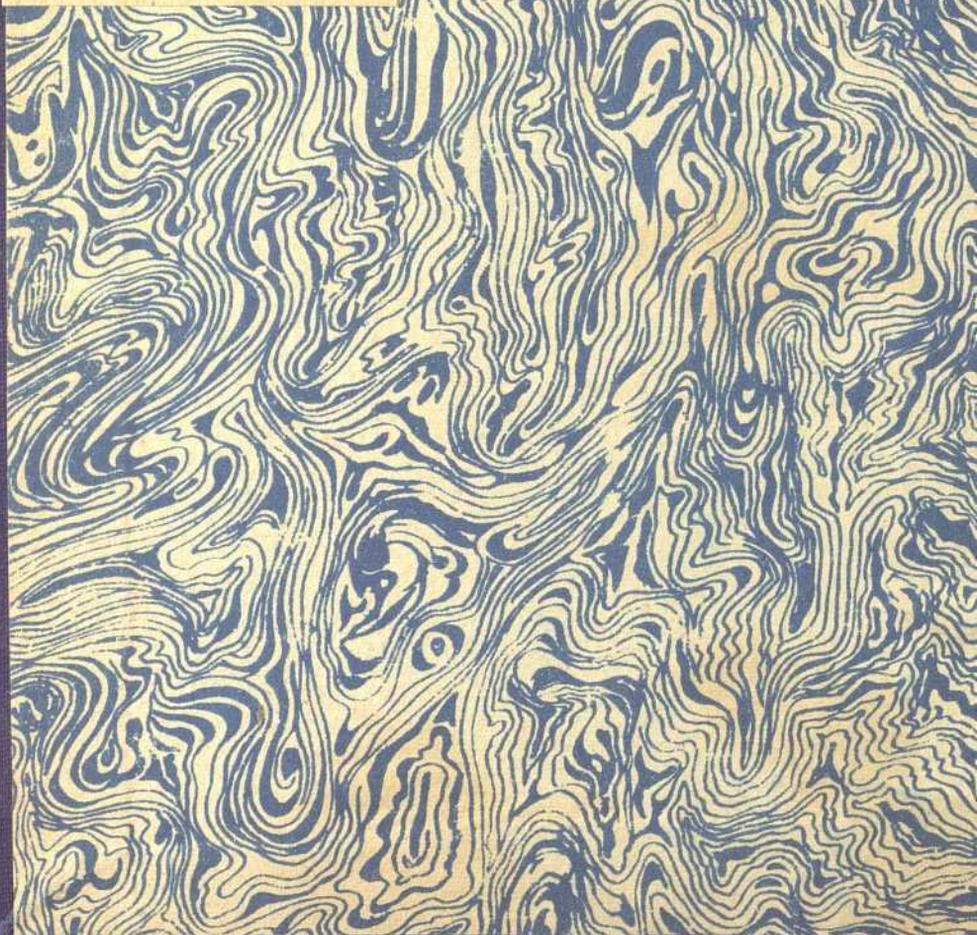
CENTRO NACIONAL DE RECTUR

BIBLIOTECA

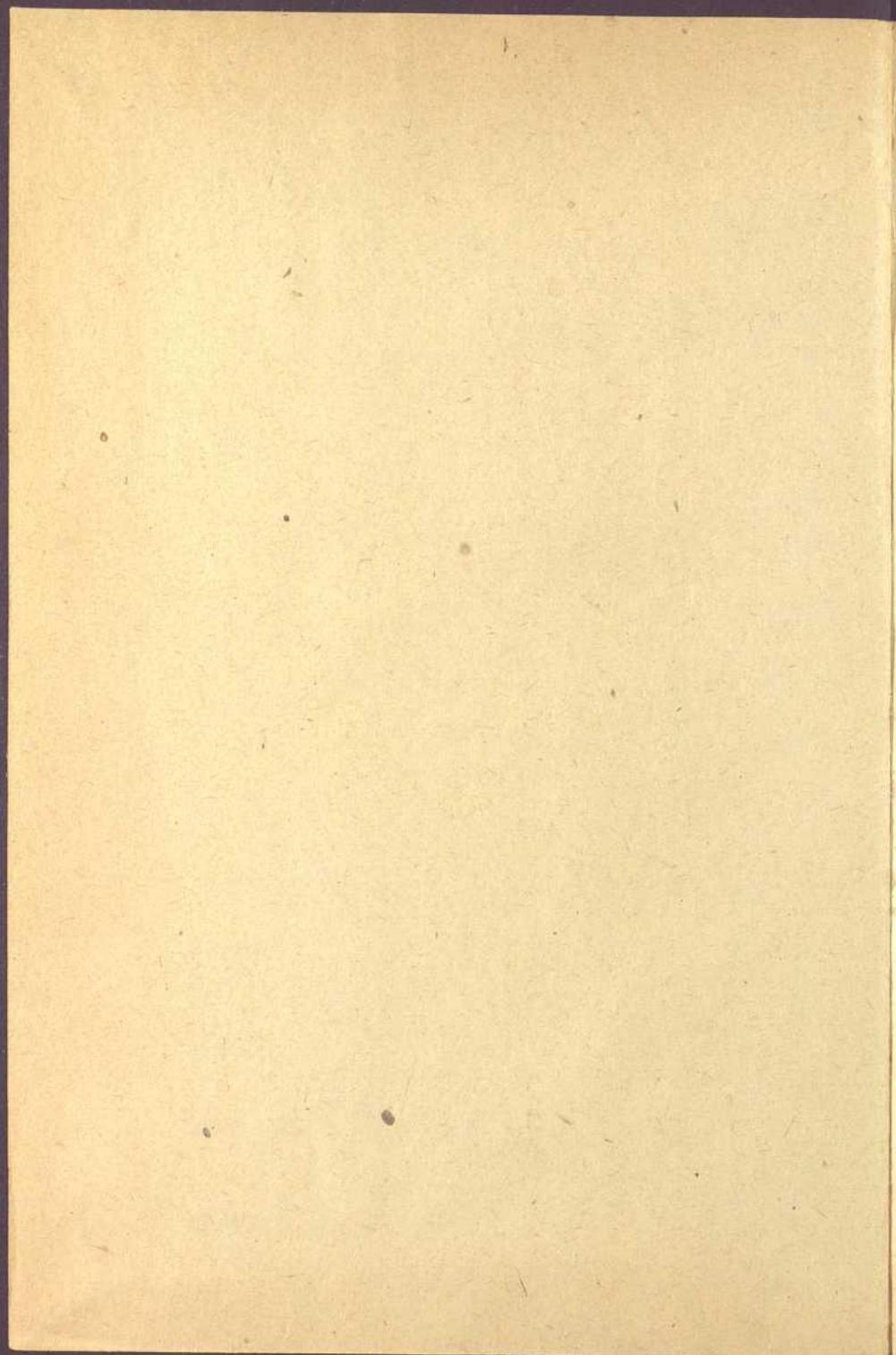
Sala _____

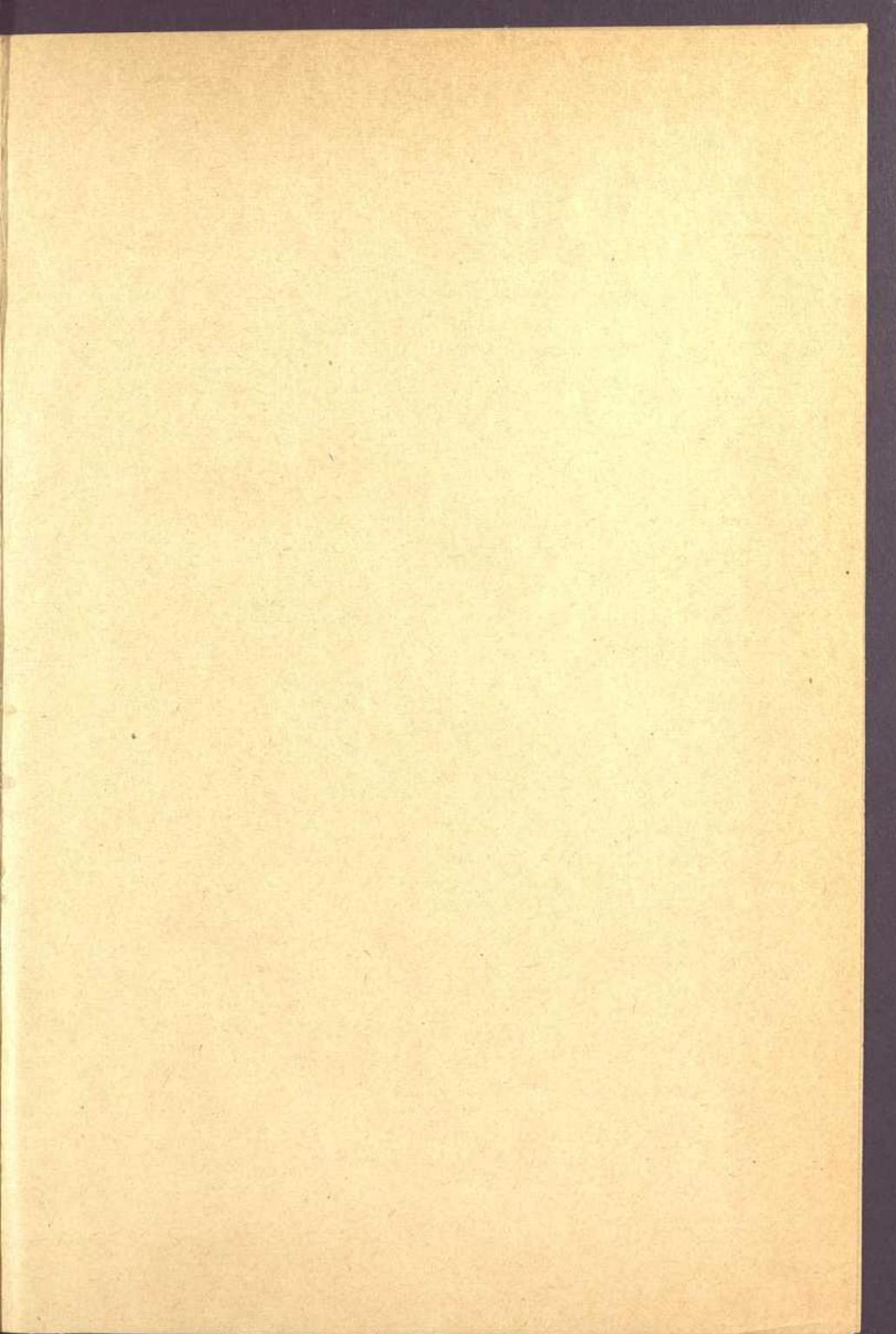
Estante C-2 _____

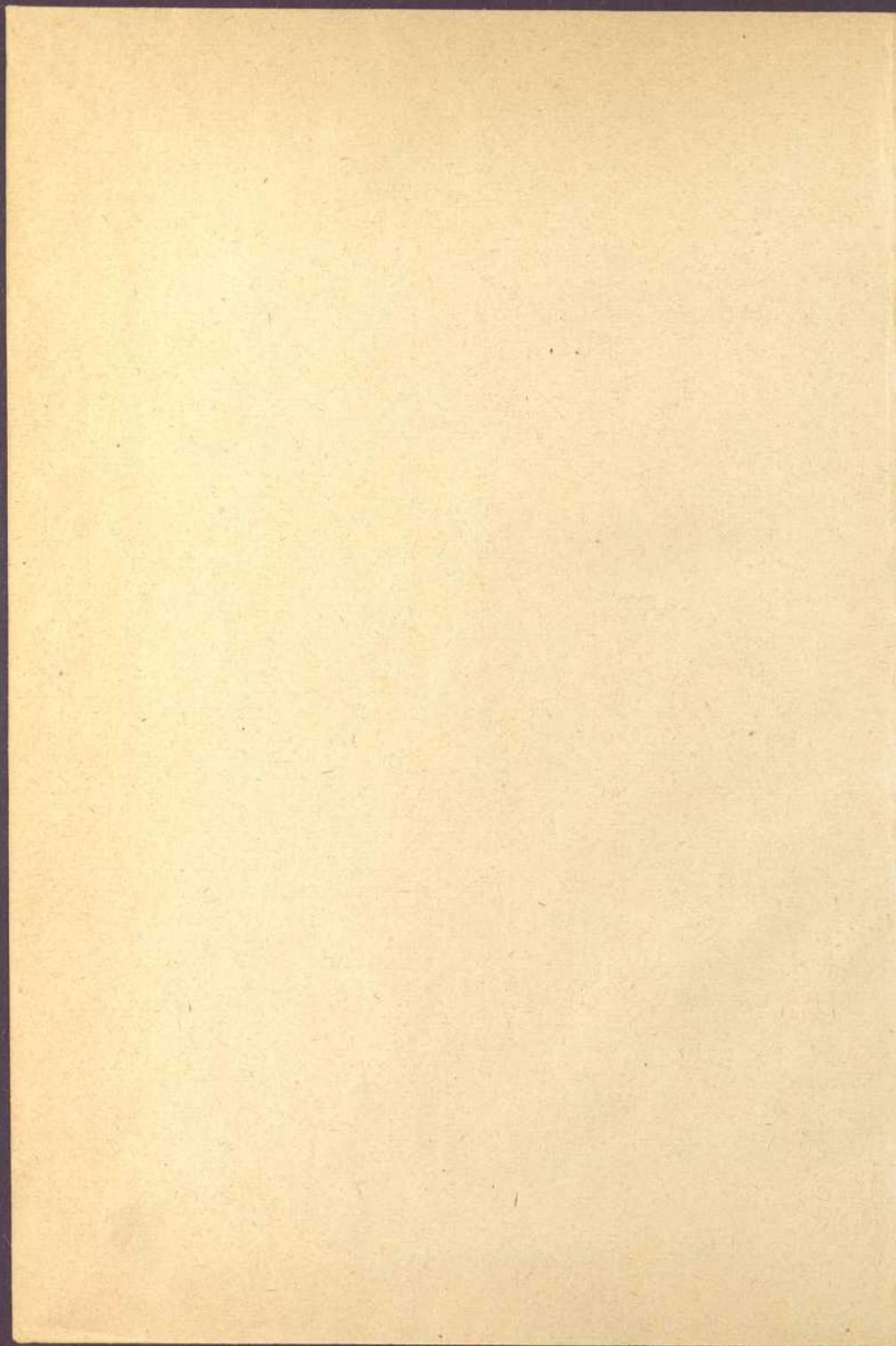
Signatura 39 _____





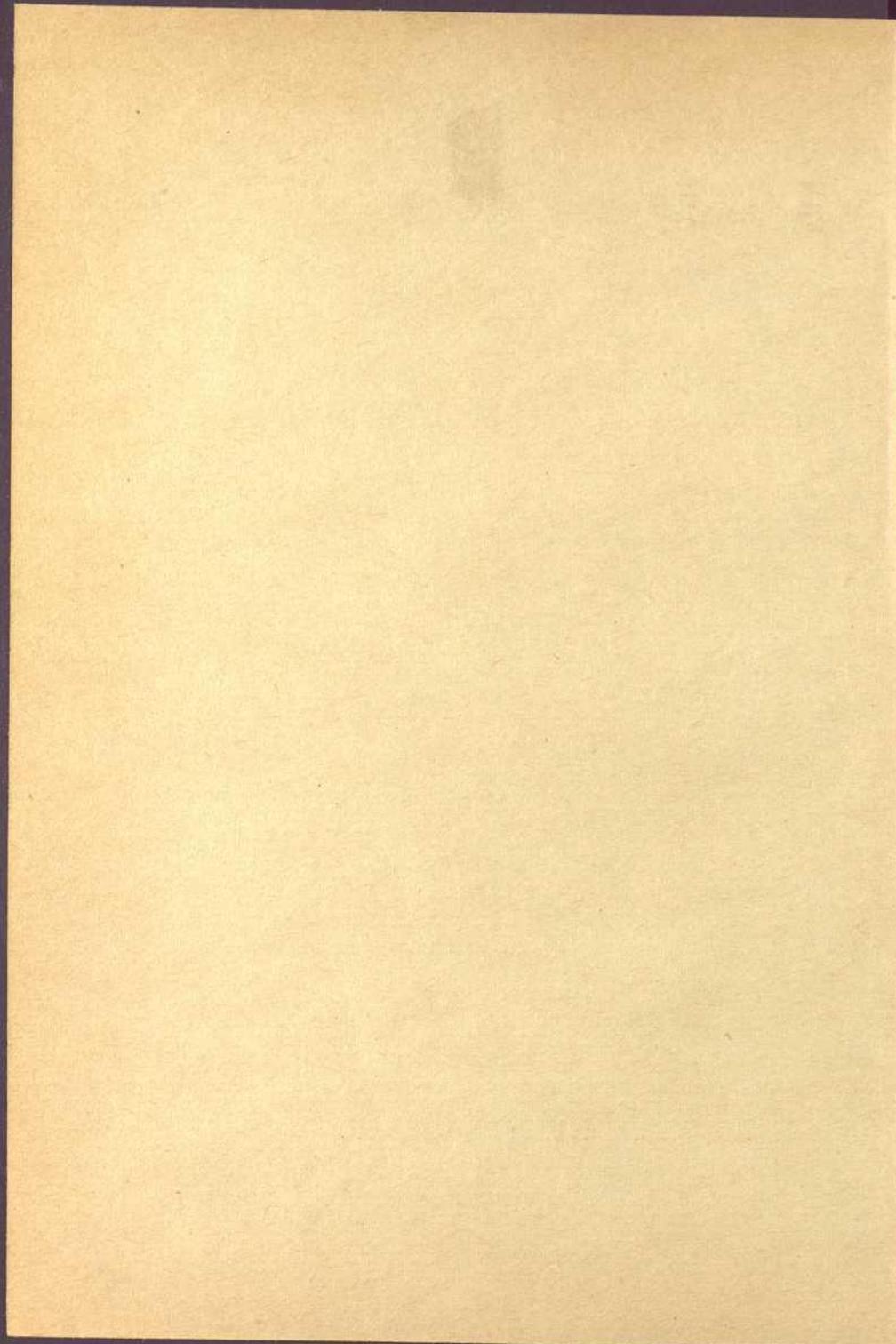






FA-5247

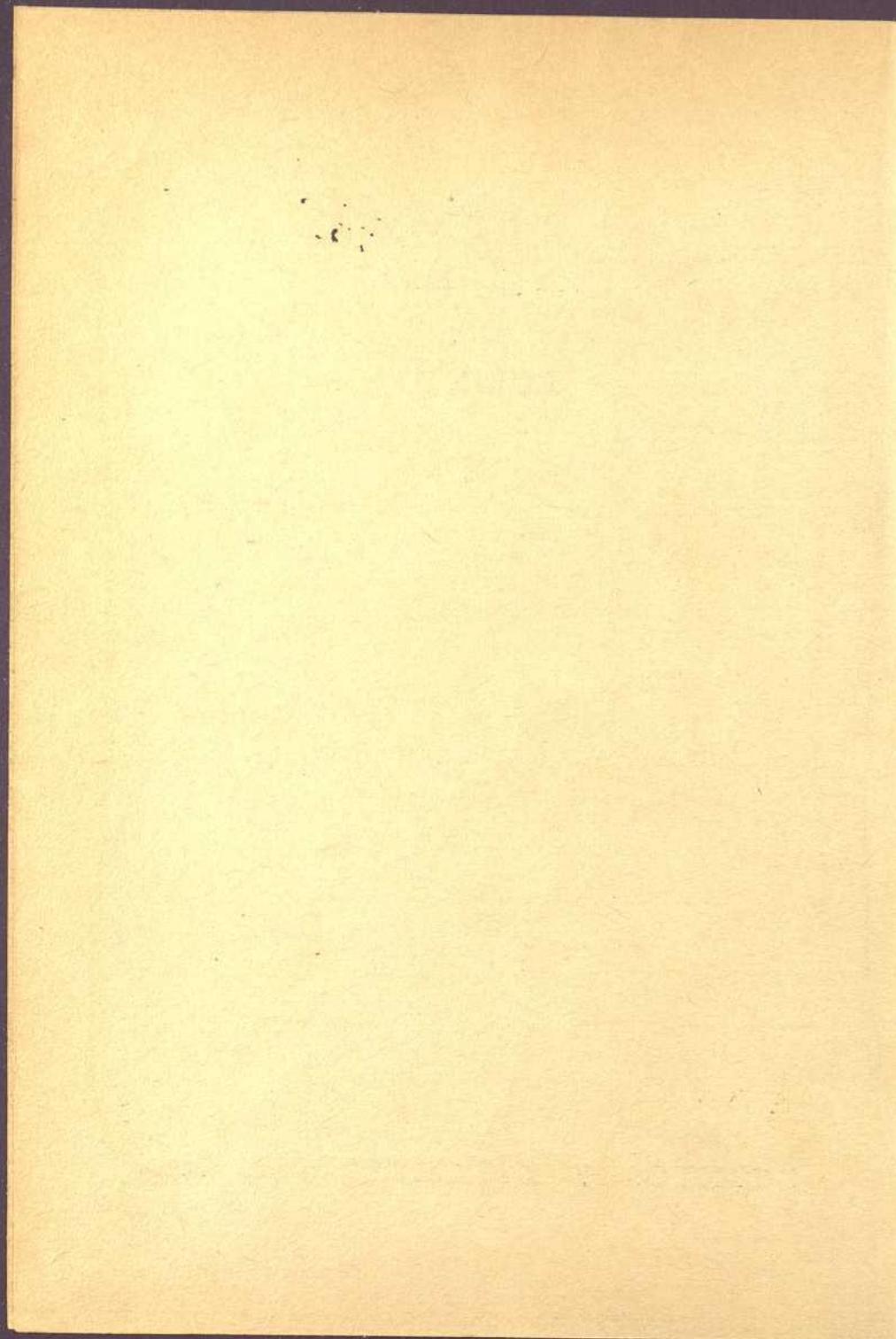




LOS
RACIMOS
DE
CORINTO

2

CUENTOS Y ESTAMPAS DEL MAR



FA-5247

LOS RACIMOS
DE CORINTO



423

CUENTOS Y ESTAMPAS
DEL MAR

POR

FRANCIS BRET HARTE
M Á X I M O G O R K I
RICARDO GUTIÉRREZ
GABRIELE D'ANNUNZIO
JOSÉ MARÍA DE PEREDA
W I L H E L M H A U F F
V I C T O R H U G O
GUY DE MAUPASSANT
LUIGI PIRANDELLO
EDGAR ALLAN POE
JOSÉ ENRIQUE RODÓ
HENRIK SIENKIEWICZ
F. TEIXEIRA DE QUEIROZ
O S C A R W I L D E

SELECCION DE
PEDRO ORTIZ BARILI



~~R-8363~~

MR-12530

EDITORIAL CORINTO

Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723

Copyright by EDITORIAL CORINTO

CORRIENTES 830
BUENOS AIRES

IMPRESO EN ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINE

EL PROMONTORIO DEL DIABLO

POR

FRANCIS BRET HARTE

EN el sitio en que la Puerta de Oro se ensancha al entrar en el océano Pacífico, en la margen septentrional de la bahía de San Francisco, elévase un áspero promontorio que brinda abrigo contra los continuos vientos a otra pequeña bahía semicircular que hay en el lado oriental.

En torno de esta bahía, el declive del terreno es árido y hostil, pero existen huellas de primitiva vida en una ruinoso cabaña y un corral abandonado. Cuéntase que una y otro fueron construídos por un audaz colono que, por algún motivo misterioso, se ausentó poco después. En forma igualmente misteriosa desapareció un día el que le sucedió como morador de la cabaña.

El tercer habitante, que era al parecer un hombre de recio temperamento y grandes esperanzas, dividió en lotes la propiedad, amojonó el declive y trazó el plano de una población. Pero no logrando persuadir a los habitantes de San Francisco de que habían equivocado el emplazamiento de su ciudad, entregóse luego a la laxitud y al abatimiento.

Se le veía a menudo rondando por la angosta faja de la playa durante la bajamar, o encaramado en las rocas cuando la marea ascendía. En uno de aquellos peñascos fué encontrado un día, inerte, con un mapa dibujado por él, en la mano, y los ojos sin luz vueltos hacia el océano.

Fué tal vez esa circunstancia lo que dió a la comarca su siniestra reputación. Circulaban vagos rumores de que una influencia sobrenatural y nefasta pesó sobre los habitantes de la misteriosa cabaña, y narrábanse extrañas historias sobre el origen del diabólico título con que el promontorio era conocido. Creían algunos que lo visitaba el espectro de uno de los mari-

neros de Francisco Drake que, habiendo desertado bajo la influencia de ciertas afirmaciones de los indios acerca de la existencia de áureos tesoros en aquel lugar, murió de hambre sobre las rocas.

Un vaquero que durmió una vez en la desierta cabaña, aseguraba que una espectral figura extrañamente vestida golpeó a medianoche la puerta, pidiendo de comer. Y otros relatores de más prestigio histórico afirmaban enfáticamente que el propio Francisco Drake había elegido aquel apartado lugar para ocultar en él un fabuloso botín, producto de asaltos a buques neutrales, protegiendo luego su escondite por medio de diabólicos encantamientos e infernales invenciones.

Según estos narradores, durante las noches de luna un barco espectral acercábase a la costa, y, cuando la niebla envolvía el mar y las riberas, oíase el ruido de unos remos que batían acompasadamente el agua.

Cualquiera que sea la veracidad de tales historias, lo indudable es que no se podía haber elegido para ellas un escenario más siniestro y desolado. Altas colinas carentes de vegetación y surcadas por sombrías cañadas proyectaban sus sombras oscuras sobre la playa. Como atormentado por sabe Dios qué feroces inquietudes, el viento azotaba con incesante furia la comarca. Al anochecer, la bruma marina rodaba sigilosamente a través de la Puerta de Oro, o descendía suave hasta las faldas de la colina envolviendo en su impalpable manto la superficie de los peñascos batidos por el huracán. La ciudad lejana y populosa y la colonia más próxima parecían entonces transportadas a fantástica distancia. Una agobiadora soledad adueñábase del triste paisaje. Apenas el ruido de un remolino, o el monótono canto de los marineros de algún buque invisible y distante, elevábase con lánguida y mística sugestión en el ambiente.

Hacia alrededor de un año que un agente comercial de San Francisco, rico y de no mucha edad, que navegaba solo en un bote, se había encontrado al caer la noche, sitiado por la niebla, derivando hacia la Puerta del Oro. La inesperada terminación de aquel paseo por mar debía atribuirse, en parte, a la falta de experiencia náutica del paseante, y en parte también a su temperamento optimista. Confiando excesivamente en su destreza, y creyendo que esa habilidad suya le aseguraba el éxito

en cualquier asunto, lo mismo acuático que terrestre, había dejado al viento y a las olas el gobierno de su embarcación. "El viento — se dijo — cambiará pronto. Y, si no, algo vendrá en mi ayuda". Pero apenas había formulado tal hipótesis cuando advirtió que, obedeciendo sin duda a un misterioso impulso, el bote viraba en redondo y avanzaba hacia una oscura masa que surgía ante él. Un leve remolino alejó un poco más la chalupa de la antigua dirección y finalmente la hizo encallar bajo una escarpada punta que se perfilaba vagamente a través de la niebla.

El hombre dirigió la vista en torno, con la esperanza de divisar alguna roca donde pudiese desembarcar. Las cimas de las altas colinas que flanqueaban aquel punto, hallábanse todavía envueltas por las brumas. Como el bote giraba balanceándose, lanzó una soga y logró sujetarla a las piedras. Después se sentó de nuevo, siempre confiado y seguro de sí mismo.

Sentía frío. La maldita niebla pasaba a través de su traje, completamente abrochado, y le hacía castañetear los dientes, pese al auxilio que de cuando en cuando se proporcionaba con un frasco que llevaba en el bolsillo. Su ropa estaba empapada, y los asientos del bote, cubiertos de espuma. Contemplando pensativamente las rocas, se presentaban sin cesar a su imaginación los consuelos del fuego y la tranquilidad bajo techo. Desesperado, terminó por empujar el bote hacia la parte menos abrupta de los peñascos, para intentar escalarlos.

La empresa no era tan dificultosa como se imaginaba, y a los pocos segundos ascendía a la parte superior de la colina. Llamóle la atención un bulto oscuro que se perfilaba a la distancia, y al aproximarse a él, vió que era una cabaña deshabitada. Las crónicas llegan a decir que habiendo encendido un gran fuego con maderos que encontró en el corral, y buscando el curso de su botella de aguardiente, pasó gran parte de la noche relativamente satisfecho.

La cabaña no tenía puertas, y las ventanas eran simples aberturas cuadradas por las que penetraba libremente la niebla. Mas, a despecho de tales inconvenientes, y siendo como era un individuo de natural alegre y sanguíneo temperamento, se distrajo avivando el fuego y siguiendo con la mirada los temblorosos resplandores que las llamas proyectaban sobre la bruma

de afuera. Y en esa inocente ocupación se hallaba, cuando empezó a invadirlo un gran cansancio y se quedó dormido.

Un estentóreo "¡hola!", procedente del mar, al parecer, lo despertó a medianoche. Conjeturando que había sido el grito de algún marinero perdido en la niebla, acercóse al borde del acantilado; pero el denso velo que cubría mar y tierra impedía la visión a pocos pasos de distancia. No obstante, oyó los acompasados golpes de unos remos que se hundían a intervalos regulares en las aguas. Repitióse el "¡hola!", y se disponía ya a responder, cuando, sorprendido, oyó una voz que surgía, según todas las apariencias, de la cabaña que acababa de abandonar.

Volvió presuroso sobre sus pasos, y su asombro fué mayor al ver, desde la puerta, a un desconocido calentándose al amor de la lumbre. Ocultóse, retrocediendo unos pasos, y se puso a observar detenidamente al intruso. Era un hombre de aspecto cadavérico, que no tendría mucho más de cuarenta años. Pero más que la siniestra fisonomía del individuo, le impresionó la singularidad de su vestimenta. Llevaba unos calzones muy amplios, que se introducían, a la altura de las rodillas, en unas altas botas de piel de foca. Un saco de paño con mangas casi tan anchas como los calzones, cubría su busto, y, rodeándole la cintura, una tremenda correa con una hebilla grande como la chapa de un dentista sostenía dos enormes pistolones y un aterrador alfanje.

Una especie de coleta le caía sobre la espalda, y cuando el fuego iluminó su rostro, el corredor observó con cierto interés que la tal coleta estaba formada con unas hojas de tabaco conocidas con el nombre de trenza. La desagradable impresión acentuóse más cuando el intruso, en un momento de ensimismamiento, dobló la punta de su coleta y la introdujo entre sus cavernosas quijadas.

El ruido de los remos, cada vez más patente, indicaba la aproximación del invisible bote. El corredor de comercio apenas tuvo tiempo de esconderse tras la cabaña antes de que varias figuras de rudo aspecto empezaran a trepar por la colina en dirección al punto de la extraña reunión. Vestían todos aquellos hombres exactamente igual que el del interior de la cabaña, el cual, cuando los otros llegaron junto a él, los saludó con camaradería, llamándolos con apodos familiares, como Hom-

bre de Paja, Escupidor de Ranas, Marcos el Matachín, etc. Silenciosamente, los visitantes sentáronse en el suelo de la cabaña, formando un semicírculo alrededor de su siniestro jefe.

Por fin, Bota de Vino, un marinero de cuerpo redondo y rubicunda nariz, incorporóse vacilante y dirigió la palabra a sus compañeros. Habíanse reunido aquella noche, según dijo el orador, siguiendo su venerable tradición, para hacer saber, simplemente, que durante cincuenta años uno de ellos había realizado investigaciones en el lugar en que se encontraban enterrados ciertos tesoros.

En este punto de la exposición, el corredor de comercio afinó el oído.

—Siendo así — prosiguió Bota de Vino —, disponeos a escuchar el informe de nuestro bienamado hermano Rajagargantas acerca de sus pesquisas para localizar el tesoro.

Tras un murmullo aprobatorio, el que había hablado tornó a sentarse, y Rajagargantas, incorporándose a su vez, abrió lentamente su tremenda boca y empezó a hablar. Había empleado mucho tiempo en averiguar el lugar exacto en que estaba enterrado el tesoro. Creía — no podía afirmarlo rotundamente — que el lugar en cuestión estaba determinado ahora con toda exactitud. Cierto era que había efectuado diversas pesquisas por los alrededores, pero su natural modestia le impedía extenderse en la especificación de detalles. Deseaba consignar solamente que de los tres individuos que durante los diez últimos años habían habitado en la cabaña, ninguno vivía en la actualidad.

Después de los aplausos y las exclamaciones entusiastas con que fueron acogidas las palabras de Rajagargantas, se levantó a hablar Marcos el Matachín. Empezó diciendo que lo haría en el nombre sagrado de la amistad, y que no consideraba elegante dedicar un elogio al orador que le precediera, porque le había conocido en su infancia. Juntos habían guerreado en España, y su compañero, con una espada toledana en la mano, desafiaba a cualquiera, habiendo ganado noble y honrosamente su título de Rajagargantas, como todos sabían perfectamente. Con ciertas muestras de emoción, el orador pidió se le disculpase si se detenía en episodios de su juventud, y empezó a evocar, con finos toques ingeniosos, la forma en que rajó las orejas y los labios

a un judío recalcitrante que había sido capturado en un viaje. No deseaba abusar de la paciencia del auditorio, y proponía se aceptara el informe de Rajagargantas y se le concediera un voto de gracias.

Introdujeron en la cabaña gran cantidad de bebidas espirituosas, y los jarros de ponche empezaron a correr de mano en mano. En otro breve discurso, Marcos el Matachín sugirió que se brindase a la salud de Rajagargantas, y lo hizo él de tal manera, que las lágrimas asomaron a los ojos de todos. La momentánea desviación del objetivo de la asamblea contrarió mucho al corredor de comercio, que desde su escondite seguía ansiosamente el curso de la misma. Nada habíase aclarado hasta entonces acerca del lugar exacto en que estaba enterrado el tesoro al que tan misteriosamente aludían aquellos sujetos. El temor le impedía tratar de averiguarlo preguntándolo abiertamente, y la curiosidad le impulsó a permanecer en su puesto durante todo el tiempo que durase aquella orgía.

Su situación, empero, se iba tornando crítica. El Hombre de Paja, que por lo visto había sido un individuo colérico, acaloróse tanto en el curso de una agria disputa, que empezó a disparar sus pistolas contra el pecho de su antagonista. Las balas atravesaron la caja torácica del otro y abrieron en la pared sendos agujeros, a través de los cuales pudo el corredor ver los destellos del fuego, detrás del cuerpo del agredido.

Sin dar la menor señal de inquietud, el herido suscitó la hilaridad de la asamblea poniéndose cómicamente en jarras e introduciendo los pulgares en los orificios abiertos por las balas, como si fueran las sisas del chaleco. Ello restableció la armonía, y los del cónclave se tomaron de las manos formando un corro para danzar. El baile dió principio en seguida con algunas monótonas estrofas que uno de los reunidos recitaba con voz recia y que los demás coreaban con los siguientes versos, los cuales se le antojaron familiares al corredor:

*El pobre Lord Essex padece escarlatina;
Su Majestad se encuentra muy enferma;
nuestro almirante lamió a los franceses...
¡Gritadle comadreja!*

Al llegar al último verso, los cantores dispararon en todas direcciones sus pistolas, poniendo en grave aprieto al infortu-

nado corredor de comercio. Aplacado parcialmente el tumulto, el Hombre de Paja exhortó a sus compañeros a moderarse, y todos ellos volvieron a sus respectivos sitios. Bota de Vino insistió, no obstante, en otro estribillo, cantando con voz aguda:

*Vine al mundo en un jardín primaveral;
mi padre quería que fuera cura;
pero no me gustaba la sotana,
y decidí hacerme carnicero.*

El Hombre de Paja, sacando nuevamente la pistola y ordenando a uno que le tapase la boca con la culata, se puso a leer un abultado rollo de pergamino que tenía en las manos. Tratabase de un documento semioficial, redactado en la fatigosa fraseología de épocas ya muertas. Después de un extenso preámbulo, en el que consignaban su lealtad como súbditos de la Reina, los firmantes declaraban tomar posesión del promontorio y de todos los tesoros que contenía, escondidos por el más valiente y adicto almirante de Su Majestad, Francisco Drake, con la prerrogativa de buscar, encontrar y apoderarse de los mismos. A tal fin, constituían una asociación para efectuar las búsquedas necesarias y descubrir los tesoros en cuestión, lo que suscribían solemnemente con sus firmas.

La lectura del documento fué interrumpida por una exclamación unánime de los asambleístas, pues acababan de ver al corredor de comercio debatiéndose frenéticamente en la puerta, entre los hercúleos brazos de Marcos el Matachín.

—¡Dejadme! — clamaba realizando supremos esfuerzos por aproximarse al Hombre de Paja —. ¡Yo os aseguro, caballeros, que ese documento no tiene más valor que el del pergamino en que está escrito! Están en contra de él las leyes del Estado, las costumbres del país, la legislación minera... ¡Dejadme! Y, por lo más sagrado, no manchéis la gravedad de la Ley con la informalidad y la ignorancia. ¡Os aseguro, señores, que la cuestión reviste importancia, mucha importancia, y por más que a mí no me interesa personalmente, debo oponerme a vuestros designios! ¡Por el amor de Dios, caballeros, no estampéis vuestros nombres en ese papel sin valor! Aquí no hay escribano...

Guardó silencio. Las figuras de los asambleístas, que empezaban ya a desvanecerse y a hacerse imperceptibles a medida que

él avanzaba en su perorata, vacilaron ante los ojos del corredor, flotaron, y al fin desaparecieron.

El hombre pestañeó repetidamente y miró a su alrededor. La cabaña se encontraba desierta. En el fuego, unas brasas languidecían bajo los brillantes rayos del sol mañanero que entraban libremente por la ventana. Se dirigió veloz hacia el borde del acantilado y sintió en las mejillas ardorosas la refrescante caricia de la brisa del mar, que agitaba las albas crestas de las olas. Por la Puerta del Oro avanzaba majestuosamente un barco mertante de gallardo casco y banquísimo velamen. Llegaban claras las voces de los marineros, contentos de anclar allí. En Alcatraz resplandecían los fusiles de los centinelas, y el redoble de los tambores se expandía en el viento. La ansiosa mirada del corredor de comercio distinguió por último las colinas de San Francisco, salpicadas de casitas y flanqueadas por los depósitos y los muelles.

Ésta es la leyenda del promontorio del Diablo. Las objeciones que pudieran hacerse en cuanto a su veracidad, tropezarían posiblemente con el hecho de que el protagonista de lo relatado fundó entonces una sociedad denominada "El Hombre de Paja (*Flash in the Pan*), Compañía Minera del Tesoro de Oro y Plata", cuyas acciones son hoy de las más cotizadas.

Dícese que una copia del primitivo estatuto de la entidad se conserva aún en los archivos de la misma. Y desde las colinas de San Francisco, cuando el sol irisa las aguas y la atmósfera está limpia de brumas, puede verse perfectamente el promontorio del Diablo.

FRANCIS BRET HARTE

NAUFRAGIO

POR

MÁXIMO GORKI

SUSURRAN los cipreses. En las copas frondosas de los olivos parece que vibraran millares de metálicas cuerdas: el viento agita las hojas, que rozan a su vez las cuerdas invisibles, y esos suaves y prolongados contactos pueblan el ambiente de intensas y embriagadoras sonoridades que no alcanzan a adquirir musicalidad. Manos misteriosas tañen infinidad de arpas, y dijérase que a cada momento va a quedar todo sumido en el silencio y que las cuerdas van a entonar un himno al sol, al cielo y al mar.

Al empuje del viento, los árboles cabecean como si se dispusieran a emprender la marcha, descendiendo por el monte hacia el océano. Se oye el sordo rumor cadencioso de las olas al estrellarse contra los acantilados. El mar está cubierto de albos y vívidos manchones, cual si una bandada de aves se hubiera posado en su superficie azul. Todas las barcas hienden las aguas con el mismo rumbo. Parecen hundirse y se pierden de vista, para reaparecer con un murmullo tenue, casi imperceptible. Sobre el horizonte se recortan sus velas triangulares a medio desplegar, aéreas, sin contacto alguno con la realidad.

—¡Sopla el viento! —murmura, sentado a la sombra de las peñas, en la angosta playa cubierta de redondeados guijos, un viejo pescador.

La rompiente ha desparramado sobre la arena filamentos de aromáticas algas rojizas, verdes y doradas, que languidecen al sol. Un acre olor de yodo satura el aire salobre. Las olas saltan una por una, ondulantes, contra el declive.

El viejo pescador semeja un pájaro. Tiene el rostro arrugado, corva la nariz, y redondos los ojos, que se adivinan inquisidores, aunque los disimulen los bronceados pliegues de la piel. Sus dedos, encogidos y huesudos, se mueven lentamente.

—De eso, *signor* — empieza a decir el viejo pescador, cuya voz ritma con el rumor de las olas y el susurro de los cipreses —, hace ya medio siglo; el día era, como el de hoy, alegre y luminoso; todo parecía reír y cantar. Tenía mi padre cuarenta años; yo, dieciséis. Yo, además, estaba enamorado. Ya sabe usted que eso es natural a tal edad y bajo un cielo como éste.

—Guido, vamos a pescar *pezzoni* — dijo mi padre.

El *pezzone* es un pez de aletas rosadas, delicado y fino. Se le conoce igualmente con el nombre de pez-coral, porque suele vivir entre el coral, a una gran profundidad. Para atraparlo hay que echar el ancla y cargar de plomo los anzuelos. Es una magnífica pesca, *signor*...

Salimos sin pensar en otra cosa que en nuestra buena suerte. Mi padre era hombre fuerte y diestro pescador, pero había estado enfermo poco tiempo antes; sufría de los pulmones, y tenía los dedos agarrotados por el reuma, enfermedad que acecha continuamente a los pescadores y que hizo presa en él un día muy húmedo de invierno, que había estado trabajando muchas horas.

Este viento, *signor*, que nos acaricia ahora tan suavemente, es malo y traicionero. Viene de la tierra y nos empuja hacia el mar; pero, una vez allí, se acerca sigilosamente a uno y empieza a zarandearlo como si hubiera recibido alguna ofensa. La barca queda a merced suya, bogando en la dirección que él quiere imprimirle, y algunas veces con la quilla hacia arriba y la tripulación chapoteando en el agua. Y todo eso sucede en menos tiempo del que se tarda en decirlo. Antes de que tengáis tiempo de encomendaros a Dios, el torbellino os arrebatara y arrastra. Los bandidos no son tan despiadados como ese viento de los demonios. Claro está que los hombres, por malos que sean, no lo son nunca tanto como los elementos.

Pues bien: fué precisamente ese viento el que nos sorprendió a cuatro millas de la costa, no muy lejos, como usted ve. Nos acometió de súbito, cobarde y traicioneramente.

—¡Alerta, Guido! ¡Ligero, el ancla! — me gritó mi padre, Pero en tanto yo levaba el ancla, el viento le arrebató los remos de las manos y con uno le golpeó en pleno pecho. No podía prestarle ayuda, porque corríamos el peligro de naufragar en cualquier momento, y cuando logró retomar los remos éramos impulsados ya, quién sabe adónde, por una tromba de agua. El viento esparcía las crestas de las olas rociándonos como hacen los curas, pero con mucha mayor violencia. ¡Como que no era precisamente para lavarnos de nuestras culpas!

—¡La cosa es seria, Guido! — me advirtió mi padre al reaccionar.

Y añadió después de mirar hacia la costa:

—Tenemos para rato, hijo mío...

Cuando se tienen pocos años no se repara en los peligros. Traté de remar, hice lo que debe hacerse en el mar cuando el naufragio es inminente, cuando ese viento, que es el aliento del mismo Satanás, empieza a abrírnos mil sepulcros en el abismo y nos entona gratuitamente el *Requiem*.

—No te afanes, Guido — me dijo mi padre con una triste sonrisa, mientras se sacudía el agua que le chorreaba de la cabeza —. ¿Qué puede conseguirse batiendo el agua con unos palillos? Reserva las energías, muchacho. Si no, van a esperarte mucho tiempo en casa...

Precipitábanse las olas unas tras otras sobre nuestra barca, cual niños que jugaran con una pelota, y, saltando por encima de la borda, nos alcanzaban a menudo; remontábanse ululantes sobre nuestras cabezas; empujaban nuestro bote por profundos declives, alzándolo luego hasta la cima de espumantes picachos. Y la costa iba quedando cada vez más distante.

—Guido — habló otra vez mi padre —: es posible que tú puedas llegar vivo a tierra; yo, no. Escúchame...

Y me instruyó en todo cuanto sabía sobre la vida de determinados peces; explicóme dónde, cómo y cuándo era posible pescarlos con mayor facilidad.

—¿No sería mejor, padre, que orásemos? — le interrumpí. Nuestra situación podía compararse a la de dos conejos

cercados por una jauría de mastines con las terribles fauces abiertas...

—Dios es testigo de todo — respondió mi padre —. Él sabe que los hombres, creados para vivir en la tierra, perecen un día u otro en el mar, y que yo, como padre tuyo que soy, tengo el deber de enseñarte lo que te conviene saber. La tierra y los hombres lo que necesitan es trabajo, no rezos. Dios se hace cargo de todo.

Y tras aleccionarme en lo mucho que sabía de su oficio, instruyóme también en los deberes que tenía para con los semejantes.

—Pero, padre — aventuré —, ¿es ésta la ocasión más propicia para hablar de todo eso? En tierra, nunca lo hiciste.

—En tierra, hijo mío, no llegué a sentir la muerte tan cerca como ahora...

El viento seguía bramando como una bestia furiosa, y levantaba y encrespaba las olas en torno nuestro. Teníamos que alzar mucho la voz para oírnos. Mi padre gritaba:

—¡Pórtate siempre como si nadie fuera mejor ni peor que tú! El poderoso y el humilde, el sacerdote y el soldado, no son más ni menos que uno de nosotros.

Jamás, en tierra, me había hablado mi padre de aquel modo. Su semblante mostraba una expresión bondadosa y alegre, pero se me antojó que miraba un poco irónica y recelosamente, como si yo, a sus ojos, no fuera más que un niño. Y eso llegó casi a molestarme en ciertos momentos, porque cuando tenemos pocos años poseemos mucho amor propio.

Con sus palabras me había hecho desear el miedo. Acaso por eso mismo las recuerdo hoy tan claramente...

El anciano pescador hizo una pausa, contempló un instante el mar, sonrió, guiñó un ojo y prosiguió:

—Luego de observar mucho a los hombres, he aprendido, *signor*, que recordar es comprender, y que mientras más se comprende más cosas buenas percibe uno en derredor. ¡Es una gran verdad, *signor*, se lo aseguro!

Paréceme estar viendo aún el rostro mojado de mi padre,

sus ojos profundos, que me escrutaban con cariñosa gravedad. Su mirada me hizo presentir entonces que el día de mi muerte no había llegado todavía. Tenía yo miedo, no voy a negarlo, pero estaba convencido de que no iba a perecer entonces.

Casi huelga añadir que la barca acabó por zozobrar. Nos hallamos ambos en medio de las enfurecidas aguas, entre espumarajos que nos enceguecían, completamente a merced de las gigantescas olas que se precipitaban sobre nosotros unas tras otras, haciéndonos golpear contra la quilla de la embarcación.

Antes de zozobrar habíamos tenido la precaución de atar a los bancos todo lo que pudimos, y nos asimos después a las sogas, con objeto de no ser separados de la barca mientrasuviéramos fuerzas para resistir. Pero resultaba punto menos que imposible mantenerse a flote; más de una vez fuimos los dos violentamente lanzados contra las bandas, lo que nos ocasionó muchas magulladuras. Y lo más grave de todo era que empezábamos a sentir el vértigo; los oídos se nos llenaban de agua y los ojos nos escocían en tal forma, que nos quedamos momentáneamente ciegos, además de sordos.

Durante mucho tiempo, alrededor de siete horas, luchamos denonadamente. De pronto, el viento cambió de dirección y empezamos a ser arrastrados hacia tierra. Lleno de esperanza, exclamé:

—¡Ánimo, padre!

Él también gritó algo, de lo que sólo pude entender dos palabras:

—¡Nos estrellamos!

Hablaba, seguramente, impulsado por el temor a las rocas, pero como nos encontrábamos aún muy lejos de ellas, no presté atención a la advertencia. Mi padre, sin embargo, era más experto que yo y sabía lo que decía. Navegábamos entre dos montañas de agua, asidos a la quilla como dos lapas, zarandeados, maltratados, y sentíamos que las fuerzas nos abandonaban, que los miembros se nos insensibilizaban. Aquello duró mucho... Mas, tan pronto las oscuras prominencias de la orilla se perfilaron cerca, todo sucedió con asombrosa rapidez. La costa parecía naufragar ante nosotros, inclinarse sobre las aguas como si estuviera a punto de derrumbarse encima de nuestras cabezas, y las olas, empenachadas de espuma, empu-

jaban nuestros cuerpos a sus pies. La barca crujió súbitamente, como una nuez bajo una piedra, y fué arrastrada, envuelta en las entrañas de una ola. Vi las aristas de las rocas, filosas, agudas, cortantes como puntas de acero. Vi la cabeza de mi padre, a gran altura, por encima de mí. La vi después entre aquellos dientes diabólicos.

Lo sacaron del agua, dos horas más tarde, con la columna vertebral rota y el cráneo despedazado. La herida era espantosa; parte de la masa encefálica había quedado en el mar, y aun me parece estar viendo los grises fragmentos surcados de venillas bermejas pegados a la piel destrozada, mezclados en la sangre. Tenía el cuerpo horriblemente mutilado. Sólo el rostro había quedado indemne. Con los ojos cerrados, mostraba una extraña expresión de serenidad.

Yo, considerablemente herido también, fuí tendido en la playa a la que las olas nos habían arrojado, cerca de Amalfi, lugar desconocido para mí y habitado por pescadores a quienes no causan mucha sorpresa los accidentes de esta índole. Son, como todo el que vive una existencia plagada constantemente de riesgos, gente buena.

No creo haber atinado a decirle de mi padre todo lo que siento y lo que acerca de él guardo en mi corazón desde hace cincuenta y un años. Para ello tendría que emplear palabras especiales, acaso entonar un cántico; pero nosotros somos gente sencilla, como los peces, y casi nunca acertamos con los términos precisos. Lo que sabemos y lo que sentimos es, por lo general, mucho más de lo que logramos decir.

De lo que acabo de narrarle, lo esencial para mí es que mi padre, frente a la muerte, tuvo valor; no olvidó a su hijo y supo encontrar fuerzas y tiempo para confiarme lo que consideró conveniente. He vivido ya sesenta y siete años, y puedo asegurarle que es verdad todo cuanto me enseñó aquel día.

El viejo pescador quitóse el gorro de punto, rojo en otro tiempo, color ocre a la sazón, y agregó con vivacidad, apretando en una mano la tosca pipa y moviendo despaciosamente la bronceada calva:

—¡ Todo resultó verdad, sí, *signor!* La gente es tal y como uno quiere verla. Contémplesela con benevolencia, y se la hallará buena. Y a ella le ocurrirá, con respecto a uno, otro tanto, si obra en la misma forma. El prójimo y nosotros nos volveremos, así, cada vez mejores. Es muy fácil, *signor*...

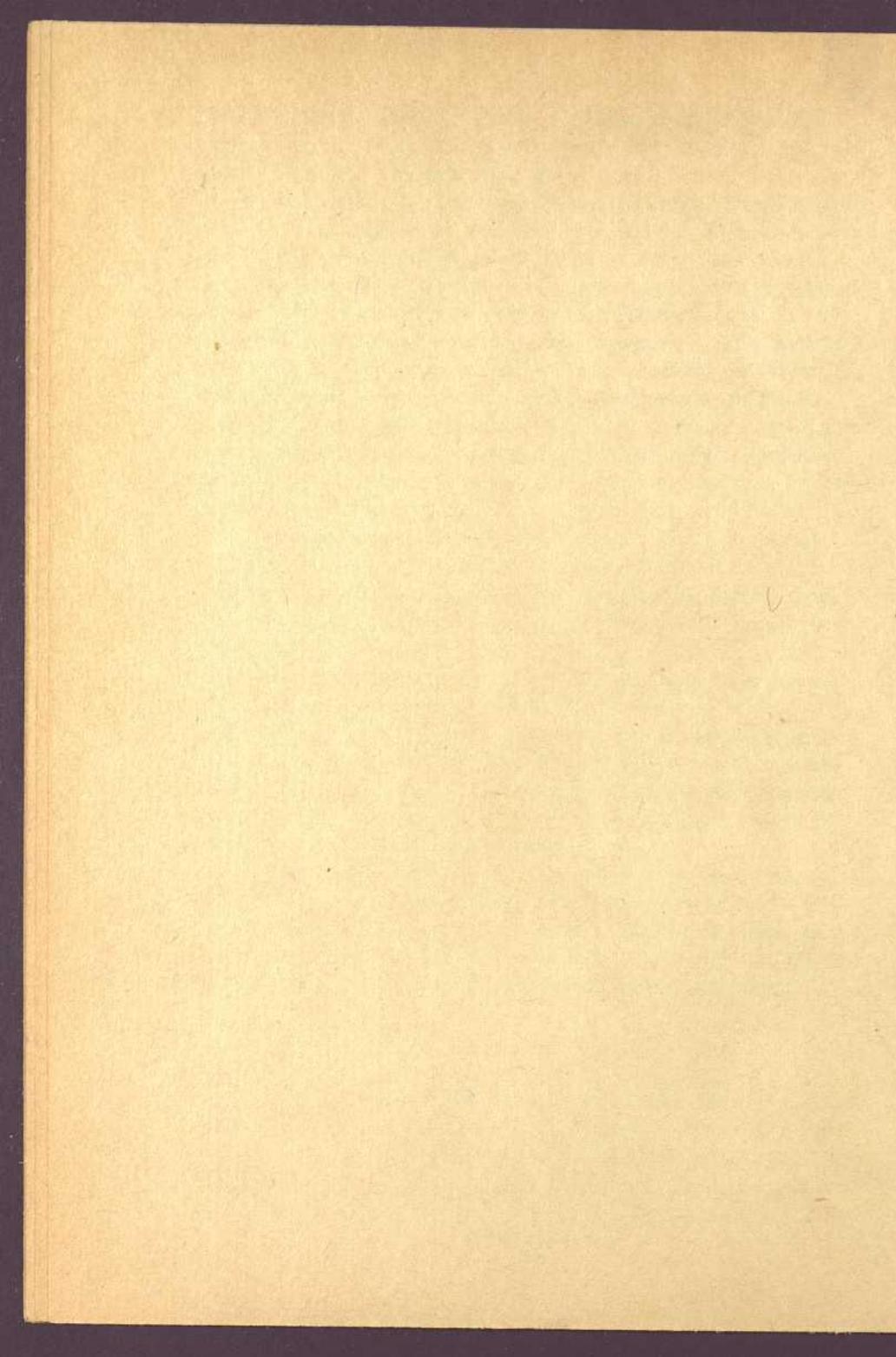
Aumentaba poco a poco la violencia del viento, y las olas encrespábanse paulatinamente. Una bandada de aves, volando a flor de agua, se lanzó mar adentro, con brusca rapidez. Tras la franja azul del horizonte habían desaparecido las velas triangulares de las últimas embarcaciones.

Las accidentadas orillas de la isla parecían recamadas de encajes bajo la caprichosa espuma de las olas.

El agua azul se agitaba tumultuosa, y voluptuosos, incansables, susurraban los cipreses...

MÁXIMO GORKI





L A M A R

POR

RICARDO GUTIÉRREZ

¡LA mar! También hay en ella su alegría, en medio de su sempiterna agitación. Cuando se hienden sus montañas móviles, el espíritu se expande en el infinito, como en su patria propia, y en cada punto del espacio sin límites el alma saturada de sublimidad y de grandeza comprende y siente a Dios. ¡ Con qué majestad tremenda se mecen, caminan y ruedan los cerros de cada ola! Avanzan, siguen y se pierden como hacia una playa desconocida donde el soplo de los huracanes reposa en calma sobre los arenales desiertos.

La ola invade rugiendo, pasa y llena el espacio con su voz enorme, y luego, allá a lo lejos, ya pequeña y débil por la distancia, va siguiendo la multitud infinita, hasta que se borra en la línea del horizonte, donde deja su última palpitación y su último eco como un gemido de vaga y lejana tristeza.

Sobre el mar agitado con ímpetu espantoso, el débil casco parece inmóvil y el cielo en convulsión. ¡ Horror sublime! El horizonte amenaza desplomarse; viene como el mismo huracán; la frente se cree hundida en su masa azul y vaporosa; la extensión desaparece y la mano se tiende para tocar una estrella. Es una ola que surge bajo la quilla estremecida, alzándola sobre su cresta espumosa.

De allí se ve de nuevo el infinito; el cielo huyó y el espacio lo aleja hasta el vértigo de lo inaccesible. Entonces se desciende, ¡ oh!, se desciende como al fondo del mar, hasta que las olas cercanas, hundiéndose en silencio como fantasmas colosales y monstruosos, abren la vista del horizonte, donde el mar se agita en masa, sordamente, como temblando de pavor.

Todas las creaciones de su seno pululan y hierven entre las

aguas azuladas; todas surgen y se abisman; el alga y el pulpo asqueroso, la ballena y el pez volador. Los delfines saltan en líneas curvas siguiéndose en cadena; parecen arcos de rueda fantástica que gira con su eje en el mar.

En la noche, el océano es un mundo como de otra creación, y su grandeza se viste de magia y de delirios. Cada ola que se rompe en todo el espacio líquido parece un volcán de fósforo movible; la estela es una senda tapizada de luceros; su rastro es del color de los fuegos fatuos, y parecen surgir de él, desde la inmensidad profunda, millones de luciérnagas que vuelan en cada gota de agua removida.

El mar, en la línea de su seno repleto, tiene como una conciencia de su poderío: se mueve como todo lo grandioso: con pereza y majestad; hay dignidad en el andar de sus olas centrales. Pero en la costa del arenal africano su empuje supremo es contenido por los diques de tierra. Allí redobla su agitación enorme; y el combate embellece el cuadro con toda la sublimidad del espanto.

Al borde de la tierra, su ola se siente, furiosa, como contenida por una esclavitud de que blasfema; lucha y se despedaza, cubriendo el dique de espuma; parece esgarrar sobre los peñascos, como un insulto. En la mar alta, la ola es noble y tranquila; allí no ruge: canta con su voz tremenda; ¡oh, allí tiene la extensión y la libertad!

¡Sobre la costa el espectáculo es sublime, porque la agitación redobla esa belleza; la estela es más brillante y la fosforescencia de las crestas desgarradas camina y se renueva por toda la inmensidad; hay luz en los abismos y como un volcán de estrellas en cada cumbre!

¡Oh mar de Dios, mar inmenso y sublime, cómo llenas el alma de meditación y de grandezas, mientras tu aliento colosal va rodando como un huracán desmayado sobre tus crestas estre-mecidas! Oigo tu voz enorme que habla en la soledad del infinito. ¿Qué me dices? ¿Por qué me agitas el alma con tus murmullos, que enternecen y espantan?

Cuando sigo el impulso del torbellino de tus olas, siento como que mi conciencia se aniquila y me parece que mi naturaleza entera se funde en la inmensidad de la creación; me encuentro parte de todo y cerca del Señor; siento en mí el latido de la

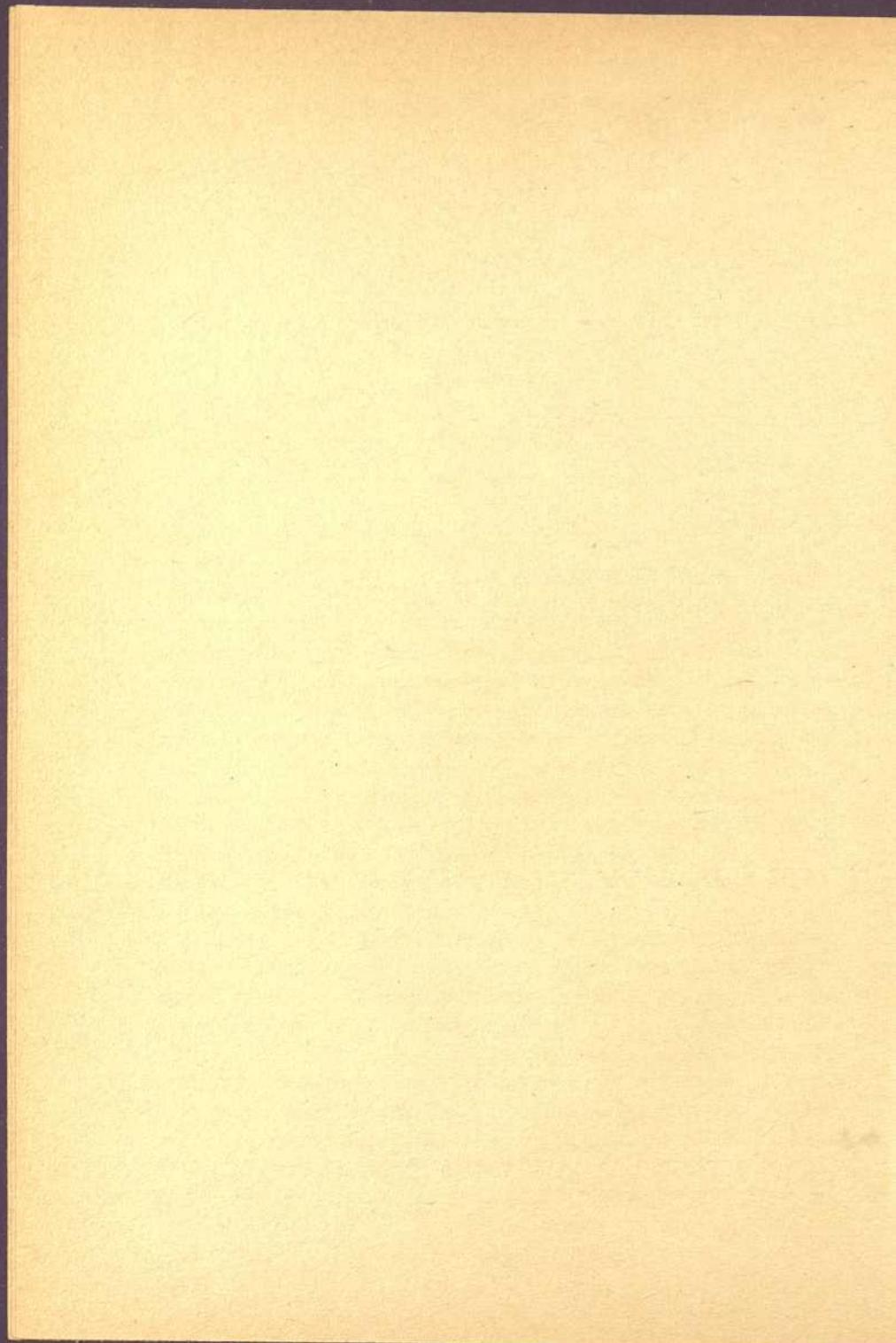
vida universal; ¡amo a las criaturas como hermanos, y si contemplo una estrella del cielo, veo que me sonrío en su luz!

Tu canto lejano es como un coro de todos los recuerdos de la vida; toda su voz amiga tiene un eco en él, mientras que el reflejo de su sonido, repercutiendo en espacios invisibles, parece llamar sin descanso a otro mundo y a otra creación.

Cuando el gran sol relumbra en la bóveda de los cielos, sus rayos se quiebran sobre tus aguas turbulentas y en cada uno de sus átomos revienta un arco iris movable. Y cuando en la tarde su disco maravilloso se oculta tras de la línea del horizonte, como la pupila de un ojo universal que duerme, la mar se entristece y desmaya, las olas ruedan con sigilo, y en medio de una soledad pavorosa, se oye allá a lo lejos el sollozo formidable del océano.

Rueda tus olas enormes, ¡oh mar sublime, mar de Dios que alienta! ¡Muchas veces, en tus horas de calma, me pareces una criatura colosal y viva que pides a Él, con tu voz grandiosa, la paz de los pueblos de la tierra, a quienes unes sobre el globo con tu mano gigante!

RICARDO GUTIÉRREZ



EL CIRUJANO DE A BORDO

FOR

GABRIELE D'ANNUNZIO

EL *trabaccolo* ⁽¹⁾ *Trinitá*, con cargamento de trigo, zarpó hacia la Dalmacia al caer la tarde. Navegó río abajo, por entre las balandras de Ortona ancladas en fila, mientras en la orilla se encendían los fuegos y cantaban los marineros francos de servicio.

Pasó lentamente por la estrecha embocadura y se internó en el mar.

El tiempo era bueno. En el cielo de octubre, la luna asomaba casi a flor de agua, como una bella lámpara rosada. Detrás, las montañas y las colinas tenían formas de mujeres inclinadas. Pasaban volando bandadas de patos salvajes, que se alejaban en silencio.

Los seis hombres y el grumete maniobraron para tomar el viento. Luego, cuando la brisa hubo hinchado las velas, rojas y adornadas con toscas pinturas, los seis tripulantes sentáronse a fumar tranquilamente.

El grumete, a horcajadas sobre la borda, en la proa, empezó a canturrear una canción de su aldea.

Talamonte el mayor, arrojando un largo hilo de saliva y poniéndose nuevamente la pipa en la boca, exclamó:

—Parece que el tiempo va a sostenerse.

Todos miraron mar adentro, y siguieron en silencio. Eran marineros fuertes y endurecidos en las vicisitudes del mar. Habían navegado otras veces hasta las islas dálmatas y hasta Zara, Trieste y Spalato; de modo que conocían bien el camino. Algunos recordaban con agrado el vino de Dignano, que tiene perfume de rosas, y los dulces frutos de las islas.

1. Embarcación característica del Adriático, con dos mástiles, velas trapezoidales y puente.

Patroneaba el *trabaccolo* Ferrante La Selvi. Los dos hermanos Talamonte, Cirú, Massacese y Gialluca, todos nativos de Pescara, formaban la tripulación. Nazareno era el grumete.

Como brillaba la luna, permanecieron en el puente.

Veíanse en el mar muchos balandros dedicados a la pesca. De cuando en cuando pasaba alguno cerca del *trabaccolo*, y los marineros cambiaban saludos y bromas. La pesca parecía abundante. Cuando todas las otras embarcaciones quedaron atrás, Ferrante y los Talamonte descendieron bajo cubierta, para descansar. Massacese y Gialluca siguieron su ejemplo al acabar de fumar. Cirú quedó de guardia. Antes de bajar, Gialluca, mostrando al compañero un lugar en el cuello, le dijo:

—Mira qué tengo aquí.

Massacese miró.

—No es nada —repuso—. No te preocupes.

Era una mancha rojiza semejante a la que produce la picadura de un insecto; tenía en el centro un puntito oscuro.

Gialluca agregó:

—Me duele.

Por la noche cambió el viento y el mar empezó a picarse. El *trabaccolo* empezó a saltar sobre las olas, arrastrado hacia levante, y perdió marcha. Gialluca, en la maniobra, lanzaba de vez en cuando un pequeño grito, porque los movimientos bruscos de la cabeza le producían dolor.

Ferrante La Selvi le preguntó:

—¿Qué tienes?

Gialluca le mostró la mancha a la luz de la luna. Sobre la epidermis había aparecido un pequeño tumor rojizo.

Ferrante lo observó, y dijo a su vez:

—No es nada. No te preocupes.

Gialluca tomó un pañuelo y se lo envolvió alrededor del cuello. Después se puso a fumar.

El *trabaccolo*, sacudido por el oleaje y arrastrado por el viento contrario, derivaba aún hacia levante. El rumor del mar cubría las voces. De cuando en cuando, una ola se estrellaba contra el puente, con sordo ruido.

Hacia la noche calmó la borrasca. La luna reapareció como una cúpula de fuego. Al ceder el viento, el *trabaccolo* perma-

neció casi inmóvil; las velas colgaban flácidas. Sólo de tarde en tarde soplabá una ligera ráfaga.

Gialluca se quejaba de dolor. Sus compañeros, ociosos, empezaron a ocuparse de aquella dolencia. Cada uno sugería un remedio diferente. Cirú, que era el más viejo de todos, se adelantó para proponer un emplasto de miel y harina. Él tenía vagos conocimientos de medicina, porque su mujer ejercía de curandera y practicaba las artes mágicas. Pero faltaban la harina y la miel. La galleta que llevaban a bordo no podía ser eficaz.

Cirú tomó entonces una cebolla y un puñado de trigo; maceró éste, cortó la cebolla, y con las dos cosas compuso un emplasto. Al contacto con aquella masa, Gialluca sintió aumentar el dolor. Transcurrida una hora, se arrancó el vendaje y lo tiró al mar, en un acceso de ira. Para vencer el tormento, se fué al timón y gobernó durante mucho tiempo.

Se había levantado viento, y las velas palpitaban alegremente. En la claridad de la noche, una islita, que debía ser Pelagosa, apareció por lontananza como una nube posada sobre el agua.

Por la mañana, Cirú, que se había propuesto curar la dolencia de su compañero, quiso observar el tumor. La hinchazón habíase dilatado; ocupaba ya gran parte del cuello y tenía una nueva forma y un color más oscuro, que en el centro adquiría un tono violáceo.

—¿Qué es esto? — exclamó perplejo, con un acento que hizo estremecer al enfermo. Y llamó a Ferrante, a los dos Talamonte, a los demás.

Las opiniones fueron diversas. Ferrante imaginó un mal terrible que podía asfixiar a Gialluca. Éste, con los ojos extraordinariamente abiertos, un poco pálido, escuchaba los pronósticos. Y como el cielo estaba cubierto de vapores, y el mar aparecía oscuro y las gaviotas pasaban en bandadas hacia la costa lanzando fuertes chillidos, una especie de terror invadió su alma.

Finalmente, Talamonte el menor sentenció:

—Es una fístula maligna.

—¡Hum! Puede ser . . . — asintieron los otros.

En efecto, al día siguiente la cutícula del tumor fué levantada por un suero sanguinolento y se laceró.

Y todá aquella parte del cuello tomó el aspecto de un nido de avispas, del cual brotaban en abundancia materias purulentas. La inflamación y la supuración aumentaban, se extendían rápidamente.

Gialluca, aterrorizado, invocó a San Roque, que cura las llagas. Le prometió diez libras de cera, veinte libras. Arrodiado en medio del puente, alzaba los brazos al cielo, hacía promesas con gesto solemne, mencionaba a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijitos. Alrededor, los compañeros se persignaban, gravemente, a cada invocación.

Ferrante La Selvi, previendo un fuerte golpe de viento, gritó con su ronca voz una orden, en medio del rumor del oleaje. El *trabaccolo* se inclinó sobre un costado. Massacese, los Talamonte y Cirú se aprestaron a la maniobra. Nazareno trepó dificultosamente por un mástil. Las velas fueron cazadas en un instante; solamente quedaron los dos focos. Y el *trabaccolo*, balanceándose con fuerza, empezó a correr precipitadamente sobre las crestas de las olas.

—¡ San Roque! ¡ San Roque bendito! — gritaba con fervor Gialluca, excitado por el tumulto circundante, doblado sobre las rodillas y las manos para resistir el rolido.

De tanto en tanto, una gruesa ola, más fuerte que las otras, rompíase contra la proa; el agua invadía el puente de un extremo al otro.

—¡ Ve abajo! — gritó Ferrante a Gialluca.

Éste descendió a la bodega. Sentía un calor molesto y una aridez febril por toda la piel; el miedo de su mal le atenazaba el estómago.

Abajo, como la luz era escasa, las formas de las cosas adquirirían extrañas apariencias. Percibíanse los golpes sordos del oleaje contra los costados de la embarcación y los crujidos del maderamen.

Después de media hora, Gialluca reapareció en el puente, demudado como si saliera de un sepulcro. Prefería estar al aire libre, exponerse a las olas bravías, ver a los hombres, respirar el viento.

Ferrante, sorprendido por aquella palidez, le preguntó:

—¿Qué tienes ahora?

Los otros marineros, desde sus puestos, pusieron a dis-

cutir los remedios, en alta voz, casi a gritos, para dominar el fragor de la tormenta. Se animaban. Cada uno tenía su método propio. Discutían con seriedad de doctores.

En su entusiasmo, olvidaban el peligro.

Massacese había visto, dos años antes, a un médico verdadero operar el costado de Giovanni Margadonna, en un caso semejante. El médico cortó, después frotó con unos trozos de madera mojados en un líquido humeante, hasta quemar la llaga. Quitó con una especie de cuchara la carne abrasada, que semejava borra de café. Y Margadonna se salvó.

Massacese repetía, casi exaltado, como un cirujano feroz:

—¡Hay que cortar! ¡Hay que cortar!

Y hacía en el aire, mirando al enfermo, el ademán de cortar.

Cirú fué del parecer de Massacese. Los dos Talamonte también opinaron así. Ferrante La Selvi movía la cabeza. Entonces Cirú hizo la propuesta al paciente.

Gialluca rehusó.

Cirú, en un ímpetu brutal que no pudo refrenar, gritó:

—¡Pues muérete!

Gialluca palideció aún más, y miró a su compañero con los ojos enormemente abiertos, llenos de terror.

Llegaba la noche.

El mar, en la sombra, parecía bramar más fuerte. Las olas resplandecían al pasar bajo la luz esparcida por el farol de proa. La tierra estaba lejana. Los marineros se aferraban a una cuerda para resistir los golpes del mar. Ferrante empuñaba la barra del timón, y de cuando en cuando gritaba en medio de la tempestad:

—¡Baja, Giallú!

Pero Gialluca, por una extraña repugnancia a encontrarse solo, no quería descender, aunque el oleaje lo atormentaba. También él se aferraba a la cuerda, apretando los dientes por causa del dolor. Cuando venía una ola grande, los marineros agachaban la cabeza y lanzaban un grito concorde, semejante a aquel con que suele acompañarse en el trabajo un esfuerzo común.

Al salir la luna de una nube, disminuyó el temor. Pero el mar se mantuvo grueso toda la noche.

Por la mañana, Gialluca, desolado, dijo a sus compañeros:

—¡ Cortad!

Los compañeros se concertaron primero, gravemente: tuvieron una especie de consulta decisiva. Después observaron el tumor, que era igual al puño de un hombre. Todas las aberturas, que antes le daban la apariencia de un nido de avispas o de una criba, formaban ahora una sola.

Massacese dijo:

—¡ Animo! ¡ Adelante!

Él debía ser el cirujano.

Después de probar el temple de las hojas en la uña, escogió el cuchillo de Talamonte el mayor, que había sido afilado poco antes.

Repitió:

—¡ Animo! ¡ Adelante!

Un temblor de impaciencia los sacudía a todos. El enfermo estaba ahora invadido por un sombrío estupor. Fijaba los ojos en el cuchillo, sin decir nada, con la boca entreabierta, las manos pendientes a los costados, como un idiota.

Cirú le hizo sentarse, le quitó el ventaja, chasqueando los labios en esa forma instintiva que suscita la repugnancia. Durante un momento, todos se inclinaron sobre la llaga, en silencio, para mirar.

Massacese dijo:

—Así y así.

E indicó con la punta del cuchillo la dirección de los tajos. Entonces, de golpe, Gialluca rompió a llorar. Todo su cuerpo era sacudido por los sollozos.

—¡ Coraje! ¡ Coraje! — le repetían los marineros, tomándolo de los brazos.

Massacese puso manos a la obra. Al primer contacto de la hoja, Gialluca lanzó un aullido; después, apretando los dientes, dejó escapar así como un mugido sofocado.

Massacese sajava lentamente, pero con seguridad; y, según acostumbraba cuando ponía en algo toda su atención, tenía fuera la punta de la lengua. Como el *trabaccolo* se balanceaba, el corte era desigual; el cuchillo penetraba a veces mucho, a veces poco. Un golpe de mar hizo hundir la hoja en los tejidos sanos.

Gialluca aulló nuevamente, y se debatió ensangrentado, como

una bestia en manos de los carniceros. No quería someterse más.

—¡No, no, no!

—¡Ven aquí! ¡Ven aquí! —le gritaba Massacese, desde atrás, deseoso de proseguir su obra, porque temía que el tajo interrumpido fuese peligroso.

El mar, todavía alborotado, rumoreaba sin cesar. Nubes en forma de tromba surgían del extremo horizonte, y abrazaban el cielo, desierto de pájaros.

En medio de aquel estruendo, bajo aquella luz, una excitación singular se apoderaba de los hombres. Involuntariamente, al luchar con el herido para tenerlo quieto, se enfurecían.

—¡Ven aquí!

Massacese hizo cuatro o cinco incisiones más, rápidamente, al azar. De las heridas brotaba sangre mezclada con materias blanquecinas. Todos se habían manchado con ella, menos Nazareno, que estaba a proa, tembloroso, consternado por la atrocidad del suceso.

Ferrante La Selvi, que veía peligrar la embarcación, dió una orden a gritos:

• —¡Aflojad escotas! ¡Timón a la derecha!

Los dos Talamonte, Massacese y Cirú acudieron a la maniobra. El *trabaccolo* comenzó nuevamente a correr, cabeceando.

A lo lejos se entreveía Lissa. Anchos rayos de sol, escapados de entre las nubes, se proyectaban en las aguas y hacían juegos de colores sobre las olas.

Ferrante quedó en el timón. Los otros marineros volvieron al lado de Gialluca. Había que limpiar las heridas, cauterizarlas, vendar.

El herido era ahora presa de profunda postración. Parecía no comprender ya nada. Miraba a sus compañeros con ojos mortecinos, turbios como los de los animales que están próximos a morir. A intervalos repetía casi para sí:

—¡Me muero! ¡Me muero!

Cirú, con un poco de estopa áspera, pretendía limpiar; pero tenía la mano pesada, irritada la herida.

Obstinado en seguir hasta el final el ejemplo del cirujano de Margadonna, Massacese aguzaba concienzudamente algunos trozos de madera de abeto. Los dos Talamonte se ocupaban



de la brea, porque era brea ardiente lo que habían elegido para quemar la llaga. Pero era imposible encender fuego sobre la cubierta, que a cada paso se anegaba. Los Talamonte descendieron a la sentina.

Massacese le gritó a Cirú:

—¡Lava con agua de mar!

Cirú siguió el consejo. Gialluca, con un quejido continuo, castañeteando los dientes, se sometía a todo. El cuello se había hinchado espantosamente, estaba todo rojo, casi violáceo en algunos puntos. En torno de las incisiones empezaban a aparecer algunas manchas moradas. El enfermo tenía dificultad para respirar, para tragar, y la sed lo torturaba.

—Encomiéndate a San Roque — díjole Massacese, que había terminado de afilar los trozos de madera y esperaba la brea.

Impulsado por el viento, el *trabaccolo* derivaba ahora hacia el norte, hacia Sebenico, perdiendo de vista la isla. Pero, aunque todavía las olas eran fuertes, la borrasca parecía disminuir. El sol estaba en medio del cielo, entre nubes color de herrumbre.

Los dos Talamonte llegaron con una escudilla de barro llena de brea humeante.

Gialluca se arrodilló para renovar las promesas al santo. Todos hicieron la señal de la cruz.

—¡Oh San Roque, sálvame! Te prometo una lámpara de plata, y el aceite para todo el año, y treinta libras de cera. ¡Oh San Roque, sálvame! Tengo mujer e hijos... ¡Piedad! ¡Misericordia, San Roque mío!

Gialluca tenía las manos unidas; hablaba con voz que parecía no ser ya suya. Después volvió a sentarse, y dijo simplemente a Massacese:

—Sigue.

Massacese envolvió un poco de estopa alrededor de los trozos de madera; y a medida que los usaba, hundía uno en la brea ardiente, frotando con ésta la llaga. Para hacer más eficaz y profunda la quemadura, vertió también el líquido en las heridas. Gialluca no profirió un lamento. Los otros se estremecían ante el terrible espectáculo.

Ferrante La Selvi dijo, desde su puesto, sacudiendo la cabeza:

—¡Lo habéis matado!

Los otros llevaron a Gialluca semimuerto bajo cubierta, y lo recostaron sobre una hamaca. Nazareno quedó de guardia, cerca del enfermo. Se oían desde allí las voces guturales de Ferrante, que daba órdenes en la maniobra, y los pasos precipitados de los marineros. Con fuertes crujidos, el *Trinitá* viraba. De pronto, Nazareno advirtió un rumbo por el que entraba agua; llamó. Los marineros descendieron tumultuosamente. Gritaban todos a la vez, procurando reparar el daño con presteza.

Parecía un naufragio.

Gialluca, aunque postrado sin fuerzas y sin ánimo, enderezóse en la hamaca, imaginando que la barca se iba a pique; y se aferró desesperadamente a uno de los Talamonte. Suplicaba como un mujer:

—¡No me dejéis! ¡No me dejéis!

Lo calmaron; recostándolo nuevamente. Él, ahora, tenía miedo; balbuceaba palabras insensatas; lloraba; no quería morir. Como la inflamación, al crecer, le abarcaba todo el cuello y la nuca y se extendía también, poco a poco, por el tronco, y la hinchazón se hacía aún más monstruosa, sentíase estrangular. Abría enormemente la boca para aspirar el aire.

—¡Llevadme arriba! ¡Aquí me falta aire! ¡Aquí me muero!...

Ferrante reclamó a los hombres sobre el puente.

El *trabaccolo*, ahora, dando bordadas, buscaba recuperar distancias. La maniobra era complicada. Ferrante estudiaba el viento y daba las órdenes necesarias, desde el timón. A medida que se acercaba el ocaso, calmábanse las olas.

Después de algún tiempo, Nazareno subió consternado, gritando:

—¡Gialluca se muere! ¡Gialluca se muere!

Los marineros corrieron; y encontraron a su compañero ya muerto en la hamaca, en actitud descompuesta, los ojos abiertos, la cara tumefacta, como un hombre estrangulado.

Talamonte el mayor dijo:

—¿Y ahora?

Los otros callaron, desorientados, frente al cadáver.

Subieron al puente, en silencio.

Talamonte repitió:

—¿Y ahora?

El día se retiraba lentamente de las aguas. En el aire se hacía la calma. Otra vez las velas se aflojaban y la embarcación dejaba de avanzar. La isla de Solta estaba a la vista.

Los marineros, reunidos en popa, hablaban de lo sucedido. Una viva inquietud embargaba todos los ánimos. Massacese estaba pálido y pensativo. Observó:

—¿No dirán que lo hemos hecho morir nosotros? ¿No tendremos que sufrir las consecuencias?

Este temor atormentaba ya el espíritu de aquellos hombres supersticiosos y desconfiados.

Respondieron:

—Es verdad.

Massacese interrogó:

—¿Qué hacemos?

Talamonte el mayor dijo simplemente:

—¿Está muerto? Pues, tirémoslo al mar. Diremos que lo hemos perdido en medio de la tormenta... Seguramente lo creerán.

Los otros asintieron. Llamaron a Nazareno.

—¡Eh, tú! ¡Mudo como un pez!

Y le sellaron el secreto en el alma, con un gesto amenazador.

Después bajaron a buscar el cadáver. La carne del cuello despedía ya un olor nauseabundo; los humores de la supuración goteaban a cada sacudida.

Massacese dijo:

—Metámoslo en una bolsa.

Tomaron una bolsa; pero sólo entraba la mitad del cadáver. Ligaron la bolsa a las rodillas, y las piernas quedaron fuera. Mientras realizaban la fúnebre tarea miraban en torno, instintivamente.

No se veía ninguna vela; el mar, después de la borrasca, estaba ligeramente rizado; la isla de Solta aparecía toda azul en lontananza.

Massacese dijo:

—Poned también una piedra.

Tomaron una piedra del lastre y la ataron a los pies de Gialluca.

—¡Adelante! — exclamó Massacese.

Levantaron el cadáver sobre la borda y lo dejaron deslizar

en el agua. Ésta se cerró sobre él borbollando. El cuerpo, al principio, descendió con una oscilación lenta; y en seguida desapareció.

Los marineros regresaron a popa y esperaron el viento. Fumaban en silencio. Massacese, cada tanto, hacía uno de esos gestos que a veces tienen los hombres meditabundos.

Levantóse el viento. Las velas se hincharon, después de haber palpitado un instante. El *Trinitá* se movió rumbo a Solta. Después de dos horas de buena marcha, pasó el estrecho. La luna iluminaba las orillas. El mar tenía una tranquilidad casi lacustre. Del puerto de Spalato salían dos embarcaciones, que avanzaban hacia el *Trinitá*. Las dos tripulaciones cantaban.

Oyendo la canción, Cirú dijo:

—Son de Pescara.

Y observando las figuras y las cifras de las velas, agregó Ferrante:

—Son los *trabaccoli* de Raimundo Callare.

Los marineros respondieron con grandes clamores. Una de las embarcaciones iba cargada de higos secos, y la otra llevaba borriquillos.

Cuando la segunda de las barcas pasó como a diez metros del *Trinitá*, cambiáronse saludos. Una voz gritó:

—¿Y Giallú? ¿Dónde está Gialluca?

Massacese respondió:

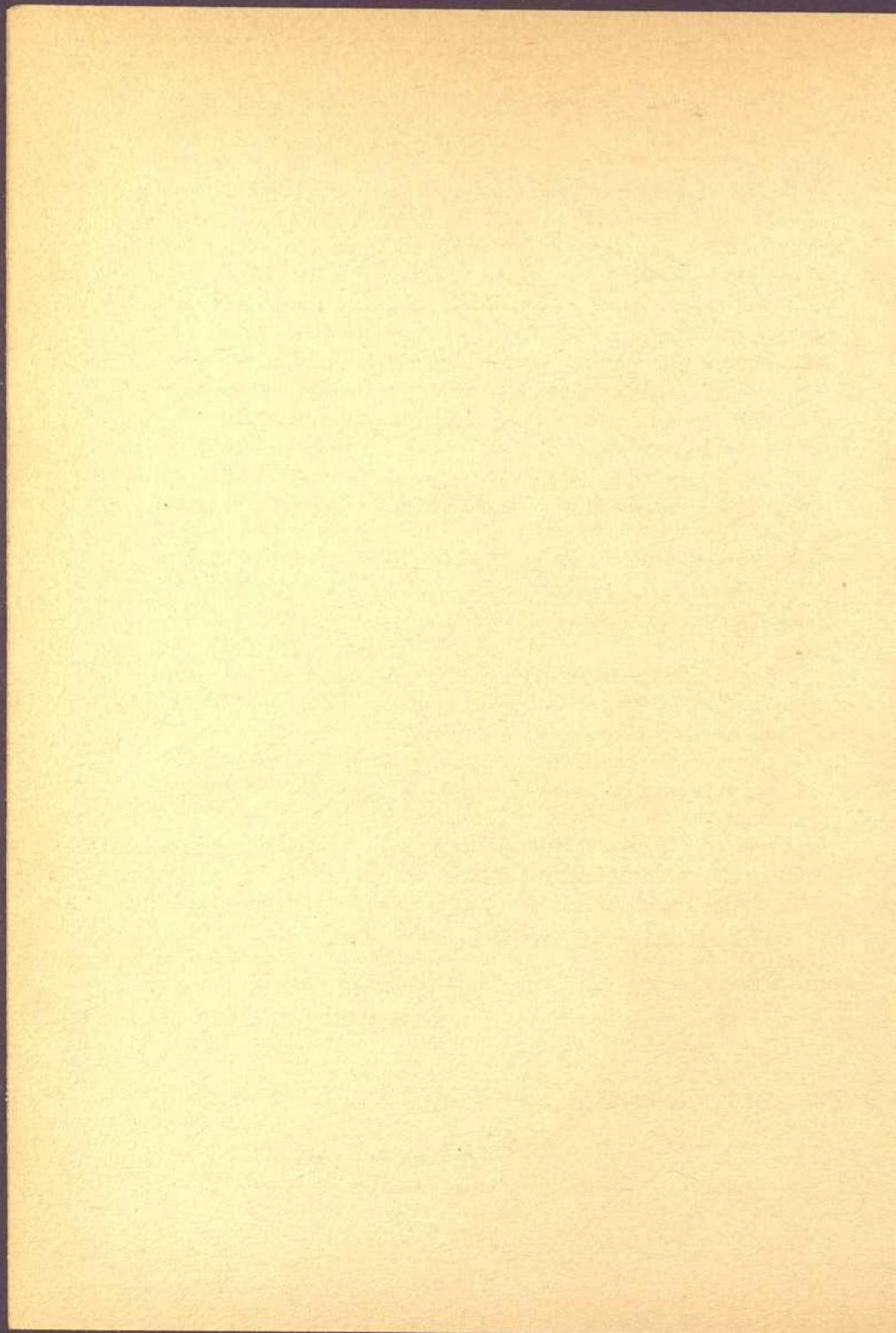
—Lo perdimos en el mar, durante la tormenta. ¡Decídselo a la madre!

Desde a bordo del *trabaccolo* cargado de borriquillos llegaron algunas exclamaciones. Después, adioses.

—¡Adiós! ¡Adiós! ¡Hasta Pescara! ¡Hasta Pescara!

Y, alejándose, las tripulaciones prosiguieron su canción bajo la luna.

GABRIELE D'ANNUNZIO



G A L E R N A

POR

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

TODAVÍA resonaban hacia la calle de la Mar los gritos de *¡apuyáaa! ¡apuyáaa!* con que el *deputao* del Cabildo de Abajo despertaba a los mareantes¹ recorriendo las calles en que habitaban, y aun no habían llegado los más diligentes de ellos a la Zanguina para tomar la parva de aguardiente o el tazón de cascarilla, cuando ya Andrés, dolorido de huesos y harto desmayado de espíritu, salía de los Arcos de Hacha, atravesaba la bocacalle frontera y entraba en el Muelle buscando la Rampa Larga. Eran apenas las cinco de la mañana, y no había otra luz que la tenue claridad del horizonte, precursora del crepúsculo, ni se notaban otros ruidos que el de sus propios pasos, el de las voces de algún muchacho de lancha, o el de los remos que éstos movían sobre los bancos. La negra silueta del aburrido sereno que se retiraba a su hogar dando por terminado su penoso servicio, o el confuso perfil del encogido bracero a quien arrojaba del pobre lecho la dura necesidad de ganarse el incierto desayuno, eran los únicos objetos que la vista percibía en toda la extensión del Muelle, descollando sobre la blanca superficie de su empedrado.

Para los fines de Andrés, aquella madrugada ofrecía mejor aspecto que la noche precedente. Estaba menos enrarecida la atmósfera; se aspiraba un ambiente casi fresco; y aunque en los celajes, sobre la línea del horizonte por donde había de aparecer el sol, se notaban ciertos matices rojos, este detalle, por sí solo, tenía escasísima importancia.

De la misma opinión fué Reñales, en cuya lancha le esperaba ya Andrés, muy impaciente; pues en cada bulto que distinguía sobre el muelle creía ver un emisario de su casa que corría en

1. *Mareante*: perteneciente al gremio de pescadores matriculados.

busca suya. Porque es de advertir, aunque no sea necesario, que su corto sueño sobre el banco de la taberna fué una incesante pesadilla, en la cual vió con todos los detalles de la realidad, las angustias de su madre que clamaba por él y le esperaba sin un instante de sosiego; las inquietudes, los recelos y hasta la ira de su padre, que andaba buscándole inútilmente de calle en calle, de puerta en puerta; y, por último, las conjeturas, los consuelos, los amargos reproches... y hasta las lágrimas entre los dos. Este soñado cuadro no se borró de su imaginación después de despertar. Le atormentaba el espíritu y robaba las fuerzas a su cuerpo, pero el plan estaba trazado; era conveniente, y había que realizarle a toda costa.

Al fin se oyó en el muelle un rumor de voces ásperas y de pisadas recias; llegó a la Rampa un tropel de pescadores cargados con sus artes, su comida, sus ropas de agua, y muchos de ellos con una buena porción del aparejo de la lancha; y vió complacidísimo Andrés cómo la de Reñales quedó en breves momentos aparejada y completa de tripulantes.

Armáronse los remos; arrimóse al suyo, a popa y de pie, el patrón para gobernar; desatracóse la lancha; recibió el primer empuje de sus catorce remeros; púsose rumbo afuera, y comenzó su quilla sutil a rasgar la estirada, quieta y brillante superficie de la bahía. Pero por diligente que anduvo, otras la precedían, del mismo Cabildo y del de Arriba; y cuando llegó a la altura de la Fuente Santa, dejaba por la popa la barquilla¹ de Mocejón, en la cual vió Andrés a Cleto, cuya triste mirada por único saludo, agitó en su memoria los mal apaciguados recuerdos del suceso de la víspera, causa de aquella su descabellada aventura.

La luz del crepúsculo comenzaba entonces a dibujar los perfiles de todos los términos de lo que antes era, por la banda de estribor, confuso borrón, negra y prolongada masa, desde el cabo Quintres hasta el monte de Cabarga; apreciábase el reflejo de la costa de San Martín en el cristal de las aguas que hendía la esbelta embarcación, y en las praderas y sembrados cercanos renacía el ordenado movimiento de la vida campestre, la más apartada de las batallas del mundo. A la derecha, ro-

1. Embarcación pesquera pequeña, de cuatro remos por banda, a lo sumo.

jeaban los arenales de las Quebrantas, arrebujaados en lo alto con el verdoso capuz del cerro que sostenían, y hundiendo sus pies bajo las ondas mansísimas con que el mar, su cómplice alevoso, se los besaba, entre blandos arrullos, a la vez que los cubría. Parecían dos tigres jugueteando, en espera de una víctima de su insaciable voracidad.

No sé si Andrés, sentado a popa cerca del patrón, aunque miraba silencioso a todas partes, veía y apreciaba de semejante modo los detalles del panorama que iba desenvolviéndose ante él; pero está fuera de duda que no ponía los ojos en un cuadro de aquéllos, sin sentir enconadas las heridas de su corazón y recrudescida la batalla de sus pensamientos. Por eso anhelaba salir cuanto antes de aquellas costas tan conocidas y de aquellos sitios que le recordaban tantas horas de regocijo sin amargores en el espíritu ni espinas en la conciencia; y por ello vió con gusto que, para aprovechar el fresco terral que comenzaba a sentirse, se izaban las velas, con lo que se imprimía doblado impulso al andar de la lancha.

Con la cabeza entre las manos, cerrados los ojos y atento el oído al sordo rumor de la estela, llegó hasta la Punta del puerto, y abocó a la garganta sombría que forman el peñasco de Mouro y la costa de acá; y sin moverse de aquella postura, alabó a Dios desde lo más hondo de su corazón, cuando Reñales, descubriéndose la cabeza, lo ordenó así con fervoroso mandato; porque allí empezaba la tremenda región preñada de negros misterios, entre los cuales no hay instante seguro para la vida; y sólo cuando los balances y cabeceos de la lancha le hicieron comprender que estaba bien afuera de la barra, enderezó el cuerpo, abrió los ojos y se atrevió a mirar, no hacia la tierra, donde quedaban las raíces de su pesadumbre, sino al horizonte sin límites, al inmenso desierto, en cuya inquieta superficie comenzaban a chisporrotear los primeros rayos del sol, que surgía de los abismos entre una extensa aureola de arrebolados crespones. Por allí, por allí se iba a la soledad y al silencio imponente de las grandes maravillas de Dios, y al olvido absoluto de las miserables rencillas de la tierra, y hacia allí quería él alejarse volando; y por eso le parecía que la lancha andaba poco, y deseaba que la brisa que henchía sus velas se trocara súbitamente en huracán desatado.

Pero la lancha, desdeñando las impacencias del fogoso muchacho, andaba su camino honradamente, corriendo lo necesario para llegar a tiempo al punto adonde la dirigía su patrón. El cual llamó de pronto la atención de Andrés para decirle:

—Mire usted que *manjúa*¹ de sardinas.

Y le apuntaba hacia una extensa mancha oscura, sobre la cual revoloteaba una nube de gaviotas. Por estas señales se conocía la *manjúa*. Después añadió:

—Buen negocio pa las barquías que hayan salido a eso. Cuando yo venga a sardinas, me saltarán las merluzas a bordo. Suerte de los hombres.

Y la lancha siguió avanzando mar adentro, mientras la mayor parte de sus ociosos tripulantes dormían sobre el panel; y cuando Andrés se resolvió a mirar hacia la costa, no pudo reconocer un solo punto de ella, porque sus ojos inexpertos no veían más que una estrecha faja parduzca, sobre la cual se alzaba un monigote blanquecino, que era el faro de Cabo Mayor, por lo que el patrón le dijo.

Y aun seguía alejándose la lancha hacia el noroeste, sin la menor sorpresa de Andrés; pues aunque nunca había salido tan afuera, sabía por demás que para la pesca de la merluza suelen alejarse las lanchas quince y dieciocho millas del puerto; y cuando se trata del bonito, hasta doce o catorce leguas; por lo cual van provistas de compás para orientarse a la vuelta.

A medida que la esbelta y frágil embarcación avanzaba en su derrotero, iba Andrés esparciendo las brumas de su imaginación y haciéndose más locuaz. Contadísimas fueron las palabras que había cambiado con el patrón desde su salida de la Rampa Larga; pero en cuanto se vió tan alejado de la costa, no callaba un momento. Preguntaba, no sólo cuanto deseaba saber, sino lo que, de puro sabido, tenía ya olvidado: sobre los sitios, sobre los aparejos, sobre las épocas, sobre las ventajas y sobre los riesgos. Averiguó también a cuántos y a quiénes de los pescadores que iban allí había alcanzado la leva; y supo que a tres, uno de ellos su amigo Cole, que era de los que a la sazón dormían bien descuidados. Y lamentó la suerte de aquellos mareantes; y hasta discurrió largo y tendido sobre si esa

1. *Manjúa*: cardume. Multitud de peces que siguen, agrupados, una misma dirección.

carga que pesaba sobre el gremio era más o menos arreglada a justicia, y si se podía o no se podía imponer en otras condiciones menos duras; y hasta apuntó unas pocas por ejemplo. ¡Quién sabe de cuántas cosas habló!

Y hablando, hablando de todo lo imaginable, llegó el patrón a mandar que se arriaran las velas, y la lancha a su paradero.

Mientras el aparejo de ellas se arreglaba, se disponían los de pesca y se ataban las *lascas*¹ sobre los careles, Andrés paseó una mirada en derredor, y la detuvo largo rato sobre lo que había dejado atrás. Todo aquel extensísimo espacio estaba salpicado de puntitos negros, que aparecían y desaparecían a cada instante en los lomos o en los pliegues de las ondas. Los más cercanos a la costa eran las barquías, que nunca se alejaban del puerto más de tres o cuatro millas.

—Aquellas otras lanchas — le decía Reñales, respondiendo a algunas de sus preguntas, y trazando en el aire con la mano, al propio tiempo, un arco bastante extenso — están a besugo. Estas primeras, en el *Miguelillo*; las de allí, en el *Betún*; y estas de acá, en el *Laurel*. Ya usted sabe que éstos son los mejores *placeres* o sitios de pesca pa el besugo.

Andrés lo sabía muy bien por haber llegado una vez hasta uno de ellos, pero no por haber visto tan de lejos y tan bien marcados a los tres.

De las lanchas de merluza, con estar tan afuera, la de Reñales era la menos alejada de la costa. Apenas la distinguían los ojos de Andrés; pero los del patrón y los de todos los tripulantes hubieran visto volar una gaviota encima de Cabo Menor.

Al ver largar los cordeles por las dos bandas después de bien encarnados los anzuelos en sus respectivas sotilezas de alambre, Andrés se puso de codos sobre el carel de estribor, con los ojos fijos en el aparejo más próximo, que sostenía en su mano el pescador después de haberle apoyado sobre la redondeada y fina superficie de la lasca, para no estropear la cuerda con el roce del áspero carel al ser halada para adentro con la merluza trabada. Pasó un buen rato, bastante rato, sin que en ninguno de los aparejos se notara la más leve sacudida. De pronto gritó Cole desde proa:

1. Trozo de madera de redondeada superficie sobre el que se arrastra el aparejo de pescar.



—¡Alabado sea Dios!

Ésta era la señal de la primera mordedura. En seguida, halando Cole de la cuerda y recogiendo medias brazas precipitadamente, pero no sin verdaderos esfuerzos de puño, embarcó en la lancha una merluza, que a Andrés, por no haberlas visto pescar nunca, le pareció un tiburón descomunal. El impresionante mozo palmoteaba de entusiasmo. Momentos después veía embarcar otra, y luego otra, y en seguida otras dos; y tanto le enardecía el espectáculo, que solicitó la merced de que le cedieran una cuerda para probar fortuna con ella. Y la tuvo cumplida, pues no tardó medio minuto en sentir trabada en su anzuelo una merluza. ¡Pero al embarcarla fué ella! Hubiera jurado que tiraban de la cuerda hacia el fondo del mar cetáceos colosales, y que le querían hundir a él, y a la lancha y a cuantos estaban dentro de ella.

—¡Que se me va . . . , y que nos lleva! — gritaba el iluso, tira que tira del cordel. Echóse a reír la gente al verle en tal apuro; acercósele un marinero; y, colocando el aparejo como era debido, demostróle prácticamente que, sabiendo halar, se embarca sin dificultad un ballenato, cuanto más una merluza de las medianas, como aquélla.

—Pues ahora lo veremos — dijo Andrés, nervioso de emoción, volviendo a largar su cordel.

¡Ni pizca se acordaba entonces de las negras aventuras que a aquellas andanzas le habían arrastrado!

Indudablemente estaba dotado por la naturaleza de excepcionales aptitudes para aquel oficio y cuanto con él se relacionara. Desde la segunda vez que arrojó su cuerda a los abismos del mar, ninguno de los compañeros de la lancha le aventajó en destreza para embarcar pronto y bien una merluza.

Lo peor fué que dieron éstas de repente en la gracia de no acudir al cebo que se les ofrecía en sus tranquilas profundidades o de largarse a merodear en otras más de su gusto; y se perdieron las restantes horas de la mañana en inútiles tentativas y sondeos. Se habló, en vista de ello, de salir más afuera todavía, o, como se dice en la jerga del oficio, de hacer otra *impuesta*.

—No está hoy el jardín pa flores — dijo Reñales reconociendo los horizontes —. Vamos a comer en paz y en gracia de Dios.

Entonces cayó Andrés en la cuenta de que, al salir de la Zanguina, no se había acordado de proveerse de un mal zoquete de pan. Felizmente no le atormentaba el hambre; y con algo de lo que le fueron ofreciendo de los fiambres que llevaban en sus cestos los pescadores, y un buen trago de agua de la del barrilito que iba a bordo, entretuvo las escasas necesidades de su estómago.

La brisa, entretanto, iba encalmándose mucho; por el horizonte del norte se extendía un celaje terso y plumizo, que entre el este y el sur se descomponía en grandes fajas irregulares de azul intenso, estampadas en un fondo anaranjado brillantísimo; sobre los Urrieles, o Picos de Europa, se amontonaban enormes cordilleras de nubarrones; y el sol en lo más alto de su carrera, cuando no hallaba su luz estorbos en el espacio, calentaba con ella bastante más de lo regular. Los celadores de las lanchas más internadas en el mar, tenían hecha la señal de *precaución*, con el remo alzado en la bagra; pero en ninguno de ellos ondeaba la bandera que indica *recoger*.

Reñales estaba tan atento a aquellos celajes y estos signos, como a las tajadas que con los dedos de su diestra se llevaba a la boca de vez en cuando; pero sus compañeros, aunque tampoco los perdían de vista, no parecían darles tanta importancia como él.

Andrés le preguntó qué opinaba de todo ello.

—Que me gusta muy poco cuando estoy lejos del puerto...

De pronto, señalando hacia Cabo Mayor, dijo, poniéndose de pie:

—Mirad, muchachos, lo que nos cuenta Falagán.

Entonces Andrés, fijándose mucho en lo que indicaban los pescadores que estaban más cerca de él, vió tres humaredas que se alzaban sobre el cabo. Era la señal de que el sur arreciaba mucho en bahía. Dos humaredas solas hubieran significado que la mar rompía en la costa.

Malo es el sur desencadenado para tomarlo las lanchas a la vela; pero es más temible que por eso, por lo que suele traer de improviso: el galernazo, o sea la virazón repentina al noroeste.

De estos riesgos trataba de huir Reñales tomando cuanto antes la vuelta al puerto. Mirando hacia él, vió que las barquías estaban embocándole ya, y que las lanchas besugueras trataban

de hacer lo mismo. Sin pérdida de un instante, mandó izar las velas; y como el viento era escaso, se armaron también los remos. Todas las lanchas de altura imitaron su ejemplo.

Andrés no era aprensivo en trances como aquél; y por no serlo, se admiraba no poco al observar que según iba acercándose a la costa se complacía tanto en ello como horas antes en alejarse. Y observaba más: observaba que ya no le parecían tan grandes, tan terribles, tan insuperables aquellas tormentas que le habían arrebatado de su casa, y hecho pasar una noche de perros en un rincón de la Zanguina; que bien pudo haber sido un poco menos terco con su padre, y, con ello sólo, se hubiera ahorrado la mala noche y todo lo que a ella siguió, incluso la aventura en que se encontraba, la cual, aunque le había recreado grandemente, le dejaba el amargor de su motivo . . . , y por último, que le inquietaba bastante el poco andar de la lancha. Y con observar todo esto, y con asombrarse de ello, y con no apartar sus ojos de la nublada faz de Reñales, sino para llevarlos a las no muy alegres de sus compañeros, o hacia los peñascos, cada vez más perceptibles, de la costa, no caía en la cuenta de que todo aquel milagro era obra de un inconsciente apego a la propia pelleja, amenazada de un grave riesgo que se leía bien claro en la actitud recelosa de aquellos hombres tan avezados a los peligros del mar.

Pasó así más de una hora, sin que en la lancha se oyeran otros rumores que el crujir de los estrobos, las acompasadas caídas de los remos en el agua, y el ardiente respirar de los hombres que ayudaban con su fatiga a las lonas a medio henchir. A ratos era el aire algo más fresco, y entonces descansaban los remeros. En los celajes no se notaba alteración de importancia. Por la popa y por la proa se veían las lanchas que llevaban el mismo derrotero que la de Reñales.

Todo iba, pues, lo mejor de lo posible, y así continuó durante otra media hora; y llegó Andrés a reconocer bien distintamente, sin el auxilio de ojos extraños, los Urros de Liencres, y luego los acantilados de la Virgen del Mar.

De pronto percibieron sus oídos un pavoroso rumor lejano, como si trenes gigantescos de batalla rodaran sobre suelos abovedados; sintió en su cara la impresión de una ráfaga húmeda y fría, y observó que el sol se oscurecía y que sobre la mar

avanzaban, por el noroeste, grandes manchas rizadas, de un verde casi negro. Al mismo tiempo gritaba Reñales:

—¡Abajo esas mayores!... ¡El tallaviento solo!

Y Andrés, helado de espanto, vió a aquellos hombres tan valerosos, abandonar los remos y lanzarse, descoloridos y acelerados, a cumplir los mandatos del patrón. Un solo instante de retardo en la maniobra, hubiera ocasionado la pérdida de todos; porque apenas quedó izado el tallaviento, una racha furiosa, cargada de lluvia, se estrelló contra la vela, y con su empuje envolvió a la lancha en rugientes torbellinos. Una bruma densísima cubrió los horizontes, y la línea de la costa, mejor que verse, se adivinaba por el fragor de las mareas que la batían, y el hervor de la espuma que la asaltaba por todas sus asperezas.

Cuanto podía abarcar entonces la vista en derredor, era un espantoso resalsero de olas que se perseguían en desatentada carrera, y se azotaban con sus blancas crines sacudidas por el viento. Correr delante de aquella furia desatada, sin dejarse asaltar de ella, era el único medio, ya que no de salvarse, de intentarlo siquiera. Pero el intento no era fácil, porque solamente la vela podía dar el empuje necesario, y la lancha no resistiría sin zozobrar ni la escasa lona que llevaba en el centro.

Andrés lo sabía muy bien; y al observar cómo crujía el palo en su carlinga, y se ceñía como una vara de mimbre, y crepitaba la vela, y zambullía la lancha su cabeza, y tumbaba después sobre un costado, y la mar la embestía por todas partes, no preguntó siquiera por qué el patrón mandó arriar el tallaviento y armar *la unción* en el castillete de proa. Más que lo que la maniobra significaba en aquel momento angustioso, heló la sangre en el corazón de Andrés el nombre terrible de aquel angosto lienzo desplegado a la mitad de un palo muy corto. ¡*La unción!* Es decir, entre la vida y la muerte.

Por fortuna, la lancha la resistió mejor que el tallaviento; y con su ayuda volaba entre el bullir de las olas. Pero éstas engrosaban a medida que el huracán las revolvió; y el peligro de que rompieran sobre la débil embarcación, crecía por instantes. Para evitarlo, se agotaban todos los medios humanos. Se arrojaron por la popa los hígados del pescado que iba a bordo, y se extendió por el mismo lado el tallaviento flotante.

Se conseguía algo, pero muy poco, con estos recursos . . . ¡Huir, huir por delante! . . . Esto sólo, o resignarse a perecer.

Y la lancha seguía encaramándose en las crestas espumosas, y cayendo en los abismos, y volviendo a erguirse animosa para caer en seguida en otra sima más profunda, y ganando siempre terreno, y procurando, al huir, no presentar a las mares el costado.

A Andrés le parecían siglos los minutos que llevaba corridos en aquel trance espantoso, tan nuevo para él: y comenzaba a aturdirse y a desorientarse entre el estruendo que le ensordecía; la blancura y movilidad de las aguas, que le deslumbraban; la furia del viento que azotaba su rostro con manojos de espesa lluvia; los saltos vertiginosos de la lancha, y la visión de su sepultura entre los pliegues de aquel abismo sin límites. Sus ropas estaban empapadas en el agua de la lluvia y la muy amarga que descendía sobre él después de haber sido lanzada al espacio, como densa humareda, por el choque de las olas; flotaban al aire sus cabellos goteando, y comenzaba a tiritar de frío. Ni intentaba siquiera desplegar sus labios con una sola pregunta. ¿Para qué esta inútil tentativa? ¿No lo llenaban todo, no respondían a todo cuanto pudiera preguntar allí la mísera voz humana, los bramidos de la galerna?

Así pasó largo rato mirando maquinalmente cómo sus compañeros de martirio, con el ansia de la desesperación unas veces, y otras con la serenidad de los corazones impávidos, desalojaban con cuantos útiles servían para ello, el agua que embarcaba en la lancha algún maretazo que la alcanzaba por la popa, o movían el aparejo a una señal del patrón, en un instante de respiro.

El exceso mismo del horror, suspendiendo el ánimo de Andrés, fué predisponiendo su discurso a la actividad regularizada y a la coordinación de las ideas, aunque en una órbita algo extraña a las condiciones de un espíritu constituido como el suyo. Por ejemplo: no discurrió sobre las probabilidades que tenía de salvarse. Para él era ya cosa indiscutible y resuelta el morir allí. Pero le preocupó mucho la clase de muerte que le esperaba; y analizó el fatal suceso momento por momento y detalle por detalle. Del minucioso análisis dedujo que su propio cuerpo, arrojado de pronto en aquel infierno rugiente, en la

escala de una proporción rigurosa, representaba mucho menos que el átomo que cae en las fauces de un tigre con el aire que éste aspira en un bostezo. Pero, ¿cabía imaginar un desamparo, una soledad, un desconsuelo más espantosos en derredor de un hombre para morir? En seguida pasaron por su memoria, en triste desfile, los mártires que él recordaba de la numerosa legión de héroes, a la cual pertenecían los desventurados que le rodeaban, destinados quizá a desaparecer también, de un momento a otro, en aquel horrible cementerio. Y los vió, uno por uno, luchar brevísimos instantes con las fuerzas de la desesperación, contra el inmenso poder de los elementos desencadenados; hundirse en los abismos; reaparecer con el espanto en los ojos y la muerte en el corazón, y volver a sumergirse para no salir ya sino como informe despojo de un gran desastre, flotando entre los pliegues de las olas y arrastrados al capricho de la tempestad.

Y viéndolos a todos así, llegó a ver a Mules; y viendo a Mules, se acordó de su hija; y acordándose de su hija, por una lógica asociación de ideas llegó a pensar en todo lo que le había pasado y fué causa de que él se viera en el riesgo en que se veía. Y entonces, a la luz que sólo perciben los ojos humanos en las fronteras de la muerte, estimó en su verdadera importancia aquellos sucesos; y se avergonzó de sus ligerezas, de su insensatez, de sus ingratitudes, de su última locura, causa, quizá, de la desesperación de sus padres; y volvió su mortal naturaleza a reclamar sus derechos; y amó la vida; y le espantaron de nuevo los peligros que corría en aquel instante; y temió que Dios hubiera dispuesto arrancársela de aquel modo, en castigo de su pecado.

Temblaba de horror; y cada crujido del fúnebre aparejo, cada estremecimiento de la lancha, cada maretazo que la alcanzaba, le parecía la señal del último desastre. Para colmo de angustias, vió de pronto, por su banda, flotar un remo entre las espumas alborotadas; y en seguida otros dos. También lo vieron los contristados pescadores. Y vieron más a los pocos momentos: vieron una masa negra dando tumbos entre las olas. Era una lancha perdida. ¿De quién? ¿Y sus hombres? Estas preguntas leía Andrés en las caras lívidas de sus compañeros. Notó que, puestos de rodillas y elevando los ojos al cielo,

hacían la promesa de ir al día siguiente, descalzos y cargados con los remos y las velas, a oír una misa a la Virgen, si Dios obraba el milagro de salvarles la vida en aquel riesgo terrible. Andrés elevó al cielo la misma oferta desde el fondo de su corazón cristiano.

Por obra de esta nueva impresión, le asaltó otro pensamiento que impregnó de amargura su alma generosa. Si él salía vivo de allí, en su mano estaba no volver a exponerse a tales riesgos; pero los infelices que le acompañaban, aunque con él se salvaran entonces, ¿no sentirían amargado el placer de salvarse con los recelos de perecer a la hora menos pensada en otra convulsión de la mar, tan repentina y espantosa como aquélla? ¡Desdichado oficio que tales quiebras tenía! Y fué reparando, uno por uno, en todos los pescadores de la lancha. De todo había allí; desde el mozo imberbe hasta el viejo encanecido; y todos parecían más resignados que él; y, sin embargo, cada una de aquellas vidas era más necesaria en el mundo que la suya. Esta consideración, hiriéndole la fibra del amor propio, infundió algún calor a su ánimo abatido.

Y la tempestad seguía desenfrenada, y la lancha corriendo, loca y medio anegada ya, delante de ella. En uno de sus bandazos, estuvo su carel a medio palmo de un bulto que se mecía entre dos aguas, dejando flotantes sobre ellas espesos manojos de una cabellera cerdosa.

—¡Muergo! — gritó Reñales, queriendo, al mismo tiempo, apoderarse del cadáver con una de sus manos.

Andrés sintió que el frío de la muerte le invadía otra vez el corazón; que la vida iba a faltarle; y sólo un acontecimiento como el ocurrido allí en el mismo instante, pudo rehacer sus fuerzas aniquiladas.

Y fué que Reñales, por coincidir su movimiento con un recio balance de la lancha, perdió el equilibrio y cayó sobre el costado derecho, dándose un golpe en la cabeza contra el carel. Sin gobierno la lancha, atravesóse a la mar; saltó hecho astillas el palo, y arrebató el viento la vela. Andrés entonces, comprendiendo la gravedad del nuevo peligro:

—¡A los remos! — gritó a los consternados pescadores, lanzándose él al de popa, abandonado por Reñales al caer, y poniendo la lancha en rumbo conveniente, con una destreza

y una agilidad tan oportunas, como buenas, que fueron la salvación de todos.

Pasaban entonces por delante de Cabo Menor, sobre cuyas espaldas de roca avanzaban las mares para despeñarse al otro lado en bramadora cascada. Desde allí, o mejor dicho, desde Cabo Mayor, a la boca del puerto, y siguiendo por el islote de Mouro hasta el Cabo Quintres y el de Ajo, toda la costa era una sola cenefa de mugidoras espumas que hervían y trepaban, y se asían a los acantilados, y volvían a caer para intentar de nuevo el asalto, al empuje inconcebible de aquellas montañas líquidas que iban a estrellarse furiosas, sin punto de sosiego, contra las incommovibles barreras.

Andrés, empuñando su remo; clavados sus pies, más que asentados, en el panel de la lancha; luchando y viendo luchar a sus valerosos compañeros, con esfuerzo sobrehumano, contra la muerte que los amenazaba por todas partes, comenzaba a sentir la sublimidad de tantos horrores juntos, y alababa a Dios delante de aquel pavoroso testimonio de su grandeza.

A todo esto, Reñales no movía pie ni mano; y Cole, que achicaba el agua sin cesar con otro compañero, a una señal de Andrés, que estaba en todo, suspendió su importantísimo trabajo y acudió a levantar al patrón, que había quedado aturrido con el golpe y sangraba copiosamente por la herida que se había causado en la cabeza. Atendiósele lo menos mal que se pudo en tan apurada situación; y con ello fué reanimándose poco a poco, hasta que intentó volver a su puesto, cuando la lancha, cruzando como un rayo por delante del Sardinero, llegaba enfrente de la Caleta del Caballo. Pero en aquellos instantes, además de la serenidad y de la inteligencia, se necesitaba fuerza no común para gobernar; y a Reñales le faltaba esta última condición tan importante, al paso que Andrés, en el última condición tan importante, al paso que Andrés, en el punto en que se hallaba de la costa, las reunía todas sobradamente.

—Pues ¡adelante! —le dijo el patrón acurrucándose en el panel, porque su cabeza dolorida no podía resistir los azotes de la tempestad —, ¡y que se cumpla la voluntad de Dios!

¡Adelante! Adelante era acometer al puerto; es decir, jugar la vida en el último y más imponente azar; porque el puerto estaba cerrado por una serie de murallas, de olas enormes, que,

al llegar al angosto boquete y sentirse oprimidas allí, parte de cada una de ellas asaltaba y envolvía el escueto peñasco de Mouro, y el resto se lanzaba a la oscura gola, y la henchía, y alzaba sus espaldas colosales para caber mejor; y a su paso retemblaban los ingentes muros de granito. Pero ¿cómo huir del puerto? ¿Adónde tirar en busca de un refugio? ¿No era un milagro cada instante que pasaba sin que la lancha zozobrase en el horrible camino que traía?

Lo menos malo de aquella situación era que iba a resolverse muy pronto; y esta convicción se leía bien claramente en las caras de los tripulantes, fijas en la de Andrés e inmóviles, como si de repente se hubieran petrificado todas a la vez, por obra de un mismo pensamiento.

—Ya lo sabe usted, don Andrés —dijo Reñales a éste—; enfilando por la proa el alto de Rubayo y el Codío de Solares, es media barra justa.

—Cierto —respondió amargamente Andrés, sin apartar los ojos de la boca del puerto, ni sus manos del remo con que gobernaba—; pero cuando no se ven ni el Codío de Solares ni el alto de Rubayo, como ahora, ¿qué se hace, Reñales?

—Entrar por onde se pueda —respondió el patrón, después de una breve pausa, y devorando con los ojos el horrible atolladero, que no distaba ya dos cables de la lancha.

Hasta entonces, todo lo que fuera correr delante del temporal era acercarse a la salvación; pero desde aquel momento podía ser tan peligroso el avance rápido como la detención involuntaria; porque la lancha se hallaba entre el huracán que la impelía y el boquete que debía asaltarse en ocasión en que las mares no rompieran en él.

Andrés, que no lo ignoraba, parecía una estatua de piedra con ojos de fuego; los remeros, máquinas que se movían al mandato de una mirada suya; Reñales no se atrevía a respirar. Sobre el monte de Hano había una multitud de personas que contemplaban con espanto, y resistiendo mal los embates del furioso vendaval, la apuradísima situación de la lancha. Andrés, por fortuna suya y de cuantos iban con él, no miró entonces hacia arriba. Le robaba toda la atención el examen del horroroso campo en que iba a librarse la batalla decisiva.

De pronto gritó a sus remeros:

—¡Ahora!... ¡Bogar!... ¡Más!...

Y los remeros, sacando milagrosas fuerzas de sus largas fatigas, se alzaron rígidos en el aire, estribando en los bancos con los pies y colgados del remo con las manos.

Una ola colosal se lanzaba entonces al boquete, hinchada, reluciente, mugidora, y en lo más alto de su lomo cabalgaba la lancha a toda fuerza de remo.

El lomo llegaba de costa a costa; mejor que lomo, anillo de reptil gigantesco, que se desenvolvía de la cola a la cabeza. El anillo aquel siguió avanzando por el boquete adentro hacia las Quebrantas; pasó bajo la quilla de la lancha, y ésta comenzó a deslizarse de popa, como por la cortina de una cascada, hasta el fondo de la sima que la ola fugitiva había dejado detrás. Allí se corría el riesgo de que la lancha *se durmiera*; pero Andrés pensaba en todo, y pidió otro esfuerzo heroico a sus remeros. Hiciéronle; y remando para vencer el reflujo de la mar pasada, otra mayor que entraba, sin romper en el boquete, fué alzándola de popa y encaramándola en su lomo y empujándola hacia el puerto. La altura era espantosa, y Andrés sentía el vértigo de los precipicios; pero no se arredraba, ni su cuerpo perdía los aplomos en aquella posición inverosímil.

—¡Más!... ¡más! —gritaba a los extenuados remeros, porque había llegado el momento decisivo.

Y los remos crujían, y los hombres jadeaban, y la lancha seguía encaramándose, pero ganando terreno. Cuando la popa tocaba la cima de la montaña rugiente, y la débil embarcación iba a recibir de ella el último impulso favorable, Andrés, orzando brioso, gritó conmovido, poniendo en sus palabras cuanto fuego quedaba en su corazón:

—¡Jesús, y adentro!...

Y la ola pasó también hacia las Quebrantas, y la lancha comenzó a deslizarse por la pendiente de un nuevo abismo. Pero aquel abismo era la salvación de todos, porque habían doblado la punta de la Cerda y estaban en puerto seguro.

En el mismo instante, cuando Andrés, conmovido y anheloso, se echaba atrás los cabellos y se enjugaba el agua que corría por su rostro, una voz, con un acento que no se puede describir, gritó desde lo alto de la Cerda:

—¡Hijo!... ¡Hijo!...

Y Andrés, estremeciéndose, alzó la cabeza; y, delante de una muchedumbre estupefacta, vió a su padre con los brazos abiertos, el sombrero en la mano, y la espesa y blanca cabellera revuelta por el aire de la tempestad.

Aquella emoción suprema acabó con las fuerzas de su espíritu; y el escarmentado mozo, plegando su cuerpo sobre el tabladillo de la chopá,¹ y escondiendo su cara entre las manos trémulas, rompió a llorar como un niño, mientras la lancha se columpiaba en las ampollas colosales de la resaca, y los fatigados remeros daban el necesario respiro a sus pechos jadeantes.

.....

Al mismo tiempo, en medio de las brumas de enfrente, un pobre patache, abandonado ya, barrida su cubierta, desgarradas sus lonas, tremolando al viento su cordaje deshilado, entre tumbo espantoso y cabezadas locas, con el último balance echaba los palos por la banda; saltaban las cadenas de las anclas con que se agarraba al fondo, en las ansias de la desesperación; reventaba una mar contra la quilla descubierta y lanzaba el mutilado casco en medio del furor de las rompientes, cuyas espumas escupían, casi en el acto, las astillas de su despedazado costillaje.

Aquellos tristes despojos flotantes eran lo único que quedaba del *Joven Antoñito de Rivadeo*.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

(De *Sotileza*.)

1. Cajón que las embarcaciones pesqueras llevan a popa, a modo de toldilla.

EL BUQUE FANTASMA

POR

WILHELM HAUFF

CON viento favorable habíamos zarpado del puerto de Borsora, rumbo a las Indias. Llevábamos quince días de navegación, cuando el capitán del barco vino a anunciarnos, con gesto grave, pues por lo visto no conocía muy bien aquellas rutas, la proximidad de una tormenta. Ordenó que se recogieran las velas, y seguimos viaje muy despacio.

La noche se presentó clara y estrellada, y el marino empezó a creer que tal vez eran infundados sus temores. Pero, de súbito, un barco que no había visto hasta entonces surgió cerca del nuestro. A bordo de él se oían salvajes gritos de júbilo y un estruendo tal, que no pudo menos de maravillarme en aquellos momentos angustiosos en que se temía una tempestad.

El capitán, que se encontraba junto a mí, palideció de pronto y exclamó con voz trémula:

—¡Estamos perdidos! ¡Ahí va la muerte!

Y antes de que tuviera tiempo para interrogarle sobre su extraña afirmación, apareció un grupo de marineros gritando:

—¿Lo habéis visto? ¡Estamos perdidos!

Dispuso el capitán la lectura de algunos versículos del Corán, y se puso él mismo al timón. ¡Mas todo fué en vano! La tormenta desatóse con terrible furia, y no había transcurrido una hora cuando nuestro buque, dismantelado, estaba inerme sobre las aguas. Botáronse las lanchas, y apenas habíamos abandonado la nave, hundióse ésta bruscamente, en medio de un terrible torbellino.

El pleno océano, tan lejos de la costa, reflexioné un instante. Los gemidos y lamentaciones no cesaban. La tempestad continuaba, y era difícil mantener a flote las lanchas. Yo tenía fuertemente sujeto a mi fiel y anciano criado Ibrahím, que me

había acompañado en la travesía, y al que prometí no abandonar, pasara lo que pasase.

Llegó por fin la aurora, pero, al amanecer, una ráfaga de viento volcó nuestro bote y perdí de vista a los marineros que conmigo saltaran en él. Un golpe me desvaneció, y cuando recobré el conocimiento me vi en los brazos de mi abnegado sirviente, que había conseguido dar vuelta al bote y arrastrarme consigo.

La tormenta había amainado; no quedaban vestigios de nuestro buque, pero, en cambio, no tardamos en divisar otro, hacia el cual nos arrastraban las olas. Ya junto a él, vi que era el mismo que navegaba la noche anterior cerca de nosotros y que de tan inusitada manera provocara el pánico de los marineros. Yo mismo, ahora, no pude menos que sentir cierto horror ante su proximidad. Me inquietó la expresión de espanto del capitán y el raro aspecto de la nave, en la cual no asomaba nadie, por más que gritábamos, avanzando a su encuentro. No obstante, como era el único medio de salvación que teníamos, dimos gracias al Profeta por habernos librado de la muerte en forma tan milagrosa.

Una larga soga pendía de la proa del barco. Haciendo un supremo esfuerzo, nadamos para asirla, y una vez que lo hubimos conseguido, y después de gritar repetida y estérilmente para que nos izaran a bordo, trepamos por ella y llegamos a cubierta. ¡Oh espanto! ¡Qué macabro espectáculo se ofreció a nuestra vista! El piso aparecía cubierto de sangre. Veinte o treinta cadáveres, con vestimentas turcas, se alineaban sobre él, y junto al palo mayor hallábase un hombre ricamente ataviado y con el sable en la mano. El aspecto de su rostro era pálido y descompuesto, y un gran clavo le atravesaba la frente y le hacía pender materialmente del mástil.

El terror me inmovilizó, impidiéndome hasta la respiración. Mi criado, que llegó poco después junto a mí, quedóse igualmente aterrado al contemplar aquella cubierta en la que no había nada vivo, sino, sólo, espantosos cadáveres. Tras rogar a Alá que no nos abandonara, nos aventuramos a avanzar. A cada paso mirábamos a diestro y siniestro, temerosos de alguna nueva aparición. Pero nada vimos. Por miedo a que el capitán clavado en el palo volviera hacia nosotros sus ojos

vidriosos, o a que cualquiera de los yacentes moviera de súbito la cabeza, ni siquiera hablábamos. Frente a la escalera que conducía al interior del navío, detuvimos a un tiempo, y nos miramos sin decidirnos a manifestar lo que pensábamos.

—Señor —dijo por fin mi anciano sirviente—, aquí ha sucedido algo tremendo, pero aunque la cámara del buque esté llena de criminales, prefiero desafiar su furia antes que seguir entre estos muertos.

Como yo era de la misma opinión, hicimos un esfuerzo y bajamos esperanzados. Reinaba allí también un silencio de muerte, y nuestros pasos resonaban lúgubres en la escalera. Llegamos frente a la puerta de un camarote. Acerqué el oído y escuché; nada se oía. Abrí. La estancia presentaba un impresionante aspecto. Por el suelo se veían, desparramados en completo desorden, vestiduras, armas y otros diversos objetos. Era de suponer que la tripulación, o el capitán por lo menos, habían estado bebiendo.

Inspeccionamos cámara por cámara, rincón por rincón, encontrando grandes cantidades de perlas, azúcar, sedas, etc. Aquello me llenó de júbilo, pues, como en el buque no había un solo tripulante vivo, pensaba poder adueñarme de todo. Ibrahim me hizo observar, no obstante, que nos hallábamos muy lejos de tierra y que probablemente sería imposible llegar a ella.

Nos regalamos con las bebidas y manjares que allí existían en abundancia, y regresamos a cubierta. La vista de los muertos volvió a espantarnos. Entonces decidimos librarnos de ellos arrojándolos al mar, pero ¡cuál no sería nuestro estupor al advertir que no conseguíamos mover a ninguno del lugar en que se encontraba! Estaban como clavados en el suelo, y habríamos tenido que levantar las planchas de la cubierta para desembarazarnos de ellos. Como carecíamos de herramientas para realizar esa tarea, y como no lográramos tampoco arrancar del palo mayor al capitán, pasamos el día meditando en lo singular y triste de nuestra situación.

Al llegar la noche otra vez, autoricé a mi criado para que se fuera a dormir, y yo me quedé a velar sobre cubierta, por si se presentaba algún medio de salvación. Mas, cuando salió la luna, y siendo, según calculé por la marcha de las estrellas, aproximadamente las once, apoderóse de mí tan invencible

sueño, que caí, sin poder evitarlo, detrás de un barril que había cerca.

Más que sueño era aquello un estado de atontamiento, pues oía perfectamente el golpear de las olas contra el casco del buque y el rechinar de los palos y el silbar de las cuerdas al embate del viento. Traté de incorporarme para observar, pero tenía los miembros como inmovilizados por alguna desconocida y extraña fuerza, y no conseguí ni abrir los ojos.

Oía ahora cada vez más claramente y se me antojaba que la cubierta estaba ocupada por una tripulación alegre, entre la cual alguien daba órdenes con voz potente, mientras percibíanse ruidos de sogas y velas subiendo y bajando. Poco a poco, mis sentidos se debilitaron más aun y me invadió un profundo sueño, en medio del cual continué oyendo un fragor de armas, y del que no salí hasta que el sol, alto ya, me hirió los ojos con sus rayos, Miré, sorprendido, en torno mío. La tempestad, el barco, los cadáveres, cuanto había visto y oído aquella noche, me pareció una pesadilla, pero, al fijarme, encontré todo como el día anterior. Allí estaban los cuerpos yacentes de los tripulantes, el cadáver del capitán clavado en el mástil... Al recordar mi sueño, fuí en busca de Ibrahím.

—¡Ah, señor! —prorrumpió éste al verme llegar a la cámara, donde se hallaba entregado a hondas reflexiones—. Preferiría pasar la próxima noche en el fondo del mar antes que en este buque.

Como le preguntara la causa de su preocupación, agregó:

—Apenas llevaba unos minutos dormido cuando me desperté de pronto, con la sospecha de que alguien caminaba por encima de mí. Pensé al pronto que seríais vos; pero eran lo menos veinte los que corrían, y además oí que llamaban y gritaban. Después percibí unos pasos pesados por la escalera, y desde entonces no puedo explicar claramente lo que pasó, pues sólo de vez en cuando recobraba la lucidez por un instante y veía sentado ante aquella mesa, cantando y bebiendo, al individuo que está clavado en el mástil, mientras el de traje rojo que yace cerca de él, le servía de beber y bebía también.

Después de este relato de mi sirviente, ya no me cupo duda de que lo que yo había oído era lo mismo que tanto pavor le causara a él. Es decir: la orgía de los muertos. Navegar en un

barco así resultaba siniestro. Ibrahím tornó a sumirse en grave meditación.

—¡Ya está! — gritó de súbito.

Acababa de recordar una impetración que le enseñara su abuelo, hombre que había viajado mucho, y la cual tenía virtud contra los espíritus y los hechizos. Opinó también que a la noche siguiente debíamos procurar vencer el sueño, rezando fervorosamente algunos versículos del Corán. La proposición de mi viejo criado me agradó bastante. Con verdadera inquietud aguardamos que se fuera el día, decidiendo escondernos en un cuartito que había junto a la cámara, y en la puerta del cual hicimos varios agujeros para poder ver lo que sucedía en ésta. Cerramos luego por dentro lo mejor que pudimos, y el anciano trazó en los cuatro rincones el nombre del Profeta.

Serían aproximadamente las once cuando empezó a invadirnos un pesado sueño. Siguiendo las indicaciones de mi compañero, recité algunos versículos y me mantuve despierto. De repente, empezó a oírse ruido arriba; rechinaban las maderas, alguien caminaba sobre cubierta, y se percibían voces diversas. Levábamos diez minutos de ansiosa espera, cuando oímos que bajaban por la escalera de la cámara. Ibrahím se puso a musitar la impetración que le enseñara su abuelo para librarse de los fantasmas y sus brujerías:

*Salid de lo profundo del océano,
salid al aire,
dormíos en una sombría sepultura,
descended del fuego.
Alá es vuestro señor y dueño.
Ante Él se abaten todos los espíritus.*

Debo confesar que yo no creía en la eficacia de aquellas palabras, y que se me erizó el cabello cuando oí la puerta y vi en el umbral al gigantesco individuo que había descubierto clavado en el mástil. El clavo le atravesaba aún la frente, pero había envainado el sable. Entró tras él otro hombre vestido más modestamente, al que también yo había visto muerto arriba.

El capitán, pues sin duda lo era el primero de ellos, tenía un rostro muy pálido, una larga barba negra y unos ojos terribles, con los que recorrió toda la estancia. Lo vi perfectamente

al pasar ante la puerta tras la cual espiábamos y en la que ni se fijó siquiera. Sentáronse los dos a la mesa que había en el centro de la cámara, y en voz alta, gritando casi, empezaron a hablar en un lenguaje desconocido para mí.

Subían de tono y se excitaban por momentos, hasta que el capitán, encolerizado, hizo retemblar la mesa con un puñetazo. Lanzando una risotada feroz, el otro se levantó e invitó a su acompañante a que le siguiese. Incorporóse el primero, desvainó su sable, y abandonaron ambos el recinto.

Nos sentimos aliviados cuando se marcharon, pero nuestro temor no desapareció aún durante mucho tiempo. En la cubierta, el estruendo era cada vez más grande. Oíase correr de prisa y en distintas direcciones, reír, gritar, vociferar. Por último, armóse tan infernal alboroto, que por un momento creímos se nos iban a venir encima el techo, las velas, los palos . . . ; y, de pronto, todo quedó sumido en el silencio. Cuando, tras muchas horas, nos aventuramos a subir, hallamos todo como antes. Ni uno solo había variado de postura; permanecían tiesos como si fueran de madera.

Pasamos así varios días en el buque, que navegaba hacia el este, donde, según mis deducciones, debía encontrarse la tierra; pero, mientras de día avanzábamos algunas millas, de noche dijérase que retrocedíamos, y que nos hallábamos siempre en el mismo sitio cuando asomaba el sol.

No podíamos explicarnos aquel fenómeno, sino pensando que por la noche los muertos hacían navegar a toda vela el barco en dirección contraria. Para impedirlo cargamos al anochecer las velas y utilizamos el mismo recurso que en la puerta de la cámara; trazamos el nombre de Alá y las palabras del abuelo de Ibrahím en un pergamino que atamos en una de las velas, y en nuestro cuartito esperamos ansiosamente el resultado. Aquella noche, el aparecido mostróse aún más violento, pero a la mañana siguiente las velas se hallaban en la misma disposición en que las habíamos dejado. Sólo desplegábamos durante el día las imprescindibles para que el barco avanzase lentamente, y de esa manera recorrimos en cinco jornadas un considerable trayecto.

Por fin, al amanecer del sexto día, descubrimos tierra a lo lejos, y dimos gracias a Alá por habernos salvado. Navegamos

aquel día y la noche siguiente hacia la costa, y al apuntar el séptimo creímos divisar, a no mucha distancia, una ciudad.

Mediante grandes esfuerzos, conseguimos largar un ancla, botamos al agua una chalupa que había sobre cubierta y remamos vigorosamente hacia tierra. Media hora más tarde, llegábamos a un río que desembocaba en el mar, y saltamos a la orilla. Algunas personas nos dijeron cómo se llamaba aquella ciudad, que resultó hallarse situada no lejos de la comarca a la que yo quería dirigirme al zarpar de Basora. En una posada descansamos de nuestra accidentada travesía y empecé a indagar si había en la población algún hombre sabio y prudente que supiera algo de brujería. El posadero condújome entonces a una humilde casa de las afueras; llamó a la puerta y me dijo que entrara preguntando por Muley.

Salió a recibirme un hombrecillo viejo, de barba gris y larga nariz, quien me interrogó acerca del motivo de mi visita. Como al decirle que buscaba al sabio Muley me respondiera que era él, le pedí consejo sobre lo que debía hacer con los cadáveres del buque y el medio que podría utilizar para sacarlos de a bordo. Dijome que lo más probable era que aquella gente estuviera hechizada en el mar a causa de algún crimen, y me expuso su creencia de que los efectos del hechizo desaparecerían tan pronto como fueran trasladados los cadáveres a tierra, cosa que sólo podía lograrse levantando las planchas de madera sobre las que yacían.

De acuerdo con las leyes de los hombres, el buque y las riquezas que transportaba me correspondían. Debía, pues, guardar secreto sobre el hallazgo y hacerles un pequeño regalo a él y a sus sirvientes, que colaborarían conmigo en la tarea de librar la nave de los muertos. Le prometí una espléndida recompensa, y en compañía de cinco esclavos provistos de hachas y sierras nos pusimos en camino. Muley no se cansaba de celebrar nuestra ocurrencia de atar a las velas versículos del Corán, lo que, a su juicio, había sido la causa de nuestra salvación.

Era aún muy temprano cuando llegamos al buque. Emprendimos la tarea y, una hora después, cuatro muertos yacían ya en la barca y eran llevados a tierra por los esclavos. Al regresar nos anunciaron éstos que los cadáveres les habían aho-

rrado el trabajo de enterrarlos, pues, tan pronto como los depositaron en el suelo, se convirtieron en polvo. Proseguimos la obra, y al anochecer habíamos llevado ya a la orilla todos los muertos, menos el que estaba clavado en el mástil. Por muy empeñosos esfuerzos que realizamos, no conseguimos arrancar el clavo que le atravesaba la frente, ni siquiera moverlo el grueso de una moneda.

Yo estaba perplejo, pues no era posible cortar el mástil para transportarlo con él a tierra; pero Muley me sacó del apuro. Ordenó a un esclavo ir a la playa y regresar con un recipiente lleno de tierra. Ya en posesión de éste, pronunció unas frases cabalísticas y derramó la tierra sobre la cabeza del muerto. El hombre abrió al instante los ojos, exhaló un suspiro, y de la herida de su frente empezó a manar sangre. Pudimos así sacar con facilidad el clavo, y el capitán se desplomó en nuestros brazos.

—¿Dónde estoy? —murmuró reponiéndose un poco—. ¿Quién me ha traído aquí?

Muley me señaló, y el herido, entonces, dijo:

—Os doy las gracias, extranjero desconocido, porque me habéis salvado de un terrible tormento. Medio siglo hace que mi cuerpo ambula por estos mares, y mi espíritu estaba condenado a volver a él todas las noches. Ahora mi cabeza ha tocado tierra, y, al fin, podré descansar al lado de mis padres.

Le rogué me narrara las circunstancias que lo habían conducido a aquel estado, y él se expresó así:

—Cincuenta años atrás, yo era un hombre poderoso y respetado en Argelia, donde vivía. El afán de riquezas me impulsó a fletar un barco y dedicarme a la piratería. Durante algún tiempo desarrollé esas actividades, y en cierta ocasión acepté a bordo a un derviche que deseaba viajar gratis. Tanto yo como mis compañeros éramos gente ruda, y no tuvimos mayores miramientos para la santidad del hombre. Por el contrario, hicimosle objeto de chanzas, y una vez que él, en su celo religioso, me reprochó mi vida de pirata, por la noche, en mi cabina, después de haber libado con exceso en compañía del timonel, me sentí embargado por insensata furia, y ciego de ira por lo que el derviche me había dicho, y que no habría tolerado ni a un sultán, salí a cubierta y le clavé un cuchillo en el corazón.

"Al morir, nos condenó a mí y a los demás tripulantes a no vivir ni morir hasta que nuestras cabezas tocaran tierra. Excuso decirnos que nos reímos de sus amenazas, y lanzamos tranquilamente su cadáver al mar. Aquella misma noche, sin embargo, empezaron a cumplirse las maldiciones de nuestra víctima. Se me sublevó una parte de la tripulación, y a raíz de ello prodújose una sangrienta riña al final de la cual mis partidarios perecieron y yo fuí clavado en el palo mayor. Mas también los sediciosos sucumbieron a causa de las heridas que habían recibido en la refriega, y el barco a mi mando se convirtió entonces en una inmensa sepultura.

"Mis ojos dejaron de ver, contúvose mi respiración, y creí morir. Pero no era la muerte, sino un terrible letargo lo que se apoderó de mí. A la otra noche, y a la misma hora en que arrojáramos al agua el cadáver del derviche, recobré el sentido, y otro tanto les ocurrió a mis hombres. Tornaba a nosotros la vida, mas no podíamos decir ni hacer otras cosas que las que habíamos dicho y hecho aquella noche fatal.

"Y así venimos navegando desde hace media centuria, sin vivir ni morir definitivamente, porque, ¿cómo iba a sernos posible tocar tierra si con un júbilo salvaje izábamos a la noche todas las velas en medio de los grandes temporales, esperando que el buque se estrellara contra algún escollo y que nuestros rendidos cuerpos hallaran al fin descanso en el fondo del abismo, pero consiguiendo sólo, con ello, neutralizar el avance realizado durante el día?

"Ahora, felizmente, voy a morir por fin. De nuevo os doy las gracias, mi desconocido salvador. Si los tesoros que van a bordo pueden pagaros, aceptad mi buque en prueba de gratitud".

Al terminar de pronunciar estas palabras, el capitán abatió la cabeza y expiró, convirtiéndose instantáneamente en polvo, al igual que sus compañeros.

Recogimos ese polvo y lo enterramos. Después contraté unos operarios, que sometieron la nave a las imprescindibles reparaciones. Permuté las mercancías de a bordo por otras que me produjeron considerables ganancias, y me embarqué de regreso a mi patria, no sin antes recompensar generosamente al buen hechicero Muley.

Alá bendijo desde entonces mis empresas. A los nueve meses, y luego de efectuar un gran rodeo para comerciar en diversas islas y ciudades con los géneros que llevaba, arribé a Basora con riquezas dos veces mayores que las que me legara el difunto capitán pirata.

Mis conciudadanos, asombrados, dieron en pensar que había descubierto el célebre valle de los diamantes del marino Simbad, y como yo no me he molestado nunca en sacarlos de su error, los muchachos de Basora, en cuanto tienen dieciocho años, salen a navegar con la esperanza de ver coronadas por un éxito análogo sus andanzas.

Por mi parte, vivo feliz y tranquilo, y todos los años realizo un viaje a la Meca, con el exclusivo objeto de dar las gracias a Alá y de suplicarle que permita la entrada en su paraíso al capitán y a los tripulantes del *barco de la muerte*.

WILHELM HAUFF

DRAMA EN ALTA MAR

POR

VÍCTOR HUGO

SE había soltado de sus amarras una de las carronadas de la batería: una pieza de veinticuatro.

Es éste, tal vez, uno de los más graves accidentes que pueden producirse a bordo de un buque de guerra, en plena marcha y en pleno mar. Un cañón que rompe sus amarras transfórmase de pronto en algo así como una bestia sobrenatural. Es una máquina que se convierte en un monstruo. Corre sobre las ruedas con movimientos de bola de billar, deslízase con el balanceo, se hunde al cabecear el barco, va y viene, detiéndose, parece preparar un asalto inminente, reanuda su carrera, surca como un bólido la cubierta de una pared a otra, amaga, se evade, brinca, choca, deshace, hiere, extermina.

Es un ariete golpeando a placer una muralla. Un ariete de hierro contra una muralla de madera.

Es la materia liberada, el esclavo que recobra la libertad y se venga; la maldad contenida en lo que llamamos objetos inertes, que estalla de súbito y entra en acción; algo impaciente y terrible que sale a tomarse un extraño y siniestro desquite.

Nada tan inexorable como el furor de lo inanimado. Tiene esa masa de hierro forjado la agilidad de la pantera, el peso del paquidermo, la ligereza del ratón, la terquedad del hacha, la brusquedad de la marejada, la fatalidad del relámpago, la sordera de la tumba. Rebota como una pelota; describe curvas cerradas; sesga de repente en ángulo recto. ¿Y qué hacer para sujetarlo? Una tormenta termina, un huracán amaina, un mástil quebrado se reemplaza, una vía de agua se tapona, un incendio se extingue. Pero ese enfurecido bruto de hierro...

¿Cómo reducirlo? Se hace entrar en razón a un perro; se burla a un toro; se cautiva a una serpiente; se espanta a un tigre; se domina a un león; mas no se puede nada contra ese monstruo formidable que es un cañón desprendido de la batería, rodando sobre la cubierta. Imposible matarlo, porque está muerto. Pero al mismo tiempo vive con una vida siniestra que llega al infinito. Hay bajo él un piso que facilita sus desplazamientos. Lo impulsa el buque, agitado a su vez por el mar, al que encrespa, por su parte, el viento. Es un espantoso juguete al que el navío, las olas y el viento confieren vida y hostilidad. ¿Qué hacer contra él? ¿Cómo detener ese temible mecanismo del naufragio? ¿De qué modo prever sus idas y venidas, sus bruscos giros, sus inesperadas detenciones y sus ciegos arranques demoledores?

Cada uno de sus choques contra la borda pone en peligro la embarcación. Es un proyectil enloquecido que cambia a cada instante de dirección, como gobernado por algún desconocido genio homicida. Se agita, avanza, retrocede, castiga a diestro y siniestro, destroza los obstáculos, aplasta a los hombres como a moscas. La movilidad del plano sobre el que se desplaza hace terrorífico su embate. ¿Cómo dominar el bólide cuyos movimientos obedecen al capricho del mar? Dijérase que el buque lleva dentro del vientre un rayo que trata de libertarse, un trueno que rueda sobre un cataclismo.

Toda la tripulación púsose inmediatamente alerta. Había cometido la falta el encargado de la pieza, que olvidó ajustar la tuerca de la cadena de amarre y trabar las ruedas de la carronada. El mecanismo que daba juego a la planilla y al bastidor rozaba los dos platillos y había acabado por afectar el calce. Habíase roto la juntura, de modo que el cañón quedó desafirmado en el ajuste. No se utilizaba todavía en esa época el calce fijo que impide el retroceso. Un golpe de mar hizo retroceder la carronada mal sujeta, la cual rompió su cadena y salió disparada por el entrepuente. Imagínese, para tener una idea exacta del terrible deslizamiento, una gota de agua resbalando por un vidrio que cambia continuamente de posición.

Los artilleros hallábanse en la batería en el instante del accidente. En grupos o dispersos, trabajaban en todos esos preparativos que se realizan a bordo ante la inminencia de un za-

farrancho de combate. Impulsada por el cabeceo del buque, la carronada arremetió contra un grupo, aplastando a cuatro marineros en el primer envión.

En seguida, al reiniciar su carrera, partió en dos al quinto infeliz y fué a dar contra la muralla de babor, desmontando una pieza de otra batería. De ahí el grito angustioso que resonó en cubierta. En un momento, los artilleros se encaramaron a las escalas, y el entrepuente quedó desocupado.

La carronada fué dejada sola, librada a sí misma y dueña del barco. Podía operar a su antojo. Todos los hombres de la tripulación, habituados a reír en la batalla, permanecían sobrecogidos. Es imposible describir la escena.

El capitán Boisberthelot y el oficial La Vieuville, dos intrépidos marinos, aparecieron en lo alto de la escalera, y demudados se quedaron contemplando en silencio el entrepuente. De pronto, alguien se abrió paso entre ellos con el codo y se dispuso a descender.

Era el pasajero misterioso, el individuo con aspecto de campesino del que estaban hablando unos minutos antes.

Ya en el final de la escalera, el hombre se detuvo.

El cañón seguía desplazándose por el entrepuente. Dijérase que era el carro del Apocalipsis. La linterna, que oscilaba bajo la roda de la batería, envolvía en sombras y luces la terrible visión. En la rapidez de su carrera, la forma de la pieza se esfumaba por momentos, para aparecer tan pronto negra en la claridad como reflejando en la oscuridad blancos destellos.

Seguía destrozando el barco. Había deshecho ya cuatro piezas y abierto en la borda dos agujeros, por fortuna, encima de la línea de flotación, pero por los cuales penetraría el agua en cuanto el mar se encrespase. Golpeaba el cañón frenéticamente la armazón del buque. Los gruesos travesaños de los costados resistían, porque la madera curvada tiene una singular solidez; pero los crujidos hacíanse cada vez más alarmantes bajo las arremetidas de aquella masa enfurecida que con satánica ubicuidad martillaba en todas partes a la vez. Sus percu-

siones eran más insensatas y rápidas que las de un grano de plomo sacudido en el interior de una botella. Las cuatro ruedas pasaban y volvían a pasar sobre los cadáveres de los artilleros, los seccionaban y los despedazaban, convirtiéndolos en informes trozos sanguinolentos que rodaban alrededor de la batería. Las cabezas parecían querer gritar, y arroyos de sangre surcaban el piso y manchaban las ruedas. Averiadas en varios sectores, las vigas empezaron a abrirse. Un espantoso ruido llenaba todo el navío.

El capitán, recobrado el dominio de sí mismo, ordenó arrojar al entrepuente todo lo que podía amortiguar y bloquear la desenfrenada zarabanda del cañón: colchones, hamacas, repuestos para las velas, rollos de cuerda, bolsas de equipaje y paquetes de asignados falsos que el barco transportaba en gran escala, y que eran producto de esa infamia inglesa considerada entonces de buena ley.

Mas, ¿qué podría hacerse con todo aquello, si nadie se atrevía a descender al entrepuente para disponerlos en forma conveniente? A los pocos minutos habían sido hechos trizas.

El oleaje era lo suficientemente acentuado para que se produjese el desastre. Una tempestad tal vez habría resuelto el problema, porque, a su impulso, quizás la pieza hubiera volcado y, con las ruedas al aire, habría resultado fácil apoderarse de ella.

Mientras tanto, las averías eran cada vez mayores. Habíanse producido resquebrajamientos, y hasta fracturas, en los mástiles que, empotrados en la armazón de la quilla, atraviesan los pisos de los buques y forman sólidos y redondos pilares. El palo mesana se había agrietado por efecto de los golpes, y el palo mayor se había rajado también. La batería quedaba paulatinamente reducida a la nada: de treinta piezas, diez estaban ya fuera de combate. Multiplicábanse las brechas, y el navío empezaba a hacer agua.

El anciano pasajero que bajara al entrepuente semejaba una estatua. En silencio, y sin hacer el más leve movimiento, observaba con grave expresión el devastador desplazamiento de la carronada. Cada empujón de ésta ponía en peligro la estabilidad del buque. Unos minutos más, y el naufragio sería inevitable.

Era necesario conjurar el desastre o perecer. Había que adoptar una decisión. Pero ¿cuál? ¿Cómo detener la infernal marcha de la carronada? No era fácil parar a aquella loca furiosa. No era fácil asir aquel rayo. No era dable abatir esa centella.

El capitán preguntó a su segundo:

—¿Cree usted en Dios, La Vieuville?

—Sí y no — contestó el teniente —. Algunas veces.

—¿Durante el temporal?

—Durante el temporal y en ocasiones como ésta.

—Sólo Dios puede hacer algo ahora.

Callaban todos, impotentes, en tanto que la carronada continuaba haciendo estragos. Las olas, mientras, golpeaban el casco desde el exterior, como respondiendo a los golpes de adentro. Se hubiera dicho que era aquél un fantástico martilleo sincronizado.

De súbito se vió surgir a un hombre en aquella especie de inabordable escenario por el que se deslizaba, terrible, el cañón. Tratábase del encargado de la pieza desligada, del culpable de la catástrofe. Había originado el mal, y estaba ahora dispuesto a repararlo. Llevaba en una mano una barra de hierro y en la otra una cuerda con un nudo corredizo.

En el entrepuente, donde ahora esperaba alerta el artillero, dió principio entonces un emocionante espectáculo: la lucha del cañón contra el que lo manejara; el combate entre la materia y la inteligencia, el duelo entre la cosa y el hombre.

Éste colocóse en un ángulo, y apretando la barra y la soga, con la espalda apoyada contra la baranda, el cuerpo bien afirmado sobre las piernas, que semejaban dos columnas de acero, aguardó pálido, inmóvil, trágico, como clavado en el piso.

Aguardaba el paso del cañón por cerca de él. Lo conocía y pensaba que él debía conocerlo a su vez. Hacía mucho tiempo que vivían juntos. ¡En cuántas oportunidades no le habría puesto la mano sobre la boca! Era su bestia, su monstruo familiar, y se puso a hablarle como a un perro.

—Ven — decíale.

Aguardaba que el cañón se deslizara hacia él.

Pero ir hacia él equivalía a ir sobre él. Y entonces estaría perdido, porque, ¿cómo lograría evitar que lo aplastara? Era

aquella, precisamente, la cuestión, y todos, comprendiéndolo, observaban ansiosos. Ni una respiración era normal, excepto, tal vez, la del anciano, que permanecía de pie junto a los combatientes, como siniestro testigo de la lucha que iba a comenzar. Podía a su vez ser destrozado por la pieza, pero no se movía.

En el preciso instante en que el artillero, aceptando el espantoso cuerpo a cuerpo, fué hacia el cañón, un embate del mar balanceó el barco haciendo que la carronada quedara inmóvil en la mitad de su carrera. Dijérase que meditaba un ataque.

—¿Qué esperas para venir? — desafió el hombre con acento sombrío.

El monstruo pareció escucharle. En un brusco impulso, saltó hacia él. Pero su provocador eludió la arremetida.

Se inició la lucha, una lucha feroz. El débil acosando al poderoso. El hombre atacando a la bestia. La fuerza, de un lado; la astucia, del otro. Y el duelo se desarrollaba en la penumbra. El prodigio envuelto en sombras.

El cañón parecía tener alma, pero un alma rencorosa, que odiaba. Parecía, inclusive, que tenía ojos, unos ojos que espiaban al hombre, preparando el ataque. Hubiera podido creerse, por lo menos, que había astucia en aquella masa, la cual elegía también el momento oportuno para aplastar al artillero. Daba la impresión de quién sabe qué gigantesco insecto de hierro dotado de una infernal voluntad. En ocasiones, la terrible bestia saltaba como una colosal langosta hasta el techo bajo de la batería; caía en seguida sobre sus cuatro ruedas, como un tigre sobre sus cuatro patas, y se lanzaba en persecución del hombre. Éste, con agilidad felina, eludía como una serpiente los movimientos de aquella centella. Evitaba las colisiones, y los enviones de que lograba evadirse se estrellaban contra el navío y proseguían demoliéndolo.

Un fragmento de la rota cadena quedó sujeto a la carronada, enrollado casualmente en el botón de la culata. Una extremidad estaba enganchada en la pieza, y la otra, en libertad, revolaba en torno al cañón a cada impulso de éste, multiplicando los golpes del ariete con sus latigazos de hierro. Era, en realidad, un látigo de hierro, esgrimido por un puño de hierro. Producía a su alrededor un espantoso torbellino, y complicaba la lucha.

El hombre, sin embargo, peleaba, y con frecuencia tomaba la iniciativa en el ataque. Arrastrábase a lo largo de la borda, sosteniendo siempre en sus manos la barra y la cuerda. Y el cañón, como adivinando la emboscada, rehuía el encuentro, perseguido por el formidable antagonista.

No obstante, la situación no podía durar. La pieza pareció decirse de súbito: "¡Terminemos!", y se detuvo. Presintióse entonces la inminencia del desenlace. El cañón, como meditando, parecía estar animado (o estaba, mejor dicho, porque para todos los espectadores era un ser) de una feroz premeditación. Arrojóse inesperadamente sobre el artillero. El hombre, colocándose de costado, eludió de nuevo el choque y le gritó riendo: "¡Vuelve!". La pieza, enfurecida, destrozó una carronada de babor, y en seguida, impulsada por el misterioso genio homicida que la gobernaba, corrió hacia estribor, contra el artillero, que la esquivó nuevamente. Tres nuevas carronadas quedaron deshechas bajo el feroz empuje.

Ciego, como sin saber qué partido tomar, el cañón dió la espalda al hombre y rodando de atrás hacia adelante destrozó el mecanismo de la roda y fué a abrir una brecha en la muralla de proa.

El artillero había buscado refugio al pie de la escalera, a unos metros del anciano que presenciaba el duelo desde el entrepuente. Pareció el monstruo advertirlo y, sin darse vuelta, con la velocidad de un hachazo, se lanzó sobre él. Un grito se escapó de todos los pechos. El hombre estaba perdido.

Mas el anciano pasajero, inmóvil hasta entonces, entró en acción con mayor rapidez aun que la infernal máquina. Había recogido un paquete de asignados falsos, y con riesgo de ser aplastado por la vertiginosa masa, consiguió arrojarlo bajo las ruedas de la carronada. El decisivo y temerario movimiento no podría haber sido realizado con más precisión y justeza por un hombre avezado en todos los ejercicios descritos por Durosé en su libro *Manejo del cañón de marina*. El paquete obró como una cuña. Un guijarro detiene en seco una rueda; una rama de árbol desvía un alud. La carronada tropezó en aquel obstáculo, y el artillero, aprovechando a su vez la circunstancia, introdujo la barra de hierro entre los radios de las ruedas de atrás. El cañón quedó inmóvil.

Inclinóse el hombre, y con un movimiento de palanca impreso a la barra, hizo balancear la máquina, que, tras un instante, volcó con el estrépito de una campana que se desploma. El artillero lanzóse, entonces, sobre ella, cubierto de sudor, y rodeó con el nudo corredizo de su cuerda el cuello de hierro del monstruo.

La lucha había terminado con la victoria del hombre. La hormiga acababa de triunfar sobre el mastodonte. El pigmeo había reducido al gigante.

Tras una salva de aplausos, los tripulantes precipitáronse hacia los cables y las cadenas, y el cañón quedó sujeto sólidamente en un santiamén.

—Señor — dijo entonces el artillero descubriéndose ante el anciano —: me ha salvado usted la vida.

El interpelado no respondió. Su actitud era otra vez im-
pasible.

La singular lucha terminó con la victoria del hombre, pero podía decirse que también el cañón era vencedor. Habíase con-
jurado el inminente naufragio, mas el buque no estaba aún a salvo. Sus averías parecían irreparables. Cinco brechas quedaban en la borda, una de ellas, la de adelante, de proporciones terribles. Veinte de las treinta carronadas estaban inutilizadas en sus cuadros, y la que había dado origen a la catástrofe no podría ser empleada tampoco eficazmente. Estaba forzado el tornillo del botón de la culata, y, a causa de ello, resultaría imposible tomar puntería. La batería quedaba, por tanto, reducida a nueve piezas. La bodega, por su parte, hacía agua, y era imprescindible efectuar los arreglos consiguientes y poner en acción las bombas.

Igualmente lamentable era el espectáculo que ofrecía el entretrepente. El interior de la jaula de un paquidermo rabioso no podría estar más devastado. Por mucha necesidad que tenía el navío de pasar inadvertido, se imponía su inmediato salvamento, y hubo que iluminar la cubierta con algunos faroles colocados a lo largo de la borda.

Durante el tiempo que transcurrió en la trágica diversión,

los tripulantes, absorbidos por una cuestión de vida o muerte, descuidaron la vigilancia de lo que sucedía fuera de la nave. La niebla habíase hecho más espesa y el tiempo había empeorado. El viento, dueño del buque, lo manejó a su gusto, sacándolo de la ruta, al descubierta de Guernesey y de Jersey, más al sur de todo lo previsto, y llevándolo a un mar picado. Grandes olas asaltaban los agujeros de la embarcación y la ponían en peligro. La brisa convirtiéndose pronto en huracán, y la borrasca, acaso la tempestad, avicinóse a pasos agigantados. La visión era imposible a pocos metros de distancia.

Mientras la tripulación examinaba y reparaba las averías del entrepuente, tapaba las vías de agua y colocaba en las baterías las piezas que habían escapado al desastre, el anciano pasajero subió silencioso al puente, y, sin prestar atención al dinámico accionar de los otros, se recostó sobre el trinquete.

El teniente La Vieuville formó en orden de combate, a uno y otro lado del palo mayor, a los soldados de la infantería de marina, y a una voz de mando del contramaestre, los tripulantes ocupados en la maniobra situáronse en posición de firmes, junto a las vergas.

El capitán, conde de Boisberthelot, se adelantó en dirección al pasajero, seguido de un hombre de ceño adusto, respiración anhelante y ropas en desorden, que presentaba, sin embargo, un aire de visible satisfacción. Tratábase del artillero que acababa de demostrar tan magníficamente su habilidad para domar monstruos y que en la forma descrita había conseguido vencer al cañón.

El capitán dijo saludando militarmente al anciano:

—He aquí al hombre, mi general.

El artillero se cuadró y quedó con la vista al frente, en actitud reglamentaria.

—¿No considera vucencia, mi general — prosiguió el conde de Boisberthelot —, que la conducta de este hombre merece alguna decisión por parte de sus jefes?

—En efecto — respondió el anciano.

—Aguardamos, pues, vuestras órdenes.

—Es usted quien debe darlas. Es el capitán.

—Pero vucencia es el general — repuso Boisberthelot.

El anciano dirigió la vista al artillero.

—Acércate — dijo.

El marino dió un paso adelante.

Volviéndose hacia el conde de Boisberthelot, el anciano desprendió de su casaca la cruz de San Luis y la prendió en la chaquetilla del artillero.

—¡Hurra! — exclamaron a coro los marineros. Los soldados presentaron armas.

—Ahora — ordenó el anciano señalando con el dedo al asombrado artillero —, ¡fusilad a este hombre!

Se dejó oír una exclamación de estupor. Y entonces el anciano, en medio de un silencio sepulcral, dijo en voz más alta:

—Un descuido ha puesto en peligro este buque. Tal vez a estas horas estaría ya perdido. Encontrarse en el mar es hoy estar frente al enemigo. Una nave que realiza una travesía es un ejército que libra un combate. El temporal se oculta, pero no se va. Todo el océano es una inmensa emboscada. Y al que comete una falta en presencia del enemigo, le corresponde la pena de muerte. No hay, en estas circunstancias, falta reparable. El valor es digno de recompensa, pero la imprudencia debe ser castigada.

Las palabras del viejo general fueron cayendo una tras otra lenta, gravemente, con una especie de inexorable medida, cual golpes de hacha sobre una cadena.

Mirando a los soldados, el anciano agregó:

—¡Cumplid la orden!

El hombre en cuya chaquetilla resplandecía la cruz de San Luis, bajó la cabeza. A una señal del capitán, dos tripulantes bajaron al entrepuente y volvieron portando la hamaca sudario. El sacerdote de a bordo, que había permanecido orando en la cabina, venía con los dos marineros. Un sargento destacó de la fila a doce soldados y los hizo formar en hileras de seis. Sin decir nada, sin esperar nada, el artillero colocóse en medio de ellas. El capellán se adelantó con el crucifijo en la mano, poniéndose a su lado.

—¡Marchen! — ordenó el suboficial.

Con paso lento, el pelotón avanzó, seguido por los dos marineros que llevaban el sudario.

Se hizo a bordo un silencio trágico. A lo lejos, rugía el huracán.

Segundos después, en medio de las tinieblas se oyó una descarga y brilló un relámpago. Calló todo luego, y a poco dejóse oír el ruido de un cuerpo al caer al agua.

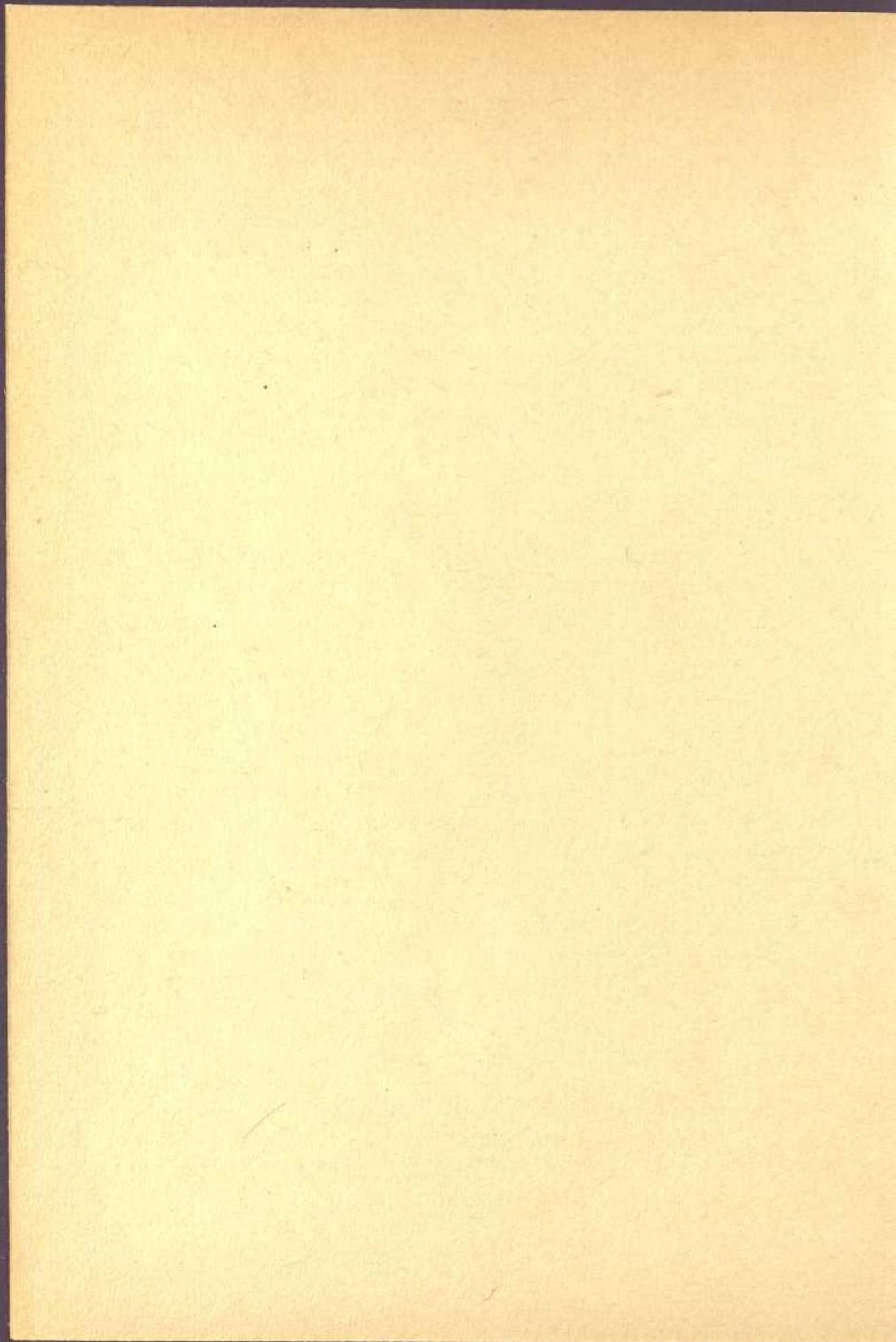
Siempre reclinado sobre el trinquete, el anciano pasajero, con los brazos cruzados, parecía sumido en honda meditación.

El conde de Boisberthelot murmuró, señalándose al teniente La Vieuville con el índice de su mano izquierda:

—La Vendée tiene un jefe.

VÍCTOR HUGO

(De *El noventa y tres*.)



JAVEL EL MENOR

POR

GUY DE MAUPASSANT

EN los diarios se publicó hace poco la siguiente noticia:
"Boulogne-sur-Mer, enero 22. — Una terrible catástrofe acaba de sembrar el luto en nuestra población pescadora, que tan considerablemente ha sufrido durante los últimos años. La barca mandada por el patrón Javel fué lanzada hacia el oeste, al arribar al puerto, y se estrelló contra las rocas del rompeolas de la escollera.

"Pese a los denodados esfuerzos de la lancha de salvamento y de los cables lanzados por el cañón portaamarras, cuatro hombres y el grumeté han perdido la vida.

"Prosigue el mal tiempo, y se temen nuevos accidentes".

Este patrón Javel, ¿es el hermano del Manco? Si estoy en lo cierto, si el infeliz pescador tragado por las olas y muerto tal vez bajo los restos de su destrozada barca es el que me imagino, fué protagonista hace dieciocho años de otro drama, terrible y sencillo como lo son casi todos estos formidables dramas del mar.

Javel el mayor era, a la sazón, patrón de un *chalutier*. Tal clase de embarcaciones pesqueras son las mejores en su género. De solidez a toda prueba y recia quilla redonda, bogan infatigablemente, impulsadas por las olas como un tapón de corcho siempre flotante, azotadas por los fuertes y salados vientos del canal, con la vela hinchada y arrastrando una gran red que sondea el océano y atrapa y recoge los peces dormidos junto a las rocas, los pegados a la arena, los lentos cangrejos de ganchudas patas, las ricas langostas de largos bigotes.

Cuando la brisa riza suavemente las aguas, las barcas empiezan a pescar. La red va fijada a un gran palo reforzado con arandelas de hierro, que se hace bajar por medio de dos cabos provistos de rodillos situados en los dos extremos de la barca. Y ésta, arrastrada por la fuerza del viento y de la corriente, arrastra a su vez el aparejo que va despojando las entrañas del océano.

Con Javel iban a bordo su hermano, otros cuatro hombres y un grumete. El tiempo era bueno cuando salieron de Boulogne para echar la red, pero no tardó en levantarse un viento huracanado, y la borrasca obligó a los pescadores a buscar la salvación en la retirada.

Ganaron las costas inglesas, pero el encrespado mar azotaba furiosamente los acantilados, lanzábase como un alud contra la tierra e imposibilitaba materialmente el arribo a puerto. La barca viró entonces hacia alta mar, para retornar a la otra orilla. El temporal seguía impidiendo la entrada en los puertos, envolviendo en espuma, estruendo y peligro las proximidades de las playas de refugio.

Volvió entonces el *chalutier* a ganar el mar, deslizándose sobre el lomo de las enfurecidas olas, zarandeado, golpeado por las masas de agua, pero firme a pesar de todo, merced a sus recursos para capear aquellos temporales que lo mantenían a veces cinco o seis días errante de una a otra costa, sin poder atracar a ninguna de ellas.

Amainó por fin el huracán cuando estaban en medio del canal, y aunque el mar seguía todavía algo picado, Javel dispuso que se echara la red. Bajóse, pues, el aparejo, y dos hombres a proa y dos a popa se entregaron a la tarea de largar los cabos sobre los rodillos. De pronto tocó el fondo, mas una gran ola, al estrellarse contra la barca e inclinarla, hizo tambalear al hermano de Javel, que dirigía la maniobra, y cuyo brazo quedó apretado entre la cuerda, floja un instante por la sacudida, y el rodillo sobre el que se deslizaba.

El hombre, realizando un esfuerzo supremo, trató de levantar el cable con la mano libre, pero éste, tenso ya por el peso del aparejo, no cedió. Dominado entonces por el dolor, Javel el menor lanzó un grito, al oír el cual acudieron todos, inclusive su hermano, que hubo de abandonar para ello el timón. En una

tentativa para libertar el brazo del cable que lo destrozaba, tiraron con fuerza. Pero fué en vano.

—Hay que cortar —dijo un tripulante esgrimiendo un gran cuchillo, con dos golpes del cual hubiera quedado a salvo el brazo del herido.

Pero si se cortaba el cabo perderíase el aparejo. Y el aparejo, que valía muchos francos, no menos de mil quinientos, era propiedad de Javel el mayor, hombre bastante apegado al dinero.

—¡No cortes! —exclamó angustiado—. Voy a virar.

Y corrió al timón, a mover la barra.

La barca apenas obedeció, paralizada como estaba por aquella red que neutralizaba su impulso, y arrastrada por la fuerza del viento.

Javel el menor, de rodillas, tenía los dientes apretados y los ojos turbios, y guardaba silencio. El hermano mayor volvió junto a él, temeroso de que se pusiera en acción el cuchillo para dar fin a su tormento.

—Aguarda; no cortes. Hay que arriar el ancla —ordenó al tripulante que quería cortar.

Echóse el ancla y se empezó a virar por medio del cabrestante, para hacer perder tensión a las amarras del aparejo. Flojas por fin éstas, el brazo de Javel quedó libre, inerte dentro de la manga ensangrentada.

El herido parecía idiotizado. Sacáronle la blusa y vieron algo horroroso: unos jirones de carne, de los que la sangre manaba a chorros. Miró el infeliz su brazo, y masculló:

—¡Perdido!

Después, como la sangre iba formando un charco sobre cubierta, el tripulante de siempre exclamó:

—Se va a desangrar. Es necesario atar la vena.

Trajeron un grueso y alquitranado bramante y, rodeando con él el brazo por encima de la herida, apretaron con todas sus fuerzas. La hemorragia disminuyó poco a poco, hasta cesar del todo.

Javel el menor incorporóse. El brazo le colgaba, inerte. Lo tomó con la otra mano, levantólo, le dió vuelta, lo sacudió. Estaba machacado, sin vida. Únicamente los nervios sostenían aún aquel trozo de su cuerpo. Lo contemplaba tristemente y meditaba.

Sentóse encima de unas cuerdas, y sus compañeros le recomendaron que tuviera el brazo constantemente en agua para evitar el mal negro. Colocáronle un balde cerca, y a cada rato sacaba líquido con un vaso y bañaba su espantosa herida vertiendo sobre ella un chorro de agua clara.

—Abajo estarías mejor — le dijo su hermano.

Descendió. Pero a la hora volvió a cubierta, porque tenía miedo de estar solo. Además, prefería el aire libre. Sentóse otra vez y tornó a echar agua en la herida.

La pesca era fructífera. Grandes peces de vientre blanco estremecíanse a su lado en los espasmos de la muerte. Los miraba sin dejar de remojar su brazo sanguinolento.

A la entrada de Boulogne se desencadenó un nuevo temporal, y el *chalutier* corrió otra vez enloquecido, zarandeando al pobre mutilado.

Llegó la noche, y el tiempo siguió malo hasta el amanecer. Al apuntar el sol hallábanse frente a las costas inglesas, pero como el mar estaba en calma se emprendió el regreso a Francia dando bordadas. Javel el menor llamó a sus compañeros para mostrarles unas manchas negras y rojizas que le habían salido en toda aquella parte del brazo que virtualmente no era suyo ya.

Los marineros, con gesto grave, emitían su opinión:

—Yo creo que es el mal negro — dijo uno.

—Convendría empaparlo en agua salada — sugirió otro.

Trajeron agua del mar y se la vertieron en la herida. El desdichado apretó más los dientes; retorcióse, pero no dejó escapar un gemido.

Cuando el dolor se le atenuó un poco, pidió a su hermano:

—Dame el cuchillo.

El mayor obedeció.

—Sujétame el brazo en el aire. Así, horizontalmente, y tira fuerte.

El otro volvió a hacer lo que se le indicaba.

Y, entonces, Javel el menor procedió por sí mismo a la amputación. Cortaba suave, reflexivamente, seccionando los últimos tendones con aquella hoja afilada como una navaja de afeitar.

Pronto quedó sólo el muñón. Lanzando un profundo suspiro, dijo:

—No había más remedio. Si no lo hacía...

Respiraba con fuerza; al parecer, aliviado. Echó otra vez agua al pedazo del brazo que le quedaba.

La noche fué borrascosa y hubo que permanecer en el mar. Al amanecer el quinto día, Javel el menor tomó el miembro amputado y se puso a observarlo atentamente. Entraba ya en estado de descomposición. Sus compañeros lo examinaron también, pasándose de mano en mano, dándole vueltas y oliéndolo. El hermano dijo:

—Hay que arrojarlo al agua.

Pero el herido se opuso, de mal humor.

—No quiero. Es mi brazo y creo que tengo derecho a hacer de él lo que me plazca —respondió, y se lo puso sobre las rodillas.

—Ten en cuenta que se va a podrir.

Javel el menor tuvo entonces una idea. Recordando que para conservar el pescado cuando tenían que permanecer mucho tiempo en el mar lo ponían en barriles con sal, propuso:

—¿Y si lo pusiéramos en salmuera?

Vaciaron uno de los barriles ocupados con parte de la pesca de días anteriores y depositaron el brazo en el fondo. Cubrieronlo de sal y luego colocaron encima, uno por uno, los pescados.

Un marinero bromeó:

—Con tal de que no se nos ocurra venderlo también...

Todos celebraron la ocurrencia, menos los hermanos Javel.

El viento soplaba todavía con fuerza, y hasta el día siguiente a las diez no pudieron enfilarse hacia Boulogne. El amputado continuaba remojando su muñón. De vez en cuando, levantándose, caminaba de un extremo a otro de la barca. Su hermano, que permanecía al timón, lo seguía con la mirada, moviendo la cabeza. Por fin llegaron al puerto.

El médico, después de examinar la herida, aseguró que presentaba buen aspecto. Efectuó una curación en forma y prescribió reposo. Pero Javel no quiso irse a la cama sin recoger su brazo, y regresó al puerto en busca del barril que lo guardaba y que había sido marcado con una cruz.

Lo desocuparon en su presencia y tomó el despojo, bien conservado en la salmuera, arrugado, pero fresco. Envolviéndolo en un trapo, emprendió el camino de su casa.

La mujer y los hijos examinaron durante largo rato aquel pedazo del padre. Le palpaban los dedos y le sacaban los granitos de sal que habían quedado entre las uñas y la carne. Después llamaron al carpintero y le encargaron que construyera un pequeño ataúd.

La tripulación de la barca acompañó al día siguiente el entierro del brazo de Javel el menor. Presidían el duelo los dos hermanos, uno al lado del otro. El "cadáver" era conducido por el sacristán de la parroquia.

Javel dejó la vida del mar. Consiguió un empleo en el puerto, y cuando, pasado el tiempo, evocaba el accidente, manifestaba a su interlocutor, en voz baja:

—De haberse cortado el cabo del aparejo no sería hoy manco. Pero mi hermano miró por sus intereses...

GUY DE MAUPASSANT

LA MUERTA Y LA VIVA

POR

LUIGI PIRANDELLO

LA tartana, que Nino Mo, el patrón, había bautizado con el nombre de su primera mujer, Filippa, se acercaba al pequeño muelle de Puerto Empédocles en medio del llamear de uno de esos magníficos ocasos del Mediterráneo que hacen temblar y palpar la infinita extensión de las aguas como en un delirio de luces y de cabrilleos. Resplandecen los vidrios de las casas pintadas de fuertes colores; luce la roca del promontorio sobre el que se alza la poblada aldea; fulgura como oro el azufre apilado sobre la larga playa; sólo contrasta la sombra de la antigua fortaleza costera, cuadrada y hosca, en el extremo del muelle.

Virando para enfilar por la abertura entre las dos escolleras que, como brazos protectores, cierran en el medio el pequeño Molo Vecchio, sede de la capitanía, la tripulación había notado que todo el muelle, desde la fortaleza hasta la blanca torrecilla del faro, estaba lleno de gente que gritaba y agitaba en alto gorros y pañuelos.

Ni el patrón Nino ni ninguno de los tripulantes podían imaginar que aquella multitud se había congregado allí, precisamente, para esperar el arribo de la *Filippa*, aunque cierto era que parecían dirigidos a ellos los gritos y el continuo y furioso ondear de pañuelos y gorros. Supusieron que alguna flotilla de torpederas habría amarrado en el pequeño muelle y que ahora iría a levar anclas, saludada entusiastamente por la población, para la cual era una gran novedad la visita de una nave de guerra.

Por prudencia, el patrón Nino Mo dió orden de que se aflojase en seguida la vela, e inclusive que se la arriara, a la

espera de la barca que debía remolcar a la *Filippa* hasta su amarradero.

Arriada la vela, mientras la tartana, sin su impulso, navegaba lentamente, rompiendo apenas las aguas que, encerradas allí entre las dos escolleras, parecían de un lago de nácar, los tres marineros, curiosos, se treparon como ardillas, uno a los obenques, otro por el palo mayor hasta la cofa, y el tercero a la antena.

Y he aquí la barca que debía remolcarlos, empujada frenéticamente a fuerza de remos, seguida por muchos otros caiques negros que casi se hundían bajo el peso de la gente que había subido en ellos y que se tenía de pie, vociferando y moviendo sin cesar los brazos.

¿Era realmente por ellos, entonces, tanta gente, semejante agitación?... ¿Y por qué? ¿Acaso por una falsa noticia de naufragio?

Y la tripulación se inclinaba a proa, hacia aquellas barcas que acudían a su encuentro, curiosa, ansiosa por descubrir el sentido de los gritos. Pero sólo se distinguía claramente el nombre de la tartana:

—¡*Filippa!* ¡*Filippa!*

El patrón Nino Mo se mantenía apartado, sin curiosidad alguna, el gorro de pelo calado hasta los ojos, de los cuales, el izquierdo estaba siempre cerrado. Cuando lo abría, aparecía bizco. En cierto momento se quitó de la boca la pipa de raíz, escupió y, pasándose el dorso de la mano por los ásperos pelos de los bigotes color cobre y por la rala barbita puntiaguda, se volvió bruscamente al marinero que se había encaramado a los obenques y le gritó que bajara y fuese a popa a tocar la campanilla para el *Ángelus*.

Había navegado toda su vida, profundamente penetrado del infinito poder de Dios, que era preciso respetar siempre, en todas las ocasiones, con imperturbable resignación; y no podía soportar la gritería de los hombres.

Al sonido de la campanilla de a bordo, se quitó el gorro descubriendo la piel blanquísima del cráneo, velada por una rojiza vellosidad vaporosa, casi una sombra de cabellos. Se persignó e iba a recitar la plegaria, cuando la tripulación se le echó encima, con caras, gestos, risas y gritos de locos.

—¡Tío Ni! ¡Tío Ni! ¡La gnà¹ Filippa! ¡Su mujer! ¡La gnà Filippa! ¡Viva! ¡Ha vuelto!

El patrón Nino pareció, al principio, como perdido entre aquellos que lo asediaban y, aterrizado, buscó en los ojos de los demás algo como la seguridad de que podía creer en esa noticia sin enloquecer. La cara se le descompuso pasando en un instante del estupor a la incredulidad, de la angustia furiosa a la alegría. Después, feroz, como ante una patraña, apartó a todos, agarró a uno del pecho y lo sacudió violentamente, gritando:

—¿Qué dicen? ¿Qué dicen?

Y con los brazos levantados, cual si quisiese detener una amenaza, se precipitó en dirección a los que llegaban en las barcas, los cuales lo recibieron con una lluvia de gritos y de apremiantes invitaciones hechas con los brazos; entonces, retrocedió, incapaz de resistir la confirmación de la noticia (¿o la tentación de arrojarle al agua?), y volvió a la tripulación como para pedir socorro o ser contenido. ¿Viva? ¿Cómo, viva? ¿Vuelta? ¿De dónde? ¿Cuándo? Sin poder hablar, indicaba el mamparo, sí, sí, para que extrajesen en seguida la maroma; y cuando la cuerda para el remolque fué bajada, gritó:

—¡Sostengan!

La aferró con las dos manos, saltó la borda y, como un mono, bajó por ella a pulso y se dejó caer entre los hombres del remolcador, que lo esperaban con los brazos extendidos.

La tripulación de la tartana quedó desencantada y exasperada al ver alejarse la barca con el patrón Nino, y, temerosa de verse privada del espectáculo, empezó a vociferar como endemoniada, a los tripulantes de las demás embarcaciones, para que recogiesen la maroma y remolcasen la tartana al muelle.

Nadie se volvió, nadie les hizo caso. Todos los caiques siguieron al remolcador, en el cual, entretanto, el patrón Nino Mo era informado muy confusamente sobre aquel maravilloso retorno de la mujer rediviva, la cual, tres años atrás, al dirigirse a Túnez para visitar a la madre moribunda, había sido dada por muerta, junto con el resto de los pasajeros, en el naufragio del vaporcito que la conducía. Y en cambio, no, no, no había

1. Abreviatura de *signor* usada como apelativo en Sicilia.

muerto... Un día y una noche había estado en el mar... aferrada a una tabla... Después salvada, recogida por un buque ruso que se dirigía a América..., pero loca... por el terror... y dos años y ocho meses había estado loca en América..., en Nueva York, en un manicomio... Después, curada, había conseguido que el Consulado la repatriara, y hacía tres días que se encontraba en el pueblo, llegada desde Génova.

Ante esas noticias que le granizaban de todas partes, el patrón Nino Mo, aturdido, parpadeaba continuamente; a veces, el párpado izquierdo se le quedaba cerrado, como tirante; y todo el rostro le temblaba convulsivo, como punzado por alfileres.

El grito que llegó de uno de los caiques y las risas burlonas con que ese grito fué recibido: "¡Dos mujeres, tío Ni; arriba el ánimo!", lo sacudieron del atolondramiento y le hicieron mirar con furiosa cólera a todos aquellos hombres, insignificantes lombrices de tierra a las que él, en cuanto se alejaba un poco de la costa, para internarse en las inmensidades del mar y del cielo, veía desaparecer como cosa de nada; pero allí estaban ahora, llegados en tropel, amontonados en el muelle, impacientes, vocingleros; allí estaban para gozar del espectáculo de un hombre que regresaba a tierra y se encontraba con dos mujeres; espectáculo tanto más hilarante para ellos cuanto más grave y doloroso era el conflicto para él.

Porque esas dos esposas eran hermanas, dos hermanas inseparables; más aun, casi madre e hija entre ellas, dado que la mayor, Filippa, había criado a la menor, Rosa, a quien también él, al casarse, acogió en su casa como a una hija; hasta que, desaparecida Filippa, obligado él a seguir viviendo con Rosa, y considerando que ninguna otra mujer hubiese podido servir mejor de madre a la criatura que Filippa le había dejado casi todavía en pañales, se había casado con ella, decorosamente.

¿Y ahora, y ahora? Filippa había vuelto para encontrarse con Rosa casada con él ¡y encinta, encinta de cuatro meses! ¡Oh, sí!, había motivos para reír, realmente: un hombre entre dos esposas, entre dos hermanas, entre dos madres.

¡Allí están, allí en el muelle! ¡Allí, Filippa; allí, viva! Con una mano le hace señales, como para darle valor; con la otra oprime contra su pecho a Rosa, la pobre hermana encinta que

tiembla de pies a cabeza y que llora y se revuelve por el dolor y la vergüenza entre los alaridos, las carcajadas, los aplausos, el agitar de los gorros de aquella multitud que espera.

El patrón Nino Mo se sacudió rabiosamente; deseó que la barca se hundiera y que desapareciese de su vista aquel cruel espectáculo; pensó por un instante en arrojarse sobre los remeros y obligarlos a deshacer el trayecto, para volver a la tartana, para escapar lejos, lejos, para siempre; pero comprendió al mismo tiempo que no podía rebelarse contra aquella violencia horrenda de los hombres y del destino que lo arrastraba; sintió como una especie de estallido interno, como una explosión que le hizo zumbar los oídos y le ofuscó la vista.

Se encontró, poco después, entre los brazos y contra el pecho de la esposa resucitada, que le llevaba toda la cabeza, mujerona huesuda, de cara negra y fiera, varonil en los ademanes, en la voz, en el paso. Pero cuando ella, luego de librarlo de su abrazo, allí, delante de todo el pueblo que los aclamaba, lo empujó a abrazar también a Rosa, la pobrecilla que abría como dos lagos de lágrimas los grandes ojos claros en el rostro diáfano, él, a la vista de tanta palidez, de tanta desesperación, de tanta vergüenza, se sublevó, se inclinó con un sollozo en la garganta, para alzar en brazos al niño de tres años, y echó a andar irritado, gritando:

—¡A casa! ¡A casa!

Las dos mujeres lo siguieron y todo el pueblo vociferante se puso en marcha detrás, delante, en derredor de ellos. Filippa, con un brazo en los hombros de Rosa, la llevaba como bajo su ala, la sostenía, la protegía, y se volvía para dar la cara a las burlas, a las pullas, a los comentarios de la gente, y de tiempo en tiempo se inclinaba hacia la hermana y le gritaba:

—¡No llores, tontuela! ¡El llanto te hace mal! ¡Vamos, vamos, derecha, buenita! ¿Por qué lloras? Dios lo ha querido así... ¡Hay remedio para todo! ¡Vamos, acaba! ¡Para todo, para todo hay remedio! Dios nos ayudará...

Le gritaba eso también al gentío, y añadía, vuelta a uno u otro de los curiosos:

—¡No tengáis miedo! ¡Ni escándalo, ni guerra, ni envidia, ni celos! ¡Lo que Dios quiera! Somos criaturas de Dios.

Llegados a la Fortaleza cuando las llamas del ocaso se ha-

bían ensombrecido, y el cielo, antes purpúreo, se había vuelto casi humoso, parte de la muchedumbre se desbandó y tomó por la ancha calle de la aldea, ya con los faroles encendidos; pero la mayoría quiso acompañarlos hasta la casa, detrás de la Fortaleza, en las "Balate", donde aquella calle tuerce y se prolonga aún más, con unas pocas casuchas de marineros bordeando otra cala con su playa muerta. Todos se detuvieron allí, delante de la casa del patrón Nino Mo, para ver qué decidían hacer aquellos tres. ¡Como si fuese un problema para resolver así, en un santiamén!

La casa era de planta baja y sólo recibía luz por la puerta. Aquella multitud de curiosos, agolpada delante, aumentaba la oscuridad ya densa y dificultaba la respiración. Pero ni el patrón Nino Mo ni la mujer grávida tenían ánimo para rebelarse: la opresión de aquel gentío era para ellos la opresión misma de sus propias almas, y no pensaban que podía suprimirse por lo menos la primera. Pensó en ello Filippa, después de haber encendido la luz sobre la mesa, ya preparada para la cena, en medio de la habitación. Se llegó a la puerta y gritó:

—¿Todavía ahí? ¿Qué queréis? Habéis visto y os habéis reído; ¿no os basta? ¡Dejadnos pensar ahora en nuestras cosas! ¿No tenéis casa?

Así encarada, la gente se retiró, parte por un lado de la casa, parte por el otro, lanzando las últimas pullas; pero aun se quedaron muchos, para espiar de lejos, en las sombras de la playa.

La curiosidad era tanto más viva cuanto que todos conocían la honestidad, que llegaba hasta el escrúpulo, el temor de Dios y las costumbres irreprochables del patrón Nino Mo y de aquellas dos hermanas.

Esa misma noche daban una prueba de ello, dejando abierta hasta la mañana la puerta de la casucha. Sobre las sombras de aquella triste playa muerta, que prolongaba acá y allá, en el agua cansada, espesa, casi aceitosa, algunos escollos negros, corroidos por la marea, algunos cantos resbaladizos, cubiertos de algas, informes, entre los cuales alguna rara ola se internaba tropezando y rebotando para sumirse en seguida con profundo gorgoteo de remolino; sobre aquellas sombras se proyectó, durante toda la noche, por la puerta abierta, el resplandor amarillo de la luz. Y los que se quedaron hasta tarde, para atisbar,

pasando ya uno, ya otro, por delante de la puerta y dirigiendo una rápida mirada oblicua hacia el interior de la casucha, pudieron ver, al principio, a los tres, con el niño, sentados a la mesa, cenando; después, a las dos mujeres de hinojos en el piso, inclinadas sobre las sillas, y al patrón Nino sentado, la frente apoyada en el brazo que descansaba en una punta de la mesa ya levantada, y a los tres absortos rezando el rosario; y por último, al chiquillo, al hijo de la primera mujer, acostado solo en la cama de matrimonio que estaba en el fondo de la habitación, y a la segunda mujer, la embarazada, sentada al pie de la cama, vestida, con la cabeza reclinada en los colchones, los ojos cerrados; mientras los otros dos, el patrón Nino y la *gnà* Filippa, conversaban en voz baja, calmadamente, cada uno en una cabecera de la mesa; hasta que fueron a sentarse a la puerta, para continuar la conversación en un quedo murmullo, del cual parecía eco el lento y leve rumor de las aguas sobre la playa, bajo las estrellas, en la lobreguez de la noche ya avanzada.

Al día siguiente, el patrón Nino y la *gnà* Filippa, sin dar explicaciones a nadie, fueron en busca de una pequeña habitación que se alquilase; la encontraron casi en el límite del pueblo, en el camino que conduce al cementerio, elevado sobre el promontorio, con la campiña a sus espaldas y el mar delante. Hicieron llevar allí una camita, una mesa y dos sillas, y cuando fué de noche acompañaron hasta ella a Rosa, la segunda mujer, con el niño; le hicieron cerrar la puerta inmediatamente, y los dos, juntos y taciturnos, regresaron a la casa de las "Balate".

Se alzó entonces en toda la aldea un coro de conmiseración por aquella pobrecilla sacrificada de tal manera, hecha a un lado así, sin mas ni más, arrojada de su hogar, sola, ¡en ese estado!, imaginaos, ¡en ese estado! ¡Que hubiera corazones capaces de hacer eso! ¿Y qué culpa tenía la pobrecilla? Sí, así lo quería la ley...; pero ¿qué ley era ésa? ¡Ley turca! ¡No, no, diantre, no era justo, no era justo!

Y al día siguiente, muchísimos, resueltos, trataron de hacer comprender la acerba reprobación de todo el pueblo al patrón Nino, que salió, más sombrío que nunca, a ocuparse del cargamento de la tartana para la próxima partida.

Pero el patrón Nino, sin detenerse, sin volverse, con el gorro de pelo calado hasta los ojos, el uno cerrado y el otro abierto, y

la pequeña pipa de raíz entre los dientes, cortó las preguntas y recriminaciones de todos estallando:

—¡Dejadme tranquilo! ¡Son asuntos míos!

Y no quiso dar mayor satisfacción ni aun a aquellos que él llamaba "principales": comerciantes, guardas de almacén, fletadores. Sólo que con éstos fué menos áspero y tajante.

—Cada cual con su conciencia, señor — contestaba —. Cosas de familia que no interesan a nadie. Sólo a Dios, y nada más.

Y dos días después, al reembarcarse, ni siquiera a los tripulantes de la tartana quiso decirles nada.

Sin embargo, durante su ausencia del pueblo, las dos hermanas volvieron a vivir juntas en la casa de las "Balate", y juntas, tranquilas, resignadas y afectuosas, cuidaron de los quehaceres domésticos y del niño. A las vecinas, a todos los curiosos que iban a interrogarlas, por toda respuesta abrían los brazos, alzaban los ojos al cielo y con una sonrisa triste contestaban:

—Es lo que Dios quiere, comadre.

—Es lo que Dios quiere, compadre.

Juntas, con el niño de la mano, cuando llegó el día del arribo de la tartana, se dirigieron al puerto. Esa vez, en el muelle, había pocos curiosos. El patrón Nino, al saltar a tierra, tendió la mano a una y a otra, silencioso, se inclinó para besar a la criatura, la levantó en brazos y echó a andar como la vez anterior, seguido por las dos mujeres. Pero, llegados delante de la puerta, en la casa de las "Balate", fué Rosa, la segunda mujer, la que se quedó con el patrón Nino; y Filippa se marchó tranquilamente, con el chiquillo, al cuarto alquilado en el camino del cementerio.

Y entonces, todo el pueblo, que antes se había compadecido tanto del sacrificio de la segunda mujer, al ver que no había sacrificio para ninguna de las dos, se indignó, se exaltó fieramente ante la serena y sencilla sensatez de aquella solución; y muchos proclamaron el escándalo.

En realidad, al principio, todos quedaron como aturdidos, y después estallaron en una gran carcajada. La irritación, la indignación, brotaron después, y precisamente porque todos se vieron obligados a reconocer, en el fondo, que como no había habido engaño ni culpa de ninguna parte, y como, en conse-

cuencia, no podía pretenderse la condena o el sacrificio de ninguna de las dos esposas — esposas ambas ante Dios y ante la ley —, la decisión de los tres era la mejor que se podía adoptar.

Exasperó sobre todo la paz, la armonía, la resignación de las dos hermanas, afectuosa la una para con la otra, sin sombra de envidia ni de celos entre ellas. Comprendían que Rosa, la hermana menor, no pudiese tener celos de la otra, a la cual le debía todo, y a quien, involuntariamente, le había quitado el marido. En todo caso, Filippa hubiese podido tener celos de ella; pero no, comprendían que tampoco Filippa podía tenerlos, sabiendo que Rosa había obrado sin engaño y que no tenía culpa.

¿Entonces? Existía para ambas la santidad inviolable del matrimonio; la devoción por el hombre que trabajaba para ellas, por el padre. Él estaba siempre de viaje; desembarcaba sólo por dos o tres días cada mes. Pues bien, ya que Dios había permitido el retorno de la primera, ya que Dios había querido que fuese así, alternarían entre ellas, en paz y sin envidia, esperaría una cada vez al hombre, que volvía cansado del mar.

Eran excelentes razones, sí, y decorosas y tranquilas; pero, justamente por ser tan excelentes, decorosas y tranquilas, irritaron.

Y el patrón Nino Mo, al día siguiente de su segundo arribo, fué llamado por el juez de paz, seguramente para decirle que la bigamia no estaba permitida por la ley.

El patrón Nino Mo había hablado poco antes con un hombre de leyes y se presentó ante el juez de paz con su expresión habitual, seria, calmada y hermética. Le contestó que en su caso no se podía hablar de bigamia, porque su primera mujer figuraba y seguiría figurando siempre como fallecida, de manera que, ante la ley, él no tenía sino una mujer, la segunda.

—Además, señor juez, por encima de la ley de los hombres — concluyó — está la de Dios, a la que me he atendido siempre, obediente.

El embrollo se produjo en la oficina del registro civil, adonde, de entonces en adelante, cada cinco meses, puntualmente, el patrón Nino Mo se dirigía a denunciar el nacimiento de un hijo: “Éste es de la muerta”. “Éste es de la viva”.

La primera vez, al participar el nacimiento del hijo, del cual la segunda mujer estaba encinta cuando la reaparición de Fi-

lippa, como ésta no había dado señales de vida ante la ley, todo marchó sin inconvenientes, y el hijo pudo ser registrado como legítimo. Pero ¿cómo registrar, al cabo de cinco meses, el segundo, nacido de Filippa, que figuraba todavía como muerta? O ilegítimo el primero, nacido del segundo matrimonio, o ilegítimo el segundo. No había otra solución.

El patrón Nino Mo se llevó una mano a la nuca y se hizo caer el gorro sobre la nariz. Empezó a rascarse la cabeza; después le dijo al encargado del registro civil:

—Y... dispéñeme, ¿no podría anotarlo como legítimo de la segunda?

El encargado abrió ojos tamaños.

—Pero ¿cómo? ¿De la segunda? Si hace cinco meses...

—Tiene razón, tiene razón — le interrumpió el patrón Nino, volviendo a rascarse la cabeza —. ¿Cómo se remedia, entonces?

—¿Cómo se remedia? — bufó el funcionario —. ¿Y me pregunta a mí cómo se remedia? Pero usted ¿qué es? ¿Un sultán? ¿Un pachá? ¿Un bey? ¿Qué es? ¡Debería tener juicio, diablos, y no venir a embrollarme los registros aquí!

El patrón Nino Mo retrocedió un poco y se apuntó con los dos índices en el pecho.

—¿Yo? — exclamó —. ¿Y qué culpa tengo yo, si Dios lo permite así?

Al oír mencionar a Dios, el funcionario montó en cólera.

—¡Dios..., Dios..., Dios..., siempre Dios! ¡Uno muere, la voluntad de Dios! ¡No muere, la voluntad de Dios! ¡Nace un hijo, Dios! ¡Vive con dos mujeres, Dios! ¡Acabe de una vez con eso! ¡Que el diablo se lo lleve! ¡Venga cada nueve meses, por lo menos! ¡Deje a salvo la decencia, respete la ley; y se los inscribo todos como legítimos, uno tras otro!

El patrón Nino Mo escuchó impasible la reprimenda. Después dijo:

—No depende de mí. Usted proceda como le parezca. Yo he cumplido con mi obligación. Le beso las manos.

Y volvió puntualmente, cada cinco meses, a cumplir con su obligación, segurísimo de que Dios se lo ordenaba así.

LUIGI PIRANDELLO

MANUSCRITO HALLADO EN UNA BOTELLA

POR

EDGAR ALLAN POE

Poco tengo que contar de mi país y de mi familia. Los malos tratos y el transcurso del tiempo me han alejado del uno y hecho un extraño a la otra. Una fortuna heredada me aseguró una educación completa, y mi natural reflexivo me permitió coordinar las nociones adquiridas mediante un estudio temprano. Sobre todas las cosas me agradaban los trabajos de los filósofos alemanes, no porque admirase su elocuente locura, sino por la facilidad con que mi mente descubría sus patrañas.

Se me ha reprochado con frecuencia la aridez de mi carácter, enrostrándoseme como un crimen mi falta de imaginación; y ha chocado también frecuentemente el escepticismo de mis opiniones. En realidad, me temo que una acentuada preferencia por los filósofos materialistas me haya llevado a un error bastante común en esta época: aludo a la costumbre de atribuir cualquier suceso a los principios de esa filosofía.

En general, creo poder afirmar que hay pocas personas menos propensas que yo a ser apartadas de la realidad por los fuegos fatuos de la superstición. Estimo oportuno hacer esta advertencia, con objeto de que la singular historia que voy a referir no sea considerada como el desvarío de una imaginación, sino como la experiencia de una mentalidad para la cual las imágenes de la fantasía nunca han sido dignas de atención.

El año mil ochocientos . . . , después de haber viajado mucho tiempo por el extranjero, salí del puerto de Batavia, en la rica y populosa isla de Java, con rumbo al archipiélago de las Sunda, como pasajero y con el único propósito de combatir una especie de desasosiego que me atormentaba extraordinariamente.

Era el nuestro un magnífico barco, de unas cuatrocientas toneladas, trincado con cables de cobre y construído en Bombay con madera de teca. Transportaba algodón y aceite de las islas Laquedivas, bonote, azúcar de palma, *ghee* (especie de manteca de la que se obtiene aceite), cocos y algunas cajas de opio. A causa de la deficiente forma en que dicha carga estaba reparada a bordo, la embarcación no conservaba un perfecto equilibrio.

Zarpamos cuando soplaba una leve brisa, y durante muchos días navegamos a lo largo de la costa de Java, sin otra novedad que quebrase la monotonía de nuestro viaje que el ocasional encuentro con algún buque costero procedente del archipiélago hacia el cual nos dirigíamos.

Una tarde, mientras descansaba reclinado en la borda, vi por el lado del noroeste una nube solitaria de forma bastante rara. Resultaba digna de atención, no sólo por su tonalidad, sino porque era la primera que se divisaba desde nuestra partida de Batavia. Estuve observándola atentamente hasta que se puso el sol, momento en que se extendió hacia el este y el oeste, cerrando el horizonte con una angosta franja de vapor que le daba la apariencia de una playa baja. En seguida observé sorprendido el color rojo oscuro de la luna y el extraño aspecto de las aguas. Parecían éstas sufrir un rápido cambio, haciéndose más transparentes que de costumbre. Podía verse perfectamente el fondo, aun cuando comprobé, al echar la sonda, que la profundidad era de más de quince brazas.

La atmósfera, insoportablemente pesada, estaba cargada de exhalaciones semejantes a las que se desprenden de un hierro candente. Al cerrar la noche no soplaba la más leve brisa. La calma era absoluta. La llama del farol que ardía en la popa no se movía, y resultaría difícil que un cabello sostenido entre los dedos experimentara el menor movimiento. No obstante, el capitán aseguró que no existía posibilidad alguna de peligro, y, como nos acercábamos a la costa, mandó que se recogiesen las velas y se echara el ancla.

Nadie había recibido instrucciones de hacer guardia, y los tripulantes, malayos en su mayoría, acostáronse deliberadamente sobre cubierta. Yo descendí a mi camarote, no sin el presentimiento de alguna asechanza. En verdad, todo parecía

confirmar mi creencia de que se avecinaba un tifón, mas cuando comuniqué al capitán esos temores, hizo caso omiso y ni siquiera se dignó responderme.

Estaba yo tan alarmado, que me fué imposible conciliar el sueño, y a eso de la medianoche subí a cubierta. Un ruido fuerte, análogo al que produce la rueda de un molino, me sorprendió al pisar el último peldaño de la escala de la toldilla, y antes de que tuviera tiempo de averiguar su procedencia, un recio temblor estremeció el navío. Seguidamente, las olas nos lanzaron contra la borda, y precipitándose sobre nosotros, barrieron de proa a popa la cubierta.

Lo recio del embate fué, en realidad, lo que salvó al buque. Aunque estaba por completo anegado, logró surgir pesadamente del abismo y enderezarse luego dando tumbos, a pesar de que sus mástiles habían sido barridos por el golpe.

Difícil me resultaría explicar en virtud de qué milagro escapé de la muerte. El empuje de las aguas me aturdió, y cuando pude recobrarme, me encontré oprimido entre el codaste y el timón. Logré alzarme dificultosamente, y al mirar en torno mío creía que nos hallábamos entre escollos, tan terrible era el aspecto del océano que, espumoso y formando montañas con sus olas, nos circundaba.

Tras algunos instantes de silencio, oí la voz de un anciano sueco que había embarcado en Batavia. Lo llamé a gritos y él se aproximó, tambaleándose. No tardamos en comprobar que éramos los únicos sobrevivientes de la catástrofe, pues todos los que se encontraban sobre cubierta, a excepción de nosotros dos, habían sido barridos por las olas. El capitán y los pilotos debían haber muerto mientras dormían, porque sus camarotes estaban completamente anegados.

Nada podíamos hacer para mantener a flote el buque, carentes como estábamos de toda ayuda. Nuestro primer impulso se vió paralizado por el temor de ir a parar al abismo. Es obvio decir que el cable se había cortado, al impulso del huracán, cual si se tratara de un débil hilo. Y de no haber ocurrido así, habríamos perecido irremediamente. El navío avanzaba rápidamente, mientras las olas se cernían sobre nosotros. La armazón de popa estaba por completo destrozada, y todo el barco hallábase en pésimas condiciones; pero descubrimos que,

por fortuna, las bombas permanecían intactas y la carga no se había desplazado mucho.

La primera furia del temporal había amainado, y poco teníamos que temer de la violencia del viento; mas, de todos modos, esperábamos con ansiedad que cesara, porque sabíamos que en las condiciones en que nos encontrábamos, naufragaríamos fatalmente si se producía la marejada que por lo general sobreviene al huracán. Tal temor, sin embargo, era infundado. Durante cinco días con sus noches, durante los cuales nos alimentamos con una pequeña cantidad de azúcar de palma que conseguimos trabajosamente en el castillo de proa, el buque navegó a una velocidad fantástica, empujado por ráfagas de un viento que, sin llegar a la violencia del tifón, era, de todos modos, fuerte y temible.

Los cuatro primeros días navegamos, casi sin variantes, hacia el sur-sureste, y posiblemente pasamos cerca de la costa de Nueva Holanda. Al quinto día, el frío era tremendo, aunque el viento, cambiando algo, soplabá de más al norte. El sol dejóse ver con un extraño fulgor, elevándose algunos grados sobre el horizonte, sin iluminar mayormente el océano. Estaba despejado el cielo, pero la fuerza del viento iba otra vez acen tuándose.

Alrededor del mediodía, según nuestros cálculos, nos llamó sobremanera la atención el aspecto del sol. No proyectaba luz, en el sentido exacto de la palabra, sino una especie de resplandor apagado y sin reflejos, cual si sus rayos estuvieran polarizados. Momentos antes de hundirse en el horizonte, ese resplandor se extinguió de súbito, como esfumado por un poder sobrenatural. Quedó apenas un borde plateado y pálido que no tardó en ocultarse también en el insondable océano.

En vano aguardamos la llegada del sexto día. Para mí no ha llegado aún; para mi compañero no llegará jamás. Una densa oscuridad nos rodeó desde entonces, impidiéndonos ver a veinte metros del navío. Nos circundaba una noche total. Una noche cuyas tinieblas no horadaba nada, ni aun ese brillo fosforescente característico del océano en las latitudes tropicales.

Comprobamos que, no obstante continuar la tempestad con indeclinable furia, no se veía en torno nuestro la espuma que

hasta entonces nos había acompañado. Impenetrables tinieblas, oscuridad horrorosa, un desierto de ébano era todo lo que nos rodeaba. El ánimo de mi compañero se dejó dominar por un supersticioso terror, y yo mismo estaba bajo los efectos de un ilimitado asombro. No nos preocupábamos ya de la nave, cosa que no nos habría conducido a nada. Así, pues, nos limitamos a atarnos fuertemente al resto del palo de mesana, y a observar con amarga atención el mundo de agua que nos circundaba.

No teníamos medios para conocer la hora, ni nos era dable averiguar nuestra posición. Comprendíamos, no obstante, que habíamos llegado más al sur que cualquier otro navegante, y nos sorprendió el hecho de no haber encontrado hasta entonces ningún bloque de hielo. Entretanto, cada minuto que transcurría podía ser el último de nuestra vida; cada una de las gigantescas olas sobre las que nos deslizábamos parecía a punto de acabar con nosotros. Era tan violenta la marejada, que sobrepasaba todo lo imaginable, y resultaba realmente milagroso que no nos hubiéramos ahogado en los primeros instantes.

El anciano sueco lo achacaba a la ligereza de la carga y a las excelentes cualidades del barco, en el que confiaba todavía; mas yo empezaba a perder toda esperanza y a prepararme para la muerte, que, según mis deducciones, acaso no tardaría más de una hora en llegar, sin que nada pudiera evitarla, pues, a cada instante, el mar se tornaba más encrespado y más espantable en su oscuridad.

Por momentos, al ascender a mayor altura que el albatros, respirábamos dificultosamente, en tanto que otras veces perdíamos casi el sentido al precipitarnos vertiginosamente en una sima en la que el aire volvía pesado y no existía un solo ruido que turbara el sueño del *kraken*.¹

En el fondo de uno de esos abismos nos hallábamos cuando mi compañero quebró súbitamente con sus gritos el silencio de la noche:

—¡Dios santo! ¡Mire! ¡Mire!

Un resplandor rojo iluminó en aquel instante las paredes del precipicio marino y se proyectó sobre nuestra cubierta, ennegueciéndonos bruscamente. Y no bien hube dirigido la mirada

1. Monstruo marino.



hacia arriba, un espectáculo asombroso paralizó la sangre en mis venas. Frente a nosotros, a una altura fantástica, sobre el filo mismo del abismo, balanceábase un barco de unas cuatro mil toneladas. Aunque se hallaba sobre la cresta de una ola cien veces más voluminosa que él, su tamaño parecía ser mayor que el de cualquier otro buque de la línea. Su gigantesco casco estaba pintado de negro y carecía de las molduras que muestran generalmente las naves. Una fila de cañones de bronce, cuyas bruñidas superficies reflejaban la luz de numerosos faroles colgados del cordaje, sobresalía de sus troneras. Pero lo que más nos sorprendía y atemorizaba era la circunstancia de que el navío navegara a toda vela por aquel mar sobrenatural y en medio de aquella terrible tempestad. Cuando lo descubrimos, apenas podía verse su proa, pues ascendía entonces del tenebroso abismo que se abría tras él. Durante un segundo innarrable, detúvose sobre la cresta de la líquida montaña, balanceóse espantosamente y luego se precipitó hacia nosotros.

No puedo definir lo que pasó por mi ánimo en ese momento. Maquinalmente, me desaté, di unos pasos inseguros y me dirigí hacia la popa. Nuestra nave había sucumbido ya en su combate con los elementos y se hundía de proa. Recibió, por tanto, el embate del otro barco en la parte que estaba ya sumergida, en virtud de lo cual yo fuí lanzado como por una catapulta sobre el cordaje de la misteriosa embarcación.

En el instante en que yo caía sobre ella, viró en redondo. Achaco a la confusión que se produjo, el hecho de que nadie notara a bordo mi presencia. Logré sin gran dificultad abrirme paso sigilosamente hasta la escotilla mayor, que encontré abierta, y ocultarme en la bodega. Difícil me sería explicar mi actitud. Me embargaba una vaga sensación de terror desde que contemplé a los tripulantes del buque, y tal vez fué eso lo que me impulsó a esconderme. No me sentía inclinado a confiarme a individuos que, según pensaba, no ofrecían muchas seguridades. Opté por ocultarme en la bodega, lo que conseguí metiéndome bajo unos maderos.

Apenas me había ocultado, cuando sentí unos pasos que se acercaban. Junto a mí pasó un hombre de caminar inseguro, cuyo rostro no me fué posible ver, aunque sí su cuerpo. Era, aparentemente, enfermo y anciano. Sus rodillas vacilaban sin

duda bajo el peso de los años. Iba mascullando en voz baja y cascada algunas palabras de un idioma que yo no conocía, y se detuvo para remover un montón de extraños instrumentos y antiguas cartas de navegación. Había en sus maneras una mezcla del mal humor de la vejez y de la olímpica dignidad de un dios. A los pocos minutos salió a cubierta y no volví a verlo.

.....

Mi alma posee un sentimiento que no sé cómo calificar. Trátase de algo para lo cual son insuficientes las lecciones de la experiencia y acaso lo sean también las que pueda brindarme el futuro. Para un ser de mi mentalidad, la última consideración significa una desgracia. Sé que jamás podré estar satisfecho en cuanto a la índole de mis concepciones. Y, a pesar de todo, no es extraño que esas concepciones resulten indefinidas, puesto que tienen su origen en fuentes tan recientes. A mi alma acaba de agregarse un nuevo sentido, una sensibilidad nueva.

.....

Mucho tiempo hace ya que pisé por vez primera la cubierta de este buque, y los rayos de mi destino parecen converger en un foco. Seres misteriosos, ensimismados, absortos en pensamientos cuya índole no logro definir, pasan delante de mí sin dar señales de verme. Resulta inútil que me oculte, porque esta gente no ve nada. Acabo precisamente de cruzar ante el piloto, y no hace mucho me aventuré a entrar en la cabina del capitán, donde obtuve los elementos que me sirven para escribir estas líneas. Proseguiré de vez en cuando el presente diario, y aunque temo que tal vez no encuentre modo de hacerlo llegar al resto del mundo, pondré todo mi empeño en conseguirlo. En última instancia, lo meteré en una botella y lo confiaré al mar.

.....

Un incidente acaba de darme base para nuevos motivos de meditación. ¿Ha sido todo producto de la casualidad? As-

cendí a cubierta y me instalé subrepticamente entre un montón de cuerdas y velas viejas que había en el interior de un bote. Mientras me entregaba a hondas reflexiones acerca de lo extraño de mi destino, embadurné maquinalmente, con un pincel mojado en alquitrán, los bordes de una vela que había cerca de mí, cuidadosamente doblada sobre una cubeta. La vela, desplegada ahora, muestra una palabra, compuesta con las pinceladas que tracé en forma inconsciente: "Descubrimiento".

Me he detenido a observar la estructura de la nave. Aunque está bien armado, se advierte que no es un buque de guerra. Su forma, así como la arboladura y el equipo, hacen descartar toda posibilidad sobre este punto. Me resulta dable ver lo que *no es*; pero no puedo, en cambio, decir lo que *es*. Analizando su raro diseño, la disposición de sus mástiles, su gran tamaño y su desproporcionado velamen, la severa línea de su proa y de su popa, me asalta un recuerdo de cosas familiares y se mezclan entonces en mi mente reminiscencias de relatos referentes a tiempos remotos y a países extraños.

.....

Examinando más detenidamente el casco de esta nave, he visto que está confeccionado con un material desconocido. Su madera reviste un singularidad que, a mi juicio, la torna inadecuada para la función que cumple: es excesivamente *porosa*, conclusión a la que he llegado considerándola independientemente de los deterioros ocasionados por la navegación en estas latitudes y por la acción del tiempo. Acaso se antoje infundada mi observación, pero esta madera posee todas las características del roble español, pero hinchado por medios artificiales.

Leyendo la frase que acabo de escribir, recuerdo un curioso apotegma que cierto avezado navegante holandés sacaba a colación cuando se ponía en tela de juicio su veracidad:

—Tan cierto es —afirmaba— como que existe un mar donde el volumen de un buque aumenta igual que el de un marinero.

Me he atrevido a reunirme, hace aproximadamente una hora, a un grupo de tripulantes. Ninguno dió muestras de notar mi presencia. Todos, como el que he visto por primera vez en la bodega, tenían aspecto de ancianos. Temblábanles las rodillas, se les doblaban los hombros y mostraban un cutis completamente arrugado. Hablaban con voz baja, trémula y cascada; sus ojos apenas brillaban, y sus cabellos grises estaban agitados por el viento. Sobre la cubierta, alrededor de ellos, aparecían desparramados numerosos y diversos instrumentos matemáticos de extraña y antiquísima construcción.

.....

He relatado ya el despliegue de una vela. Desde ese instante, la nave ha proseguido su terrible viaje hacia el sur, empujada por el viento que hincha todo el velamen, desde las botavaras inferiores hasta el racamiento. Las vergas se aproximan a veces, en su inclinación, al más espantable infierno de agua que la mente humana puede concebir.

Me he visto obligado a dejar la cubierta, porque no podía mantenerme en pie, aun cuando los tripulantes no parecen sufrir el mismo inconveniente. Considero milagroso el hecho de que la gigantesca mole del barco no desaparezca en el abismo para siempre. Estamos, por lo visto, condenados a bordear la eternidad sin sumergirnos al fin definitivamente. Con la agilidad de la gaviota eludimos olas mil veces más grandes que cuantas he visto hasta ahora. Las aguas bullen a nuestro alrededor como demonios de la profundidad, pero como demonios que se limitan a amenazarnos sin decidirse nunca a destruirnos de una vez. Atribuyo estas continuas evasiones, a la única causa lógica que puedo encontrar: a que el buque se encuentra bajo la influencia de alguna poderosa corriente, o de la resaca.

.....

Acabo de ver al capitán frente a frente y en su propia cabina, pero, según lo sospechaba, no me ha prestado atención alguna. Aun cuando en su aspecto no hay nada que lo revele distinto de los demás hombres, al mirarlo de cerca experimenté

una mezcla de admiración, reverencia y terror. Es más o menos de mi estatura: cinco pies y ocho pulgadas; de conformación normal, ni muy grueso ni muy delgado, pero la singular expresión de su rostro, la patente y asombrosa evidencia de su avanzada edad, inspiran a mi ánimo una indefinible sensación. Parece llevar impreso en la frente, por cierto no muy arrugada, el sello de miles de años.

Sus cabellos grises son testimonio del pasado, y su mirada, más gris todavía, parece predecir el futuro. Había sobre el piso de su cabina folios abrochados con cierres de hierro, antiguos aparatos científicos y viejas cartas de navegación. Con la cabeza sostenida entre las manos, leía con ansiedad un papel que intuí le señalaba una misión y que llevaba estampada la firma de un rey. Murmuraba en voz baja, como el tripulante al que yo había oído tiempo antes, palabras de un idioma desconocido y extraño, que, a pesar de nuestra proximidad, llegaban a mis oídos como desde una milla de distancia.

.....

El buque y sus tripulantes están poseídos por el espíritu de la Vejez. Los hombres van de un lado a otro como espectros de pasados siglos. Sus ojos muestran una singular expresión, y cuando, a la luz de los faroles, veo sus siluetas, siento algo jamás sentido antes, pese a que he sido arqueólogo y me he familiarizado con las sombras de las columnas derribadas de Baalbek, Tadmor y Persépolis, hasta el extremo de que mi alma misma ha llegado a ser una ruina.

.....

.....

Cuando miro en torno, me avergüenzan mis antiguos temores. Si antes he temblado a causa de las ráfagas que nos empujaban, ¿cómo no espantarse frente a una guerra entre un océano espantoso y un viento para el que resultan pueriles las denominaciones huracán y tifón? Nuestro buque está rodeado por las sombras de la noche eterna y por un caos de aguas sin espumas; mas, a una legua de distancia se divisan confusa-

mente, de vez en cuando, a ambos lados, colosales murallas de hielo que se alzan hacia el cielo como los puntales del universo.

.....

Según sospechaba, el buque es arrastrado por una corriente, si tal puede llamarse a esto que, rugiendo y haciendo crujir el hielo, avanza hacia el sur con la incontenible violencia de las aguas de una catarata.

.....

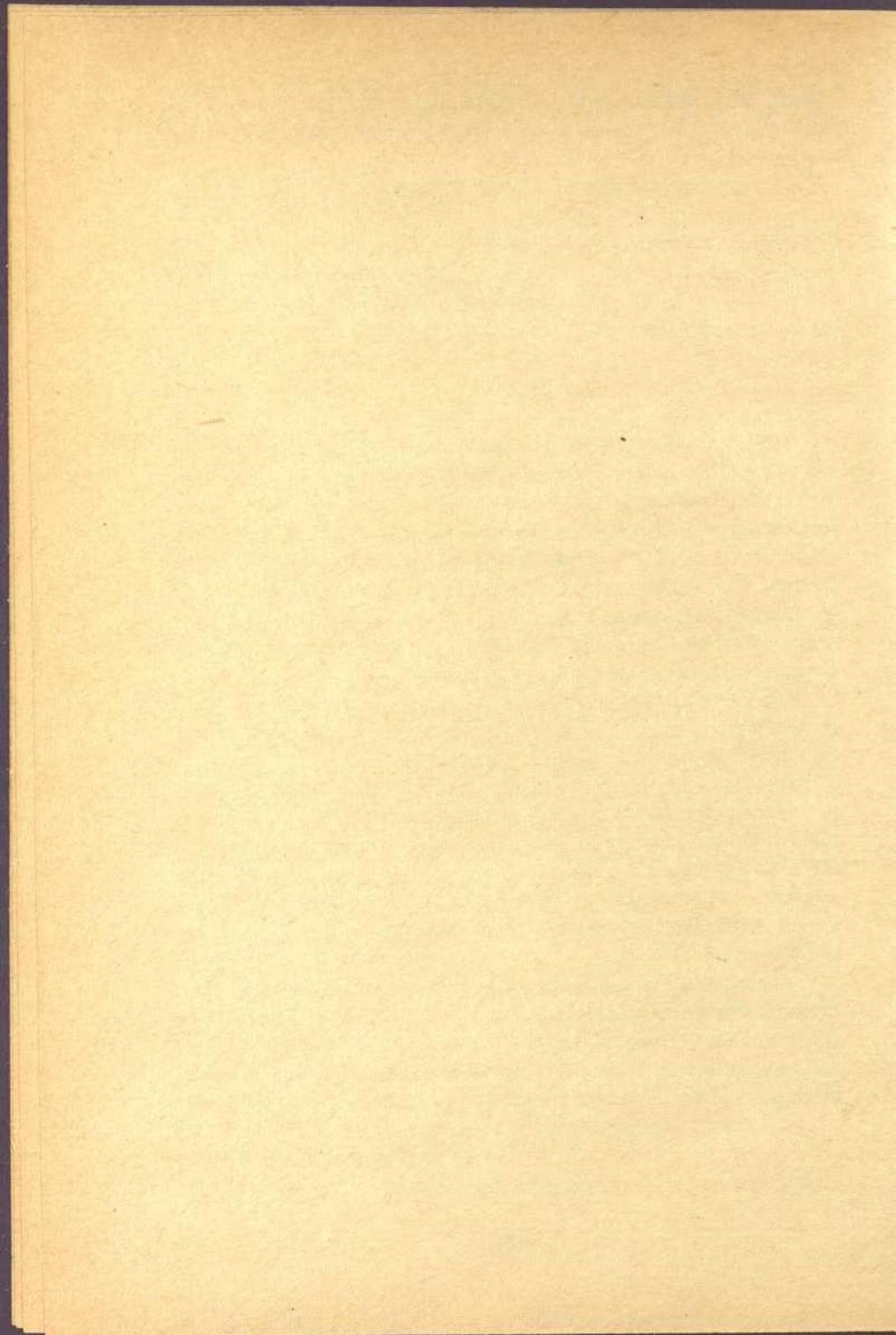
Nadie puede imaginar el espanto que siento. No obstante, la ávida curiosidad de desentrañar los misterios de estas latitudes se sobrepone a mi desesperación y me reconcilia con la imagen de la más terrible muerte. Avanzamos a toda velocidad, sin duda, hacia algún emocionante descubrimiento, hacia algún secreto que jamás será dable revelar y para arribar al cual es necesario renunciar a la vida. Tal vez la corriente nos lleve al mismo Polo Sur. Tal hipótesis, aparentemente infundada, tiene a su favor todas las probabilidades.

Los pasos de los tripulantes son ahora intranquilos y vacilantes, pero sus rostros muestran una expresión esperanzada más bien que un reflejo de desesperación.

El viento, en tanto, continúa soplando de popa, y a causa del gran volumen de las velas, el buque avanza en ocasiones materialmente levantado sobre las aguas. ¡Oh espanto! El hielo se resquebraja y se abre aquí y allá, y el barco empieza a girar vertiginosamente en círculos concéntricos por el filo de un anfiteatro gigantesco cuyas paredes se pierden en las tinieblas y en el vacío.

¡Escasos momentos restan para pensar en mi destino! Los círculos disminuyen de diámetro poco a poco. Nos precipitamos con creciente velocidad en el horroroso remolino. Y entre el rugir de las aguas y los gemidos del huracán, el buque se estremece y — ¡Dios Todopoderoso! — se hunde ...

EDGAR ALLAN POE



CIELO Y AGUA

POR

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

TENGO el sentimiento del mar. Esas afinidades instintivas con las cosas de la naturaleza, esas misteriosas simpatías que parecen recuerdos de una existencia elemental, no me hablan de mi fraternidad con la montaña abrupta, ni la tendida pampa, ni otra de las duras formas de la tierra, sino de mi fraternidad con las inmensas y ondulantes aguas, con el errabundo ser de las olas. Abro el pecho y el alma a este ambiente marino; siento como si mi substancia espiritual se reconociese en su centro.

Siempre me ha parecido propio de conciencias inmóviles, de caracteres apegados a lo fijo y estático, la incomprensión de la belleza del mar y de lo que hay en él de sugestión profunda. Aquí es el reino de la apariencia pasajera y cambiante; de la indefinida sucesión de líneas y de tonos; donde todo relieve y toda figura, apenas dibujados, se dan en sacrificio al movimiento innovador. La inquieta superficie bosqueja, hace miríadas de años, una forma que no llega a precisar jamás. Diríase la porfía indomable del artista que se abraza al material rebelde, y poseído de una norma interior, cien veces recomienza su obra y cien veces la deshace. Diríase también la manera cómo en la conciencia verdaderamente viva y dinámica, hierven, pasan y se substituyen las ideas, sin petrificarse nunca en inmutable convicción.

.....

Vuelvo a mi mar y a mis olas. Dulce empleo del tiempo es verlas nacer, morir y renovarse, y en la dejadez de un semisueño sentir que la inmensidad invade nuestra alma, y como que la

penetra de su espíritu, y no saber, al cabo, si el objeto de la contemplación está en lo infinito de las aguas o está en la profundidad del alma propia. Dulce es entonces asociar a cada ola un pensamiento, una memoria, una ficción, y decirse: ésta, pujante y clamorosa, es la fe que me sostiene, la aspiración que me lleva adelante; aquellas que blanquean allá lejos son los recuerdos de los que me quieren; esta otra, pequeñuela y exánime, que prueba a ser y no es, y se disipa en un leve brinco de espuma, es la promesa que dejé incumplida, el sueño mío que murió de niño, el anhelo que no he de realizar jamás . . .

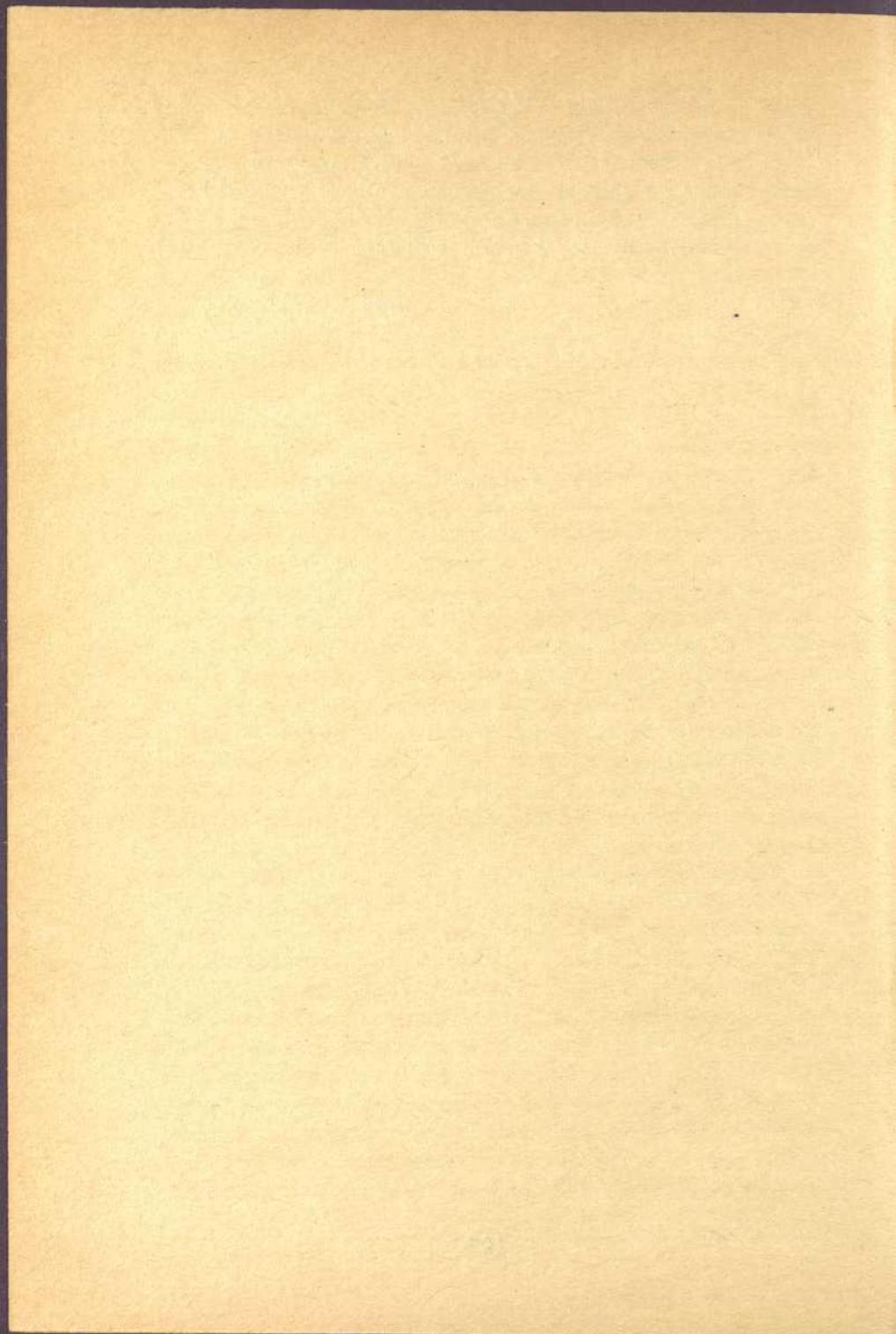
.....

Mar y cielo otra vez. La sugestión de la onda ajusta mi soliloquio al tono lírico. Concluyo por ver el mar con los ojos de un griego de la Odisca; con el candor de la imaginación heroica, que le dió un alma y la encarnó en mil formas divinas. ¡Salve, titán cerúleo — dice mi voz interior —, viejo titán que arrullaste mis primeros sueños, cuando aspiraba a la gloria del náuta y el héroe de mi anhelo era el Simbad de *Las mil y una noches!* Tú sólo eres libre, tú sólo eres fuerte. No hay lindes que te repartan en patrias y heredades, ni voluntad que te sujete, ni huella que en ti dure. No hay inmundicia capaz de macularte, porque todas las desvaneces en tu infinitud y las redimes con tu austera pureza. En tus antros ignotos velas los mundos de la leyenda y de la fábula; monstruos, tesoros y jardines azules que guardan para siempre la frescura de la creación. Tus amigos son el cielo y el viento; tienes del uno la profundidad misteriosa y del otro el desasosiego implacable. La fuerza y la gracia están contigo: tuyo es el grito que difunde el espanto adentro de las costas, y tuyo el coro de las Oceánidas, que endulzó el dolor de Prometeo. Con tu salobre aliento vuelves audaz e indómito el ánimo del hombre. A tu lado toda pasión se depura, toda meditación se ennoblece. ¡Salve a ti, titán cerúleo, maestro de almas grandes, inquieto como el pensamiento, amargo como la vida, sencillo como la verdad!

Cae la tarde. Me inclino a contemplar desde la borda, ya los oros y púrpuras de la puesta de sol, ya los alabastros, los mármoles, los ónices, que la estela del barco compone en la onda transparente. Balsámica emanación de paz y de misterio

parece exhalarse de la soledad infinita. Veo unas claras pupilas de niño fijarse con dulce estupor en una estrella que aparece. Rumor de voces, apagados ecos de música, remedan la palpitation lejana del mundo. Una mano arroja al viento del mar un montón de papeles rotos, que la ráfaga dispersa en sus velos y, a manera de blancos alciones, se pierden en la inmensidad.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ



EL TORRERO

POR

HENRIK SIENKIEWICZ

EL torrero del faro de Aspinwal, situado cerca de Panamá, había desaparecido súbitamente, sin dejar ninguna huella.

Como su desaparición se produjo durante una noche de tormenta, todos estuvieron de acuerdo en suponer que una ola lo había arrebatado cuando el infeliz cruzaba el borde del arrecife de granito sobre el cual se eleva la torre. Y la hipótesis vióse parcialmente confirmada por el hecho de que al día siguiente no pudo encontrarse el bote que el torrero solía amarrar en una pequeña ensenada vecina.

Quedaba vacante, pues, aquel puesto de torrero, y urgía proveerlo porque el faro en cuestión revestía gran importancia, no sólo para el tráfico local, sino para el de los buques que con rumbo a Panamá salen de Nueva York. Aun de día, el golfo de los Mosquitos es peligroso, pues está plagado de escollos. Y no se diga, de noche, cuando de las aguas caldeadas por los rayos del sol se eleva una espesa niebla. La única orientación para los numerosos barcos que navegan por allí la constituye, por lo tanto, el faro.

La elección del nuevo torrero incumbía al cónsul de los Estados Unidos en Panamá, y el cometido no era nada fácil teniendo en cuenta que el plazo de que disponía para cubrir la plaza no podía en ningún caso ser mayor de doce horas, y que no era dable admitir al primero que se presentara, sino a un hombre experimentado y de confianza. Otro inconveniente, y no el de menos importancia, era que en aquel tiempo escaseaban los aspirantes. La existencia en el faro es bastante penosa y no ofrece aliciente alguno para los habitantes del sur, tan amigos de la independencia y del ocio.

El torrero es virtualmente un cautivo. A excepción de los domingos, no puede abandonar en ningún momento su islote.

Diariamente, una barca le lleva desde Aspinwal comida y agua fresca y lo deja de nuevo en medio de la soledad. En todo el promontorio no existe ser viviente alguno. El torrero vive en el faro, y toda su misión consiste en mantenerse alerta. Durante las horas diurnas señala por medio de banderas de diversos colores la altura barométrica, y a la noche, enciende la luz. Tal existencia no sería en realidad fatigosa si no mediara la circunstancia de que, para llegar a lo alto de la torre, donde se halla la linterna, hay que subir una escalera de caracol de cuatrocientos escalones, ascensión que el torrero debe realizar varias veces por día.

Es la del hombre encargado de la atención del faro una vida monacal, una vida de verdadero ermitaño. Y no resulta extraño, por tanto, que el cónsul norteamericano, *míster* Folcombridge, pensase con fastidio en tener que buscar sustituto para el desaparecido torrero. Ni puede sorprender que una gran alegría lo embargara cuando aquel mismo día, inopinadamente, llegó a su presencia un aspirante al destino.

Se trataba de un anciano de unos setenta años, o más, pero robusto todavía, erguido y con algo en su porte y en sus maneras que revelaba al antiguo soldado. Era de cabellos blancos y cutis moreno, como el criollo, pero sus ojos azules decían en seguida que no era hijo del sur. En su semblante, abatido y triste, se reflejaba la lealtad. A *míster* Folcombridge le causó una excelente impresión, pero era necesario someterlo a un elemental examen, y al efecto empezó a interrogarle:

—¿Nacionalidad?

—Polaco.

—¿Oficio?

—Muchos y diversos.

—Hasta ahora, ¿qué ha hecho?

—Recorrer mundo.

—Un torrero debe estar decidido a permanecer en un solo lugar.

—Me es imprescindible la quietud.

—¿Ha desempeñado usted ya estas funciones? ¿Puede acreditar que ha tenido alguna vez a su cargo algún destino oficial?

El anciano sacó del bolsillo un pañuelo de seda desteñido por el tiempo, parecido a un jirón de bandera, y declaró:

—He aquí mis certificados: esta cruz la gané el año 30; esta otra es de la guerra carlista de España; la tercera, como ve, es la Legión de Honor de Francia; la cuarta la conquisté en Hungría. En los Estados Unidos combatí contra los del sur. No se otorgaban allí recompensas, pero, en cambio, tengo esto.

El cónsul tomó la hoja que le tendía el polaco.

—¿Eh? ¿Esto es suyo? ¿Usted se llama Skawinski? ¿Ha conquistado dos banderas en un asalto a la bayoneta? ¡Ha sido usted, sin duda, un valiente soldado!

—Seré también, señor, un buen torrero.

—Se verá obligado a subir muchas veces diariamente a la torre. ¿Tiene usted buenas piernas?

—He ido a pie desde Nueva York hasta California.

—Muy bien. ¿Conoce las tareas marítimas?

—Serví tres años en un gran barco pesquero.

—¡En muchos oficios se ha desempeñado usted!

—Nunca descansé.

—¿Y eso?...

El polaco se encogió de hombros:

—La vida...

—Pero —arguyó aún *míster* Folcombridge—, me parece usted muy entrado en años, para ser torrero.

—Señor —suplicó de súbito el anciano, con acento emocionado—: estoy cansado y desalentado. He luchado y sufrido mucho, y éste es precisamente el destino que desde hace años anhelo alcanzar. Soy viejo y estoy necesitado de reposo. Ansío poder decirme: aquí tienes un asilo definitivo; aquí está tu puesto. ¡Oh señor; la realización de este ideal mío depende ahora de usted! Jamás se me presentará de nuevo otra oportunidad. Es una suerte que me haya encontrado cerca de Panamá en estas circunstancias. Le ruego, señor... Dios sabe bien que soy como una barca que zozobrará si no logra entrar ahora a puerto... Si desea usted hacer dichoso a un viejo... Le juro, señor, que soy un hombre honrado... Pero, ¡me agobia tanto ya esta vida errante!...

Rogaban, imploraban en tal forma los ojos azules del polaco, que el buen cónsul, dotado de un corazón sencillo, sintióse conmovido.

—Bien —dijo—. Asunto concluído. Es usted torrero.

Un resplandor de júbilo iluminó el rostro del anciano.

—¡Gracias, señor! — exclamó.

—¿Puede hacerse cargo hoy mismo del faro?

—Sí, hoy mismo.

—Perfectamente. Entonces, hasta la vista. ¡Ah, una advertencia! Cualquier descuido o anomalía en el servicio le acarreará la destitución.

—Muy bien, señor.

Quando aquella misma tarde, tras un día esplendoroso, ocultóse el sol más allá del istmo, y las tinieblas llegaron sin crepúsculo, el nuevo torrero debía estar ya en funciones, porque el faro, como de costumbre, lanzaba sus fulgores sobre el mar.

Una tenue neblina esfumaba la tropical serenidad, formando alrededor de la luna un gran anillo cuyos bordes desvanecíanse en matices esfumados. Sólo el mar mostraba agitación, porque llegaba la hora en que el oleaje suele empezar a tomar incremento. Skawinski, apoyado en la baranda, cerca del gigantesco foco luminoso, semejaba, visto desde abajo, un diminuto punto negro.

El polaco trataba de ordenar sus pensamientos y analizar la nueva situación; pero se encontraba aún bajo la impresión de los recientes sucesos, para que pudiese meditar con calma. Era algo así como una fiera perseguida que encuentra al cabo un refugio lejos del alcance de sus perseguidores, en un peñasco inaccesible o en una caverna. También para él había sonado, por fin, la hora de la paz. Una sensación de seguridad le llenaba el alma. Desde lo alto de aquella torre podía muy bien burlarse de su pasado, de su vida nómada, de sus desventuras, de sus decepciones de otros tiempos. Dijérase una barca a la que el viento ha roto los palos y destrozado las velas precipitándola desde fantásticas alturas a los abismos del mar, y que no obstante, cubierta de espuma, logra arribar a buen puerto.

Las fases de aquella tormenta cruzaban ahora vertiginosamente por su espíritu, en contraste con el plácido futuro que le esperaba. El polaco le había confiado a *míster* Folcombridge sólo una parte de su existencia. Su trágico destino había querido

que cada vez que plantaba su tienda en un sitio determinado, una ráfaga huracanada lo empujara hacia la desazón y la ruina.

Contemplando ahora, desde la torre, las olas iluminadas recordaba su pesadumbre y sus sufrimientos. Expulsado de los cuatro puntos cardinales del mundo por la adversidad, había probado en el destierro todas las profesiones, y a veces, honrado y laborioso como era, había llegado a reunir algunos ahorros. Mas, pese a sus afanes, todo lo perdía cuando menos lo esperaba. Había sido minero en Australia, buscador de diamantes en África, cazador a sueldo del Estado en la India Oriental. En cierta época tuvo instalada en California una factoría que los rigores del clima arruinaron. Otra vez, mientras traficaba con las tribus salvajes del Brasil, se le averió la almadía en el Amazonas, y hubo de errar por los bosques, inerme y casi desnudo, durante semanas y semanas, alimentándose de frutos silvestres y expuesto a cada momento a ser devorado por las fieras.

En la ciudad de Helena, en Arkansas, fué dueño de una fragua que destruyó completamente el gran incendio que devastó la población. Prisionero después de los pieles rojas, en las montañas Rocosas, escapó milagrosamente de la muerte, ayudado por un grupo de cazadores canadienses. Sirvió más tarde como marinero a bordo de un buque que iba de Bahía a Burdeos, y más tarde como arponero en una embarcación ballenera. Ambas naves naufragaron. Instaló luego una fábrica de tabacos en La Habana, y su socio lo robó mientras él se debatía en cama, atacado por la fiebre. Por último había llegado a Aspinwal, donde, por lo visto, iban a terminar, de una vez por todas, sus desazones y sus infortunios.

¿Qué peligros, en efecto, podían amenazarle ahora en aquel arrecife? Nada lograrían contra él, allí, los hombres ni los elementos. Los hombres, por otra parte, no habían causado al polaco mucho daño. Recordaba haber conocido mayor número de buenos que de malos. Eran más bien los elementos los que se habían ensañado con él, circunstancia que, al hacerlo un poco supersticioso y maniático, impulsólo a pensar que una vindicativa mano omnipotente lo perseguía por mares y tierras. Pero no era amigo de conversar de ello con nadie, y sólo cuando le preguntaban de dónde podía proceder aquella persecución, contestaba, señalando la estrella polar, que venía de allí...

Eran tantas las desgracias que le habían afligido, que en realidad no podía parecer extraño el debilitamiento de su razón. Sin embargo, era paciente como un indio y poseía una gran fuerza de resistencia, fruto de su honrado sentir. En cierta ocasión, en Hungría, recibió unos golpes de bayoneta, por no utilizar el medio de salvación que le ofrecían, y que consistía en inclinarse hasta besar el estribo del enemigo y solicitar clemencia.

La adversidad no lo doblegaba. Trepaba las cuevas con la paciente porfía de la hormiga, y cien veces rechazado, cien veces acometía de nuevo la empresa. Era en su género un hombre bien singular aquel viejo soldado, bronceado por el sol de sabe Dios cuántos países, endurecido por mil combates, que tanto había debido sufrir. Tenía un corazón de niño. En Cuba, durante una epidemia, se vió atacado por la enfermedad, debido a que se puso a distribuir su provisión de quinina entre los afectados, sin pensar en retener para sí un solo gramo.

Y tampoco dejaba de ser singular su confianza en el porvenir, su esperanza de que, pese a los golpes recibidos, a las desventuras sufridas, todo se arreglaría alguna vez. En invierno sentíase reanimado, y soñaba con grandes cosas cuya realización esperaba afanosamente. Tales sueños lo mantenían animado durante años enteros; pero los inviernos se iban unos tras otros, y ningún cambio se operaba en las cosas. Sólo sus cabellos se hacían cada vez más blancos. Por último, empezó a sentirse viejo, y el optimismo fué abandonándole. Perdió la energía; su paciencia se transformó en resignación; su sosiego en debilidad de espíritu, y el soldado curtido en la intemperie y en el combate llegó a ser tan propenso al llanto, que se echaba a llorar por cualquier nimiedad.

Además, torturábale de un modo atroz la nostalgia, que en él se despertaba por el más insignificante motivo: el vuelo veloz de las golondrinas; la nieve de las montañas; ciertos pajarillos grises parecidos a los gorriones de su país; las tonadas que le recordaban canciones de juventud...

Por encima de todo aquello dominó en él, sin embargo, un pensamiento único: el del reposo. Este pensamiento embargó en tal forma al anciano, que absorbió todos sus deseos, todas sus ilusiones. El recalcitrante nómada no podía imaginar nada

más deseable y apetecible que un tranquilo rincón donde descansar y esperar confiadamente la muerte. Su destino le había lanzado por todos los países y por todos los mares, sin tregua alguna, y tal vez por eso le parecía la más completa felicidad humana el término de su triste peregrinación.

En verdad, bien merecía la modesta recompensa; pero, acostumbrado ya a todas las desilusiones, parecía que también esta aspiración fracasaría. Y he aquí que de improviso lograba un empleo que resumía todos sus afanes. No era extraño, pues, que al anochecer, encendido ya el faro, se encontrara absorto en sus pensamientos, preguntándose aún si todo era real o una ilusión de sus sentidos.

No obstante, la realidad, hablándole con irrecusables argumentos (las horas transcurrían una tras otra sobre el balcón de su torre), acabó por imponerse a su vacilación. Su espíritu se sumergió entonces en la dulzura de aquella realidad, y el anciano empezó a mirar el océano como si lo contemplara por primera vez... El reflector del faro abría en las tinieblas un gigantesco cono de luz; pero la mirada del viejo torrero se perdía en el mar, más allá de la superficie iluminada, en el inmenso espacio oscuro, lúgubre, misterioso, y le parecía que aquella inmensidad se desplazaba hacia él.

Grandes olas surgían en las sombras y se estrellaban rugiendo a los mismos pies del islote. Sus crestas espumosas resplandecían, coronadas de rojo, en el círculo luminoso de la torre. El oleaje crecía por momentos, inundando la arenosa playa. Se oía cada vez más distinta y potente la voz misteriosa del océano, ora parecida al estampido de cañones, ora semejante al rumor de las selvas vírgenes o al vago clamor de una multitud. A veces, enmudecía todo, y, entonces, a los oídos del anciano llegaba un susurro como de suspiros y sollozos rematado por un violento estallido. El viento desgarraba la niebla, pero amontonaba al mismo tiempo espesas nubes oscuras que iban ocultando la luna. Avescinábase la tempestad por la parte de Occidente. Las olas se estrellaban con mayor furia contra los peñascos del arrecife y una blanquísima espuma lamía los cimientos del faro. Lejos, muy lejos, rugía la borrasca. Sobre la oscura y encrespada superficie del mar brillaban los faroles verdes colgados de los mástiles de las navíos. Diminutos como

puntitos, alzábanse a alturas inconcebibles para descender luego, hasta desaparecer casi y emerger de nuevo, oscilando a derecha y a izquierda en el vaivén de las olas.

El anciano descendió, y fué a su aposento. La tempestad bramaba. Afuera, a bordo de aquellas naves, los hombres luchaban con la noche, con el viento, con las olas. En la reducida estancia de Skawinski, por el contrario, todo era quietud y silencio. Los gruesos muros amortiguaban, interceptándolo casi por completo, el estruendo del temporal. Oíase sólo el tictac acompasado del reloj, que parecía medir el reposo y velar el sueño del viejo torrero.

Transcurrieron horas, días, semanas . . .

Los marineros aseguran que a veces, cuando el mar está enfurecido, voces misteriosas los llaman por sus nombres desde el fondo de la noche y de las tinieblas. Y si el infinito del océano puede llamar al hombre, ¿por qué no se ha de oír llamar éste, al llevar a viejo, por la voz de ese otro infinito, aun más misterioso y lóbrego, de la muerte? Mientras más le haya agobiado el peso de la vida, más grato será para sus oídos ese grito. Pero para oírlo hace falta un gran silencio. Por eso los viejos aman la soledad, que es para ellos como la antesala del más allá.

Para Skawinski, la torre del faro era el vestíbulo del sepulcro. Nada hay en el mundo más uniforme que la existencia de un torrero. Si los que la adoptan son jóvenes, muy pronto se cansan y la abandonan. De ahí que los torreros sean todos viejos rudos y taciturnos, que, si por azar dejan su destino y vuelven a la convivencia de los hombres, andan y gesticulan como si acabaran de salir de un profundo sueño. Es que en la torre les faltan todas esas pequeñas impresiones que nos enseñan en la vida ordinaria a adaptar y proporcionar todas las cosas a nosotros mismos. El mundo en que el torrero vive es gigantesco y sin contornos definidos: el cielo, un infinito; el mar, otro infinito. Y, en medio, sola, un alma humana.

Skawinski sentíase tan feliz como nunca lo había sido. Levantábase al amanecer, comía un bocado, limpiaba los cristales del faro y se sentaba luego, junto a la baranda de la galería,

a contemplar la inmensidad marina, espectáculo del que jamás se saciaba. Una multitud de velas desplegadas surcaba de ordinario el horizonte y brillaba deslumbrante bajo los rayos del sol. En ocasiones, las barcas navegaban en fila, una tras otra, cual hilera de gaviotas o de albatros, por un paso marcado con tonales rojos que se mecían suavemente en las aguas. Hacia mediodía columbrábase entre las velas una gris columna de humo. Era el barco de Nueva York que llevaba a Aspinwal pasajeros y mercaderías, y que dejaba tras sí una blanca estela de espuma.

De la otra parte de la galería, el torrero podía divisar claramente, como si la tuviera en la mano, la ciudad de Aspinwal, con su animado puerto abarrotado de mástiles y sus blancas casas y sus pequeñas torres. Desde arriba, aquellos edificios se antojaban nidos de gaviotas, y aquellos barcos, escarabajos, y los hombres se movían como puntos oscuros sobre los muelles. Por la mañana, la suave brisa de Oriente llevaba hasta el torrero el rumor del tránsito ciudadano y el silbido de las sirenas de los vapores. Luego del mediodía, a la hora de la siesta, el movimiento del puerto cesaba, las gaviotas se escondían en sus refugios rocosos, las olas se aquietaban como si se sintieran también cansadas, y una profunda calma descendía sobre el mar. La arena amarillenta que las aguas, al retirarse, dejaban al descubierto, resplandecía como oro en la costa. La torre se perfilaba nítida sobre el azul del cielo, y los rayos del sol bajaban a torrentes sobre el agua, sobre los bancos de arena, sobre los peñascos de las orillas.

El anciano torrero sentíase dominado también por una voluptuosa sensación de agotamiento. La inactividad a que debía abandonarse ahora por entero era para él, realmente, una cosa deliciosa, y la certidumbre de que tal sosiego iba a ser desde entonces definitivo colmaba sus aspiraciones. Entregóse en cuerpo y alma a aquel sentimiento de felicidad, y como es ley de vida que el hombre se acostumbre pronto a cualquier situación mejor, no tardó Skawinski en recobrar su perdida confianza en el porvenir. Pensaba que si los hombres abren asilos para los inválidos, el Dios de misericordia podía muy bien brindarle a él un duradero refugio. Y el transcurrir del tiempo lo afirmó en aquella convicción.

Habíase familiarizado, entretanto, con la torre, la linterna,

los peñascos, los bancos de arena y la soledad. Trabajó amistad con las gaviotas que hacían sus nidos en los escollos y se reunían de noche sobre el tejado del faro. Acostumbraba echarles los restos de su comida, y a los pocos días les inspiraba tal confianza, que revoloteaban en gran número en torno a su cabeza mientras les daba de comer.

Durante la bajamar recorría la arenosa orilla buscando sabrosos caracoles que la marea dejaba allí desparramados. En ocasiones, a la luz del faro o a la de la luna, atrapaba peces que pululaban entre los escollos. En una palabra, concibió un gran cariño por su desierto islote, en el que sólo crecían algunas menudas y espinosas plantas que destilaban un jugo viscoso. Aquella aridez era con creces compensada por la grandiosidad del panorama que lo circundaba.

Alrededor del mediodía, cuando la atmósfera se tornaba transparente, podía abarcar con la mirada todo el istmo hasta el océano Pacífico, y admirando la exuberante vegetación se le antojaba encontrarse frente a un magnífico jardín. Esbeltas palmas de cocoteros y gigantescos bananos extendíanse en frondosos ramilletes alrededor de las casas de Aspinwal, y más lejos, entre la ciudad y Panamá, surgía un dilatado bosque envuelto continuamente en una neblina rojiza; una verdadera selva tropical, con sus aguas pantanosas, sus colosales palmeras, sus cocoteros corpulentos, sus gomeros, y otros árboles ecuatoriales.

Podía distinguir el viejo polaco, con su antejo, no sólo los troncos y las anchas hojas de los bananeros, sino las manadas de monos, y las bandadas de marabúes y cotorras que solían subir, cual multicolor nube, a las copas de los árboles. Skawinski conocía ya aquellos bosques, porque, a raíz de su naufragio en el Amazonas, había vagado durante muchos días por lugares semejantes y tenía perfecta noción de los peligros que ocultábanse bajo su risueño aspecto.

Había oído muchas veces cerca de él, durante la noche, el aullido sepulcral de la hiena y el escalofriante rugido del jaguar. Había visto gigantescas serpientes balanceándose, cual trenzas de trepadoras hierbas, en las ramas de los árboles. Estaba familiarizado ya con aquellos misteriosos pantanos en cuyas profundidades pululan los cocodrilos y los caimanes. Sabía, en fin, en medio de qué terribles riesgos vive el hombre en aquellas

intrincadas y laberínticas espesuras donde los mosquitos y los cínifes, ávidos de sangre, las sanguijuelas y las arañas venenosas viven en espantable número.

Todo ello habíalo aprendido a sus propias expensas, a costa de incontables sufrimientos, y era para él un inefable placer contemplar ahora, desde lo alto, aquellos bosques y admirar sus bellezas, lejos de sus peligros y traiciones. La torre lo protegía de toda asechanza.

Pocas veces, por eso, la dejaba. El domingo, por la mañana, solía bajar a la ciudad. Se ponía para ello su uniforme de torrero, azul marino con botones plateados. Adornábase el pecho con sus condecoraciones y alzaba con cierto orgullo la cabeza llena de nieve, cuando oía decir a los criollos, a la salida de la iglesia:

—Tenemos un excelente torrero, y por más que sea yanqui, no es ateo.

Tan pronto terminaba la misa, regresaba a su refugio, en el que entraba anhelante, porque no había logrado recobrar aún su confianza en la tierra firme.

Skawinski leía después un periódico español que acostumbraba comprar en la ciudad, y el *Heraldo de Nueva York*, que le prestaba *míster* Folcombridge. Y en aquellas publicaciones ávidamente buscaba noticias de Europa. ¡Pobre corazón viejo que allí arriba, en lo alto de aquel faro solitario, latía siempre por la patria!... A veces, también, bajaba de la torre cuando la lancha desembarcaba sus provisiones, y conversaba un rato con John, el barquero. Mas, a pesar de todo, empezó a volverse huraño. Suspendió sus visitas a la ciudad; dejó de leer los periódicos y de dialogar con John, y, durante unas semanas, a nadie vió ni fué visto por nadie. La única prueba de que el anciano torrero vivía, estaba en que las provisiones desaparecían de la roca en que las dejaba el barquero, y en que el faro lanzaba todas las noches sus resplandores con la misma regularidad con que en aquellas regiones sale el sol todas las mañanas desde lo profundo del océano.

El mundo había llegado a serle por completo indiferente, y no en virtud de la nostalgia, pues hasta este sentimiento era ya en él resignación, sino porque el mundo, todo su mundo, se resumía en el islote en que se refugiaba; y hecho a la idea de

que no abandonaría ya el faro sino después de muerto, todo recuerdo del exterior habíase desvanecido en su memoria.

Se había tornado místico, por añadidura. Sus suaves ojos azules tenían una expresión infantil y miraban a lo lejos con pensativa fijeza. En su prolongada clausura, sumergido en aquella simplicidad y en aquella grandiosidad que le rodeaban, fué perdiendo paulatinamente la conciencia de su propia personalidad. Dejó de considerarse como un individuo para terminar identificándose con cuanto veía a su alrededor, sin profundizar en ello, sintiéndolo inconscientemente.

Llegó así, finalmente, a imaginar que el cielo, el mar, el arrecife, la torre, las gaviotas, las velas, los bancos de arena, el flujo y el reflujo constituían una gran unidad, un alma misteriosa y gigantesca. Un alma que sintió llena de vida plácida y para dejarse mecer en la cual olvidó todo lo demás.

Anegóse en el misterio de aquella alma y en el anonadamiento de su mismo ser. En aquel estado de casi vigilia y de casi ensueño encontró una quietud y una serenidad tan grandes, que eran ya iguales a las que deben reinar en las antecámaras de la muerte.

Llegó, sin embargo, el despertar.

Al recoger las provisiones que la barca le dejara una hora antes en la playa, Skawinski encontró un día, con ellas, un paquete franqueado con estampillas de los Estados Unidos. Lo abrió lleno de curiosidad, y vió que contenía libros. Tomó uno, lo observó y volvió a colocarlo con mano trémula junto con los otros. Parecía no dar crédito a lo que veía. ¡Un libro polaco! ¿Qué significaba aquello? ¿Quién podía habérselo enviado? No recordaba ya que en sus primeros días de torrero había leído en el *Heraldo* que en Nueva York acababa de constituirse una sociedad polaca, a la que se apresuró a remitir la mitad de su sueldo mensual. Allí, en lo alto de la torre, le tenía poco apego al dinero.

Ahora, la sociedad le demostraba su gratitud obsequiándole con aquellos libros. Llegábanle éstos, pues, por un conducto bastante natural, pero el viejo, en los primeros momentos, no podía comprenderlo. ¡Libros de su patria en Aspinwal, en aque-

lla torre solitaria!... Era algo extraordinario, una ráfaga de tiempos y cosas remotas, un milagro. Creía oír, como los hombres del mar en las noches de temporal y de muerte, una voz querida y casi olvidada que lo llamaba por su nombre.

Permaneció unos instantes con los ojos cerrados, como temeroso de que al abrirlos se desvaneciera su ilusión. Mas, no. El paquete estaba allí; y en él, iluminados por los rayos del sol, los libros. Tomó otra vez un volumen. El nombre de la obra estaba impreso en gruesos caracteres, y, más abajo, aparecía el nombre de su autor. El nombre de un poeta bien conocido de Skawinski, que había leído sus versos en París, allá por el año treinta y tantos. Más tarde, mientras peleaba en Argelia y España, había oído hablar a sus compatriotas de la gloria siempre creciendo del gran vate,¹ pero entonces sus manos estaban ya tan acostumbradas a empuñar el fusil, que no sabían sostener un libro.

Pocos años después, en 1849, salió rumbo a América, y a lo largo de su vida trashumante raras veces había tropezado con polacos ni tenido ocasión de leer libro alguno escrito en la lengua de su país. De ahí que ahora, al volver con ademán tembloroso y profunda emoción la primera página de aquel libro, se le antojara que en el desierto islote estaba a punto de suceder algo extraordinario.

Todo era, en torno suyo, quietud y silencio. Los relojes de Aspinwal acababan de dar las cinco. El cielo estaba límpido, sin que una sola nube empañara su claro azul. El océano inmenso mecíase blandamente, y las olas apenas murmuraban al besar la playa, mientras, en el fondo, las casas de la ciudad, rodeadas de espléndidos jardines, parecían sonreír.

Y en medio de aquella grandiosa paz de la naturaleza vibró de súbito el acento del anciano, que leía en voz alta para comprender mejor:

*¡Eres la vida, oh patria, oh Lituania mía!
Sólo el que te ha perdido conoce tu valor;
recuerdo hoy tu hermosura en todo su esplendor
y la exalto porque, veloz, corre hacia ti mi fantasía...*

1. Se refiere el autor al famoso poeta Mickiewicz, a cuya obra *Pan Tadeusz* pertenecen los versos citados.

A Skawinski le faltó el aliento. Las letras empezaron a bailar ante sus ojos. Algo le subía a borbotones, desde el corazón a la garganta, apretándole la voz... Dejó que transcurriera un instante y prosiguió tras un esfuerzo:

*¡Oh santa Virgen que guardas la hermosa Czestochowa
y brillas en el portal de Ostra! ¡Tú, que proteges
el castillo Nowogrodek con su fiel pueblo!
Así como me devolviste milagrosamente la salud un día
(cuando, puesto bajo tu amparo por mi buena madre,
pude abrir de nuevo mis ojos a la vida
y caminar después hasta el umbral de tu santuario
a darte gracias por la vida que me restituiste),
condúceme también ahora, por milagro, al patrio lar...*

No pudo ya dominar su emoción. Lanzó un grito y cayó al suelo, donde sus blancos cabellos se confundieron con la arena de la playa. Cuarenta años hacía que no veía su tierra, y Dios sabe cuántos que no oía su lengua. ¡Y esa lengua llegaba ahora por sí sola a él, atravesando el mar, buscando al solitario, de un hemisferio a otro! ¡Oh lengua materna; venerada, adorada, maravillosa lengua natal!

El llanto que agitaba el pecho y nublaba los ojos del polaco no era fruto de su dolor, sino de un inmenso cariño despertado repentinamente y al lado del cual desaparecía cualquier otro sentimiento. Con sus convulsivos sollozos pedía perdón a la patria lejana por haber envejecido tanto y haberse identificado en tal forma con su peñasco, que todo lo demás había esfumado en su corazón hasta el punto de cerrar su alma a la añoranza.

Mientras el anciano permanecía inmóvil en la playa, las gaviotas revoloteaban en torno al faro, lanzando intermitentes chillidos, cual si quisieran expresar con ellos su inquietud por la suerte del torrero. Era la hora en que Skawinski solía distribuirles los restos de su comida, y varias de ellas bajaron de lo alto de la torre hasta la orilla del mar. Las siguieron en seguida otras, y otras más, y se pusieron a picotearlo levemente y a batir las alas por encima de su cabeza, hasta que le despertaron.

Tras su espontáneo llanto, algo así como una ola de serenidad y sosiego invadió el espíritu del anciano. En sus pupilas

brilló una luz de inspiración. Repartió entre las gaviotas toda su comida, y en tanto que las aves se precipitaban sobre el magnífico banquete en ruidosa algarabía, tornó a su lectura.

El sol ya se ocultaba lentamente tras los jardines y las selvas vírgenes de Panamá y se hundía, más allá del istmo, en el otro océano; pero el Atlántico aparecía aún resplandeciente. La luz era clara todavía, y el torrero continuaba leyendo:

*Mientras tanto, transporta mi alma, plena de nostalgia
hasta tus umbrosas colinas y tus verdes praderas...*

El crepúsculo, un breve, casi imperceptible crepúsculo, esfumó los matices. El polaco apoyó la cabeza contra las rocas y cerró los ojos. La "que guarda la hermosa Czestochowa" tomó entonces su alma y la transportó hasta "las umbrosas colinas y las verdes praderas" de su tierra natal.

Unas franjas rosadas y áureas resplandecían aún, como llamas, en el cielo, y a la luz de ellas empezó a volar la fantasía del solitario hacia los lugares queridos. Oyó el susurro de los pinos, el rumor de los ríos lejanos. Vió todo, todo, como en los viejos tiempos, y todo parecía preguntarle: "¿Recuerdas?"

Llegó la noche. De ordinario, el faro, a esa hora, lanzaba ya su haz luminoso a las lobregueces del mar. Pero el torrero viaja hoy por las remotas comarcas de su Polonia querida. Sueña, con la cabeza senil abatida sobre el pecho, y las imágenes más diversas desfilan veloces y confusas por su añoranza. No logra retener la imagen del viejo caserón en que ha nacido, porque la guerra lo arrasó por completo. Tampoco ve al padre ni a la madre, muertos prematuramente, pero distingue muy bien, como si la hubiera dejado ayer, la vieja aldea pintoresca: la hilera de casitas con las ventanas iluminadas; el canal, el molino, los dos estanques, uno frente al otro, en los que las ranas croan a coro en las noches de luna. Una noche de ésas, precisamente, estuvo de centinela, siendo ulano, en su pueblito natal, y el recuerdo de ello irrumpe ahora en medio de los otros: le toca guardia; desde la hostería le llegan resplandores de luces y ecos de voces. Oye rumor de baile, música de violines y contrabajos. ¡U-ha! ¡U-ha! Son ulanos ebrios que al bailar golpean el suelo con los tacones, mientras el centinela se muere de hastío en su puesto.

Lentamente van transcurriendo las horas. Todo indicio de claridad se desvanece poco a poco. Todo es niebla, niebla. De los prados se eleva un vapor espeso que lo envuelve todo en una gasa blanquecina, semejante a un océano. Un rato más, y el rey de las cordonices hará oír su voz en las tinieblas. Y el alcaraván, oculto entre los juntos, lanzará al aire quieto su estridente silbido. ¡Es una noche fría, pero apacible; una verdadera noche de Polonia! El bosque de pinos susurra sin viento, en lontananza, como las olas del mar... No tardará la aurora en iluminar el horizonte. Los gallos cantan ya tras las empalizadas, cruzándose sus voces de casa en casa. Y las grullas pueblan también de estridencias el amanecer.

¡El centinela ulano espera a pie firme, esforzado y feliz! Al día siguiente, al parecer, se librará una batalla. ¡Bienvenida! No dejará de intervenir él, como todos los demás, e imagina ya el estruendo de las armas y el ondear de las enseñas. ¡Adelante! Pese al helado cierzo de la aurora, su sangre juvenil vibra como un clarín de guerra. Las sombras se van apagando. De las penumbras surgen los bosques, los zarzales, la hilera de casitas, los álamos, el canal, el molino. Amanece.

¡Qué bella es la lejana, la adorada patria, bajo el esplendor rosado del sol matinal! ¡Ah, bella, bella entre las bellas!

Pero... ¡silencio! El centinela presta oído. Alguien se aproxima. ¿Vienen a relevarle? De súbito resuena una voz junto a Skawinski:

—¡Buenos días, amigo! ¿Qué le ha pasado?

El anciano abre los ojos y contempla a su interlocutor. Las últimas imágenes del sueño pugnan todavía, en su cerebro, con la realidad. Poco a poco se esfuman por completo las visiones. Delante de él está John, el barquero.

—¿Qué le ha sucedido? —insiste—. ¿Está usted enfermo?

—No.

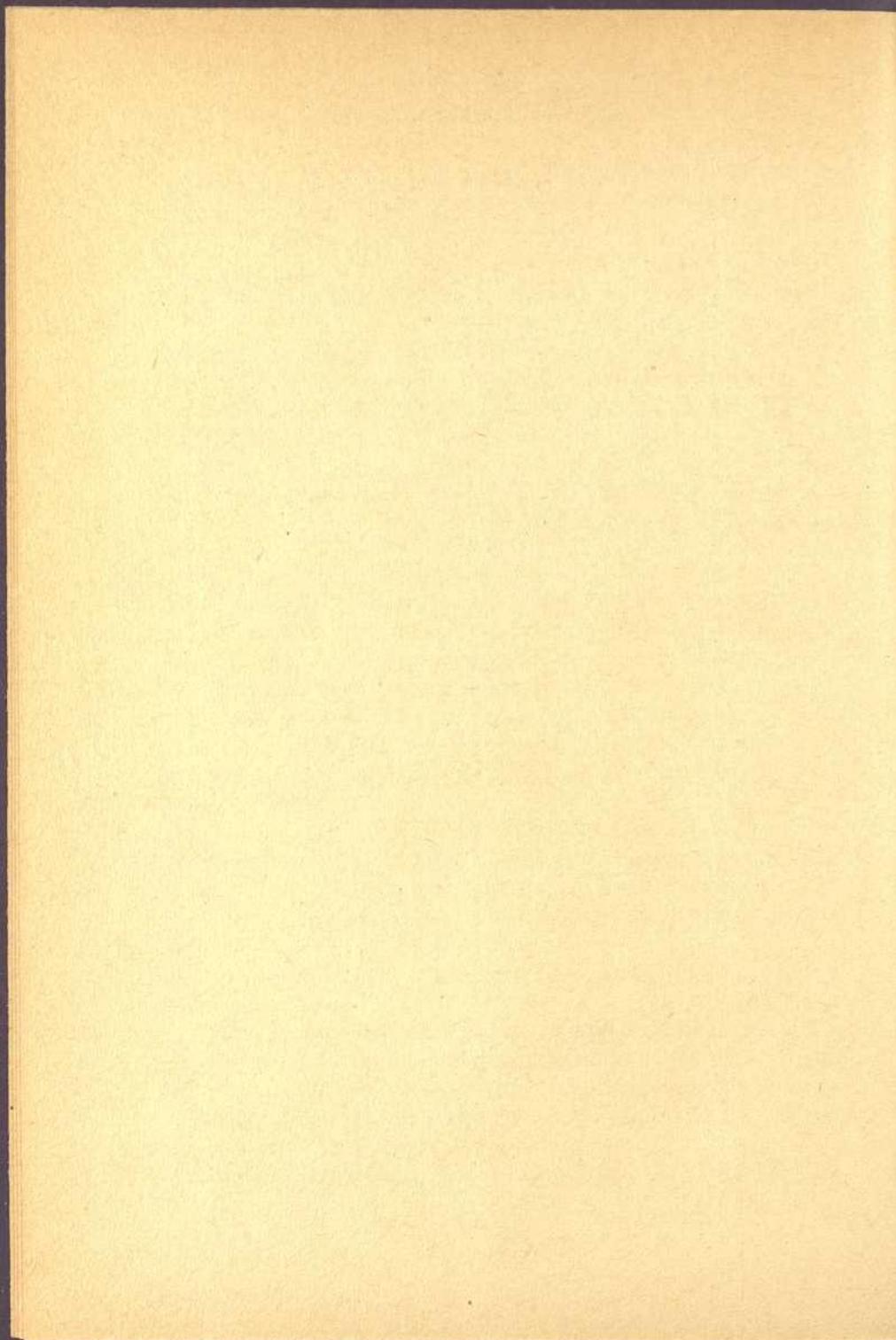
—No ha prendido usted el faro, y está destituido. La barca de San Geromo se ha destrozado contra un escollo, aunque afortunadamente no ha habido víctimas, porque de lo contrario habría tenido usted que comparecer ante los tribunales. Venga conmigo; el cónsul tiene que hablarle.

Skawinski palideció. ¡Efectivamente, no había prendido el faro!

Pocos días más tarde, hallábase a bordo del barco que sale de Aspinwal rumbo a Nueva York. El desdichado había perdido su empleo y otra vez le esperaba la vida trashumante. De nuevo el viento se había adueñado de aquella pobre hoja seca, que tornaría a arrastrarse por mares y países prosiguiendo su juego despiadado y fatal.

Una profunda metamorfosis habíase operado en el anciano ex torrero. Estaba impresionantemente encorvado, y sólo en sus ojos conservaba un brillo vital. Alguien le acompañaba en aquel nuevo viaje suyo: su libro, que llevaba siempre apretado contra el pecho, y hacia el cual alzaba de cuando en cuando las manos para tocarlo, como si le inquietara la idea de que alguna vez pudieran arrebatarlo.

HENRIK SIENKIEWICZ



¡MAREA ALTA!

POR

F. TEIXEIRA DE QUIROZ

¡TARDE tranquila y deliciosa! ¡Bella tarde otoñal! Azul pálido el cielo, y la brisa, veloz como el pensamiento, discurrendo sobre la superficie de la arena y rozando los peñascos que delimitan la playa.

¡Bajamar plácida! Las albas alas de las gaviotas viajeras se mecen en el aire, y las velas de las barcas de los pescadores asemejan a lo lejos otras gaviotas más que volaran a ras del agua.

El arenal está solitario, y empieza a nacer el susurro del océano, que viene rondando ya con voz cariñosa y leve la superficie. Surge lentamente, gruñendo al principio como un león cachorro; comienza a dar color al silencio, que desciende con la tarde, allá desde el infinito. Fulgura majestuoso el sol, inclinando su haz de destellos sobre las aguas, y hay en torno de él una polvareda de oro que es el lecho donde reposará durante la noche.

¡Tarde tranquila y deliciosa! Bella tarde otoñal que, suscitando amorosas sensaciones en toda la naturaleza, atrajo a dos tiernos infantes a la contemplación del plateado mar y a la admiración del misterio de placidez y de luz que alentaba en la atmósfera.

Eran dos hermanos, hijos de una mujer cuyo esposo había sido llevado para siempre por el océano, y que vivía frente al abismo, con la esperanza de volver a oír algún día la voz querida que la enamorara. Tendría el niño siete años; la niña, acaso cinco. Ensimismados en la grandiosa paz que los circundaba, rebosando de íntima satisfacción sus cándidos corazoncitos, permanecían absortos en las sublimes regiones de lo absoluto, los lípidos ojos fijos en el resplandor plateado de las

aguas, los oídos atentos al cristalino rumor que los llamaba como si fuera la voz del padre perdido.

No era, por cierto, la primera vez que escuchaban en la playa aquella voz suave que los fascinaba con la tristeza de su acento. Ya la buena madre los había prevenido en muchas ocasiones contra las asechanzas del mar. No obstante, todo aquel inculcado pavor se desvanecía en ellos ante la contemplación de la inmensidad azul. Las olas, que avanzaban desde lejos como crecientes amenazas, deshacíanse impotentes contra las rocas de la orilla, y la espuma, efímera y blanca como una ilusión, venía a desparramarse humilde junto a los piecitos enterrados en la arena.

Aquella tarde tranquila y deliciosa, en tanto la madre realizaba sus tareas de campesina, Tonio y Pepa contemplaban el mar, aquel mar inexorable que les arrebatara el padre, y en cuya mansa serenidad veían ahora a un amigo que les sonreía para conquistarlos. Mostrábase, en efecto, cariñoso y dócil; sus claras aguas dejaban ver en el fondo blanco sus más hermosas joyas: piedrecillas como huevos de palomas; pequeños cuencos como pétalos de rosas; algas policromas; moluscos que sobrenadaban prendidos al musgo de las rocas o que formaban con éstas un solo, inseparable e insensible cuerpo.

Los oscuros peñascos del declive, de los que ellos huían en las tardes neblinosas cual de fantasmas que emergiesen del abismo, y que en las noches de tormenta permanecían como gigantescos centinelas afrontando en su impávida guardia los embates de las olas, eran aquella tarde tranquila y deliciosa recios parapetos que los defendían de las emboscadas del mar. Las muchas pruebas que tenían de su estabilidad les hacían considerarlos desinteresados protectores. Había mutabilidad e inconstancia en la luz, que desaparecía; en el cielo, que se hacía más pálido o más sombrío; en las aguas, que bajaban y subían; en la arena, que cedía al peso de sus pies. Sólo los peñascos, los peñascos oscuros y ásperos, eran inmutables, merecían su confianza; sólo ellos tenían suficiente fuerza para desafiar la furia del mar y de la tormenta. Para aquellas conciencias incipientes y tímidas, los sombríos riscos eran dique y defensa contra los peligros de que les hablara la madre; constituían la única objeción a los celos que la buena mujer les inculcaba

constantemente en su afán de enemistarlos con el océano.

Tonio llevaba a Pepa de la mano por el blanco y extenso arenal. El sol estaba enrojeciendo ya la raya del horizonte. Nuevamente los inexpertos ojos sufrieron el extraño deslumbramiento de ver a los ángeles del cielo, con toda su hermosa leyenda, en medio de aquel glorioso resplandor. Del otro lado de esa puerta de fuego estaba el paraíso, el lugar de lo maravilloso y de lo inenarrable. Así se lo hizo ver Tonio a su hermanita, desde la magnificencia de su saber:

—Aquél es el cielo, Pepa. Allí viven los ángeles de Dios.

La niña se embelesó en la contemplación de la patria celestial. Sus ojos azules fueron hacia el infinito, en una visión sublimemente candorosa. Veía con la imaginación todas las maravillas en la sutil e impalpable atmósfera, en los reflejos de la luz, en la blancura angelical de las tonalidades límpidas como su alma.

—¡Qué lindo es! — exclamó.

Avanzaron por la suave playa con las manos apretadas, encontrando en el amoroso contacto una sensación de mutua protección. Subieron a una roca que presentaba fácil acceso y desde lo alto de la cual podían entregarse sin miedo a la contemplación de todo cuanto les maravillaba.

Sobre aquel peñasco carcomido por las olas, una brisa ligera agitaba las camisitas de pobre hilo con que los pequeños cubrían su desnudez. Como el día había sido ardoroso, gozaban aquel benéfico frescor que les impregnaba los cabellos y les suavizaba la piel. Desde el improvisado pedestal miraban a lo lejos y aspiraban con placer el acre y fuerte olor de las aguas susurrantes. Dominados por la imponente grandeza del momento, extasiábanse ante las maravillas del mar y del cielo.

—¡Mira, mira! — exclamó de súbito, efusivamente, Tonio —. ¡Allí está papá!

Y señaló con un ademán vago el infinito; la niña siguió aquel ademán con un destello de tristeza y nostalgia en sus ojos azules. Había en la límpida y seráfica expresión de los dos hermanos un hálito de dolor y de inefable ternura que se extendió por el aire oscureciéndolo. Era *allí* donde estaba el padre. Pero, ¿qué sería *allí*? . . .

El sol parecía un incendio voraz que iba poniendo incan-



descente el cielo. Dijérase un momento de espantoso peligro para el universo aquel en que la inmensa llama invadía el horizonte. ¡Únicamente la inconmensurable bondad de Dios, en un alarde de magnífica omnipotencia, podía extinguir la amenazadora hoguera! De no ser así, ¿qué ocurriría a la tierra, al mar, a las estrellas, si la ígnea invasión se extendía a toda la infinita amplitud del mundo? ¡Sería una tremenda desgracia que desapareciera, reducido a la nada, todo cuanto, por ser grande y hermoso, les llenaba el alma de nobles aspiraciones! Los dos pequeños, cuyas pobres camisitas agitaba la brisa, vivieron un instante de indescriptible terror.

Mas la intervención divina se produjo, y el fantástico incendio apagóse poco a poco. Primero, la luz tornóse de un deslumbrante anaranjado; después se hizo morada, con ribetes de azul. Una nube suspendida a lo lejos les sonrió con su rosada ternura. Semejaba el jirón de la túnica de un ángel que se hubiese perdido en el aire.

Sentían los dos niños tal encanto, que ni percibían el rumor de las olas, cerca ya de ellos. Cuando sus ojos posáronse nuevamente en las aguas, se entretuvieron contemplando el caprichoso remolino que hacían al subir despacio hasta la base del peñasco, para retirarse después, con humildad. Revelaban cariño más que cólera. Cada ola traía temblando sobre el dorso un penacho de blanca y caprichosa espuma. Las algas, rojas, verdes y azules, flotaban dormidas como en una cuna. Las piedrecillas que formaban el mosaico del fondo ondulaban cual si fueran de cera blanca.

Estrechamente unidos, hallando cada uno de ellos apoyo en el cuerpo del otro, seguían interesados el ascenso de la marea. Las olas son siempre nuevas. Ni tienen jamás la misma fuerza en dos instantes sucesivos, ni la manera de desplegarse es igual en dos de esas hermanas gemelas nacidas simultáneamente. Dan, al hacerse y deshacerse sin cesar, la sensación de un principio de vida que surge. Los pequeños, animados y risueños, viendo una ola levantarse sobre otra ola, pensaban en lo que había de amistad y ternura en los besos que la espuma daba a la piedra sobre la que descansaban. El fragor que venía de lo lejos, creciendo siempre para hacerse estruendo en la playa, los anonadaba deliciosamente, llenándoles los oídos con su quejumbrosa resonan-

cia. Era una música suave y extraña, cuya melancolía rimaba admirablemente con aquel progresivo oscurecer del cielo, la tierra y el mar que iba envolviéndolos como un misterio.

La leve sombra que se proyectaba del horizonte, diluyéndose en tonalidades apagadas, los rodeaba de una atmósfera de gozo triste que hacía palidecer sus rostros bajo la intensidad del sentimiento.

Seguía subiendo la marea; apagábase la luz del sol; parpadaban ya las estrellas en el cielo. Cerca, cada vez más cerca, oían el golpear de las olas en la base del peñasco y el trepar de las aguas por el arenal arriba. Volaban aquellas almas infantiles por la amplitud, cual ligeras y doradas nubes que se llevaran sus celestiales quimeras. Lo que sus miradas contemplaban aún, lo que sus oídos percibían todavía, eran cosas que transportaban su entendimiento hacia etéreos y encantadores mundos. Ese rodar de la sombra que oscurecía el inmenso mar, ese brillar de la bóveda celeste en la gran fiesta de la noche de otoño, les sobrecogía el ánimo sin causarles miedo. ¡Olvidadas de la existencia terrena, aquellas pobres, ingenuas almas vivían sólo en el infinito!...

Sus espíritus vagaban absortos por sidéreas regiones. La imaginación se les ensanchaba como el humo aromático al escaparse de los incensarios en la fiesta pascual. Erraban sin miedo por la inmensidad del océano, confortados por las ideas de misterio que las noches estrelladas suscitan en la mente de los niños.

Las tinieblas se habían abatido, pesadas e iguales, sobre la superficie rugosa de las aguas, esfumando las rocas de la playa, los contornos de la casa natal. Les encantaba el fosforecer de las olas; fascinábales el parpadear remoto de los astros; sentían que sus corazones se elevaban en dulce éxtasis...

De toda la realidad circundante sólo percibían la blancura de la arena extendida como una sábana, y los rumores del mar, que susurraba a sus pies. Sin embargo, advirtieron que aquel sonido a veces amenazador, a veces amistoso y cordial, se alzaba ya por todas partes. Hallábanse rodeados por las encrespadas aguas y no lo habían notado hasta que una ola se estrelló contra la parte alta del peñasco y les salpicó de espuma los cabellos agitados por la brisa.

La niña se asustó, y apretando más fuerte la mano del hermanito, musitó llorando:

—¡Tonio, tengo miedo!

El niño despertó del ensueño que se había apoderado de su alma. Dos años mayor que su hermana, sintió el peso de su responsabilidad. Estaban cercados por las sombras, y el fragor marino hacía por momentos más inquietante. Su primer impulso fué dejar el peñasco y huir del peligro, pero tendiendo en torno la mirada inquieta, comprobó que estaban bloqueados por el mar. Vacilante, pero aparentando serenidad, dijo:

—No temas, Pepa. Nos vamos a ir en seguida . . .

¿En qué confiaba, sabiendo que diariamente aquellos peñascos se ocultaban en las aguas, atemorizados por la furia de los irreductibles elementos? No hubiera podido explicarlo, pero el corazón esperanzado le decía que más allá de la bóveda celeste había un Dios Todopoderoso que auxiliaba a los infelices en los momentos de infortunio. Cualquier impulso protector de ese Dios, manifestado al mundo en un formidable gesto, recibiría inmediato acatamiento por parte de los mares y de los montes, de las estrellas y del sol. ¡Todo se reducía a poner la confianza en Él, a elevar el pensamiento hasta su celestial trono, todo de oro y de luz, y suplicar allí con vehemencia y con fe!

Había que realizar, claro está, un gran esfuerzo, pues era necesario subir más allá de cuanto se veía. Y una vez que el Padre del cielo los escuchara, el océano enfurecido se amansaría, su espantable voz tornaría suave cántico, las aguas retrocederían dóciles hasta los confines del mundo, y ante ellos se extendería un senderito apacible por el que llegarían a su casa. El corazón del niño, lleno de consoladora esperanza, surcó los espacios en tinieblas, mientras, postrándose en la roca y levantando las manos en súplica patética, pedía a su hermanita:

—¡Reza conmigo, Pepa! ¡Hay que pedirle a Dios que nos salve!

Pepa arrodillóse, imitando al hermano, juntó las manecitas y miró al cielo con ojos arrasados por las lágrimas. No sabía rezar todavía, pero sus labios trataban de modular las palabras fervorosas que Tonio pronunciaba en voz alta: "Padre nuestro, que estás en los cielos . . ."

El mar mostrábase implacable, bramando con creciente furia.

Las aguas subían cada vez más. La espuma salpicaba los cuerpos de las criaturas, cuyas pobres camisitas de hilo estaban ya empapadas. Desde un gemido receloso y tímido, Pepa fué subiendo hasta un llanto desatado y convulso. Lloraba a gritos, mas la enérgica voluntad de Tonio procuraba sostenerla aún en su flaqueza. Sin una lágrima, con semblante sereno y hablar pausado, la animaba:

—No llores, Pepa. Papá está ahí — decía señalando el insondable abismo —; y vendrá a buscarnos para llevarnos al lado de nuestra madre.

¿Confiaba el pequeño en aquel providencial auxilio? La furia de los elementos aumentaba rápidamente. Las olas se estrellaban cada vez más altas sobre la roca. Pero él seguía estrechando animoso a su hermanita. Esperaban los dos, con los cabellos mojados y las camisitas chorreando, que llegase de la infinita misericordia del cielo el socorro que habría de restituirlos al seno de su madre. ¡Del inescrutable misterio de la noche vendría la mano salvadora, ya fuese que la voluntad del Altísimo amansase la violencia del mar, ya que se manifestase la fuerza amorosa del padre, cuya sombra creyeron ver tantas veces errando sobre los escollos y sobre las olas!...

¿Y la madre? ¿Y aquella bondadosa mujer que los estrechaba contra su anhelante pecho en las horas de enfermedad y de pavor? Pepa refugiábase en la protección de Tonio, y éste, con varonil presencia de ánimo, aguardaba que surgiera algo, o del cielo omnipotente, o del misterioso océano, o de la siempre querida tierra.

Y de la tierra querida llegó realmente a ellos, cuando desesperaban ya de recibir auxilio alguno, el primer eco de una voz consoladora y cariñosa:

—¡Pepa! ¡Tonio!... — clamaba un grito salido del espantable seno de la noche.

Más ansiedad y lágrimas había en aquel grito que furor en el bramar de las olas, y que gotas de agua en el terrible abismo. Era el grito de la madre que buscaba a sus hijos en la playa y que, transida de angustia, se los pedía a las tinieblas. Aquel grito ansioso y desesperado resonó en los oídos de los horrorizados pequeños cuando ya el agua, que al retroceder parecía arrepentida de su crueldad, cubría sus vacilantes piecitos.

—¡Mamá! ¡Mamá!... — gimieron con el último resto de esperanza puesto en la voz que acaba de dominar el horrendo bramido de las olas.

¿Los oiría la desdichada? Dijérase que el corazón la guió hacia los hijos, porque en un fugaz momento de silencio llamó con fuerza y ansiedad aun mayores:

—¿Dónde estáis, hijos míos?

A punto de desfallecer, con voz quebrada por el llanto, pero con la energía de la desesperación, los niños respondieron:

—¡Aquí, madre, aquí!

Los ojos maternos adivinaron sin duda el lugar, y la cuitada intuyó el peligro, que era inminente. Como una loba, como una leona, incontenible, enloquecida, guiándose por la voz del instinto que le hablaba en las entrañas, se dirigió hacia las criaturas. El mar, un mar que se agitaba doliente, creciendo a cada embate de las olas y amenazándola con su furia, separábala del peñasco en que estaban sus hijos. Sobre el fondo más claro del cielo lleno de estrellas, veía recortarse los temblorosos cuerpecitos mutuamente apoyados en su flaqueza.

Empujada por la sobrehumana energía de su locura de madre, la mujer se internó resueltamente en el agua. Con voz vibrante de angustia animaba a los pequeños, infundiéndoles valor con su abnegado ejemplo.

—¡No os tiréis todavía, hijos míos! ¡Esperad! ¡Esperad!
¡Ya llego!

Confiaba tener tiempo para acercarse al peñasco y levantarlos en sus brazos y volver con ellos a tierra. La frialdad del agua no disminuía el ardor de su sangre. Los furiosos embates no quebrantaban la firmeza de sus músculos. No la hacía retroceder el terror del abismo.

Avanzaba impetuosa, con el agua ya sobre los hombros, en alto los brazos para alentar a los hijos con su proximidad. Realizaba todos los esfuerzos humanamente posibles para infundir en las aterradas criaturas confianza en aquel socorro...

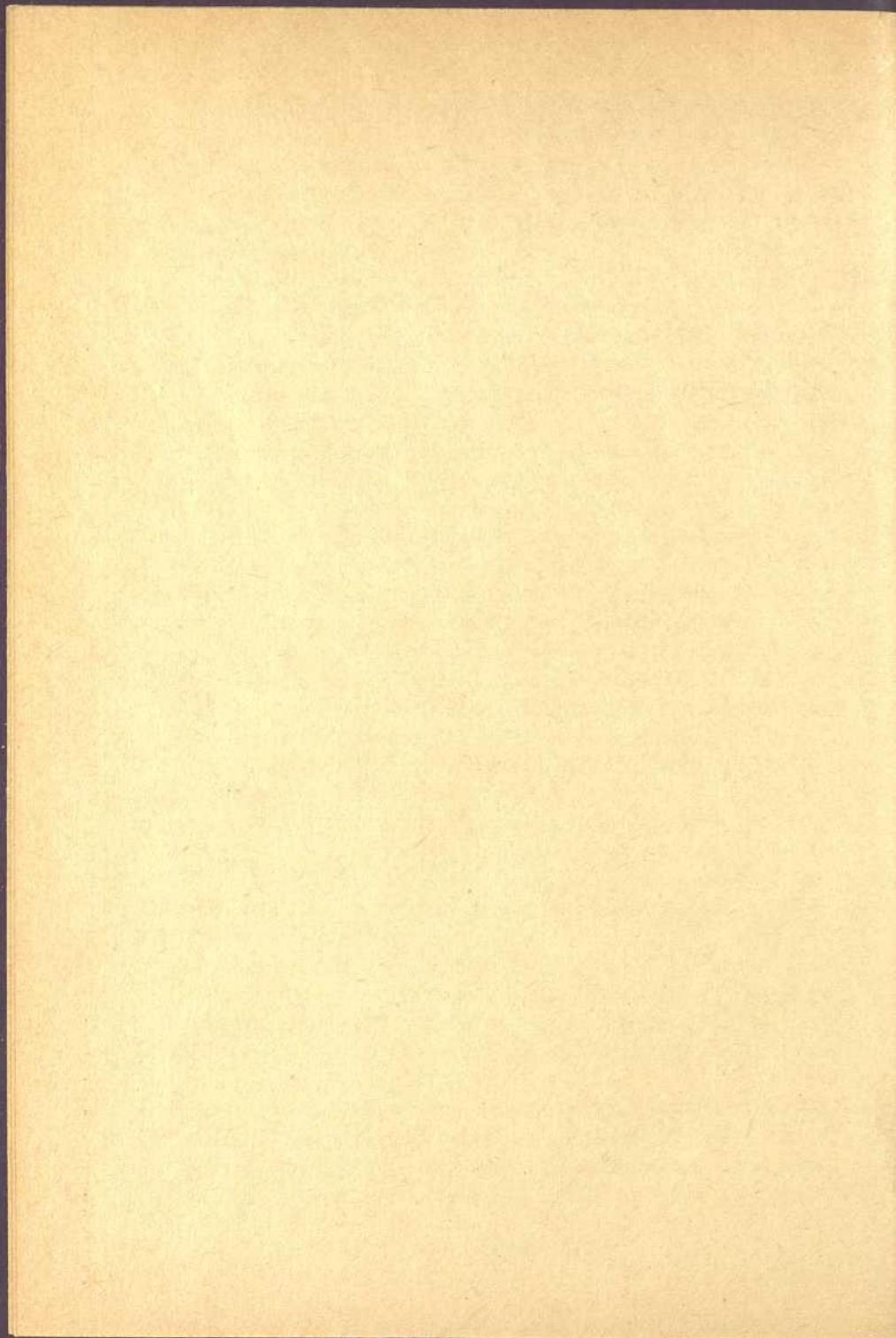
En silencio, con el espanto retratado en sus miradas, los niños seguían el avance penoso de aquella débil mujer, sublime en su grandioso intento. Mas la fiereza de los elementos era ya irresistible. Y la mártir, sintiendo que la tierra cedía bajo sus pies

y que el abismo la arrastraba, arrojóse en un inenarrable arraque contra las enfurecidas olas.

Instintivamente, los hijos la imitaron. Los brazos heroicos recogieron los dos cuerpecitos trémulos, los estrecharon fuertemente, aferráronlos en un esfuerzo supremo de desesperación y de amor...

Pero el mar inexorable no tardó en separarlos. Flotaron los cuerpos un momento, hasta que una ola gigantesca, una ola implacable y soberbia, los envolvió en un sudario de espuma, los arrastró al oscuro abismo, al encuentro de la sombra querida del padre, que erraba por allí...

TEIXEIRA DE QUEIROZ



EL PESCADOR Y SU ALMA

POR

OSCAR WILDE

EL joven pescador salía todas las tardes a echar sus redes. Mientras el viento soplaba de tierra, poco o nada pescaba, porque aquel viento era hostil y de negras alas, y el mar mandaba al encuentro del pescador una legión de amenazadoras olas; pero cuando lo hacía en dirección contraria, los peces abarrotaban las mallas de la red. El joven, entonces, se iba a vender la pesca al mercado.

Una vez halló su red tan pesada, que apenas logró izarla hasta la barca.

—Sin duda — se dijo riendo — he pescado todos los peces del mar, o tal vez algún monstruo que será asombro del mundo, o acaso alguna extraña criatura que gustará a la reina.

Y empleando todas sus fuerzas, empezó a tirar de las cuerdas, hasta que las venas de los brazos se le hincharon de tal modo, que asemejaban vetas de esmalte azul en un florero de bronce. El círculo de corchos del aparejo fué aproximándose cada vez más a la barca, hasta que la red emergió por fin. Y lo que había en ella era una diminuta sirena que dormía profundamente.

Su cabellera parecía un vellón de oro mojado; cada hebra era como un hilillo dorado en una copa de cristal. Tenía el cuerpo blanco cual el marfil, y en su cola, de plata y de perlas, enroscábanse pequeñas y multicolores algas. Su orejas eran como valvas de nácar; y sus labios, como corales. El agua mojaba en mansas ondas su cuerpo y le dejaba sal brillando en las pestañas.

El joven pescador quedó un momento absorto en la contemplación de aquella belleza. En seguida, atrayendo hacia sí la

red, se inclinó sobre la borda y tomó en brazos a la sirena, que, al sentirse tocada, dejó escapar un grito parecido al de una graviota a la que se atemoriza, miró a su captor con un destello de espanto en los ojos color de amatista, y trató desesperadamente de escurrirse al mar. Pero el muchacho la oprimió con más fuerza contra su pecho y no la dejó huir.

Al comprender que la evasión era imposible, la preciosa sirena dijo, llorando:

—¡Déjame ir, te lo ruego, pues soy hija única de un rey, y mi padre, muy anciano, sólo me tiene a mí!

—Te dejaré ir — concedió el joven pescador — si me prometes venir a cantar para mí siempre que te llame, pues a los peces les encantan las canciones de las sirenas y, así, acudirán a llenar mis redes.

—¿Me dejarás ir, de veras, si te hago esa promesa? — interrogó la sirena.

Aseguró el joven que así lo haría, prometió la sirena acceder a lo que le solicitaba, y aquél, abriendo los brazos, dejó que su prisionera se volviera a sumergir, temblando con extrañó temblor, en las verdes ondas del océano.

El joven pescador salía todas las tardes al mar y llamaba a la sirena. No tardaba ésta en surgir del seno de las aguas y se ponía a cantar para el muchacho, mientras los delfines nadaban a su alrededor y las aves marinas volaban en círculos sobre su cabeza.

Cantaba preciosas canciones en las que se hablaba de los moradores del mar que llevan sus rebaños de gruta en gruta, transportando en brazos los pequeños terneros; de los tritones de largas barbas verdosas y pechos velludos, que anuncian soplando enroscados caracoles el paso del rey; del palacio real, todo de ámbar, con techo de esmeralda y pisos de perlas; de los jardines marinos, en los que se agitan continuamente gigantes y afiligranados abanicos de coral y por los cuales cruzan los peces en todas direcciones, como pájaros de plata, y las actinias trepan con gracias a las rocas.

Entonaba bellas canciones en las que se hablaba de las colo-

sales ballenas que llegan desde los mares polares con las aletas cubiertas de afilados carámbanos; de sus compañeras las sirenas, narradoras de tales maravillas, que los navegantes tienen que taparse con cera los oídos, pues, si las oyen, quieren lanzarse al mar con ellas, y se ahogan; de los buques hundidos, con sus altos mástiles y sus tripulantes, ya rígidos, asidos a las cuerdas; de los caballitos del mar, que entran y salen nadando por las abiertas portañolas; de las diminutas lapas, eternas viajeras, que se adhieren a las quillas de las naves y recorren con ellas todos los mares del mundo; de los pulpos, que habitan en los huecos de las piedras, mueven incesantemente sus múltiples brazos negros, y hacen venir la noche a su capricho.

Cantaba del argonauta que navega en su propio barco, construído con ópalos e impulsado por una vela de seda sutil; de las nereidas dichosas que tañen sus arpas y hacen dormir hasta al gran *kraken*, el legendario pulpo; de los niños que se encaraman a las escurridizas marsopas y cabalغان jubilosos sobre sus lomos; de las sirenas más pequeñas, que emergen de las espumas para tender sus brazos a los marineros; de los leones marinos, con sus terribles colmillos en espiral, y en fin, de los hipocampos, con sus crines flotantes.

Al conjuro de aquellas canciones maravillosas, todos los peces subían a flor de agua para escuchar a la sirena. El joven pescador echaba entonces sus redes, atrapaba a muchos, completaba la pesca con su filoso arpón, y en cuanto la barca estaba llena, veía cómo su bienhechora, tras sonreírle desde lo lejos, se escabullía entre las olas.

Jamás se aproximaba lo suficiente para que el joven pudiese tocarla. Pese a los ruegos del pescador, mostrábase irreductible en eso; y cuando el muchacho intentaba atraparla, desaparecía en el agua para no surgir ya hasta la otra tarde. El sonido de su voz se tornaba, a medida que el tiempo transcurría, más grato y dulce a los oídos del joven. De tal modo lo fascinaba, que descuidó la vigilancia de su aparejo y el estado de su embarcación. Cada vez hacía menos caso de los peces, que seguían acudiendo en legiones a oír el canto de la sirena. Abandonado tenía el arpón, y vacíos los cestos de mimbre. Con la boca entreabierta y los ojos húmedos, como en un éxtasis, permanecía escuchando, inmóvil en la barca, hasta que las sombras se espesaban a su

alrededor y la luna pálida venía a romperlas tiñendo de plata su curtido rostro.

—Hermosa sirena — dijo una tarde a su amiga del mar —, acéptame por esposo, porque te amo.

La sirena, empero, movió la cabeza:

—Tu alma es humana — dijo con su dulce voz —. Si consiguieras desprenderte de ella, podría amarte.

“¿Para qué quiero el alma? — empezó a decirse entonces el joven pescador —. No me es posible verla ni tocarla, y la desconozco. Estoy dispuesto a desembarazarme de ella lo antes posible...”

Lanzó una exclamación de alegría, púsose de pie en la barca, tendió los brazos a la sirena y le dijo:

—Me desprenderé del alma; tú serás mi esposa y viviremos juntos en lo más hondo del mar. Me enseñarás todo eso de que hablas en tus canciones, y yo, en cambio, haré siempre lo que tú quieras. Jamás nos separaremos.

La sirena asintió, dichosa, y se tapó el rostro con las manos.

—Mas, ¿cómo lograré deshacerme del alma? — interrogó el pescador —. Dime qué debo hacer y te obedeceré en el acto.

—Desgraciadamente, no puedo ayudarte, porque los habitantes del mar carecemos de alma — contestó la sirena.

Y dirigiéndole una ansiosa mirada, se sumergió suavemente.

A la mañana siguiente, a primera hora, antes de que los rayos del sol enrojecieran las cumbres de las colinas, el pescador dirigióse a casa del párroco y llamó tres veces a su puerta.

—Adelante — dijo el cura, que leía su breviario.

Y el pescador le explicó sin rodeos el motivo de su visita:

—Quiero desposarme, padre, con una moradora del mar, pero mi alma me impide realizar mis proyectos. Os ruego me digáis qué debo hacer para desembarazarme de ella, pues, realmente, no la necesito. ¿Para qué la quiero, si no puedo verla, tocarla ni conocerla?

El sacerdote, golpeándose el pecho, repuso:

—Tú estás loco, ¡ay de mí!, o has ingerido algún filtro, porque el alma es lo que más aprecia el hombre y nada terrenal pue-

de compararse con ella. Vale por todo el oro del mundo y es más preciosa que las joyas de los reyes. No pienses, pues, más en ello, hijo mío, porque cometes un pecado del que acaso nadie pueda absolverte. En cuanto a los moradores del mar, son seres infernales que no saben distinguir el bien del mal, y no fué por ellos por quienes se sacrificó el Redentor.

Al oír las palabras del sacerdote llenáronsele de lágrimas los ojos al pescador, que, incorporándose, dijo:

—Los faunos, padre, viven muy contentos en el bosque, y las nereidas tañen en las rocas sus arpas de oro. Permitidme ser como ellos, os lo suplico, pues de lo contrario, moriré. En cuanto a mi alma, ¿para qué la quiero, si es un obstáculo para mi felicidad?

—El amor físico, hijo mío — insistió el cura —, es detestable, y detestables también, y malignas, las criaturas paganas a quienes el Altísimo permite errar por su mundo. ¡Anatema para los faunos del bosque y para los cantores del mar! He podido oírlos por la noche, e indefectiblemente tratan de alejarme de Dios. Lllaman a mi puerta y ríen. Musítanme al oído, para tentarme, relatos maravillosos, y cuando empiezo a rezar me hacen objeto de burlas. ¡Son heraldos de Satanás! ¡No existe para ellos cielo ni infierno, porque en ninguna parte sabrían loar el nombre del Todopoderoso!

—¡Vos, padre, no sabéis lo que decís! — gritó el joven pescador —. En una ocasión atrapé en mi red a la hija de un soberano del mar. Es más bella que la estrella del alba y más blanca que la luna. Por su cuerpo ofrecería mi alma, y por su amor estoy dispuesto a renunciar al Paraíso. Decidme qué debo hacer y permitidme ir en paz.

—¡Vete, pues; vete! ¡Esa criatura está condenada y no tardará en arrastrarte a ti también a la condenación eterna! — exclamó entonces el sacerdote; y, sin bendecirlo, lo arrojó de su casa.

Despacio, con la cabeza gacha y abatido por la pena, el joven pescador se dirigió a la plaza del mercado. En cuanto lo vieron, los mercaderes se pusieron a hablar en voz baja entre ellos. Uno se adelantó a su encuentro y le dijo, llamándolo por su nombre:

—¿Qué traes para vender hoy?

—Mi alma — repuso el joven —. Te suplico que me la com-

pres, pues no sé en qué emplearla. ¿Para qué la quiero, si no puedo verla, tocarla ni conocerla?

Los mercaderes se chancearon.

—¿Y para qué queremos nosotros — respondieron — el alma de un hombre? No tiene ni el valor de una moneda de cobre. Ponte en venta y te vestiremos de púrpura, te colocaremos un anillo en el dedo e iremos a ofrecerte como esclavo de la soberana. Mas no trates de vender el alma, porque para nada la queremos nosotros.

—¡Sí que es raro esto! — reflexionó el joven pescador —. Según el cura, el alma vale todo el oro del mundo; y según los mercaderes, no tiene ni el valor de una moneda de cobre.

Dejó la plaza del mercado y se fué a meditar a la orilla del océano.

Horas más tarde se acordó de que un compañero le había hablado alguna vez de una hechicera que vivía en una gruta, cerca de la bahía, y a la que sus sortilegios le habían deparado gran fama. Empezó veloz carrera, tal era el ansia que tenía de vender su alma, y una polvareda se elevó tras él en tanto que avanzaba por la playa.

Por la picazón que empezó a experimentar en una mano, la joven hechicera se dió cuenta de la llegada del pescador, y soltándose la larga y roja cabellera se echó a reír. Después, abandonando la gruta, fué a ponerse en la cima de un peñasco, sosteniendo en la mano un ramo de cicuta.

—¿Qué buscas? ¿Qué buscas? — preguntó a gritos cuando el joven, jadeante, llegó hasta ella y la saludó con una inclinación —. ¿Deseas peces para tus redes cuando el viento sople de tierra? Poseo una flauta de caña con la que, al soplar en ella, hago llegar los peces a montones a la bahía. Pero tendremos que hablar del precio, hermoso joven. ¿Qué te trae a mí? ¿Qué deseas? ¿Un huracán que destruya las naves y arrastre a la costa sus arcas repletas de joyas? Dispongo de más tempestades que el viento, porque soy sierva de alguien más poderoso que él, y con ayuda de un cedazo y un recipiente de agua puedo mandar al fondo del mar a los más sólidos navíos. Pero

también tendremos que hablar del precio, hermoso joven. ¿Qué deseas? Dime. Conozco una flor que crece en el valle, donde sólo yo sé. Sus pétalos son de púrpura y su savia es blanca como la leche. Si tocas con ella los labios altaneros de la reina, te seguirá a cualquier parte que vayas. Pero tendremos que hablar del precio, hermoso joven. ¿Qué deseas? Habla. Machaco un sapo en un mortero y hago calgo con él, espumándolo con la mano de un cadáver. Si lo derramas sobre tu enemigo mientras éste duerme, lo transformas en un reptil que matará a su propia madre. Puedo también arrancar del cielo la luna y mostrarte en un vaso de cristal la muerte. ¿Qué deseas? Habla. Dime lo que buscas y te lo daré, pero hablaremos del precio, hermoso joven, hablaremos del precio...

—Bien poco es lo que busco — respondió el joven —, pero, no obstante, el cura se ha enojado conmigo, arrojándome de su casa, y los mercaderes han hecho burla de mí. Vengo a verte a ti, aunque los hombres te consideran maligna, y te pagaré lo que me pidas.

—Habla, pues. Dime qué deseas — repuso la hechicera.

—Quiero que me digas cómo he de hacer para desembarazarme de mi alma — explicó el pescador.

Palideció la hechicera, y, estremecida, ocultóse el rostro con su manto azul. Después dijo:

—Singular es lo que pides, hermoso joven.

El pescador movió la cabeza y se echó a reír.

—¿Para qué quiero el alma — preguntó luego —, si no puedo verla, tocarla, ni conocerla?

—¿Y qué me darás si te ayudo? — inquirió la hechicera, fascinándolo con sus crueles ojos.

—Te daré cinco piezas de oro, la casa donde vivo, mi red y mi barca — ofreció el pescador —. Explicame cómo desembarazarme de mi alma, y todo lo que tengo será tuyo.

La hechicera rió burlescamente. Después, golpeándolo con el ramo de cicuta, dijo:

—Sé cómo transformar en oro las hojas muertas, y en láminas de plata los rayos de la luna. Mi dueño tiene más riquezas que todos los reyes del universo juntos.

—¿Qué deseas de mí, entonces, si no quieres oro ni plata?

—Quiero que bailes conmigo, hermoso joven — susurró la

hechicera con una sonrisa y acariciando con sus blancas manos los cabellos del pescador.

—¿ Sólo eso deseas?

—Sólo eso.

—Pues entonces, al atardecer, bailaré contigo en algún lugar oculto. Después me darás lo que anhelo.

Pero la hechicera movió la cabeza.

—Deberás bailar conmigo — dijo — cuando la luna llegue al cenit.

Miró en torno suyo y se puso a escuchar atentamente. Un pájaro azul abandonó su nido piando y empezó a volar en círculo sobre las dunas. Algunas moteadas avecillas jugueteaban entre la alta hierba. No se oía otra cosa que el rumor de las olas acariciando los guijarros de la playa. La joven alargó la mano, atrajo hacia sí al pescador y le habló suavemente al oído:

—Esta noche subirás a lo alto de la montaña. Es día de fiesta, y Él estará allí.

El pescador, sobresaltado, miró a la hechicera con sorpresa. Ella mostróle en una sonrisa los diminutos y blanquísimos dientes.

—¿ Él? ¿ Quién es Él?

—No puedo decírtelo. Sube esta noche a la montaña y espera bajo las ramas del hojaranzo. Si te acomete un perro negro, golpéalo con una vara de sauce; huirá. Si te habla un buho, no le contestes. Cuando llegue al cenit la luna, me reuniré contigo y bailaremos juntos sobre la hierba.

—Pero, ¿ me prometes facilitarme el medio de desembarazarme de mi alma? — interrogó el pescador.

La hechicera cambió de postura, de modo que el resplandor del sol le bañó el cuerpo, y su roja cabellera quedó flotando al viento. En seguida exclamó con tono grave:

—Te lo juro por las pezuñas de la cabra.

—Eres la más buena de las hechiceras — dijo jubiloso el joven pescador —. Esta noche bailaremos juntos en lo alto de la montaña. Esperaba que me pidieras oro o plata, y excuso decirte que te complaceré gustoso, pues creo que nada puede haber de malo en bailar contigo.

Diciendo esto quitóse la gorra, hizo a su interlocutora una

profunda reverencia y, alborozado, emprendió el regreso a la ciudad.

Vió la hechicera cómo se alejaba, y cuando lo perdió de vista tornó a su gruta, sacó de un cofre de cedro labrado un espejo, colocólo en un marco y quemó ciertas hierbas en las brasas del fuego. Después de examinar atentamente el espejo a través de las volutas de humo, murmuró, retorciéndose rabiosamente las manos:

—¡Debería ser mío! ¡Soy tan bella como la otra!

El joven pescador, tan pronto salió la luna aquella noche, subió a lo alto de la montaña y se puso a esperar bajo las ramas del hojaranzo. El mar yacía a sus pies cual una interminable plancha de metal bruñido, y en la bahía movíanse de un lado a otro las pequeñas siluetas de las barcas pescadoras. Un buho de grandes y amarillentos ojos llamó al muchacho por su nombre, pero no obtuvo respuesta. Al rato, un perro negro se abalanzó contra él, gruñendo, mas huyó entre gemidos bajo los golpes que con una vara de sauce le propinó el pescador. A la medianoche, volando como gigantescos murciélagos, llegaron las hechiceras.

—¡Oh! ¡Aquí hay un desconocido! — exclamaron al posarse en tierra, olfateando el aire, hablando en voz baja y haciendo misteriosos signos.

Llegó en último término la hechicera joven, flotando al viento su larga cabellera roja, vistiendo un traje de tisú de oro adornado con plumas de pavo real y luciendo en la cabeza un diminuto gorro de terciopelo verde.

Sin titubear un instante se acercó al hojaranzo, tomó de la mano al pescador, condújole hasta un lugar iluminado por la luz de la luna y se puso a bailar con él.

De súbito se oyó el galopar de un caballo, pero la bestia no aparecía por parte alguna, y el muchacho empezó a sentir miedo.

—¡Rápido! ¡Más rápido! — exclamó la hechicera estrechando contra su pecho al pescador y turbándolo con su cálido aliento —. ¡Más rápido! ¡Más rápido! — repetía. Y la tierra

parecía girar con indescriptible velocidad bajo los pies del joven. Acometióle el vértigo, y un profundo terror se apoderó de él. Segundos después advirtió que alguien, una persona a la que hasta entonces no había visto, lo observaba desde la sombra de una roca.

Era un desconocido que vestía un traje de terciopelo negro cortado al estilo español. Su cara mostraba una extraña palidez, pero su boca era roja como una rosa. Parecía aburrido y juguetaba distraídamente con el puño de su daga. Cerca de él, sobre la hierba, veíase un sombrero adornado con plumas y un par de guantes extrañamente bordados de oro y perlas. De sus hombros pendía una corta capa con forro de piel, y algunos anillos cubrían los dedos de sus blancas y finas manos. Sus ojos miraban a través de oscuras y tupidas pestañas.

Como entre sueños lo contemplaba el joven pescador. Por fin las miradas de uno y otro se encontraron, y ya desde entonces, a cualquier parte que el muchacho tendía la vista, los ojos del singular personaje estaban fijos en él. Oyó reír a la hechicera, y tomándola por el talle la hizo describir vertiginosos círculos.

Un perro ladró súbitamente en el bosque, y los bailarines se detuvieron. Las hechiceras fueron a arrodillarse de dos en dos, a los pies del misterioso caballero, cuya mano besaron reverentes. En los labios desdeñosos del desconocido dibujóse apenas una leve sonrisa, parecida a la del agua tranquila que es rozada por las alas de un pájaro. Pero aun en esa sonrisa del hombre, que seguía contemplando con fijeza al pescador, brillaba un resplandor de altanería.

—Acompáñame; vamos a rendirle homenaje — murmuró la hechicera al oído de su galán, que, incapaz de resistir, la siguió en silencio. Mas, al hallarse frente al extraño personaje, instintivamente hizo la señal de la cruz y pronunció el santo nombre de Dios.

Apenas lo hizo, las hechiceras, aterrorizadas, se desbandaron en desorden, y el pálido semblante del desconocido alteróse con un gesto de dolor. El hombre, luego, dirigiéndose a un bosquecillo próximo, emitió un estridente silbido. Al instante, una jaca lujosamente enjaezada salió a su encuentro. El personaje montó en ella y miró al pescador con una extraña expresión.

También la hechicera de la larga cabellera roja intentó huir, pero el joven se lo impidió asiéndola de las muñecas.

—¡Suelta! ¡Suelta! — gritó ella —. Acabas de nombrar lo que no puede nombrarse y de hacer el signo que no puede hacerse.

—¡Revélame el secreto si quieres que te suelte! — contestó vehementemente el pescador.

—¿Qué secreto? ¿Qué secreto? — interrogó la hechicera mientras, con la boca llena de espuma y los brazos tensos como garras, hacía desesperados esfuerzos por desasirse.

—No me lo preguntes, porque demasiado bien lo sabes.

Los ojos de la hechicera se llenaron de lágrimas.

—¡Pídeme todo menos eso! — exclamó suplicante.

El joven, riendo, la oprimió con más fuerza. Y al ver que le era imposible escapar, ella musitó, mirándolo con ternura:

—¿No te parece que soy tan hermosa como la hija del mar y tan bella como cualquiera de las que habitan bajo las ondas?

Y acercando su rostro al del joven, acarició los cabellos varoniles. Pero él la rechazó.

—¡O cumples la promesa que me hiciste, o te mato! — amenazó.

—¡Pues bien, sea! — dijo ella en voz baja —. Es tu alma y no la mía lo que está en juego. Haz de ella lo que quieras.

Y sacando del cinturón un diminuto puñal con empuñadura forrada de piel de víbora, se lo entregó, despechada.

—¿Para qué quiero esto? ¿De qué me servirá este puñal? — interrogó, asombrado, el pescador.

Durante unos segundos, la hechicera guardó silencio, con una expresión de espanto dibujada en el semblante. Después, apartándose los cabellos de la frente y esbozando una extraña sonrisa, dijo:

—Lo que vosotros, los hombres, creéis la sombra del cuerpo, no es tal, sino el cuerpo del alma. Ponte en la orilla del mar, de espaldas a la luna y, con este puñal, corta tu sombra alrededor de los pies. Manda luego a tu alma que se vaya para siempre, y te obedecerá.

—¿De veras? — preguntó el joven.

—De veras, ¡y ojalá que no te lo hubiera dicho! — clamó la hechicera, y abrazándole los pies, estalló en sollozos.

Pero él la apartó bruscamente, dejóla sobre la hierba, y guardándose el puñal en el cinturón, empezó a bajar la montaña.

Su propia alma empezó entonces a decirle:

—Escúchame; durante todos estos años he vivido en tu cuerpo y jamás te fuí infiel. No hagas ahora que te abandone. ¿Te he hecho algún mal?

El joven se echó a reír:

—Ningún mal me hiciste — contestó —, pero no te necesito. El mundo es grande. Viaja y conócelo, mas no me molestes, porque mi amada me reclama.

El alma le rogó humildemente, pero el joven no le hizo caso, y brincando de piedra en piedra, como una cabra, llegó a la orilla del mar.

Gallardo y hermoso como un héroe griego, detúvose en la arena, de espaldas a la luna. De las espumosas crestas de las olas surgieron como blancos brazos que le hacían señas, y extrañas figuras que le rendían homenaje. Frente a él alargábase su sombra, que era el cuerpo de su alma.

—Si verdaderamente vas a arrojarme de tu lado — dijo el alma —, déjame al menos tu corazón. El mundo es malo y me inspira temor.

—¿Cómo podría querer a mi amada — contestó el pescador moviendo la cabeza — si te diera el corazón?

—¡Por piedad — insistió el alma —, déjame tu corazón, porque el mundo es malo y tengo miedo!

—¡Acabemos de una vez! Mi corazón es de mi amada. ¡Vete!

—¿Así que, entonces, yo no podré amar?

—¡Vete de una vez, pues no te necesito! — ordenó el pescador. Y tomando el diminuto puñal que le entregara la hechicera, cortó la sombra alrededor de sus pies. Ella se irguió, detúvose ante él y lo miró en silencio.

El joven retrocedió unos pasos, guardó en la cintura el puñal y murmuró con voz ronca, invadido por una sensación de supersticioso temor:

—¡Márchate! ¡Márchate! ¡Que no te vea nunca más!

—Pero alguna vez tendremos que encontrarnos — arguyó el alma, y su voz era tan tenue como la de una flauta, y sus labios apenas se movieron para hablar.

—¿Que nos hemos de encontrar otra vez? — exclamó iracundo el pescador —. ¿Es que acaso vas a seguirme a las profundidades del mar?

—Vendré a llamarte una vez al año, pues acaso me necesites.

—¿Para qué he de necesitarte? Pero, en fin, sea como tú quieras.

Y sin pronunciar otra palabra, el joven arrojóse a las ondas.

Soplaron sus cuernos los tritones. Y la diminuta sirena, saliendo a su escuento, le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca.

El alma se quedó contemplándolos desde la playa solitaria. Y cuando el pescador y su sirena hubieron desaparecido en los verdes abismos, alejóse ella hacia los pantanos, sacudida por los sollozos.

Al año, el alma fué a la orilla del mar y llamó al joven pescador. Surgió éste entre dos olas e interrogó:

—¿Qué quieres?

—Aproxímate, que deseo contarte algunas de las maravillosas cosas que he visto — pidió el alma.

El joven obedeció, y recostándose en el agua, con la cabeza apoyada en una mano, escuchó.

—Cuando me ordenaste que te dejara — empezó a contar el alma —, volvíme hacia Oriente y emprendí la marcha. En el Oriente está toda la sabiduría. Después de viajar durante seis días, a la mañana del séptimo, llegué a una colina del país de los tártaros, y para ampararme de los rayos solares me recliné a la sombra de un taray. Estaba calcinada la tierra, y la gente vagaba por la llanura cual moscas que caminaran sobre un disco de metal bruñido.

”Hacia el mediodía, una nube de polvo rojizo se levantó en el horizonte, y los tártaros, al verla, aprestaron sus arcos y galoparon al encuentro de ella en sus pequeños y veloces caballos, mientras las mujeres acercábanse gritando a los carretones y se escondían detrás de las cortinas de fieltro.

”Los hombres regresaron al anochecer. Faltaban cinco de ellos, y casi todos los que volvieron venían heridos. Después

de atar sus caballos a las carretas, alejéronse precipitadamente del lugar. Tres chacales salieron de sus guaridas, quedáronse contemplándolos, y tras olfatear el aire repetidas veces, salieron corriendo en dirección opuesta.

"Al aparecer la luna vi que el fuego ardía en un campamento, en la llanura, y avancé hacia él. Sentados en torno a la lumbre en pequeñas alfombras, había varios mercaderes. Los camellos estaban agrupados detrás de ellos, y los esclavos negros levantaban sobre la arena tiendas de pieles curtidas y construían una alta y resistente empalizada.

"El jefe de los mercaderes salió a mi encuentro y, con la espada desenvainada, preguntóme quién era. Díjele que un príncipe fugitivo de los tártaros, quienes habían intentado convertirme en su esclavo; el jefe sonrió, mostrándome cinco cabezas clavadas en otras tantas picas de bambú. En seguida me preguntó quién era el profeta de Dios.

"—Mahoma — respondí.

"Al oír el nombre del falso profeta, inclinóse reverente, y asiéndome de la mano me invitó a sentarme con él. Un sirviente me trajo un cuenco de madera con leche de yegua y un pedazo de cordero asado.

"Emprendimos viaje al alba. Yo marchaba en un camello, junto al jefe, y precedido de un corredor armado de lanza. Nos flanqueaban dos filas de guerreros y seguían después las mulas cargadas con sus mercancías. En total constituían la caravana cuarenta camellos y doble número de mulas.

"Del país de los tártaros pasamos al de aquellos que mal dicen a la luna. Contemplamos a los grifos guardando su oro en las blancas rocas, y a los dragones terribles durmiendo en sus grutas. Al atravesar las montañas, hubimos de contener la respiración para que no se produjeran desprendimientos de nieve, y los hombres se protegieron los ojos con velos de gasa. Mientras cruzábamos los valles, los pigmeos nos dispararon flechas desde los árboles, y a la noche oímos el estruendo que hacían los hombres salvajes al golpear sus tambores.

"Cuando llegamos a la Torre de los Monos, los obsequiamos con frutas y no nos molestaron en lo más mínimo. Al arribar a la Torre de las Serpientes, les regalamos leche en cuencos de bronce y nos franquearon el paso. Durante nuestra marcha

llegamos tres veces a las orillas del Oxus, y lo vadeamos en balsas de madera sostenidas con grandes vejigas hechas con pieles. Los hipopótamos, enfurecidos ante nuestra presencia, intentaron devorarnos.

"Los poderosos de cada ciudad que encontrábamos a nuestro paso, nos exigían tributo por dejarnos seguir adelante, pero desde las murallas nos arrojaban pan, tortas de maíz amasadas con miel y pasteles de harina blanca rellenos de dátiles. A cambio, les dábamos un trozo de ámbar por cada diez canastos.

"Los habitantes de las aldeas, cuando nos divisaban a lo lejos, envenenaban las aguas y escapaban a las montañas. Combatimos con los *magadae*, que nacen ancianos y se vuelven más jóvenes con el transcurrir del tiempo, para morir siendo niños. Luchamos, asimismo, con los *laktroi*, que se dicen hijos de tigre y se pintan de amarillo y negro; y con los *aurantes*, que depositan a sus muertos en las copas de los árboles y habitan en oscuras cavernas, para que no les dé muerte el sol, que es su dios. Peleamos con los *krimianos*, que rinden culto a los cocodrilos, a los cuales obsequian con aros de hierbas verdes y alimentan con carne de aves y mantequilla. Y con los *sibanes*, que tienen patas de caballo y corren con más velocidad que éstos. En tales batallas murió un tercio de los hombres que formaban la caravana, y otra tercera parte pereció de hambre. Los que quedaban murmuraron de mí, alegando que les traía mala suerte. Tomando entonces un áspid de debajo de una piedra, dejé que me mordiera, y al ver los guerreros que no moría, fueron invadidos por un supersticioso terror.

"Al cuarto mes llegamos a la ciudad de Illel. La noche había cerrado ya cuando dimos frente al foso que flanquea las murallas; la atmósfera era sofocante, porque la luna estaba en Escorpio. Tomamos de los árboles sabrosas granadas y abriéndolas bebimos su dulce jugo; y nos sentamos en nuestras alfombras a esperar la llegada del nuevo día.

"Golpeamos, al amanecer, a las puertas de la ciudad, que eran de bronce rojo y estaban adornadas con figuras que semejaban dragones del mar. Los centinelas asomáronse a las almenas preguntándonos qué deseábamos. Respondió nuestro intérprete que veníamos de la tierra de Siria con muchas mercaderías. Tras exigirnos tributo, dijéronnos que las puertas nos

serían abiertas a mediodía, y que hasta entonces tendríamos que esperar afuera.

"Así lo hicimos, y al mediodía nos franquearon la entrada. La gente salía a la calle para vernos pasar. Un heraldo recorrió la ciudad soplando un gran cuerno. Nos concentramos en la plaza del mercado, y los esclavos de la caravana empezaron a desenvolver los fardos y a abrir los cofres de madera labrada. Cuando esa tarea terminó, los mercaderes exhibieron sus exóticas mercancías: lino encerado de Egipto y lino pintado de Etiopía; esponjas rojas de Tiro y colgaduras azules de Sidón; vasos de ámbar fino, copas de pulido cristal transparente y graciosas ánforas de barro cocido. Centenares de mujeres, con el rostro oculto tras una máscara de cuero dorado, nos contemplaban desde los tejados de las casas próximas.

"El primer día vinieron a traficar los sacerdotes; el segundo, los nobles; y el tercero, los artesanos y los esclavos, de acuerdo con la costumbre que se sigue en la ciudad en ocasión de la llegada de los mercaderes. Decidieron los de la caravana aguardar allí la luna nueva, y mientras estaba ésta en cuarto menguante salí a recorrer la población, y una noche llegué al templo de su dios. Los sacerdotes, con hábitos color amarillo, discurrían en silencio por entre verdes árboles, cerca de los cuales, sobre un pavimento de mármol negro, levantábase el rojo pabellón en que moraba el ídolo. Sus puertas eran de laca y estaban adornadas con altos relieves que representaban toros y pavos reales. El techo era de porcelana verde mar, y numerosas campanitas de plata festoneaban sus aleros y dejaban oír argentinos sonidos al ser rozadas por las blancas palomas que pasaban volando.

"Un estanque de cristalinas aguas, cuyo fondo era de ónix, veíase frente al templo. Deteniéndome a su borde, toqué con mis pálidos dedos las hojas de los árboles. En aquel momento, acercóse a mí un sacerdote calzado con sandalias de piel de serpiente adornadas con plumas de ave. Lucía en la cabeza una mitra de fieltro negro exornada con medias lunas de plata semejantes a las que en número de siete llevaba bordadas en la túnica. Sus cabellos hallábanse teñidos con antimonio.

"Después de contemplarme en silencio un breve rato, me

preguntó qué deseaba. Respondíle que quería ver a su dios, y me dijo, mientras clavaba en mí la extraña mirada de sus ojos rasgados:

"—Ha salido de caza.

"—Dime a qué bosque ha ido — repuse —, y lo acompañaré en la cacería.

"Alisóse con los largos y puntiagudos dedos los pliegues de su hábito y musitó:

"—El dios está durmiendo.

"—Dime dónde, y velaré su sueño.

"—El dios se encuentra en un festín.

"—Si el vino que bebe es dulce, libaré con él. Y si es amargo, lo haré también.

"Maravillado, mi interlocutor inclinó la cabeza, me tomó de la mano y franqueó conmigo la puerta del templo.

"En la primera nave, sobre un trono de jaspe incrustado de grandes perlas de Oriente, vi un ídolo de estatura análoga a la de un hombre y esculpido en ébano. Tenía un rubí en la frente, y de su cabello goteaba un óleo denso y aromático. Sus pies estaban enrojecidos por la sangre de un cabrito que acababa de ser sacrificado, y un ceñidor de cobre con siete aguamarinas le rodeaba la cintura.

"—¿Éste es el dios? — pregunté al sacerdote.

"—Éste es — contestóme.

"—¡O me muestras el dios, o te mato! — exclamé apretando su mano con la mía, hasta dislocársela.

"El sacerdote me miró con ojos despavoridos.

"—Sáname y te lo mostraré — dijo.

"Le sané la mano, echando mi aliento sobre ella. El hombre me condujo, temblando, a una segunda nave, en la que aparecía un ídolo, de pie sobre un pedestal de jade adornado con esmeraldas. La escultura, de tamaño dos veces mayor que el de un hombre, era de marfil, y mostraba un crisólido refulgiendo en la frente y el pecho cubierto de canela y mirra. Esgrimía en una mano un corvo cetro de jade y en la otra un globo de cristal. Calzaba coturnos de bronce, y de su cuello pendía un collar de selenitas.

"—¿Es éste el dios? — pregunté a mi acompañante.

"—Éste es — respondiome.

"—¡Muéstrame el dios, o te mato! —dije al sacerdote, clavándole los dedos en los ojos.

"—Devuélveme la vista — suplicó él, entonces —, y te mostraré el dios.

"Eché aliento sobre los ojos ciegos, que recobraron la vista. Temblando otra vez, el hombre me guió hasta una tercera nave, en la que no aparecía ídolo alguno, sino, simplemente, un espejo de bruñido metal sobre un altar de roca.

"—¿Dónde está el dios? —interrogué.

"—No hay otro dios que ése que ahí ves: el Espejo de la Sabiduría — me contestó el sacerdote —. Todas las cosas existentes en el cielo y en la tierra, a excepción del rostro de quien lo mira, refléjanse en ese espejo. Y no refleja el rostro de quienes lo contemplan, para que éstos puedan ser sabios. En el mundo hay otros muchos espejos, pero son los de la Opinión, en tanto que éste es el único de la Sabiduría. Quien no lo posee, carece de ella. Por eso es nuestro dios y por eso le rendimos culto.

"Contemplé el espejo y sucedió tal como el sacerdote acababa de decir. Entonces hice una cosa rara, mas lo que hice no importa; lo que interesa es que he escondido el Espejo de la Sabiduría en un valle que se encuentra a una jornada de viaje de este lugar. Permíteme que entre de nuevo en tu cuerpo y que sea como antes tu fiel servidor, y haré que te conviertas en el más sabio de los sabios. Permíteme volver a tu cuerpo, y no habrá en el mundo nadie más sabio que tú".

Pero el joven pescador lanzó una carcajada y exclamó:

—Más que la Sabiduría vale el Amor, y la sirena me lo profesa.

—Mejor que la Sabiduría no hay nada — insistió el alma.

—El Amor es mejor — replicó el joven. Y se hundió en las verdes ondas, mientras el alma se alejaba hacia los pantanos, sacudida por los sollozos.

Al terminar el segundo año, el alma volvió a la orilla del mar y llamó al pescador. Éste emergió entre las olas y preguntó:

—¿Qué deseas?

—Acércate. He visto cosas maravillosas y quiero contártelas.

Como el año anterior, el joven acercóse, se recostó en el agua y apoyando la cabeza en una mano, prestó atención.

—Al ser abandonada por ti — empezó a referir el alma —, empecé viaje hacia el sur. Del sur llega todo lo que es precioso. Viajé seis días por el camino que lleva a la ciudad de Ashter, y al abrir los ojos en la mañana del séptimo vi la población a mis pies, en un valle.

”Ashter tenía nueve puertas, y ante cada una de ellas había un caballo de bronce que relinchaba cuando los beduinos bajaban de la montaña. Sus muros estaban recubiertos de cobre, y el techo de las atalayas era del mismo metal que los caballos de sus puertas. Cada uno de los arqueros que vigilaban desde ellas, golpeaba en un gong con una flecha, por las mañanas, y soplaban en un cuerno cuando el sol se ocultaba en el horizonte.

”Fuí detenido por los guardianes al pretender traspasar las puertas, y como se me preguntara quién era, dije que un derivate en viaje hacia la Meca, donde, en un inmenso velo verde, los ángeles habían grabado el Corán con letras de plata. Maravillados por lo que les contaba, los guardianes me suplicaron que entrara.

”La ciudad era una gigantesca feria, y deploro, realmente, que no me acompañaras. Multicolores farolillos de papel flotaban como grandes mariposas a lo largo de sus estrechas callejuelas, y subían y bajaban cual burbujas policromas cuando el viento soplaban sobre los tejados. Los mercaderes estaban sentados en sus alfombras de seda, frente a las tiendas. Todos tenían grandes barbas, turbantes adornados con cequíes de oro y hermosos collares de ámbar y brillantes que acariciaban con sus puntiagudos dedos.

”Muchos de ellos ofrecían gálbano y nardo, exquisitos perfumes de las islas de la India, densos aceites de flores, clavo, mirra y otras mercancías. Cuando llegaba frente a sus tiendas algún comprador, arrojaban en un brasero, para embalsamar el aire, pulgaradas de incienso. A un sirio vi que esgrimía una diminuta varita de la que se elevaban tenués volutas de humo; y te aseguro que el olor que se desprendía de ellas era como el de los almendros en flor. Otros tenían a la venta, en sus barracas, lindos brazaletes de plata repujada, incrustados de turque-

sas; ajorcas de bronce, garras de leopardo y de tigre engarzadas en oro; aros de piedras preciosas y anillos de jade labrado. Suaves cadencias de cítaras salían de los cafés, y los fumadores de opio asomaban a la puerta su pálido y sonriente rostro para contemplar el paso de los transeúntes.

"Es, realmente, lamentable que no estuvieras conmigo. Con sus grandes odres a la espalda, los vinateros se abrían paso a codazos entre la muchedumbre. Vendían muchos de ellos vino de Schiraz, dulce como la miel, que servían en tacitas de metal, en las que esparcían pétalos de rosas. Estaban también en la plaza del mercado los vendedores de frutas, que ofrecían sabrosos higos de roja carne, melones color topacio, sonrosadas manzanas, magníficos racimos de uvas, naranjas de fresca pulpa y limones de brillante y fina cáscara.

"En cierto momento vi pasar frente a mí un elefante con el vientre pintado de cúrcuma y bermellón y con la cabeza cubierta por una red de seda carmesí. Detúvose frente a una de las barracas de frutas y empezó a comerse las naranjas. El vendedor, en vez de enojarse, prorrumpió en carcajadas. No tienes una idea de lo extraña que es aquella gente. Cuando están alegres, compran pájaros enjaulados y los ponen en libertad para alegrarse más aun; y cuando les invade la tristeza, se mortifican el cuerpo con espinas, para mantenerse tristes.

"Encontré también a unos negros que transportaban un suntuoso palanquín de bambú adornado con diminutos pavos reales de bronce. Ligeras cortinas de muselina bordadas con alas de coleópteros y preciosas perlas velaban sus ventanas, y al pasar frente a donde yo estaba, una circasianita pálida y bella, asomándose furtivamente, me dedicó una sonrisa. Seguí al vehículo. Los esclavos aceleraron gruñendo el ritmo de la marcha, pero no les hice caso, porque me impulsaba una profunda curiosidad. Por fin los negros se detuvieron ante un edificio cuadrado, desprovisto de ventanas, y al cual daba acceso una pequeña puertecilla propia, por su tamaño, más bien de un sepulcro que de una casa. Dejando el palanquín en el suelo, los esclavos golpearon tres veces en aquella puerta con un martillo de bronce. Un armenio vestido con una túnica de cuero verde abrió y extendió en el suelo una alfombra. La circasianita apeóse y antes de entrar en la casa volvió hacia mí su rostro

y me regaló con una nueva sonrisa. Jamás he visto un rostro tan pálido como el suyo. Al salir la luna torné a aquel lugar, en busca de la casa, mas ésta había desaparecido. Y entonces supe la identidad de aquella mujer y la razón de sus dos sonrisas.

"Vuelvo a decirte que lamento no estuvieras conmigo. En ocasión de las fiestas de la Luna Nueva, el joven emperador abandonó su palacio y fué a rezar a la mezquita. Tenía los cabellos y la barba teñidos con zumo de rosas; las mejillas, cubiertas de polvo de oro, y las palmas de las manos y las plantas de los pies, pintadas de azafrán.

"Salió al despuntar la aurora, con una túnica de plata, y regresó al ponerse el sol, luciendo una de oro. Los habitantes de la ciudad se prosternaban a su paso, ocultando sus rostros, mas yo no quise imitarlos y me quedé esperando junto a la tienda de un vendedor de dátiles. Viéndome en tal actitud, el soberano frunció sus pintadas cejas y detuvo la marcha, pero yo permanecí indiferente, sin rendirle pleitesía. Tal audacia asombró a la gente y se me aconsejó que abandonase la ciudad, lo que, por supuesto, no hice, limitándome a refugiarme entre los mercaderes extranjeros que, a causa de su oficio, son mal mirados. Al saber lo que había hecho, me regaló cada uno de ellos un ídolo, rogándome que me ausentara inmediatamente.

"Hallándome aquella noche en un café de la calle de los Granados, los soldados del emperador vinieron a buscarme para conducirme al palacio, cuyas puertas aseguraron con fuertes cadenas una vez que estuve en el interior. Vi un gran patio flanqueado por extensa galería. Los muros eran de alabastro blanco adornado con azulejos, y los pilares y el pavimento, de mármol, verde en los primeros y rosado en el segundo. Jamás había contemplado antes nada tan maravilloso.

"Dos mujeres veladas me insultaron desde un balcón mientras atravesaba el patio. Mis aprehensores aceleraron el paso, y cuando llegamos al extremo de la galería abrieron ante mí una puerta de marfil tallado, por la que tuvimos acceso a un delicioso jardín de siete terrazas, abarrotado de policromas flores y con un surtidor de agua cristalina en el centro. Cipreses semejantes a antorchas apagadas circundaban el encantador jardín, y en la verde copa de uno de ellos cantaba un ruiseñor.

"Un pequeño pabellón alzabase al final del jardín, y desde

él salieron a recibirme dos eunucos, que, balanceando sus voluminosos cuerpos al caminar, contempláronme con una expresión de curiosidad en sus rasgados ojillos. Uno de ellos, llamando aparte al capitán de los soldados que me conducían, le murmuró algo en voz baja, en tanto que el otro comía en silencio ciertas aromáticas pastillas que sacaba de una esmaltada cajita.

"Instantes después, el capitán ordenó a sus soldados que se marcharan, lo que aquéllos hicieron, seguidos de cerca por los eunucos, que alargaban la mano para arrancar, de paso, las sabrosas frutas de los árboles. El más anciano de ellos volvió una vez el rostro y me contempló con gesto maligno. Después fuí llevado a la entrada del pabellón, que franqueé con ademán resuelto, levantando la pesada cortina.

"Encontrábase el joven soberano reclinado en un diván cubierto de pieles de león, y tenía un gerifalte en la muñeca. Tras él veíase a un nubio, desnudo hasta la cintura, con las orejas adornadas por gruesos aros de metal. Junto al diván, en una mesa, aparecía una gran cimitarra.

"—¿Quién eres? — me interrogó, fruncido el ceño y con airado acento, el joven emperador —. ¿Ignoras, acaso, que soy el emperador de esta ciudad?

"Como yo guardara silencio, señaló la cimitarra, apoderóse de ella el nubio y, arrojándose sobre mí, me asestó varios golpes con su pesada y filosa hoja, que atravesó mi cuerpo sin producirme el menor daño. El agresor precipitóse de bruces en el suelo, a causa del impulso que llevaba, y, cuando pudo levantarse, corrió presa del pánico a ocultarse tras el diván.

"El monarca se incorporó de pronto y sacando una lanza de la panoplia, me la arrojó furiosamente. La así en el aire y rompí el asta en dos. Disparóme una flecha, mas levanté las manos y el dardo cayó a mis pies. Extrajo entonces de su cinturón de cuero blanco una afilada daga y seccionó al nubio la garganta para que no pudiera referir lo sucedido. El hombre retorcióse cual un reptil aplastado, y su boca de gruesos labios se cubrió de espuma rojiza.

"Volviéndose hacia mí, el emperador, tras secarse con un pañuelo de seda púrpura el sudor que le corría por la frente, dijo:

"—¿Quién eres, que no puedo herirte? ¿Profeta, o hijo de

Profeta? De cualquier manera, te suplico que salgas de mi ciudad esta misma noche, pues en tanto permanezcas aquí mi poder no será absoluto.

"—Te complaceré —repuse yo—, si me cedes la mitad de tus tesoros.

"Asiéndome de la mano, me llevó afuera. El asombro del capitán fué inenarrable al verme. Y los eunucos, presa de gran terror, doblaron las rodillas y cayeron temblando al suelo.

"Tenía el palacio del emperador de Ashter una estancia con ocho paredes de pórvido rojo, de cuyo techo de bronce pendían numerosas lámparas. El emperador presionó uno de los muros, que cedió al instante, permitiéndonos el acceso a un corredor profusamente iluminado por antorchas y flanqueado por grandes nichos en los que se veían anchas ánforas para vino, llenas hasta los bordes de monedas de plata. Ya en el centro de dicho corredor o pasadizo, mi acompañante pronunció una palabra misteriosa, y un gran portón de granito empezó a girar sobre sus invisibles goznes.

"El emperador se cubrió los ojos con las manos para no ser deslumbrado. Y, en realidad, no puedes figurarte los motivos que había para ello. Gigantescos caparazones de tortugas repletos de perlas, diamantes de fabuloso tamaño y enceguedores rubíes, aparecían por doquier. Innumerables cofres de piel de paquidermo contenían el oro, y el polvo de este metal estaba almacenado en una fantástica cantidad de bolsitas de cuero. Se veían copas de cristal llenas de ópalos, y vasos de jade repletos de zafiros. Bellísimas esmeraldas refulgían sobre bandejas de marfil y bolsas de transparente seda contenían, desparramadas por los rincones, turquesas y aguamarinas. Había recipientes de nácar repletos de amatistas, y otros de bronce llenos de calcedonias y sardios. Largas sartas de perlas pendían de los pilares de cedro, y rojos y verdes carbunclos destellaban en grandes escudos ovales. Y todo lo que queda descripto, es apenas una parte de lo que en aquella cámara contemplé.

"Cuando el emperador hubo habituado sus ojos a la visión deslumbrante de aquellos tesoros, me dijo:

"—Éstas son mis riquezas, y de ellas te cedo, como solicitas, la mitad. Pondré a tu disposición camellos y esclavos que obedecerán tus órdenes y te conducirán a cualquier parte del mundo.

Pero todo ello tendrá que hacerse esta misma noche, porque deseo impedir que el Sol, que es mi padre, sepa que hay en mi reino un hombre que no se inclina ante mí.

"—Toda esta plata, todo este oro y todas estas joyas, son de tu propiedad, y en tu poder las dejas — repuse —. Yo no necesito nada de eso, y sólo me quedaré con el anillo que muestras en la mano.

"—¿Este anillo? — murmuró el emperador frunciendo otra vez las pintadas cejas —. Es de plomo y carece de valor. Acepta la mitad de los tesoros que has visto, y abandona la ciudad.

"—Sólo tomaré tu anillo de plomo — insistí —. Sé lo que lleva escrito, y conozco su virtud.

"El emperador empezó a temblar.

"—Toma todo el tesoro — me dijo —, la parte mía también, y vete de la ciudad.

"Entonces hice algo extraño, pero lo que hice no importa. Lo que interesa es que en una gruta que se encuentra a una jornada de viaje de aquí tengo escondido el Anillo de la Riqueza. Sólo una jornada de viaje nos separa de él, y está a tu disposición. El poseedor de ese anillo será más poderoso que todos los monarcas del universo. Acompáñame a buscarlo, y serán tuyas todas las riquezas de la tierra".

Mas el joven pescador replicó riendo:

—El Amor es mejor que la Riqueza, y mi sirena me ama.

—Nada hay mejor que la Riqueza — insistió el alma.

—El Amor es mejor — volvió a decir, sonriente, el pescador. Y desapareció bajo la verde superficie, mientras el alma alejábale hacia los pantanos, sacudida por los sollozos.

Cuando el tercer año hubo transcurrido, el alma fué a la orilla del mar y llamó a su dueño. El joven pescador surgió entre las olas y preguntó:

—¿Qué deseas?

—Acércate — respondió el alma —, que he visto cosas maravillosas y quiero contártelas.

Y empezó así su narración:

—En cierta ciudad no muy lejana hay una posada a la orilla de un río. Yo estuve en ella con marineros que tomaban vino de dos diferentes colores y comían pan de cebada y pescaditos adobados con vinagre en hojas de laurel. Un viejo, con una alfombra de cuero y un laúd de ámbar, llegó a la posada de junto al río en ocasión en que nosotros nos divertíamos allí. Tendió en el piso la alfombra y se puso a tocar el laúd. Una joven entró entonces y danzó para nosotros a los acordes de aquella música. Un velo de gasa cubría el rostro de la danzarina, pero sus pies estaban desnudos. Y sus desnudos pies movíanse como blancas palomas sobre la alfombra que había extendido el anciano. Jamás había visto yo antes nada tan maravilloso, te lo aseguro, y la ciudad donde esa joven baila se encuentra a sólo una jornada de viaje de aquí.

Oyendo el joven pescador el relato de su alma, recordó que la sirena carecía de pies y no podía danzar. Desazonado por un gran deseo, reflexionó:

“—Se trata sólo de un día de marcha . . . Después regresaría en seguida al lado de mi amada . . .”

Riendo alborozado, púsose de pie sobre el agua y avanzó hacia la orilla. Una vez en la arena seca, volvió a reír y tendió los brazos a su alma. Ésta se precipitó a su encuentro con una exclamación de júbilo, entró en su cuerpo, y el joven pudo ver en la playa su propia sombra, que es el cuerpo del alma.

—Partamos pronto —dijo ésta—, pues los dioses del mar son celosos y crueles, y tienen monstruos que vigilan sin cesar.

Marchando, pues, a toda prisa, avanzaron durante la noche a la luz de la luna, y durante el día siguiente, a la luz del sol. Cuando éste empezaba a ocultarse, llegaron a una ciudad.

—¿Es aquí donde baila la joven de quien me hablaste? —interrogó a su alma el pescador.

—No; no es aquí; pero, de cualquier manera, entremos —replicó ella.

Atravesaron varias calles hasta llegar a la de los joyeros, en la que el muchacho vió, expuesta en una de las tiendas, una magnífica copa de plata.

—Apodérate de esa copa y ocúltala —le dijo su alma.

El pescador obedeció, y una vez que hubo escondido la copa

entre los pliegues de su vestido, abandonaron ambos precipitadamente la ciudad.

Cerca de una legua de la población, el joven frunció de pronto el ceño, arrojó lejos de sí la copa y dijo a su alma con tono de rabia :

—¿Por qué me has impulsado a robar esa copa, si tal acción es reprobable?

Pero el alma contestó :

—¡Tranquilízate, tranquilízate!

Declinaba el segundo día cuando llegaron a otra ciudad, frente a la cual el pescador preguntó a su alma :

—¿Es aquí donde danza la joven de quien me hablaste?

—No; no es aquí —replicó el alma—; pero, de cualquier manera, entremos.

Atravesaron varias calles hasta llegar a la de los zapateros, en la que el muchacho vió a un niño jugando.

—Maltrata a ese niño —ordenó el alma.

Y el pescador golpeó al pequeño hasta hacerle llorar, después de lo cual partieron apresuradamente de la ciudad.

Aproximadamente a una legua de ella, el pescador dijo, malhumorado, a su alma :

—¿Por qué me has impulsado a maltratar a aquel niño, si tal acción es reprobable?

Pero el alma lo apaciguó diciéndole :

—¡Tranquilízate, tranquilízate!

Al ocultarse por tercera vez el sol, dieron vista a otra ciudad, y el joven pescador volvió a interrogar a su alma :

—¿Es aquí donde danza la joven de quien me hablaste?

—Tal vez —replicó el alma—. Entremos, por lo tanto.

Recorrieron varias calles, pero el pescador no consiguió ver el río ni la posada que se alzaba a su orilla. Atemorizado por la expresión de curiosidad con que lo miraba la gente, dijo :

—Dejemos esta ciudad. Por lo visto, no es aquí donde danza la joven de quien me hablaste.

Pero el alma repuso :

—Permanezcamos aquí. La noche está muy oscura y pueden asaltarnos en el camino.

Sentáronse, pues, en la plaza del mercado, con objeto de descansar. Al rato se les acercó un mercader, cubierto con una

capa de tela de Tartaria y llevando una linterna de asta en el extremo de una pértiga.

—¿Qué estás haciendo a esta hora en la plaza del mercado —preguntó al pescador—, si todas las tiendas están cerradas y los fardos envueltos?

—No he hallado en la ciudad ninguna posada —respondió el joven— y carezco de parientes que puedan albergarme.

—Pues, por ventura, ¿no somos todos hermanos? —exclamó el mercader—. ¿No es acaso el mismo Dios el padre de todos nosotros? Acompáñame, que tengo una habitación para huéspedes.

El pescador siguió al mercader, que lo condujo a su casa. Ya en ella, y después de atravesar un huerto de granados, el anfitrión le brindó agua de rosas para lavarse las manos, un melón maduro para saciar la sed, y un plato de arroz y un pedazo de cabrito asado para calmar el hambre. Luego lo llevó al cuarto de los huéspedes, para que se entregara al reposo. El pescador, agradecido, besó el anillo que su favorecedor tenía en la mano, y se acostó sobre las alfombras de piel de cabra, tapándose con una colcha de suave lana de oveja y quedándose prontamente dormido. Tres horas antes de que amaneciera, su alma lo despertó y le dijo:

—Ve a la alcoba del mercader, mátao y róbae su oro, pues lo necesitamos.

Levantóse el joven y se dirigió sigiloso al cuarto donde dormía el mercader, junto al cual había un alfanje y una bandeja con nueve bolsas repletas de oro. Alargó la mano para tomar el arma, pero el durmiente despertó de súbito y tomando el alfanje exclamó:

—¿Así que tú eres de los que pagan mal por bien y retribuyen con sangre las atenciones que reciben?

—Golpéalo —ordenó entonces el alma del pescador. Y éste, obedeciendo, golpeó al mercader hasta dejarlo sin conocimiento, luego de lo cual tomó las nueve bolsas de oro, atravesó rápidamente el huerto de granados y abandonó a toda prisa la ciudad.

A una legua de ella, volvió a reprochar a su alma:

—¡Eres perversa! ¿Por qué me mandaste matar al mercader y despojarlo de su oro en pago de las bondades que tuvo para mí?

Pero el alma contestó:

—¡Tranquilízate, tranquilízate!

—¡Imposible! — replicó el joven —. ¿Cómo voy a tranquilizarme si me ordenas hacer todo lo que detesto? Te odio, y quiero que me digas por qué me tratas así.

—Cuando me mandaste que te dejara, no me permitiste que me quedara con tu corazón — explicó entonces el alma —. Por eso he aprendido a hacer y a amar todas estas cosas.

—¡Cómo!

—No te extrañes, pues sabes muy bien lo que digo. ¿Olvidas, acaso, que no quisiste dejarme corazón? Supongo que lo recuerdas y, por lo tanto, espero que no te preocupes más y que te tranquilices, porque no hay dolor del que no puedas librarte ni placer que desconozcas.

El joven pescador tembló al escuchar estas palabras, y dijo:

—Eres mala. Me has hecho olvidar mi amor; me has tentado y guías ahora mis pasos por la senda del pecado.

—Recuerda — opuso el alma — que cuando me alejaste de ti no me dejaste corazón. Y ahora, vamos a divertirnos a otra ciudad, pues tenemos nueve bolsas de oro.

Pero el desdichado arrojó al suelo las bolsas y las pisoteó.

—¡No quiero saber nada de ti! — gritó —. Ni un solo paso más me obligarás a dar contigo. De la misma manera que me desembaracé de ti la otra vez, lo haré de nuevo, pues eres cruel y me arrastras al mal.

Así diciendo, se puso de espaldas a la luna, sacó su cuchillito de empuñadura de piel de víbora y cortó alrededor de sus pies la sombra de su cuerpo, que era el cuerpo de su alma. Pero ésta no lo abandonó, ni pareció haber prestado oídos a su orden.

—El sortilegio de la hechicera — dijo — ha perdido su eficacia. Ni yo podré dejarte ya nunca, ni tú obligarme a que lo haga. El hombre se desembaraza una vez de su alma, pero sólo una vez. El que la deja entrar nuevamente en su cuerpo no se separa jamás de ella. En eso estriba su castigo y su premio.

El pescador demudóse. Gritó, retorciéndose las manos con desesperación:

—¡La que me enseñó el secreto debía ser una hechicera falsa!

—Nada de eso — contestó el alma —. Fué fiel a aquel a quien rinde culto y a quien ha de servir eternamente.

Cuando el infeliz joven comprobó que no podría en adelante deshacerse de su alma, y que ésta era mala y cruel, arrojóse al suelo y se entregó a dolorosos transportes.

Al apuntar la aurora se incorporó y dijo a su alma:

—Me ataré las manos para no obedecerte; sellaré mis labios para no pronunciar tus palabras, y retornaré junto a aquella a quien amo. Regresaré al mar, y en la pequeña bahía donde ella gusta cantar, llamaré a mi sirena para contarle todas las malas acciones que he cometido y todo el infortunio que has arrojado sobre mí.

—¿Es tu amada tan hermosa que así te afanas por tornar junto a ella? — repuso el alma —. Muchas más bellas que tu sirena hay en el mundo. Hay las bailarinas de Samaris, que saben danzar como las ninfas del bosque. Tienen los pies pintados con alheña, y llevan en las manos pequeñas campanitas de plata. Acompañame y te las enseñaré. ¿Por qué te asusta tanto el pecado? ¿Debe acaso rechazarse lo que ha sido hecho para comer? ¿Puede ser venenoso lo que resulta dulce de beber? Serénate y ven conmigo a otra ciudad que tiene un hermosísimo jardín de tulipanes por donde vagan bellos pavos reales blancos y azules cuyas colas brillan, al desplegarse, con irisados reflejos a la luz solar. La que los cuida es bella como una diosa. Cuando danza, ríe, y las ajorcas de sus tobillos tintinean en el baile con sonos encantadores. Serénate y acompañame a esa ciudad.

El joven pescador nada dijo. Selló su boca con el candado del silencio, atóse las manos con recia soga y emprendió el regreso a la pequeña bahía donde su amada, la bella sirena, solía cantar. Su alma no cesó de tentarlo durante el camino, pero él rehusó cometer — tan fuerte era su amor — las crueldades que ella le sugería.

Al llegar a la playa, se desató la cuerda de las manos, abrió el candado del silencio, y llamó a la sirena. Pero, aunque estuvo llamándola todo el día, aunque le suplicó vehementemente que no lo abandonara, su amada del mar no apareció sobre las ondas.

—Me parece — le dijo entonces su alma en tono de burla — que tu amada te ha olvidado. Le entregaste todo cuanto poseías y nada recibiste en cambio. Mejor sería que me acompañaras.

Te llevaría al valle de los Placeres y podrías ver cosas realmente maravillosas.

El joven pescador siguió guardando silencio ante la tentadora. Se hizo una choza de zarzas al pie de una roca, y en ella habitó durante un año. Mañana y tarde iba a llamar a la sirena, y se pasaba la noche pronunciando su nombre. Pero ella no salía del seno del mar, y el joven no logró hallarla pese al afán con que la buscó por las grutas de la costa, por las lagunas que deja la marea y por las verdes profundidades del océano.

El alma, mientras tanto, seguía tratando de tentarlo murmurándole al oído relatos maravillosos. Pero tal era la fuerza de la pasión del pescador, que nunca logró vencerlo. Y al transcurrir el año, se dijo:

—Con el mal no logro tentar a mi amo, porque su amor es más fuerte que yo. Trataré de tentarlo con el bien, y acaso consiga atraérmelo”.

Y dirigiéndose al pescador le habló así:

—Te he narrado las alegrías del mundo y no me has hecho caso. Déjame que te diga ahora de sus dolores, y quizá merezca tu atención, porque, en realidad, el dolor es el dueño del universo y nadie puede escapar de sus redes. Gente hay que carece de ropa y hasta de pan. A través de los pantanos pestilentes ambulan los leprosos maldiciéndose unos a otros. Los pordioseros vagan con su hambre a cuestas, y la peste acecha en sus puertas. Acompáñame a remediar esos males y a impedir que se repitan. ¿Qué ganas quedándote aquí en espera de tu amada, si ella no te responde? Y, después de todo, ¿qué es el amor para que así lo erijas en única razón de tu existencia?

Mas el joven pescador siguió en silencio, tan grande era su amor por la sirena. Y todas las mañanas, y todas las tardes, la llamaba asomado al mar, y todas las noches decía su nombre en la choza. Ella, sin embargo, no salió del seno del mar ni él logró encontrarla por más afanosamente que la buscaba en los valles que hay debajo de las ondas, en las lejanías que el sol empurpura al alba y que la luna platea al caer la noche.

Al finalizar el segundo año, el alma dijo al pescador, mientras éste descansaba en su humilde choza:

—Con el mal y con el bien te he tentado, pero tu amor es más fuerte que yo. No volveré a tentarte. Sólo quiero pedirte

que me dejes entrar de nuevo en tu corazón y formar contigo, como antes, un todo.

—Hazlo como deseas — consintió el pescador —, porque después de haber vagado tanto por el mundo, sin corazón, debes haber sufrido mucho.

—Pero, por desgracia — exclamó el alma —, tu corazón está tan henchido de tu amor, que no consigo hacer en él un lugar para mí.

—Me gustaría poder ayudarte — musitó el muchacho. Y no había terminado de pronunciar estas palabras cuando un agudo grito de dolor, semejante al que oyen los hombres cuando perece algún habitante del mar, surgió de las verdes y silenciosas profundidades del océano.

El pescador incorporóse rápidamente y salió de la choza en dirección a la plaza. Una gran ola negra avanzaba entre gemidos hacia la orilla, llevando sobre sus crestas, con maternal suavidad, un cuerpo más blanco que la leche. La resaca lo tomó de la ola; la espuma lo tomó de la resaca; lo recibió la arena, y el joven vió a sus pies el cadáver de su amada sirena.

Agitado por los sollozos, arrojóse sobre la muerta para besar el gélido coral de sus labios y acariciar frenético el ámbar húmedo de su cabello. De bruces en la arena, oprimió con sus fuertes brazos el cuerpo yerto. Helada estaba la boca amada, pero la besó con besos de fuego. Había sal en los cabellos queridos, pero la saboreó con supremo placer. Las gotas de agua que resbalaban sobre los párpados cerrados no eran tan amargas como las lágrimas del pobre pescador.

Se acercó al negro mar, donde la blanca espuma gemía como un leproso. Las olas arrastrábanse como garras hacia la orilla, y del palacio del soberano del Mar elevóse otra vez un desgarrado grito de dolor, coreado ahora por el bronco estruendo de las trompetas de los tritones.

—Vete, huye — aconsejó al pescador su alma —. Vete, porque el mar se acerca y te matará si permaneces aquí. Huye porque el indescriptible amor que ocupa por entero tu corazón me impide entrar en él. ¿Reincidirás en la crueldad de mandarme a otro mundo sin corazón?

Mas el pescador no le hizo caso. Seguía hablándole a su sirena, y le decía:

—El Amor es más grande que la Sabiduría, más precioso que la Riqueza, más bello que las hijas de los hombres. Ni el fuego puede destruirlo, ni el agua puede apagarlo. Te llamé a la aurora y no acudiste a mi llamada. La luna me oyó nombrarte, pero no respondiste. Verdad es que te abandoné, pero mi amor por ti no se extinguió nunca, y tan fuerte fué, que nada pudo vencerlo aunque el bien y el mar se aliaron para conseguirlo. Ahora tú has muerto, y yo quiero morir contigo.

Volvió a suplicarle el alma que se alejara, pero tan grande era su amor, que no quiso hacerlo. Y el mar fué acercándose, acercándose hasta cubrirlo con sus aguas. Y cuando el pescador comprendió que su fin era inminente, besó con frenesí el coral helado de los labios de la sirena. Y la intensidad del amoroso transporte fué tanta, que le desgarró el corazón. Y por la brecha abierta se deslizó el alma corazón adentro, formando un todo con él, igual que antes. Y las negras ondas del océano cubrieron en seguida, junto con el de la sirena, el cuerpo del pescador.

Al otro día, como el mar había estado agitado, el sacerdote fué a la playa para bendecirlo. Y en su compañía fueron también los monaguillos, los músicos y una gran multitud.

Y al llegar a la orilla, el sacerdote, viendo el cadáver del pescador junto al de la sirena, retrocedió con las cejas fruncidas, y haciendo la señal de la cruz, exclamó:

—¡Ya no bendeciré el mar ni nada de lo que en el mar haya! ¡Anatema para los moradores del mar y para todos los que tienen tratos con ellos! Y en cuanto a ese a quien el amor apartó de Dios y por Dios castigado ahí yace, levantad su cuerpo, y en unión del de esa criatura infernal, sepultadlo en el Campo de los Bataneros. Ninguna marca coloquéis sobre su tumba. Que nadie sepa el lugar donde reposan. Malditos fueron en vida, y malditos serán también en la muerte.

Hizo la multitud lo que mandaba el cura, y en el Campo de los Bataneros, en un rincón donde la hierba no crecía, se abrió una fosa y dióse sepultura a los cuerpos del joven pescador y la bellísima sirena.

Al año siguiente, una mañana en que la Iglesia celebraba

una de sus festividades, el sacerdote fué a su templo para hablarles a los fieles de las heridas del Señor. Luciéndolo ya sus sagradas vestiduras se disponía a arrodillarse ante el altar, cuando comprobó que éste hallábase cubierto de hermosísimas flores que jamás había visto hasta entonces. Maravilláronle la exótica belleza y el exquisito perfume de aquellas flores y, sin saber por qué, experimentó gran contento.

Después de abrir el tabernáculo y de incensar la custodia que contenía, mostrando a los creyentes la forma sagrada, se dispuso a hablar. Pero la extraña belleza de las flores y el fuerte perfume que de ellas emanaba turbaron su espíritu, y en vez de referirse a la cólera de Dios, se puso a predicar acerca de ese dios que se conoce con el nombre de Amor.

¿Por qué obró así el sacerdote? Nadie lo supo nunca. Pero cuando terminó de hablar, los fieles lloraban, y él mismo llevaba los ojos arrasados por las lágrimas al dirigirse a la sacristía. Y al acercarse los acólitos para ayudarlo a quitarse las sagradas vestiduras, el buen cura parecía estar sumido en un profundo éxtasis.

—¿Qué flores son esas que hay en el altar, y quién y de dónde las ha traído? —interrogó al sacristán.

Y el sacristán le dijo:

—Ignoro qué flores son, pero las trajeron de un rincón del Campo de los Bataneros.

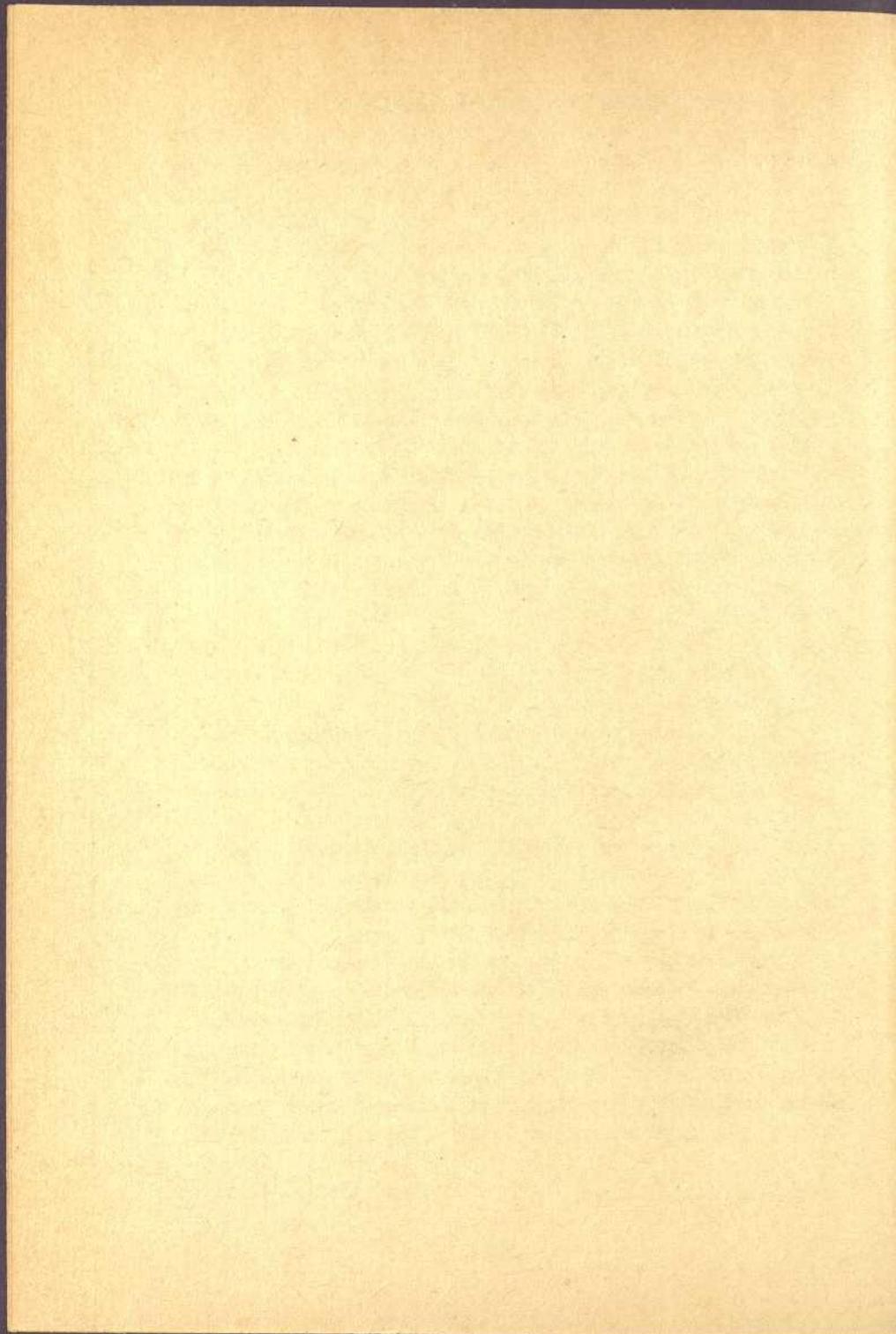
Y el sacerdote, temblando, se fué a su casa y se sumió en la oración.

Al despuntar la aurora del otro día, acompañado por los acólitos y los músicos, por los niños del coro y una gran multitud, volvió a la playa y bendijo el mar y extendió la bendición a todos sus extraños moradores.

Bendijo también a los faunos y a todos los seres que habitan y danzan en los bosques. Bendijo todas las cosas del mundo de Dios. Y la multitud se mostró llena de maravilla y contento.

Pero nunca más brotaron flores en el rincón del Campo de los Bataneros, estéril otra vez, como antes de que enterraran allí los cuerpos del pescador y de su sirena. Y nunca, tampoco, tornaron a las aguas azules de la bahía los habitantes del mar.

OSCAR WILDE



BREVISIMA NOTICIA BIOGRÁFICA
DE LOS AUTORES QUE FIGURAN
EN ESTE "RACIMO" ANTOLÓGICO

FRANCIS BRET HARTE. — NORTEAMERICANO. 1837 - 1899. —

Como otros dos grandes novelistas norteamericanos — Mark Twain y Jack London —, el autor de *El promontorio del diablo* encontró en los azares de una vida aventurera y errante la cantera de sugerencias que había de dar materiales a su recio temperamento literario. Buscador de oro, cajista, maestro de escuela, periodista y, por último, cónsul de su país en Inglaterra, sus relatos, que lo señalan como uno de los primeros cuentistas de los Estados Unidos, revelan la garra, el dominio técnico y la riqueza expresiva de un auténtico maestro del género.

MÁXIMO GORKI. — 1869 - 1936. — Una de las más grandes

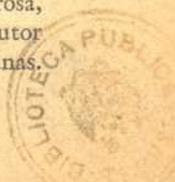
figuras de la literatura rusa de todos los tiempos. Nacido Alexei Maximovich Pyeshkov, bautizóse a sí mismo "Gorki" — amargo —, pero en su prédica de escritor humanista, en su acento de poeta de la miseria no hay amargura, como lo prueba el bellissimo cuento que de él publicamos. Su primera obra: *Makar Chudra*. Algunas de las más logradas: *La madre*, *Varenha Olesova*, *Los ex hombres*, *Mi infancia*, etc., etc.

RICARDO GUTIÉRREZ. — ARGENTINO. 1836 - 1896. — Algún

antologista lo coloca, como *poeta del alma*, al lado de Echeverría, cantor de la naturaleza; de Andrade, heraldo de la historia, y le Guido Spano, "bardo de corte clásico y ática pureza". *La fibra salvaje* y *Lázaro*, sus dos poemas fundamentales, lo sitúan, sin duda, por encima de todos los poetas románticos de nuestro país. *El mar*, la bella estampa que figura en esta entrega, es uno de sus muchos y, desgraciadamente, no recopilados escritos.

GABRIELE D'ANNUNZIO. — 1864 - 1938. — Nació en el Adriá-

tico, a bordo de un bergantín. Artífice del armoniosa idioma de Italia, enriqueció con piezas magistrales, en verso y en prosa, el acervo literario de su patria. Como poeta, novelista y autor dramático, llena todo un denso capítulo de las letras italianas.



Imposible nominar en unas líneas sus producciones. *San Pantaleón*, *El triunfo de la muerte*, *Las vírgenes de las rocas* y *Las novelas de la Pescara* figuran entre las más representativas.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA. — 1833 - 1906. — Acaso solamente Pérez Galdós, a quien aventajó en la pureza del estilo, gozó en España de una reputación análoga a la del gran novelista santanderino. Sus obras *Peñas arriba*, *Escenas montañosas*, *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, *La Puchera*, *El buey suelto* . . . , *Pedro Sánchez*, *La Montálvez*, *Sotileza* y otras muchas, son insuperables modelos de la narrativa costumbrista que tan inspiradamente cultivó.

WILHELM HAUFF. — ALEMÁN. 1802 - 1827. — Fallecido a los veinticuatro años, dejó, no obstante, treinta volúmenes de poesías, novelas y relatos que atestiguan la calidad de su mensaje, justifican su fama de novelista y de poeta, y dicen cuáles habrían sido las proyecciones de su obra, de no haberlo sorprendido la muerte a los dos años de labor. Aun cuando se ha dado en incluirlo entre los discípulos de Hoffman, sus relatos superan en armonía, ponderación, color y amenidad a los *cuentos fantásticos* de su célebre compatriota.

VICTOR HUGO. — 1802 - 1885. — Publicó su primera novela — *Han de Islandia* — a los veinte años. Vinieron después *Hernani*, *Marion Delorme*, etc., que dieron la pauta de su talla de dramaturgo, y varios tomos de versos que lo revelaron uno de los más grandes poetas de Francia. Como novelista, el creador del género romántico ha realizado una ingente labor. *Nuestra Señora de París*, *Los miserables*, *El hombre que ríe*, *El noventa y tres*, etc., etc., hablan de la calidad de la misma.

GUY DE MAUPASSANT. — 1850 - 1893. — El realismo literario que inicia en Francia Gustavo Flaubert tiene en este autor uno de sus más altos exponentes. *Bola de Sebo*, *Pedro y Juan*, *El buen mozo*, *Fuerte como la muerte*, son algunos jalones de su brillante trayectoria novelística. Cuentista consumado, su producción como tal llena varios volúmenes. *El Horla*, relato sugestivo y extraño, parece un prólogo del caos mental que había de llevarlo al manicomio y al sepulcro.

LUIGI PIRANDELLO. — 1867 - 1917. — Maestro de la moderna literatura italiana. Crea un nuevo concepto del mundo

escénico y supera como dramaturgo la fama que novelas cual *El difunto Matías Pascal* le han ganado para su nombre. Lleva al teatro de su patria una voz inédita, original, rica de inflexiones y de sugerencias. Pero es tal vez *Relatos para un año*, índice máximo de su talento de novelista, lo que sobrevivirá al tiempo y dominará las cumbres de la obra pirandelliana.

EDGAR ALLAN POE. — NORTEAMERICANO. 1809 - 1849. — Como poeta y como novelista, abordó con mayor fuerza emotiva que escritor alguno el tema de lo sobrenatural. Lo proclaman sus famosos *Poemas*, uno de los cuales — *El cuervo* — es una inestimable pieza de antología; sus novelas *El escarabajo de oro*, *El crimen de la calle Morgue*, *Las aventuras de Gordon Pym*, y sus estupendas *Historias extraordinarias*, una de las cuales se ha incluido en el presente volumen.

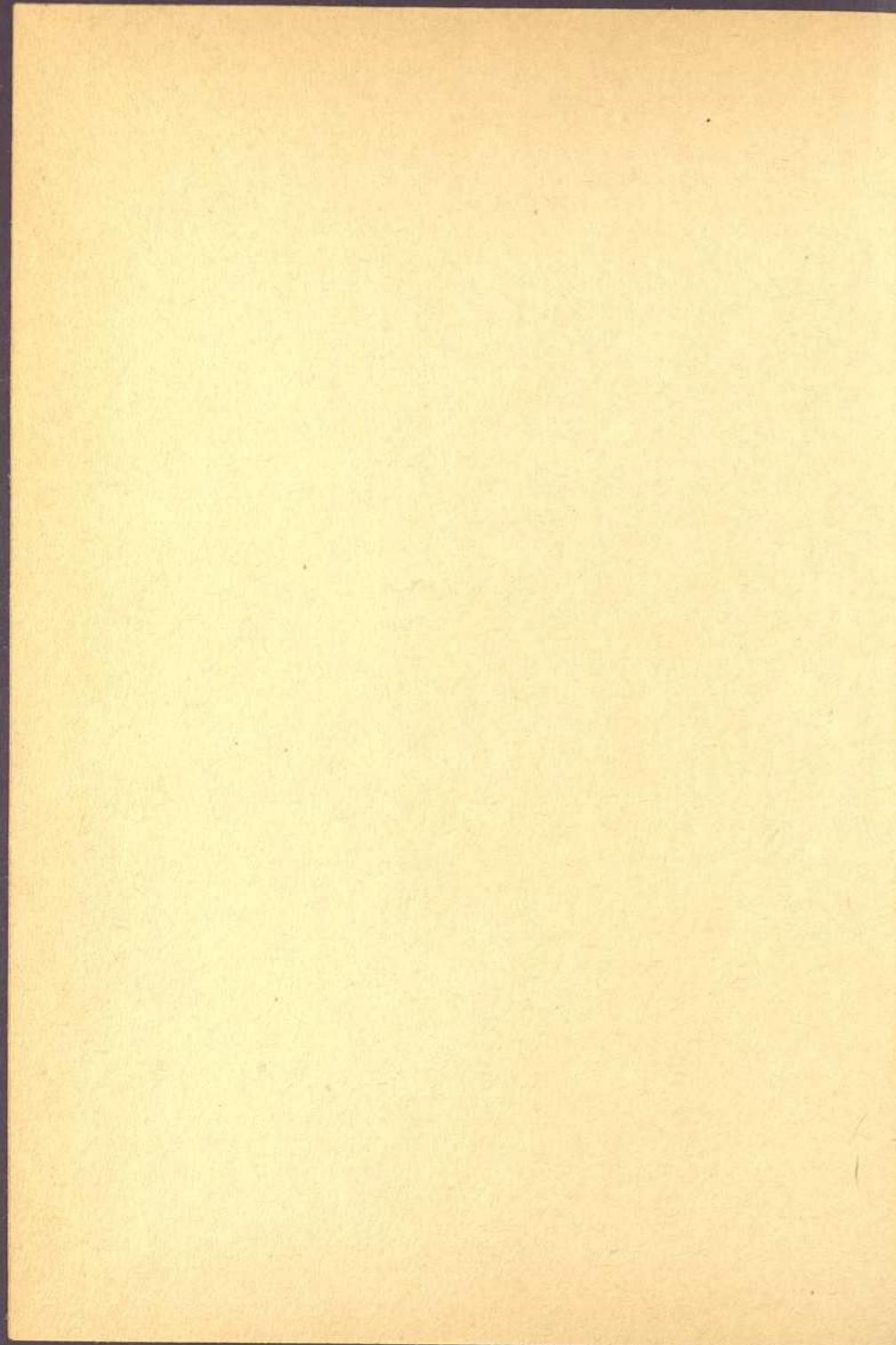
JOSÉ ENRIQUE RODÓ. — 1872 - 1917. — Nacido en el Uruguay, la obra de este gran escritor está — como lo prueba *Ariel*, acaso su libro esencial — trascendida de pasión americana. *Motivos de Proteo*, rico de parábolas, y *El mirador de Próspero*, volumen que descubre a través de magníficos ensayos su sutileza de biógrafo y su sagacidad de crítico, son otras de sus más representativas producciones, y lo confirman como uno de los mejores estilistas de su época.

HENRIK SIENKIEWICZ. — POLACO. 1802 - 1885. — *Quo Vadis?*, novela traducida a todos los idiomas, da a su nombre universales resonancias. Pero no es tal vez en ella, ni en otras también célebres, como *En vano*, *El diluvio*, *A sangre y fuego*, etcétera, sino en las crónicas y cuentos de viaje, producto de sus peregrinaciones por ambos mundos, donde se manifiesta con rasgos más acusados y genuinos la verdadera personalidad literaria del famoso escritor.

FRANCISCO TEIXEIRA DE QUEIROZ. — PORTUGUÉS. 1843 - 1910. — Al igual que Balzac, autor cuyo influjo orienta pero no domina su obra, el gran novelista de quien dijera un crítico que "es de los más nacionales, de los más personales y de los más filosóficos" de aquel país, reunió en un título — en dos títulos: *La comedia del campo* y *La comedia burguesa* — sus numerosas y magníficas producciones. Entre ellas, *Antonio Fogueiro* está considerada como uno de los más hermosos exponentes de la literatura lusitana.

OSCAR WILDE. — INGLÉS. 1856 - 1900. — Ironista de cáustica mordacidad, fustigó las tradicionales costumbres de la sociedad de su patria, lo que le acarreó el repudio de ésta. Pero, desaparecido prematuramente a los 44 años, su obra impúsose a la admiración de Inglaterra y del mundo. *El abanico de lady Windermere*, *Una mujer sin importancia*, *El retrato de Dorian Gray* y *La importancia de llamarse Ernesto*, figuran, junto con *De Profundis* y *El ruiseñor y la rosa*, conjunto de cuentos y poemas al que pertenece *El pescador y su alma*, entre sus más señeras producciones.

INDICE



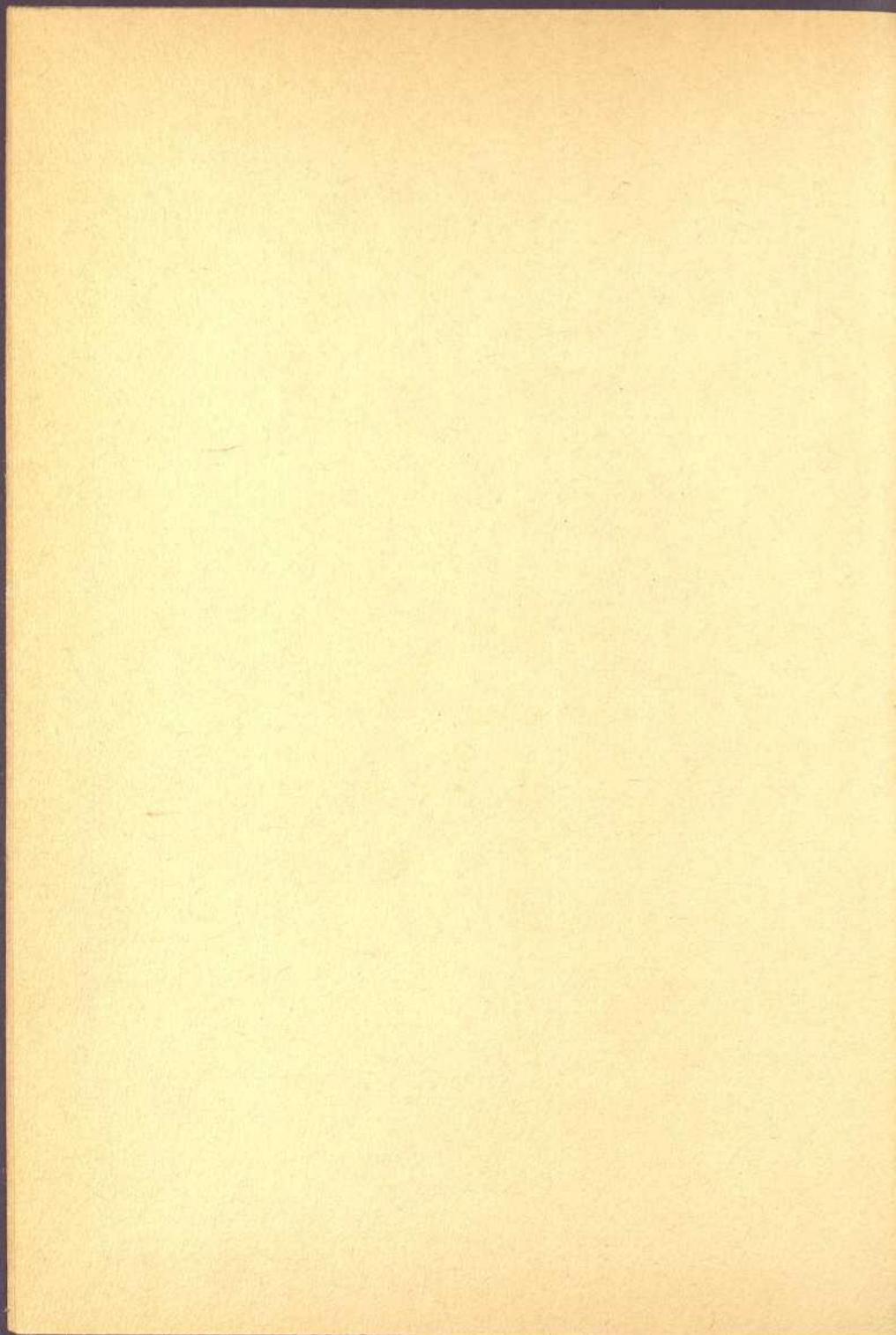
INDICE

	<u>Pág.</u>
EL PROMONTORIO DEL DIABLO por <i>Francis Bret Harte</i>	7
NAUFRAGIO por <i>Máximo Gorki</i>	15
LA MAR por <i>Ricardo Gutiérrez</i>	23
EL CIRUJANO DE A BORDO por <i>Gabriele d'Annunzio</i>	27
GALERNA por <i>José María de Pereda</i>	39
EL BUQUE FANTASMA por <i>Wilhelm Hauff</i>	55
DRAMA EN ALTA MAR por <i>Víctor Hugo</i>	65
JAVEL EL MENOR por <i>Guy de Maupassant</i>	77
LA MUERTA Y LA VIVA por <i>Luigi Pirandello</i>	83
MANUSCRITO HALLADO EN UNA BOTELLA por <i>Edgar Allan Poe</i>	93
CIELO Y AGUA por <i>José Enrique Rodó</i>	105

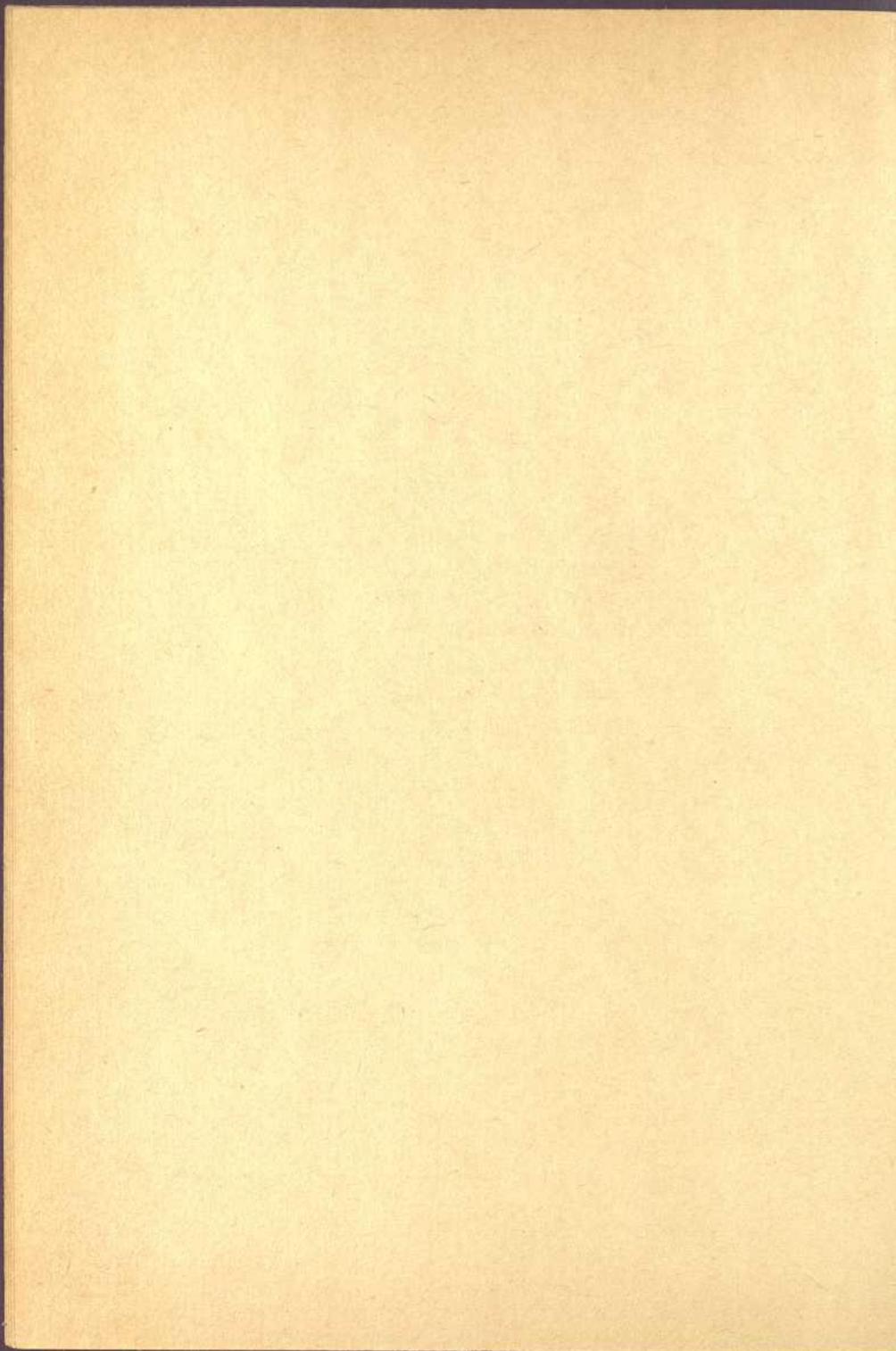
EL TORRERO	
por <i>Henrik Sienkiewicz</i>	109
¡MAREA ALTA!	
por <i>Teixeira de Queiroz</i>	127
EL PESCADOR Y SU ALMA	
por <i>Oscar Wilde</i>	137

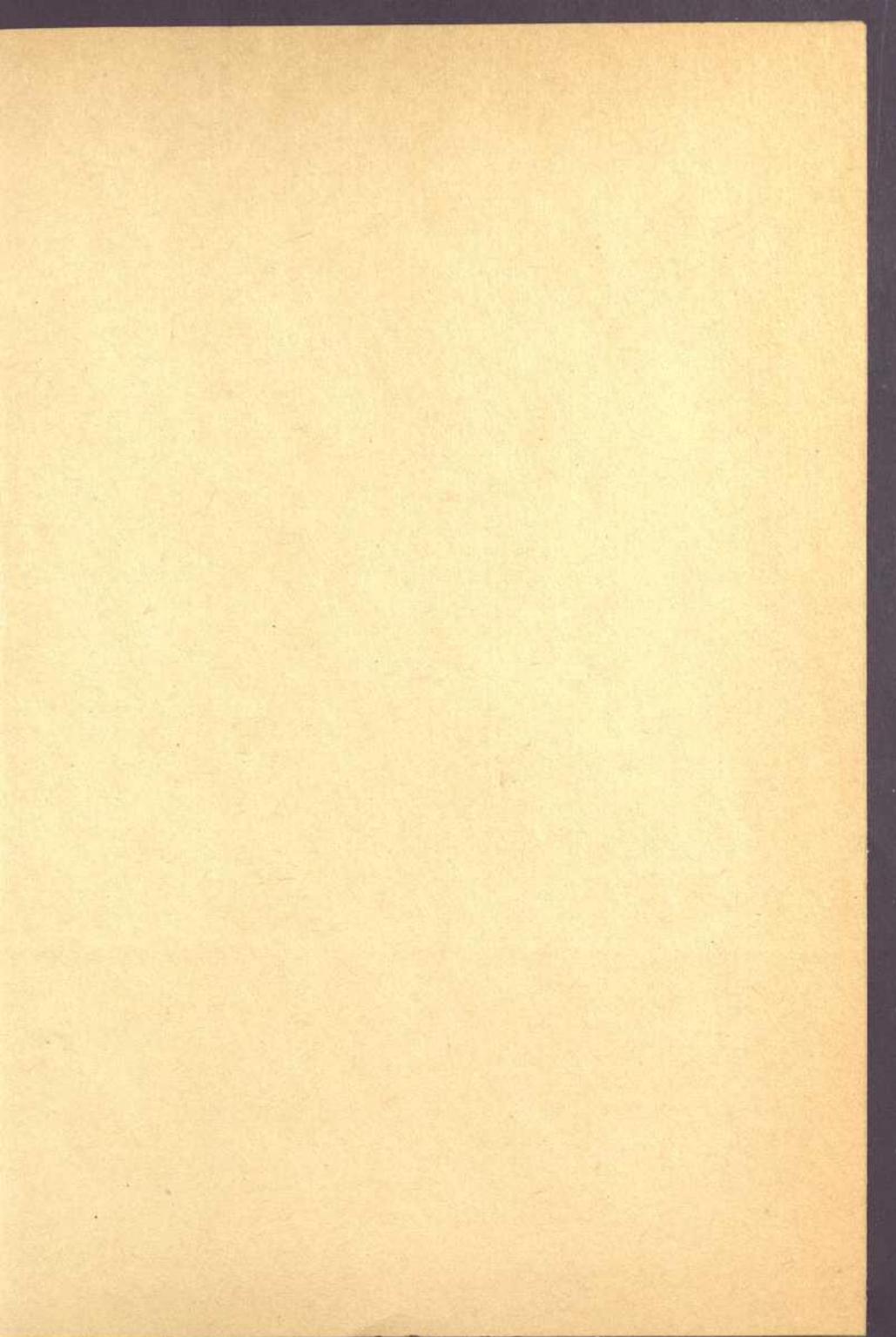


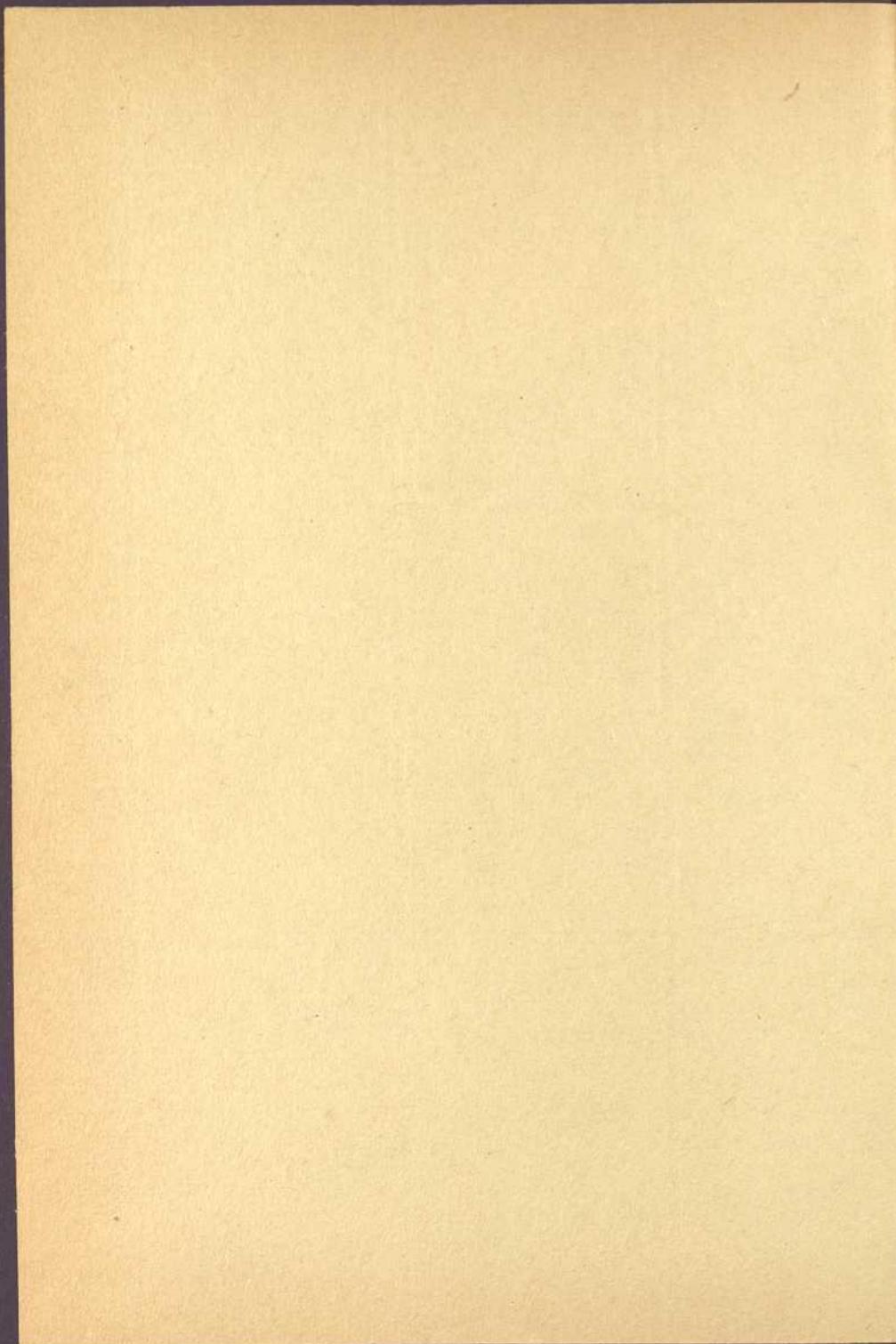


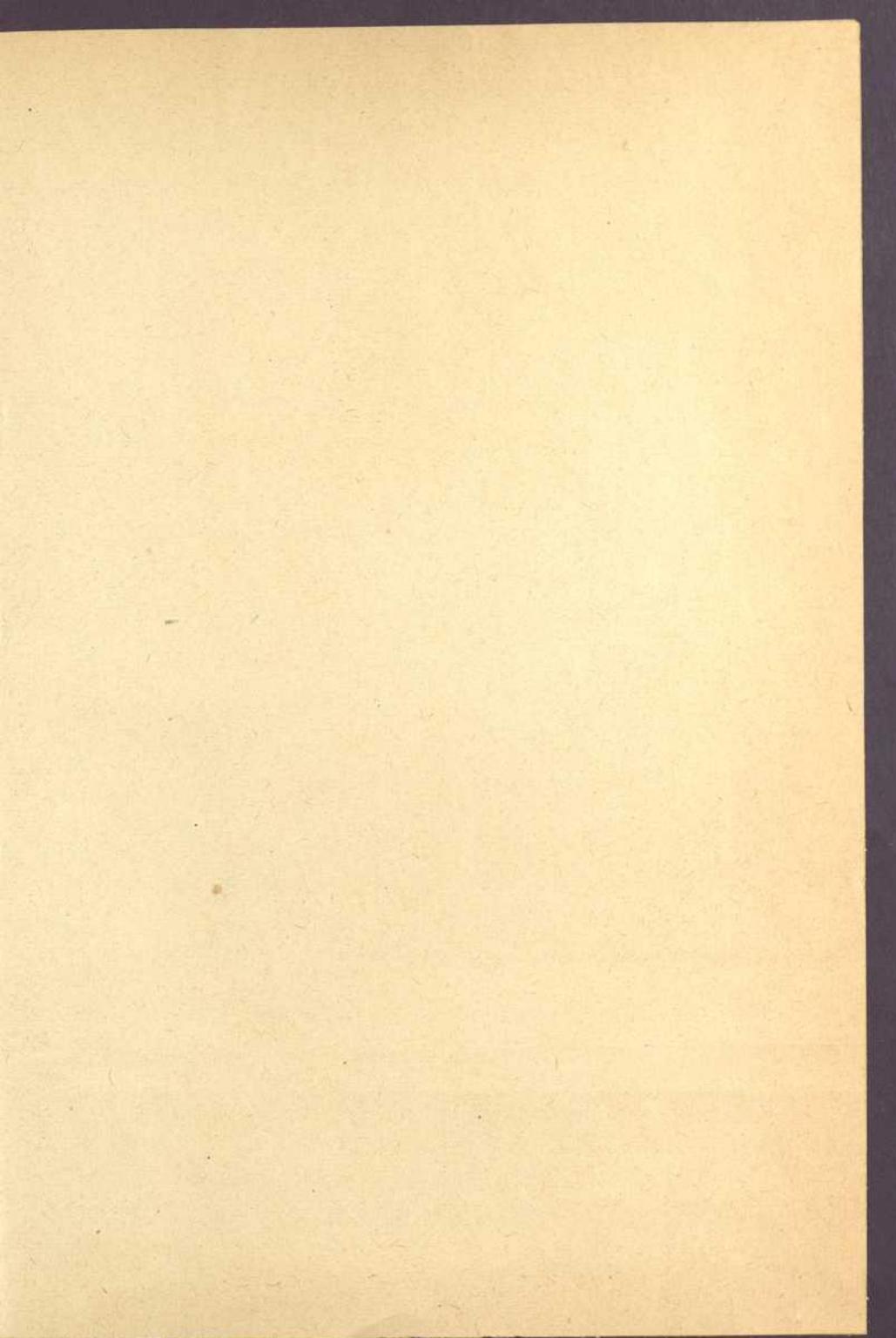


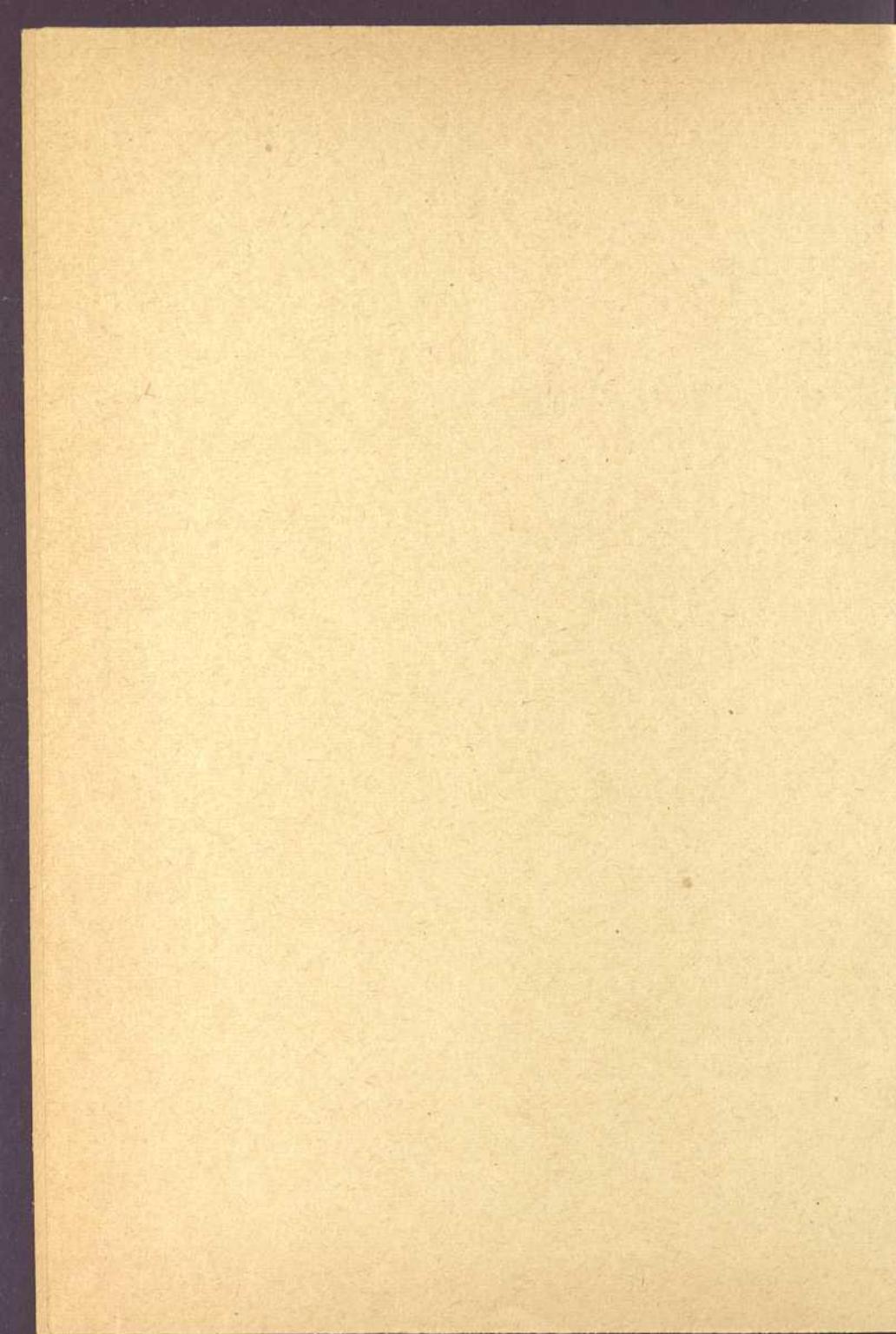
TERMINOSE DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DIA 28
DE FEBRERO DE 1946 EN
LOS TALLERES GRAFICOS
A Y A C U C H O
CORDOBA 2240 - Bs. AIRES
REPUBLICA ARGENTINA

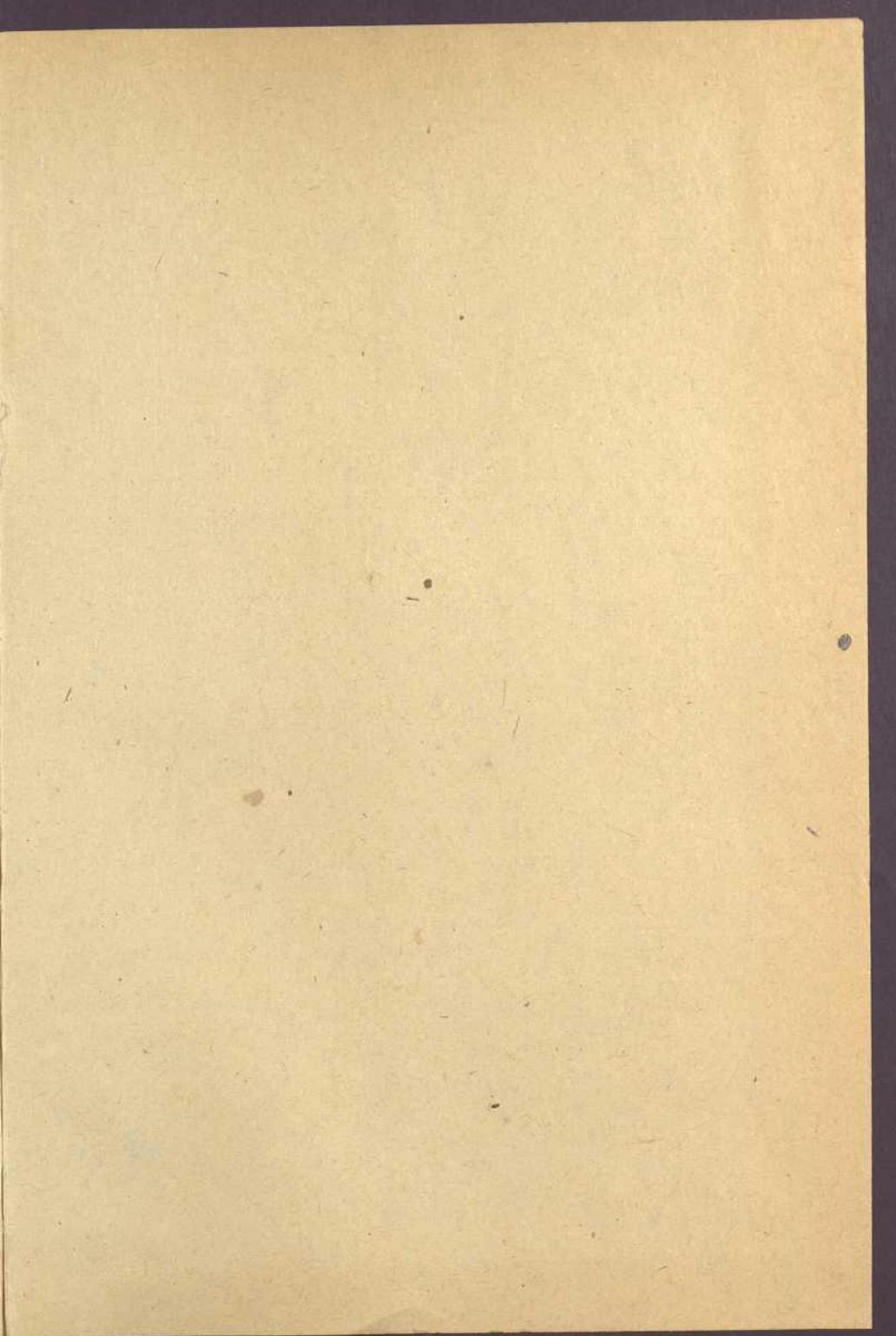


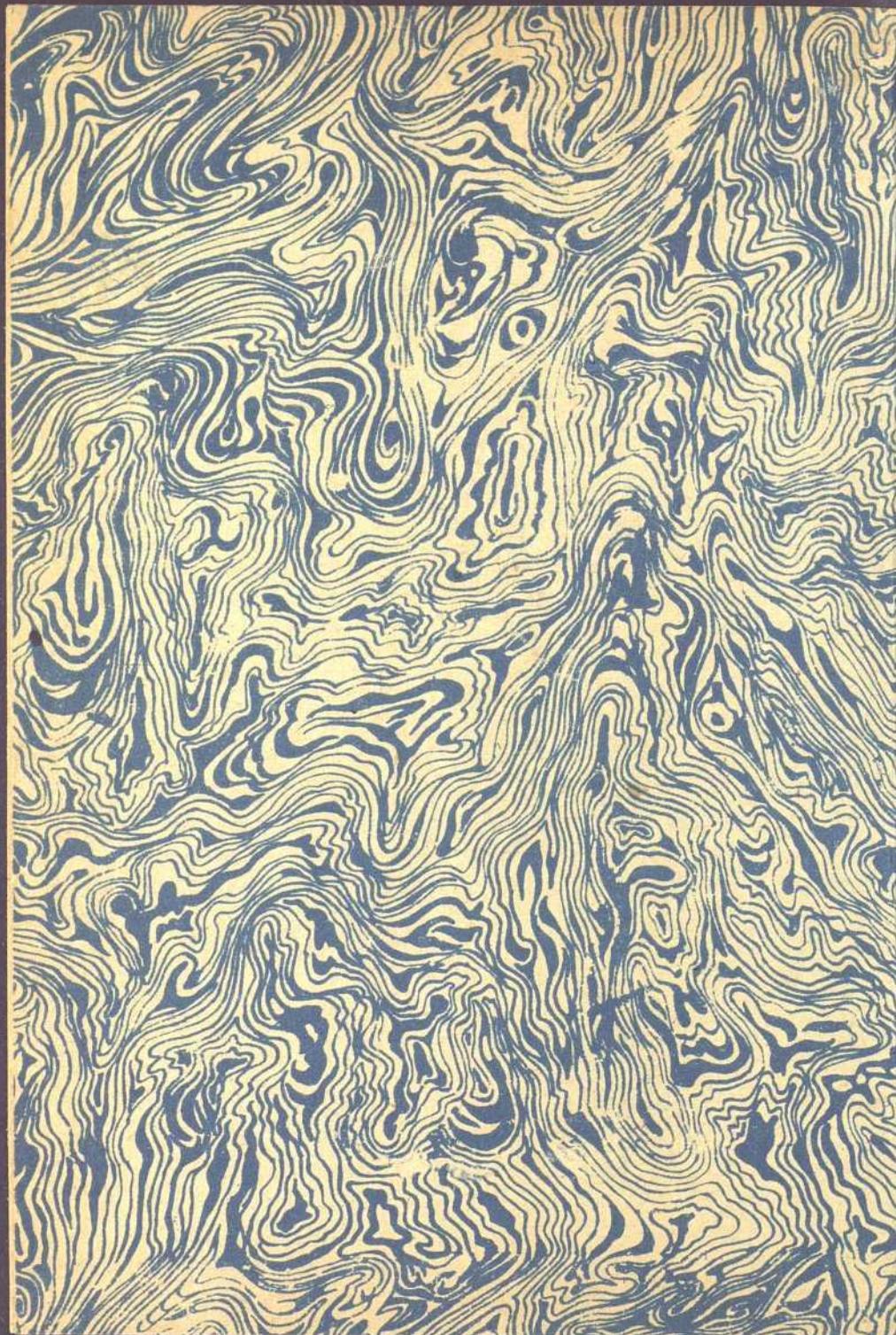


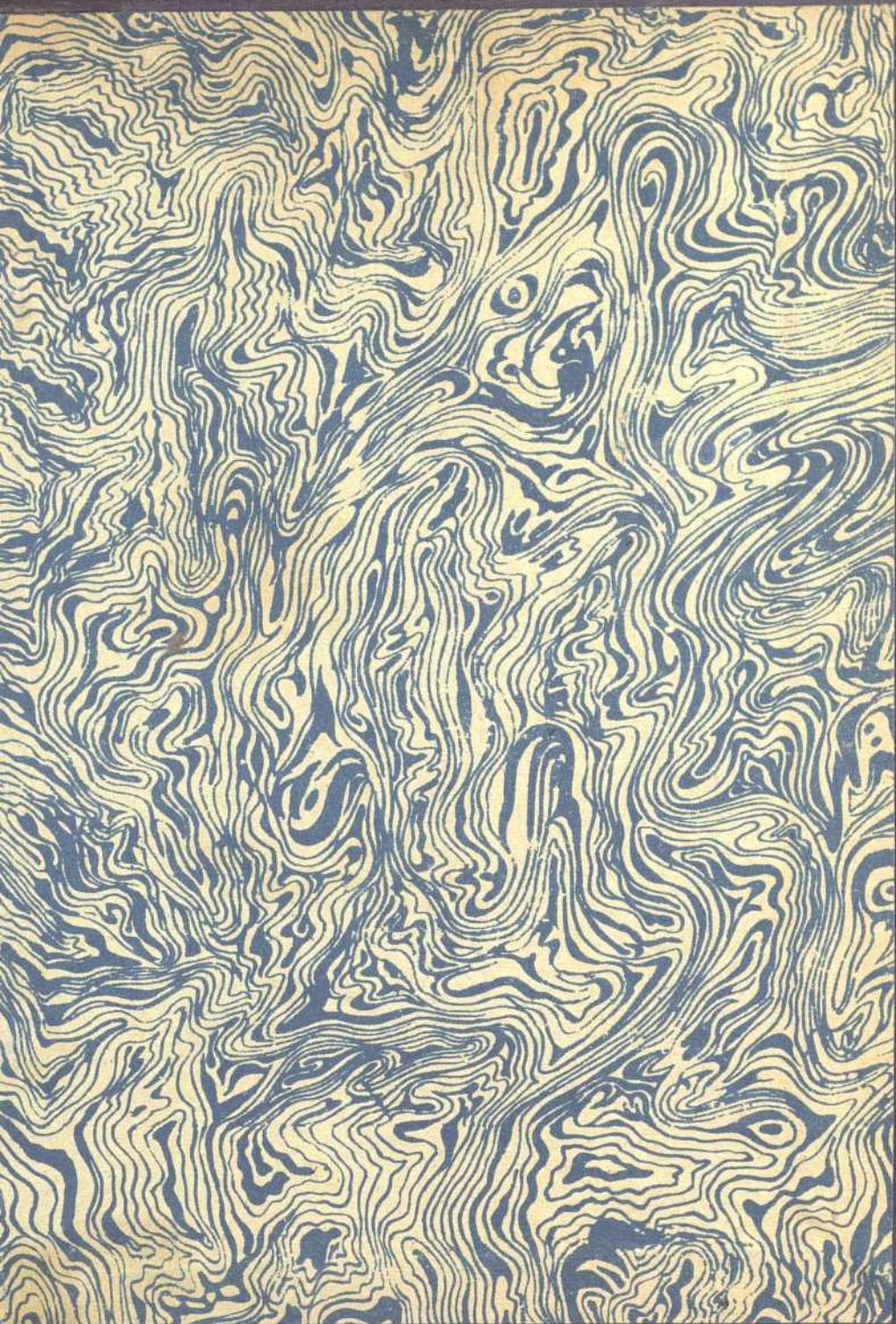


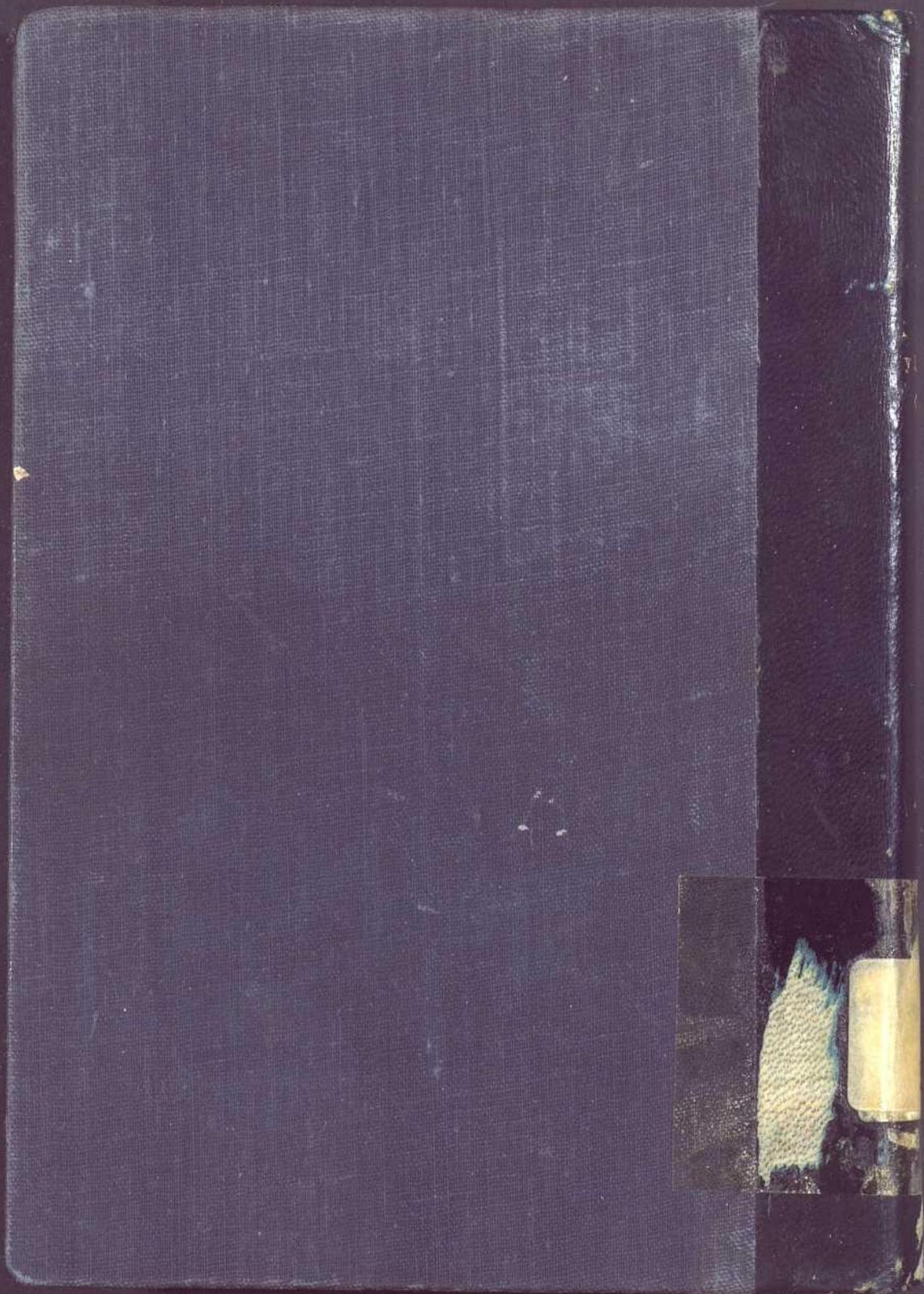












Cuentos
y Estampas
del Mar

F A

5247